

# EL PUENTE DE LAS ÁNIMAS

Pío Baroja



En *El puente de las ánimas* se evoca el ambiente de la juventud de Baroja, en los años finales del siglo XIX, época en que ocupó la plaza de médico en Zestoa (en la vida del escritor, esto sucedió en 1894-1895). Como en tantas ocasiones, utiliza personajes interpuestos para adjudicarles la autoría, el protagonismo, o para contrastar puntos de vista. Es ahora el doctor Armendáriz, hombre de opiniones contrarias a las del personaje narrador, de quien se sirve para presentar el lugar. Hay, sin embargo, una idea en la que ambos están de acuerdo: que «todo comenzaba a ser mediocre y vulgar». «Comenzaba a ser»; esto es: todavía existía algo que participaba de un ambiente que se iba desvaneciendo, un mundo con más encanto e interés, un período que se intuye como más brillante y atractivo para la imaginación.

Lectulandia

Pío Baroja

# El puente de las Ánimas

ePub r1.0

Titivillus 18.08.18

Pío Baroja, 1945

Ilustración de cubierta: Manolo Prieto

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.0

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

# Índice de contenido

Cubierta

El puente de las Ánimas

Prólogo

I

II

III

Primera parte. El estanque verde

I · El barrio de Olazar y la torre de Uría

II · La casa arruinada

III · Doña Úrsula

IV · Ogier, el normando

V · Florencia Kennedy

VI · Disensiones matrimoniales

VII · Final de la historia

VIII · Los alrededores

IX · Curiosidad

X · Obsesión

XI · El hada del estanque verde

Segunda parte. La sirena de Jáuregui

I · Ofrecimiento amistoso

II · Fanny Norton

III · La casa triste

IV · La sirena

V · Pequeño idilio, grande para los interesados

VI · Desolación

VII · Nuevos dolores

VIII · Ordoqui, el mago

IX · Momentos de calma

X · Destino adverso

XI · Con la luna llena en el puente de las Ánimas

Tercera parte. La peña de los ahorcados

I · Un día de fiesta

II · Indagaciones

III · Aspectos del río

IV · El mar, en otoño

V · Los contrastes

VI · Versión del cura Ozaeta

- VII · Explicaciones
- VIII · Los ahorcados de la peña

#### Cuarta parte. Relato de Chiqui Erdi

- I · Curiosidad de Armendáriz
- II · La ría
- III · Elguea
- IV · La taberna de los Dos Pilotos
- V · Chiqui Erdi se explica
- VI · La casa de la peña del Anzuelo
- VII · Los habitantes de la roca
- VIII · Maniobras de Pachi Bretaña
- IX · Carácter del viejo marino

#### Quinta parte. Narración de Manish, el pelotari

- I · En busca de Manish
- II · La infancia del pelotari
- III · La familia
- IV · La casa de la roca
- V · Pachi y su hija
- VI · Trabajos de pescador
- VII · Viejas historias
- VIII · Incompatibilidades
- IX · Refranes y canciones del marino
- X · Recuerdos
- XI · Más historias
- XII · La familia de Pachi
- XIII · Fantasías
- XIV · Ideas confusas
- XV · Un naufrago siniestro

#### Sexta parte. El diario de navegación de Francisco Bretaña

- I · Encuentro con Bordagain
- II · El capitán Descavide
- III · Erudición
- IV · De nuevo Manish
- V · La juventud de Bretaña
- VI · Anécdotas
- VII · El bacalao y la ballena
- VIII · Naufragios célebres
- IX · Locuras polares
- X · Los esquimales
- XI · Último viaje
- XII · Tristeza de Manish
- XIII · Final de los amores

## Séptima parte. La casa de las máscaras

I · Las figuras de Mairuenea

II · La visita de Norton a la casa de la peña

III · Erica

IV · Nueva vida

V · Supersticiones del pueblo

VI · El maquiavelismo de la Prudenschi

VII · Decadencia

VIII · La tragedia de la casa

IX · El derribo de Mairuenea

Sobre el autor

Notas

# PRÓLOGO



EL DOCTOR ARMENDÁRIZ, que tuvo algún éxito de originalidad y de extravagancia como médico en San Sebastián, hace muchos años, a fines del siglo XIX, cuando yo intentaba ejercer la profesión en el pueblo, no era un vasco puro y sin mezcla.

No podía presumir, como el profesor Unamuno, de tener sesenta y cuatro ascendientes de raza eusquérica: Armendáriz era hijo de un marino vasco casado con una francesa de las Landas.

Creo que había estudiado parte del bachillerato en Francia, en una ciudad del centro, y sabía muy bien el francés y bastante bien el latín, por lo menos lo que puede saber un estudiante. Armendáriz vestía con elegancia y se veía que consideraba la buena ropa como algo trascendental y eficaz.

Se manifestaba el doctor como tipo de una originalidad forzada, ya en los linderos de la extravagancia. Vivía un tanto aislado, leyendo mucho, en una ciudad como San Sebastián, en donde no se pensaba por entonces más que en el buen tono, en el traje y en la buena comida, y se creía que el hombre que leía algún libro por entretenimiento, si no era un perturbado, estaba muy cerca de serlo.

El doctor Armendáriz tenía facilidad para aceptar, sin escrúpulo, mil locuras de espiritismo, de astrología y de magia. Él suponía que todo ello estaba comprobado o iba camino de estarlo.

Se hallaba también dispuesto a usar procedimientos de los charlatanes. Aseguraba que a ciertos enfermos les había curado mandándoles pescar chipirones en la bahía, a otros ordenándoles reunir conchas de cierta clase hasta llenar un saco y a otros recomendándoles que oyeran siete óperas de Wagner, ni una más ni una menos, en distintos teatros de Europa, comenzando naturalmente la serie por Bayreuth, la meca del wagnerismo. Creo que en esto había un poco de imitación de un médico húngaro de París, que a algunos enfermos les decía: «Vaya usted todas las mañanas a las cinco a comer una manzana cruda bajo el Arco de Triunfo de la Estrella».

Como se ve, la terapéutica de nuestro médico era más variada que la trigeminoterapia del doctor Asuero, que parecía un poco monótona con sus toques en la mucosa nasal.

Muchos pensaban que Armendáriz se burlaba de todo el mundo y que no creía él mismo en sus procedimientos estrambóticos, y que si los empleaba era para distinguirse y darse tono entre los beocios donostiarras.

Lo malo es que algo parecido se ha dicho en su tiempo desde Paracelso y Van-Helmont hasta el último charlatán o sacamuelas de la Puerta Capuana de Nápoles o de la Ribera de Curtidores de Madrid.

Yo supongo que Armendáriz no podía tener bastante experiencia para dudar con fundamento de la terapéutica comprobada en cientos o en miles de años, y pienso que

si no creía en ella era porque tenía esta fantasía, no porque hubiera experimentado los medicamentos de una manera científica y seria.

Varias veces encontré al médico en la calle, y hablamos. Nos gastábamos ciertas bromas, él sobre mis lecturas filosóficas y yo sobre sus aficiones a la magia.

Teníamos dos puntos de vista distintos: yo creía en la ciencia y no creía en las opiniones de la gente corriente, que me parecía no llegaba a discurrir con discreción y de una manera racional; él pensaba lo contrario, y tendía a suponer que cualquiera era capaz de sobrepasar el punto de vista del hombre de ciencia.

Esto le inclinaba a aceptar como buenas las fantasías misteriosas del vulgo y a pensar al mismo tiempo que en los médicos famosos, antiguos y modernos, había un poco de malicia y de farsa. Yo protestaba de tal idea.

Yo argumentaba en contra de su teoría con las razones claras y concluyentes de la *Introducción a la Medicina Experimental* de Claudio Bernard, que por entonces había leído.

—Si yo estoy también de ese lado —me decía Armendáriz—; pero si los hechos misteriosos se comprueban, ¿qué diría usted?

—Si eso fuera posible no diría nada; pero los hechos no se comprobarán.

—Ya veremos.

—Esperemos unos años.

—Esperaremos todos los que podamos mientras vayamos viviendo.

Armendáriz se mostraba muy inclinado al espiritismo, a la magia y a la homeopatía. Alian Kardec, Flammarión, el vizconde de Rochas, Lombroso y Richet, con su metapsíquica, eran tan científicos para él como Newton o Copérnico.

También nos separaban las opiniones artísticas y literarias. Él era muy filarmónico y wagnerista; consideraba la obra de Wagner como una síntesis de toda la música; a mí no me gustaban las óperas más que como recuerdo del pasado; toda la filosofía, la mística wagneriana y su teatrocracia me parecían un tanto aburridas y pretenciosas.

En literatura, él se entusiasmaba con los libros de Maeterlinck, de Huysmans y de Jean Lorrain, que a mí no me gustaban nada y que se me figuraban aparatosos y pedantescos.

—Todo eso no son más que palabras, vejeces, vueltas a la magia y al lugar común. El conde de Saint-Germain y Cagliostro eran una mezcla de farsantes y de ilusos. Des Esseintes y el señor de Phocas no son más que aburridos y poco interesantes.

—Usted no tiene —me decía él— el órgano del respeto.

—¿Y usted sí?

—Más que usted.

—¡Qué sé yo! Eso habría que ponerlo en claro.

Armendáriz era hombre entusiasta de la naturaleza, que podía emborracharse con el aire y con la luz, con el agua y con la niebla, con las rocas y con las florecitas del

campo; hombre impresionable y al mismo tiempo indiferente y duro para todo lo que consideraba malo.

En lo que estábamos los dos de acuerdo era en que el siglo XIX empezaba a decaer y que nuestro tiempo no tenía el prestigio del período romántico. Todo comenzaba a ser mediocre y vulgar. Ya no había el encanto de sentarse al lado del fuego y de oír una historia de guerrilleros, de contrabandistas o de aparecidos y marcharse a la cama con un poco de miedo.

Armendáriz tendría unos veinte años más que yo. Las últimas veces que le vi andaba triste y desconcertado. Ya no se mostraba tan *dandy* como en sus buenos tiempos. Es posible que hubiese tenido entonces algún desengaño amoroso. Quería marcharse a América, donde un hermano suyo se había hecho rico en el comercio y tenía grandes haciendas.

Una de las veces que le encontré me contó que había escrito algunas impresiones de su vida de médico de pueblo.

—Hombre, eso será interesante —le dije yo.

—Si quiere se las doy, por si las puede aprovechar usted, que es aficionado a la literatura. A mí no me sirven para nada.

—Bueno, mándemelas usted —le dije—. ¿Por qué no quiere conservar esos recuerdos?

—Deseo liquidar completamente el pasado —contestó.

—Eso me parece muy bien —le indiqué yo—; liquide usted también sus fantasías supernaturalistas.

Él se rio.

En muchas descripciones de nuestro amigo Armendáriz no debe haber una exactitud completa de sitios y de paisajes. Seguramente, aunque a veces tenía cierto deseo de ser realista, otras la imaginación le llevaba a modificar los detalles de los lugares y de los rincones, dándoles más aire de fantasía.

Armendáriz me envió unos cuadernos con historias, sucedidos y cuentos, que me parecieron, en gran parte, de un neurasténico.

Abusaba sobre todo de los misterios y oscuridades, y me pareció que para hacer legibles sus relatos habría que despojarlos de sus divagaciones explicativas, que con frecuencia eran absurdas y sin ningún valor.

Poco después de hablar con él, el hombre desapareció sin despedirse de nadie, y no se tuvieron noticias suyas. No se supo adonde había ido a parar y pronto se le olvidó.

Una serie de relatos de Armendáriz que intercala en sus notas de médico son estos que traslado, y en los que suprimo explicaciones inútiles.

LA MAYORÍA DE LAS HISTORIAS que cuenta Armendáriz están relacionadas una con otra y tienen el título general de *El Puente de las Ánimas*.

Confieso —dice el doctor— que me costó bastante tiempo averiguar si este viejo puente de la barriada de Olázar en el pueblo de Recalde se había llamado así o no. Al último pude comprobar que el nombre era verdadero, pero que ya no lo recordaba nadie. Al parecer el puente antiguo, además de Puente de las Ánimas (*Arimaco Zubia* en vasco) se había conocido también por *Gentil Zubi* o Puente de los Gentiles.

El secretario del Ayuntamiento de Recalde, señor Zulaica, a quien vi varias veces, me confirmó que en los papeles del archivo, el puente se denominaba desde tiempo antiguo de las Ánimas; luego, al parecer, se olvidó su nombre y como no había posibilidad de confusión se le llamaba solo «el Puente». Después, cuando se derribó y se hizo otro de cemento, el nombre, como era natural, no subsistió. Sin embargo, algunos vecinos creyeron después que el Puente de las Ánimas (*Arimaco Zubia*) había sido uno pequeño que cruzaba el arroyo Uasiña y que estaba cerca de una ermita, pero no había tal; este puentecillo, que era también antiguo, se llamaba del Beso, en vascuence Zubi-musua.

Arimaco Zubia era un puente largo, estrecho, negro, con tres arcadas ojivales y la del medio más elevada que las de los extremos. Esta forma hacía que pareciera de mucha altura por el centro y muy bajo por los lados.

El motivo de la elevación no era solo cuestión de estilo, sino también de resistencia, porque esta forma peraltada da más solidez a esa clase de obras. Desde los extremos parecía mucho más angosto de lo que era en realidad.

Aunque con algunas dificultades, dos carros podían cruzarse y pasar en dirección contraria.

El puente mostraba pretiles de piedra ruinosos, el suelo excavado y lleno de agujeros por el tránsito y por las lluvias. A un lado, hacia donde venía el río, tenía tres pequeños baluartes, en ángulo agudo, mirando hacia el monte. En el de en medio, según algunos, había en otros tiempos una hornacina con una imagen religiosa, de la cual no quedaban vestigios.

El pilar de la orilla izquierda y convexa del río daba sobre un arenal. Este arenal se agrandaba en verano cuando el estiaje; el de la derecha se apoyaba sobre la orilla cóncava y rocosa y tenía una hoya oscura y profunda donde, al decir de la gente, muchas personas se habían ahogado y donde aún todos los años desaparecían corderos, ovejas y perros.

Desde fuera, el Puente de las Ánimas se veía por los dos lados cubierto de hiedras y de toda clase de plantas parásitas. Un botánico hubiera tenido allá materia para clasificaciones y para lucir nombres en latín. Por todas las juntas de las piedras brotaban hierbas verdes y en medio salían arbustos de troncos gruesos y entre ellos

una higuera con hojas grandes y carnosas, que no producía más que frutos liliputienses y sin el menor gusto.

Arimaco Zubia, que debía contar ya sus cuatrocientos o quinientos años, no tenía historia conocida; sin embargo, debían de haber pasado en él cosas graves.

Modernamente, en tiempo de la guerra de Godoy con la Revolución Francesa y después cuando la época de la Independencia, hubo allí encuentros sangrientos.

Se decía que en un campo próximo se había enterrado a los soldados ingleses muertos no católicos. En la primera guerra carlista se había oído con frecuencia alternar las notas de la marcha de *Oriamendi* con las del *Himno de Riego*.

Arimaco Zubia, en un día brumoso y a cierta distancia, parecía la silueta gigantesca de un camello que quisiera pasar el río.

Una de las veces que estuve en Recalde —añade Armendáriz— fui a ver al secretario del Ayuntamiento para preguntarle por el Puente de las Ánimas.

Me dijo que en el pequeño archivo municipal había relaciones y cuentas de los trabajos para la construcción y la reparación de la obra. Al parecer, se había comenzado a construirla a principios del siglo xv y luego se habían hecho muchos arreglos y composturas.

En los papeles del archivo se hablaba de las avenidas o aguaduchos del río que tapaban los arcos del puente, a pesar de que eran de gran montea, y que daban mucho que hacer a los constructores. También se hablaba de la recomposición de los muelles, a los que se llamaban *cais*.

Se citaba a los constructores, a los que se les decía *manachueres*, sin duda de la palabra inglesa *manager* (empresario o director). Con mucha frecuencia los Ayuntamientos anteriores tuvieron que preocuparse de recomponer trozos de fábrica antigua y de reparar el arco mayor y el empedrado.

Estos modestos *manachueres* tenían que oponerse con pocos medios a las devastaciones del río, que a veces tomaba proporciones amenazadoras, y luchar contra los estragos de las avenidas y de las inundaciones que descarnaban los cimientos de la obra.

Es posible que en épocas anteriores la costa fuera más lluviosa y el agua de la ría llegara de dentro de tierra en mayor abundancia.

En una riada del siglo xviii el arco de la izquierda se desmoronó en parte.

En cuanto a la hornacina, por lo que dijo el secretario, había quedado destruida en un encuentro ocurrido entre guerrilleros y tropas francesas durante la guerra de la Independencia.

Había, asimismo, en el Ayuntamiento algunas cédulas antiguas en las cuales se hablaba del tributo que tenían que pagar los arrieros por las acémilas que pasaran. Este tributo consistía en unos casos en un dinero, en otros en un cornado y en otros en un maravedí, y se destinaba a los reparos de la fábrica.

¡Qué contraste entre lo pintoresco antiguo y lo insípido moderno! De este modo llevamos el camino de convertir nuestros pueblos en arrabales feos y sin carácter.

El asunto de las reparaciones era muy largo y había muchas cuentas de trabajos de albañiles y de canteros. Al parecer, varias veces se tuvieron que revestir de estacas los machones porque los cimientos se iban descarnando, y en una ocasión las aguas rompieron el arco de la izquierda. Según el secretario, algunos opinaban que en épocas antiguas el río era más caudaloso y las inundaciones más impetuosas. Aquellos pobres constructores tenían que luchar con pocos medios contra las avenidas.

Después de ver al secretario —dice Armendáriz— quedé un tanto defraudado pensando en mis pobres condiciones de observación. Había cruzado por delante de Arimaco Zubia tres o cuatro veces y no se me había ocurrido observarlo con atención. ¿Por qué me chocaba que los demás, sin ninguna curiosidad artística, no lo recordaran? Ellos y yo hubiéramos pasado por delante de una obra de arte llena de interés o por un acontecimiento histórico trascendental y no lo hubiéramos sabido ver y comprender.

Que en aquella época antigua unos canteros oscuros supieran hacer una obra tan elegante, tan esbelta y no dejaran su nombre, y que constructores modernos no supieran hacer más que el nuevo puente de cemento vulgar y mediocre, era cosa extraña.

RESPECTO A LA MITOLOGÍA del puente viejo no quedaba nada. Yo suponía que debía de haber muchas leyendas sobre las construcciones de esta clase, y efectivamente, en algunas obras de folklore vi que las había.

Parece que en la antigüedad, en época anterior al cristianismo, los *pontifex* romanos eran, entre otras cosas, los que dirigían las construcciones para cruzar los ríos. En Grecia pasaba lo mismo y esa arquitectura era ritual. El pueblo creía que la construcción de un puente era algo superior a las fuerzas del hombre.

*El puente del Guadiana  
no lo hizo mano humana.*

En el mundo existió siempre el culto de las corrientes de aguas, de los ríos y de los arroyos. Un naturalista alemán, Bossetk, del siglo XVIII, publicó un libro titulado *De Cultu fluminum*.

En nuestro tiempo y sobre todo en España no hay ese culto y se ven parajes en donde el arroyo o el río, que a poca distancia de entrar en el pueblo es todavía limpio y claro, se convierte al llegar al caserío en una alcantarilla inmunda, con montones de basura, cacharros viejos, zapatos y gatos muertos.

Antiguamente se creía en el carácter divino de los ríos y de los puentes. De la Edad Media queda la leyenda de los santos y de los obispos constructores.

Se dice que San Armengol o Ermengol, obispo de Urgel, murió cuando revisaba un puente sobre el Segre, el Pont del Bar. En su oficio en latín sobre este santo se habla del hecho:

*Que peragebat opus  
Barensis pontis adivit  
Et subito lapsus  
De culmine pontis oblivit.*

(‘Cuando inspeccionaba la obra del Puente del Bar, cayó rápido desde lo alto y murió.’)

Hay que señalar como contraste que si este puente sobre el Segre lo hizo un santo, otro próximo del mismo río, el de Orgañá, lo hizo el diablo.

En el *Diccionario Geográfico de España*, en la sección segunda, que se refiere a la provincia de Logroño, dice don Angel Casimiro de Govantes:

En los siglos XI y XII hubo algunos santos que con el objeto piadoso de facilitar las peregrinaciones a los santos lugares mejoraron las antiguas calzadas, construyeron otras, levantaron puentes y fundaron hospitales u hospederías.

La Rioja y la Bureba reconocen entre estos piadosos bienhechores a dos paisanos, Santo Domingo de la Calzada y San Juan de Ortega.

Esta devoción se conformaba con la voluntad del Rey Don Alfonso el VI, de quien dice Pelagio en el Cronicón de los Reyes de León que procuró se construyesen todos los puentes desde Logroño a Santiago:

«Studit facere omnes pontes qui sunt a Logronio usque ad Sanctum Jacobum».

Acaso la circunstancia de haberse retirado Santo Domingo a hacer vida eremítica en un palacio o castillo viejo que consta existió donde hoy está la ciudad del mismo nombre, una legua al Sur del punto por donde pasaba la calzada romana que iba de Italia a Astorga, cuyos rastros se ven aún hoy en Valpierre, Ormilleja y Villalobar, términos y poblaciones próximas, fue causa de que viendo los trabajos que pasaban los peregrinos que iban a Santiago, procurase aliviar sus penas mejorándoles el camino.

Lo primero que construyó nuestro ermitaño fue un puente, el mismo que aun hoy existe después de ocho siglos, aunque muy deteriorado. Es presumible que Santo Domingo colocara el paso más arriba de la antigua calzada con dos objetos: uno para encontrar el álveo más recogido cerca del monte y el otro para lograr terreno más sólido para los cimientos.

En el libro de don Mariano Barruso y Uclo, titulado *Historia del glorioso Santo Domingo de la Calzada y de la ciudad del mismo nombre*, se dice que el primer puente que hizo construir este santo fue uno sobre el río Oja que tenía veinticinco arcos y que después fabricó o reparó los de Logroño y de Nájera, estos en colaboración con su discípulo San Juan de Ortega.

Respecto a San Juan de Ortega, llamado también Juan el Ermitaño, se le atribuye la construcción de los de la comarca de la Bureba y de Montes de Oca, entonces completamente desierta y selvática.

En el País Vasco —dice Armendáriz— no he oído que ningún puente se considere como hecho bajo la dirección de un santo. Las leyendas que más o menos transformadas quedan en la tierra son todas paganas: en una interviene el diablo, en la otra las lamias y en la otra los gentiles. El diablo promete al cantero hacerle el puente si le vende su alma primero, y el cantero acepta y luego se arrepiente y el diablo se escapa sin terminar su trabajo. En la otra leyenda las lamias prometen construir la obra antes de que el gallo cante al amanecer, y cuando canta se escapan sin poner la última piedra. Con los gentiles pasa lo mismo. En Olázar no quedaba ninguna de las tres leyendas.

Preguntando aquí y allá, a una vieja le oí decir que cuando se derribó el Puente de las Ánimas (Arimaco Zubia), en uno de los pilares se encontraron unas monedas, y que aquellas monedas no tenían buen aspecto y que parecían ser más del demonio que de Dios. Ahora, cómo comprendió la vieja este carácter, eso no lo dijo.



## **PRIMERA PARTE**

---

# **EL ESTANQUE VERDE**

ALLÁ, CUANDO YO COMENCÉ a ejercer la carrera —dice Armendáriz—, hacia 1866, después de la guerra civil, mi compañero Fermín Ochoa, médico de Recalde, me preguntó si querría sustituirle durante un par de semanas, haciendo la visita de su pueblo.

Contesté que sí, que no tenía inconveniente. Recalde distaba de donde yo vivía una legua y media.

Ochoa era hombre acaudalado, de buena posición, propietario de una cantera próxima y casado con una mujer de familia rica. Me dijo que me mandaría un tílburí para que yo hiciera la visita con comodidad.

El coche vendría a buscarme por las mañanas cuando hubiera enfermos. Entonces había pocos, y no hice en Recalde más que tres o cuatro visitas de médico para ver a algunos viejos que no tenían más enfermedad que la de su vejez, y a los cuales no se les podía recomendar nada eficaz.

Era a mediados de otoño. Salía yo por la mañana camino del pueblo, que está en el interior de la provincia, y siguiendo el río llegaba en el tílburí en una hora, poco más o menos.

Recalde se encuentra cerca de la carretera general, en un valle muy fértil. Es un conjunto de casas, casi todas nuevas, a orillas del río Uría. Es un pueblo con una plaza bonita, una iglesia, un juego de pelota y un pequeño parque. En estos últimos tiempos, por lo que me han dicho, ha mejorado y se ha llenado de fábricas y de hoteles.

El viaje me resultaba agradable; un paseo por el campo. Iba por la orilla del río Uría, cruzaba una trinchera que ahora, según me han dicho, se ha ensanchado y casi desaparecido, y llegaba al valle amplio y soleado, donde se encontraba el pueblo.

Recalde era entonces muy limpio y agradable. Las casas nuevas, con fachadas blancas y flores en las ventanas, las puertas y balcones pintados y las calles con aceras de piedra, le daban un aire coquetón. A poca distancia de Recalde se encontraba el barrio de Olázar, que en aquel tiempo estaba medio arruinado.

Armendáriz, al hablar de este barrio puso en su cuaderno Olázar, con acento en la primera a. Yo quizá no lo hubiera puesto de ese modo, porque no creo que la mayoría de las palabras vascas de tres o cuatro sílabas sean todas esdrújulas; pero supongo que él al ponerle el acento querría decir que lo había oído así.

A pesar de que me dijeron varias veces que esta barriada de Olázar era barrio curioso, yo, al principio, no le encontré nada de extraño.

Estaba a orillas del río, y se componía de unas cuantas casas grandes y negras. La principal, la que primero se presentaba a la vista al acercarse al poblado, era la mayor de todas ellas, y se llamaba Jáuregui o Jaureguía. Se hallaba en una plazoleta.

Algunos campesinos denominaban indistintamente Olázar lo mismo al barrio que a esta casa.

Jáuregui era un caserón como otros muchos que hay en el País Vasco, sin arquitectura bien definida, que fueron de familias de labradores ricos e hidalgos de otro tiempo y que han ido decayendo.

Tanto me hablaron de Olázar y de su torre, que una mañana que llegué a Recalde y no tenía nada que hacer fui con intención de verlos despacio.

Olázar quiere decir en vasco herrería vieja.

La fábrica y el barrio eran efectivamente muy viejos. El barrio se hallaba formado por varios caseríos, colocados en un terreno estrecho, como un espolón, en la confluencia del río Uría y de un arroyo. En este punto se encontraba el puente viejo y negro cubierto de hiedras, el Puente de las Ánimas.

Las casas tenían huertas con tapias medio derruidas, llenas de hierbajos y de plantas parásitas.

Desde la plazoleta de la entrada del poblado no se notaba la torre; pero desviándose a un lado o a otro, aparecía por su altura dominando las casas a orillas del río.

Unos la llamaban por el barrio, la torre de Olázar, y otros, por lo que pude ver después, la casi totalidad del pueblo, la torre de Uría.

Era una torre negruzca, de piedra, adosada a una de las esquinas de la casa llamada Jáuregui. Era bastante grande, antigua y oscura.

La torre, yo creo que era cuadrada, aunque quizá fuese solo rectangular. Yo, naturalmente, no la medí y no vi si sus cuatro lados tenían las mismas dimensiones. Era de piedra tallada; de color negro, no de mampostería, sino de sillares oscuros. Yo creo que tendría de doce a catorce metros de ancho y de veinticinco a treinta de alto.

Después de la casa y de la torre, se alargaba la pared de la huerta de Jáuregui, por la orilla del río, y por encima de esta tapia se veían árboles frutales viejos y un grupo de magnolias grandes, que en aquella estación se mostraban llenas de flores blancas, y otros grupos de arbustos poco frecuentes en el país llamados *lagestremia rosa*, que inundaban con sus flores de ese color uno de los ángulos de la huerta.

La torre de Uría me sorprendió por su aspecto. Por entonces ya debía estar desmochada y convertida en almacén.

Las paredes del torreón que daban hacia el camino y al río eran, como he dicho, de piedras negras y bien talladas, y las que daban al lado contrario a la huerta de Jáuregui de cascote y argamasa. El viejo edificio tenía algunas troneras y una puerta ojival.

Me desvié un poco para verlo mejor. Era un torreón cuadrado, en parte derruido, con algunas almenas y una cubierta improvisada, evidentemente moderna. Mostraba varios agujeros hechos con intención, quizá para poner andamios. La entrada, en arco gótico, de piedras oscuras, tenía un escudo pequeño y borroso.

En el piso primero, en dos de las paredes, había unos ajimeces con la columna del centro rota; en el segundo piso, unas ventanas, algunas tapiadas con ladrillo y otras con tablas, y en la parte baja, unas saeteras estrechas y largas abiertas en la piedra que terminaban por abajo en un círculo. Esto les daba la forma de notas en papel de música, porque tenían una rendija vertical y abajo un agujero redondo. Algunas de estas aberturas del muro eran como las aspilleras corrientes, como una I mayúscula, y estaban tapadas a medias con hierbas y helechos.

Sin duda en otro tiempo el peligro para los habitantes de la torre de Uría estaba hacia el interior por donde llegaba el arroyo, y no por la entrada del pueblo, porque todas las aspilleras miraban en aquella dirección.

La torre debió de ser construida probablemente por algún banderizo, y quizá había sido incompletamente arrasada en tiempo de Enrique IV, cuando este rey acabó con las guerras de los linajes en Guipúzcoa y Vizcaya.

Algunos aseguraban que este torreón constituía una línea de defensas que bordeaba el río, y comenzaba en una atalaya ya en ruinas colocada sobre una peña en la desembocadura del Uría y que llegaba al interior.

Había también quien afirmaba que la torre empezó su vida en castillo, siguió luego en palacio y concluyó en caserío o almacén.

Quizá en épocas remotas fue el centro de un pequeño clan que tuviera su jefe y su manera de regirse. De todas maneras, se veía que el edificio era antiguo, probablemente del siglo XIV o XV.

No se sabía nada de su construcción, ni a nadie le interesaba lo más mínimo; falta de curiosidad muy característica en el país. En algún archivo quizá hubiera algún documento sobre su origen; pero, ¿quién iba a buscarlo? La historia que no se conoce es como si no existiera.

La torre de Uría, con sus paredes oscuras y su tejado invadido por enredaderas, en unas partes verdes y en otras de color rojo, servía para que los gorriones, golondrinas y lechuzas hicieran allí sus nidos.

A pesar de estar decaída y despreciada, todavía conservaba detalles de grandeza. El arco de entrada tenía un dibujo elegante, y la puerta, de tablas de nogal, magníficos clavos forjados, que varios aficionados a las antigüedades quisieron arrancar, sin poder conseguirlo. La torre de Olázar aún producía un poco de respeto y terror a la gente del pueblo, que con gusto la hubiera hecho desaparecer.

—Estos edificios viejos hay que derribarlos —decía algún vecino—. No sirven para la vida moderna.

—Tampoco creo yo que nosotros sirvamos para la vida moderna —contestaba un observador filósofo y humorista.

Varios creían que el torreón había tenido un foso que se llenaba con el agua del arroyo, otros lo negaban. Los primeros decían que si no foso, quizá en otro tiempo se servían del agua del río para inundar las tierras próximas a la torre.

Había gentes que contaban cómo antiguamente habían pasado allí cosas terribles; pero lo cierto es que nadie sabía nada de la historia verdadera de la torre. Indudablemente algo había ocurrido dentro de aquellas paredes, y con algún objeto se había construido el edificio; pero, como digo, nadie sabía su historia. ¿Había sido un castillo militar? ¿Había pertenecido a una familia importante? Si era de una familia importante, ¿cuál era esta?

En el barrio de Olázar no quedaban señales de que hubiera habido iglesia ni casa del Ayuntamiento. La torre parecía haber sido lo principal de la barriada. Después, la fragua había llegado a tener sin duda más importancia, y desde entonces el barrio se llamó Olázar, ‘Fábrica Vieja’.

La casa Jáuregui o Jaureguía era más moderna, de principios del siglo XIX o quizá del final del XVIII.

El barrio de Olázar —como he dicho— era un macizo de veinte o treinta caseríos viejos entre el río y el arroyo, casi todos ellos con paredes con entramado de madera y balcones también de madera, con portales grandes.

Una de estas casas tenía un arco de piedra con una decoración de figuras raras y de varias lunas y de soles bastante curiosa. Por lo que me dijeron después, la casa se llamaba Mairuenea, o sea ‘casa de las Máscaras’.

Sin duda en tiempos antiguos vivieron en aquel barrio los ferrones que trabajaban en las fraguas.

En este poblado de Olázar había antiguos almacenes de carbón abandonados, grandes y altos, con techumbre de tejas oscuras, sostenidos por vigas negras.

Entre las tapias se formaban callejas estrechas, en vascuence llamadas *artecas*, a las que daban las ventanas de las cocinas y donde caía el agua de los fregaderos.

El carácter industrial de la barriada se había borrado cuando yo lo vi, y se había convertido en una aldea de labradores. En las tres o cuatro callejas de que se componía el barrio, delante de las puertas de las casas, se veían montones de helecho seco, carros de hierba y cerdos y gallinas, que hozaban unos y picoteaban las otras por los rincones.

Había cuatro o cinco caseríos cerrados, convertidos en almacenes. Se advertía rara vez gente por estas callejas; tampoco había chiquillos jugando: todo ello daba una impresión de abandono y desolación. En el silencio aquel se oía únicamente el canto de los gallos, que resonaba estrepitosamente en los días claros o lluviosos.

Estas casas, y también los huertos que caían hacia el arroyo, tenían escaleras de piedra que bajaban hasta el agua.

Algunos suponían que antes se llevaron barcas o balsas desde el Puente de las Ánimas, cerca del río, hasta una aduana antigua que estaba en la desembocadura del Uría, en un grupo de casas entre las marismas, llamado Padura Berri.

Adosado a la torre, se levantaba —como he dicho— el edificio importante del barrio, Jaureguía.

Jaureguía se hallaba en la plaza donde desembocaba el camino de Recalde y no se abarcaba bien desde las casas de enfrente porque la plazuela era estrecha. La fachada era grande, con dos pisos con balcones de hierro trabajado. El piso bajo tenía la entrada en arco y varias ventanas y saeteras.

Era el casón en parte de color amarillento, y estaba continuado por una tapia larga que seguía la orilla del río.

Tenía cuatro paredes casi iguales, construidas en la parte baja en las esquinas con piedras de sillería, y en la alta, a cal y canto.

La puerta principal, de arenisca amarilla, estaba tallada en arco, con las dovelas muy bien ajustadas, y en la clave ostentando un escudo borroso.

Las paredes entonces se hallaban sin revocar, con manchas negras de humedad y con hierbajos que salían de las juntas de las piedras.

El doble alero del tejado faltaba en varios trechos, y la veleta roñosa, con una cruz de hierro, estaba anquilosada, como hubiese dicho un médico, y no podía moverse.

Al tejado, de cuatro vertientes, habían subido las hierbas y las enredaderas.

Debajo del alero, que salía mucho, por la parte que daba al río, se abría una solana y dejaba ver el interior del desván desde fuera. Había multitud de ventanas de distintos tamaños y ninguna simetría, algunas tapiadas y otras con maderas rotas y negras con un pequeño cristal en el centro.

Daban al río la casa, la torre y luego el jardín contiguo con mirtos y tejos que avanzaba con su tapia de piedra. En el final del jardín se levantaba un cenador cubierto con enredaderas.

La tapia que corría a lo largo del río, en muchos sitios se hallaba agujereada y rota, con las piedras caídas, y por los agujeros se veía el huerto y el jardín lleno de maleza.

OTRO DÍA VOLVÍ DE NUEVO al barrio de Olázar para inspeccionar Jaureguía por dentro. Se aseguraba que en esta casa se guardaban documentos y papeles viejos referentes a la torre y a la forja. Pura fantasía. No quedaba nada.

Por dentro se advertía lo grande que era el caserón. Todo estaba en gran abandono: la escalera, ancha, de grandes tablones de castaño, se hallaba carcomida y con el barandado compuesto con pedazos de madera sujetos con clavos; los tramos del segundo piso se encontraban en algún mejor estado que los del primero, y los del desván no tenían más que la suciedad acumulada por los años.

El desván, con un armazón de gruesas vigas de roble, recordaba el interior de una iglesia.

En el piso bajo se veía una enorme cuadra muy negra, llena de hierbas, helecho seco, algunos aperos de labranza, una gran cuba de sidra, de las que llaman en el país con la palabra latina *cupela*, no muy exactamente con arreglo a su sentido etimológico, porque *cupela* en latín quiere decir ‘cuba pequeña’, y allí, por el contrario, ‘cuba grande’. Había también un carro desvencijado en un rincón y pesebres adosados a los muros. En los techos, las vigas de la cuadra estaban llenas de telas de araña, que seguramente hacía muchos años no se habían quitado, y las paredes, con las piedras sin encalar.

Salió una mujer con los pies descalzos, al entrar yo, a mi encuentro, y le pregunté si podría pasar a ver la casa.

«Sí, pase usted —me contestó amablemente, y añadió—: Aquí poco podrá usted encontrar. No hay más que pobreza.»

Subí al piso principal. Se veía que en otro tiempo había habido grandes salas. Algunas conservaban todavía trozos de telas y de papeles antiguos muy decorativos. Había muestras de estos de distintas clases y de distinto color; rojo y dorado, con flores y con pájaros. Una de aquellas salas, con gran balcón hacia el río, tenía un artesonado con medallones pintados. Otras salas, sin duda, se dividieron posteriormente con tabiques de madera, se hicieron cocinas y se pusieron fogones en los huecos de las ventanas.

Para pasar a lo que debió de ser un gran salón había que subir un tramo de escalera, y contigua a esta sala había otra, acaso biblioteca, donde todavía se conservaba en uno de los ángulos un armario viejo, sin cristales, lleno de papeles mohosos y polvorientos.

Quedaban en uno de los estantes del armario algunos libros franceses del siglo XVIII muy bien encuadernados, que no debió de haber leído nadie, obras incompletas de Fontenelle, de Helvetius, tomos del *Diccionario Filosófico* y otros varios volúmenes medio deshechos y con las hojas abarquilladas.

De una de las salas del primer piso bajaba al parque una hermosa escalera con barandado de hierro forjado. La parte simétrica del jardín había sido, sin duda, trazada al estilo francés de Le Nôtre.

Todavía se notaban los caminos medios borrados con bancos de piedra en los bordes, llenos de líquenes y musgos y con algunas esquinas rotas. Los macizos de boj, mirto y tejo formaban figuras geométricas, y entre ellos salía algún rosal que todavía tenía flores.



III

---

DOÑA ÚRSULA

UN DÍA QUE YO MARCHABA a casa después de hacer la visita me encontré con el doctor Ochoa.

—¿De vuelta? —le pregunté.

—Sí, ya estoy de vuelta. ¿Quiere usted venir a almorzar conmigo?

—Vamos.

—Después, si quiere usted, iremos a tomar café a casa del maestro.

—Bien.

—¿No le conoce usted?

—No.

—Es igual, yendo conmigo.

Luego de comer fuimos a casa del maestro.

Aquel día se celebraba el santo de la suegra de aquel señor, y había bastante gente en la casa. Entre las señoras se destacaba una pariente de la familia que estaba pasando allí algunos días.

Era la dama de más de sesenta años, con un tipo distinguido, el pelo blanco un poco alborotado, cofia de encajes en la cabeza y vestido negro. Se llamaba doña Úrsula.

Según nos contó, tenía dos hijas casadas en San Sebastián, una de ellas con un comerciante rico que había comprado todos los terrenos que fueron de la propietaria principal del barrio de Olázar, a la que llamaba *la Mayorazga*, y la otra con un militar.

Su hija, la propietaria, alquilaba un piso al maestro del pueblo. Doña Úrsula hablaba el castellano muy bien, como un libro, y a la gente le parecía un tanto pedante. Usaba palabras sabias, que la mayoría de las personas de Olázar no había oído de viva voz y que algunos quizá las habrían visto escritas en los libros.

A lo que en los pueblos vascos se llama *meta* de hierba o de helecho, ella decía almiar; a los alrededores los calificaba de aledaños, y hablaba de tierras inhóspitas y de lugares selváticos.

Doña Úrsula, que era —como digo— para los demás un poco afectada en su lenguaje, siguió contando sus historias en un castellano con fórmulas más literarias que populares. Así, decía con frecuencia «a la sazón», por decir entonces o por tiempo, y empleaba también en sus narraciones algunos refranes y giros que en general no se usaban en el país.

Al parecer se había educado en un colegio de Burgos, donde estuvo su padre de militar; luego se casó con un contratista de Recalde y vivió bastante tiempo en Madrid; después enviudó, y sus dos hijas se casaron pronto. Entonces pasaba una temporada con una de ellas y otra con la otra.

Era muy aficionada a reuniones y tertulias, y sabía historias de todo el mundo, que explicaba con muchos detalles.

Evidentemente, a doña Úrsula le gustaba escucharse; pero era verdad que solía contar cosas interesantes.

Como sabíamos que uno de sus yernos se había hecho dueño de casi todo el caserío de Olázar, le preguntamos por la torre y por la casa, por Jaureguía. Entonces doña Úrsula contó historias que se referían principalmente a un señor Norton, que formó una sociedad hacía muchos años y compró en otro tiempo parte de la fábrica y de las minas.

Todo ello se lo había contado su suegro; doña Úrsula consideraba que podía hablar de tales cosas porque seguramente nadie recordaría a las personas que intervinieron en ellas; todas debieron de haber desaparecido, y, según decía años antes su suegro, no quedaban en el pueblo de Recalde ni parientes ni amigos de estas.

Doña Úrsula nos habló del señor Norton, un ingeniero francés rico, que explotó la fábrica vieja del pueblo durante algún tiempo y modernizó la vida del barrio de Olázar. El señor francés parece que era un tipo extraño. Como los detalles sueltos que nos contó de él nos llegaron a interesar, le instamos a que nos dijera cuanto sabía de aquel hombre, que, a juzgar por su narración, era un tipo novelesco.

Naturalmente, el relato de doña Úrsula no fue desarrollado en un orden cronológico perfecto, sino que se desvió con frecuencia; de algunos hechos poco interesantes dio detalles minuciosos y de otras cosas más sugestivas para nosotros escamoteó los datos, quizá porque no los conociese bien o porque no quería contarlos.

ARMANDO OGIER NORTON —por lo que nos contó doña Úrsula— era un hombre notable, de inteligencia clara y de una energía extraordinaria, de familia rica, de grandes industriales. Su padre había vivido largo tiempo en Inglaterra, y tuvo después una fundición en Chalon-sur-Saône.

Se decía que los que tenían este apellido compuesto de Ogier Norton eran descendientes de Normandía, y antiguamente originarios de Dinamarca. Los normandos, como se sabe, proceden de los antiguos *wikings* escandinavos.

Armando Ogier Norton estudió primero en la Politécnica de París y después en la Escuela de Minas, donde fue de los primeros de su promoción.

En una de estas escuelas estuvo a punto de ser expulsado por frecuentar una sociedad secreta revolucionaria.

Su padre tenía influencias y paró el golpe, y cuando su hijo Armando acabó la carrera le envió a Inglaterra, donde tenía la familia algunos parientes, entre ellos una escritora del mismo apellido, a quien llamaban por sus ideas audaces lady Byron.

Hubo efectivamente una señora Norton, escritora inglesa, nieta del célebre orador y dramaturgo Sheridan, y a esta señora novelista y poetisa parece que llamaban en Inglaterra por su atrevimiento y su pasión la Byron femenina.

El joven Norton, de vuelta de Inglaterra, estuvo en la fábrica del Creusot y más tarde en América del Norte, siempre ocupado en cuestiones de minas y de metalurgia.

Armando Ogier era hombre de inteligencia clara y energía extraordinaria, como antes he dicho. Por lo que también he oído después, era alto, rubio, sonriente y de buen aspecto. Vestía con elegancia y hablaba lo mismo el francés que el inglés. Tenía la condición de ver casi tan bien de noche como de día. Era nictálope, según decía. Quizá exageraba un poco esto para hacerse el interesante.

Su familia pensaba que el joven Norton, *Norton junior*, acabaría siendo un completo *gentleman* en cuanto sentara la cabeza.

Armando sabía algo de castellano al llegar a España, aunque no lo hablaba con perfección. Lo había aprendido en Méjico.

La razón de venir el ingeniero francés a Recalde fue asunto de minas. Armando había conocido en la parte de Tejas a unos españoles que explotaban unos yacimientos de plata.

Uno de estos españoles, que llegó a ser amigo de Norton, le dijo que era de un pueblo pequeño vasco, llamado Recalde, donde había minas de hierro y una antigua ferrería. Este hombre, con el tiempo pensaba volver a España, y en vez de hacer la vida insípida del indiano desocupado que languidece estúpidamente paseando por una carretera o sentado a la mesa de un café de provincias, quería explotar las minas de alrededor de su pueblo y poner en marcha la antigua forja.

Norton le dijo, sin duda, que él volvía pronto a Francia, y se prestó a entrar en España y ver si se podía hacer algo industrial en Recalde.

Efectivamente, Norton entró en España y encontró que en el pueblo del indiano de Méjico se podían explotar las minas y aprovechar muchas de las antiguas forjas. Esto era hacia 1830.

La llegada del ingeniero a Recalde causó gran sensación, sobre todo cuando se supo que pensaba renovar y explotar la ferrería abandonada y las minas de los alrededores.

Era una esperanza para el pueblo.

El vasco de Tejas mandó dinero a Norton, y este, por lo que se dijo, hizo varios planos y una Memoria detallada y muy sabia. Poco después se formó una sociedad para la explotación de las minas de Recalde y del coto minero del Salto del Caballo, que era de otro Ayuntamiento próximo.

Entonces —según doña Úrsula— Norton no sabía apenas español y pronunciaba las erres como un parisiense. Estaba alojado en la fonda nueva de Recalde.

Dos años después, el vasco de Tejas, a quien nadie conocía, apareció por el pueblo. Era hijo de un antiguo obrero de las minas también desconocido, y se había marchado de la aldea cuando era muchacho. Este vasco se entusiasmó con las obras y con los proyectos de Norton y puso en ellos toda su fortuna.

Se hicieron dos hornos nuevos, un camino para llevar las vagonetas hasta un desembarcadero del río, próximo al Puente de las Ánimas, y otro muelle que se construyó a la salida del Uría, en un poblado entre las marismas, que se llamaba Padura Berri, que contaba con unas casas próximas al mar.

A poca distancia de la ferrería se construyó un chalet espacioso y cómodo para el vasco americano.

Todos los hombres del barrio de Olázar y muchos de Recalde y de los alrededores comenzaron a trabajar en las minas y en los hornos.

El vasco de Tejas tuvo mala suerte, porque cuando iba ya a ver su obra realizada, se murió. Sus parientes y herederos eran unos pobres campesinos, unos cuitados.

Los accionistas pidieron a Norton que siguiera al frente de la explotación, y el ingeniero aceptó el encargo en unas condiciones extraordinariamente ventajosas para él.

Norton estuvo algunos meses fuera, y luego, pasado este tiempo, apareció con su mujer, una señora llamada Florencia.

Era esta una inglesa, y por lo que se vio, no se entendía bien con su marido y tenía frecuentes riñas con él.

Norton era un conquistador, un Don Juan que perseguía a todas las mujeres, fuesen las que fuesen. Por lo que se dijo, en Chalon-sur-Saône estuvo a punto de que el ingeniero subalterno suyo en una fábrica, engañado por él, le metiera una bala en la cabeza.

Armando Ogier tenía accesos de misantropía, que desaparecían en cuanto se sentía nuevamente enamorado.

—Sin duda —dije yo—, su energía se había convertido en erotismo.

—Y, al parecer —agregó doña Úrsula—, decía más o menos en broma, que ponía en todas sus empresas y amores la violencia de un vikingo.

El ingeniero, por lo que dijo la gente, dirigió las minas y la fábrica con un éxito completo. Los accionistas estaban contentos, y todos veían un gran porvenir en la explotación.

Ya la empresa bien encauzada y en marcha, el ingeniero director se dedicó de nuevo a sus conquistas amorosas, con lo cual produjo la cólera de su mujer y la inquietud en las familias del pueblo y de los alrededores.

Norton, que era un cínico, decía que el hombre no se diferenciaba gran cosa del mono y que el canibalismo animal en el género humano había cambiado de forma, pero no de intenciones.

Después de un viaje a París, Norton se presentó en Olázar con la doncella de su mujer, una bretona grande y rubia, de más de cuarenta años, llamada Ana, y un jardinero francés, apellidado Fournier, y su hijo.

Por entonces, Norton se alojó en la casa grande de Olázar, Jaureguía, casa de la cual era dueña *la Mayorazga*, como llamaban a la heredera de aquella propiedad, como lo era también de casi todas las tierras del barrio y de la ferrería antigua.

La casa estaba un tanto abandonada; la heredera y su madre la alquilaban y habían ido a vivir a un pueblo próximo.

POR ENTONCES SE DIJO que la mujer de Norton, Florencia, había sido cómica, porque se le había oído recitar versos en su cuarto; también se contaron otras muchas fantasías sobre esta mujer. Todo era mentira; charlatanería y murmuración.

Al parecer, Ogier Norton, a eso de los treinta años, se enamoró de la dama inglesa, llamada Florencia Kennedy, y se casó con ella. Parecía que ya iba a tener una vida tranquila; pero pronto volvió a las andadas y a su vida de seductor. Eso, al principio, dio lugar a riñas con su mujer, que tenía muchos celos, y que acabó odiando a su marido.

También se aseguró entre la gente que Norton anduvo mezclado en una conjuración republicana en Francia, y que al meterse en España buscaba hundirse en la oscuridad y borrar su fama peligrosa de revolucionario.

Doña Florencia, la inglesa, no era muy amable con las mujeres de la aldea, a las que encontraba, en general, poco interesantes y sin cultura. Claro, ¡en una aldea pequeña, qué cultura va a haber! Doña Florencia parecía un poco indiferente a todo lo que la rodeaba, y únicamente se veía que le molestaban las excesivas atenciones de su marido por las demás mujeres.

Esta llegada de Norton con su familia dio mucho que murmurar en el pueblo; doña Florencia apenas hablaba con la gente, en parte porque no sabía el castellano y en parte porque, según se decía, su marido no quería que hiciera amistades con las personas de la vecindad.

Con frecuencia se veía pasar a la inglesa a caballo, vestida de amazona, con una toca de terciopelo sobre su pelo rubio. Otras veces iba, con una caja de pinturas y una sillita que desdoblaba, a sentarse cerca de una pequeña laguna que forma un arroyo que viene del monte, o a algún otro rincón que sin duda le parecía pintoresco.

Si se le acercaban los chicos a mirar lo que pintaba les hacía alguna pregunta; pero muchas veces se incomodaba, cerraba su caja, recogía la sillita y se marchaba enseguida.

Al cabo de poco tiempo llegó, según decían para ayudar a Norton en sus trabajos de minería, otro ingeniero francés o belga, Gastón Martignac, para quien prepararon unas habitaciones en el mismo chalet de las fraguas.

Este ingeniero casi todos los días comía y cenaba en casa del matrimonio Norton.

Norton y su mujer, los primeros años de su estancia en Recalde, se dedicaron de lleno al arreglo de la casa, del jardín y de la huerta.

Los dos tenían gran sentimiento decorativo, y ayudados por el jardinero Fournier hicieron un hermoso parque próximo a la casa, parque que avanzaba en dirección del arroyo.

Se pusieron muchos árboles y estatuas y se limpió una laguna que hay en la concavidad de unos montes, que doña Florencia llamaba el estanque verde. A esta laguna la gente la tenía por muy peligrosa y malsana, y se decía que no era prudente acercarse a ella.

Ni el ingeniero ni su mujer quisieron hacer caso de tales advertencias; al contrario, estaban muy entusiasmados con su parque y con su estanque romántico.

Se arregló la casa por dentro al gusto francés. Trajeron muebles lujosos, dorados, con tapicerías de guirnalda de flores, cómodas llenas de bronce y sillones forrados de sedas claras. Los pintores, los estuquistas y los doradores decoraron los salones de Jaureguía y todo quedó muy brillante y muy nuevo.

Cuando ya estuvo la casa con su jardín francés terminado, los señores de Norton dieron una gran fiesta. Se abrieron los salones que daban hacia el parque; este se iluminó con farolillos y se paseó por allí al son de la música hasta muy avanzada la noche.

A la fiesta convidaron a las personas más distinguidas del pueblo y algunas de más lejos.

Entre ellas se encontraba la mayorazga de Olázar, muchachita de dieciséis o diecisiete años, que vivía con su madre en el pueblo cercano.

Carlota de Jáuregui era entonces casi una niña; a primera vista parecía insignificante, pero mirándola con atención se comprendía que tenía gracia y que era atractiva.

Blanca de cutis, con el pelo castaño, los ojos grises, muy luminosos, y la boca grande, con perfectos dientes, tenía mucho encanto.

No había estado nunca en ninguna fiesta, ni había visto salones como los de Jaureguía, que era su casa solariega, y todo le causó un gran asombro.

El señor Norton se mostró muy galante con ella y obsequió a Carlota y a su madre durante la noche.

Doña Florencia, según me contaron, fue vestida a la fiesta con un traje que le enviaron de Londres. Se habló durante mucho tiempo de aquel vestido. Era de seda azul, con gran miriñaque, pliegues de encaje blanco con grupos de flores en la falda. Alrededor del escote, que bajaba por los hombros, llevaba rosas de té y también en el pelo, que le caía por detrás en bucles dorados. Tenía un abanico de nácar y otro colgado de la muñeca con una borla blanca, y alrededor del cuello un collar de terciopelo negro.

Este abanico —según decía doña Úrsula— pasó luego a ser propiedad de la Mayorazga y era magnífico. Tenía las varillas de nácar con incrustaciones de oro y el país pintado a la acuarela por uno de los mejores pintores de Inglaterra.

El ingeniero Gastón Martignac acompañó a Florencia, pero siempre parecía como cohibido ante ella. Era Martignac un joven tímido, muy estudioso y trabajador, a quien asombraba la energía y la exaltación de Norton. Florencia le trataba con simpatía y tenía amistad con él.

La inglesa, cada vez más insociable, salía muy poco de su casa y de sus jardines. Estos iban siendo admirables a medida que pasaba el tiempo.

Víctor Fournier, el jardinero francés, hombre de unos cincuenta años, atento y respetuoso, tenía un humor reconcentrado y misantrópico. Debía de ser viudo. Era muy trabajador, y como a su señora, doña Florencia, no le gustaba salir del barrio ni de sus jardines. Cuando no tenía trabajo solía estar leyendo debajo de un árbol, o paseaba por los alrededores pensando en nuevos proyectos estéticos para realizarlos en el parque.

Su hijo, Max, se mostraba como un tipo de cuidado. Su padre decía de él con frecuencia que era un *mauvais garnement*.

—Yo no sé si se dice así en francés —añadió doña Úrsula cuando explicaba esto.

—Sí; se dice de un perdido que es un *mauvais garnement* —contesté yo.

—Pues eso aseguraba siempre su padre. Cuando le mandaba algún trabajo en la casa lo hacía de mala gana. Max no salía de la taberna del pueblo o andaba persiguiendo a las chicas.

Pronto se vio que el señor Norton y Max se entendían muy bien, y que aquel se servía del mozo para sus combinaciones y para pervertir a las muchachas.

Siguieron en tiempos sucesivos mejorando la casa y los alrededores.

El jardinero francés, al parecer, sabía bien su oficio. Era hombre muy serio, mostraba gran respeto por doña Florencia, la consideraba mucho y tenía en cuenta todo cuanto le decía.

Max Fournier resultó un calavera. Se le veía siempre rodeado de otros chicos, los peores del pueblo, metido en la taberna, bebiendo y jugando. Max aprendió pronto a hablar castellano, y lo hablaba sin ningún acento francés, y aprendió también el vascuence. En cambio, su padre no daba pie con bola en esto y no se le entendía.



EN EL PUEBLO SE EMPEZÓ a decir que desde que Norton no tenía que ocuparse de la fábrica y de sus jardines no se le ocurría cosa buena. Perseguía más que nunca a las mujeres y dio dos o tres escándalos.

Se decía también que con esto doña Florencia se hallaba muy disgustada y que entre el matrimonio había grandes riñas por los celos muy fundados de la dama.

Las habladurías del pueblo cada vez eran mayores; se aseguraba que Norton iba constantemente a visitar a la Mayorazga, a la que hacía regalos de cosas ricas que traía de sus viajes a París y a Londres. También se dijo que Norton acusó a su mujer de entenderse con el ingeniero Martignac, y que por esta causa se provocó un escándalo terrible; que doña Florencia había insultado atrocemente a su marido, diciéndole que quería valerse de esa mentira para tapar sus amoríos y sus enredos.

Unos defendían a Norton y otros a Florencia; pero se iba viendo cada vez más que Norton quería deshacerse de su mujer para dedicarse a otros amores, y que entonces, probablemente, lo que más deseaba era casarse con la Mayorazga, de quien se decía que estaba completamente enamorado.

El ingeniero Martignac, que no había sido nunca ni atrevido ni donjuanesco, sino únicamente atento a su trabajo, viendo que todas estas escenas eran cada vez más desagradables, dijo que no quería continuar en Olázar y se marchó del pueblo.

Norton intentó disuadirle de su idea; pero viendo que no había remedio, le pagó y le dejó marchar.

Norton cada vez fue adquiriendo más fama de erotómano, de Barba Azul; era un conquistador, un corruptor de menores, un verdadero demonio. Como veía de noche, iba y venía en la oscuridad de acá para allá como un fantasma. Florencia ya no sentía por su marido más que odio y repulsión.

Un día, algunas personas del pueblo, desde la carretera, oyeron discutir al marido y a la mujer a gritos.

Hablaban en inglés; pero alguien, quizá la doncella, explicó la riña con detalles.

—Usted sabe muy bien que es completamente mentira lo que me atribuyen — parece que afirmaba Florencia.

—También puede ser mentira lo que cuentan de mí —contestó Norton.

—No; eso es verdad, y si valiera la pena le mostraría las pruebas; pero eso no me importa nada.

—Está bien. Entonces, si usted quiere, yo le daré una pensión para que viva donde le parezca, en París o en Londres.

—No.

—¿Por qué?

—Porque me gusta vivir aquí.

—Entonces haremos vida aparte. Usted tendrá sus habitaciones y yo las mías. Si le parece a usted, no habrá de común entre nosotros ni siquiera la escalera.

—Me parece admirable. Lo acepto, con tal de no verle.

Desde entonces se dijo que vivieron separados. Ella se fue a la parte de la casa próxima a la torre, y su marido a la parte nueva.

Doña Florencia era la que más utilizaba el jardín; se la veía pasear en él con frecuencia o sentada leyendo en el cenador que daba al río.

Desde entonces Norton anduvo desatado. La gente del pueblo vio cada vez más que no era un francés ligero y alegre como se creyó al principio, sino un hombre poseído por el demonio de lo sensual, un hombre que no paraba de perseguir a todas las mujeres, fuesen jóvenes o viejas, y capaz de hacer cualquier disparate si algo se oponía a sus deseos. Ya para muchos Florencia no era más que una de tantas víctimas suyas.

La inglesa salía poco de sus habitaciones y del parque. Se decía que leía y pintaba. Alguna vez, si hacía buen tiempo, iba a pasear por delante de la laguna que forma el arroyo, la cual, según decía ella en broma, era el antro de una ondina o de una sirena.

—Ahí tienen ustedes; ese es uno de los cuadros que pintó Florencia Kennedy —dijo doña Úrsula, señalándonos uno en la pared—. Mi suegro lo escogió, y ahí está desde entonces.

Me acerqué a verlo. Estaba muy bien. Era una pintura muy femenina, muy delicada y bien hecha. Se veía un estanque de color verde, rodeado de orillas llenas de vegetación, y en la boca de una gruta una ondina desnuda y sonriente con la cabellera suelta y rubia.

—Es muy bonito —dije yo—. Está compuesto y pintado con mucha ingenuidad y con mucha gracia.

—Aquí les parece un poco escandaloso —contestó doña Úrsula.

Las gentes del pueblo empezaron a asegurar que Florencia tenía manías raras. Hablaba sola; la habían encontrado riendo y recitando versos delante de un árbol grande que había junto al estanque verde. También se dijo que se dedicaba a la bebida, y que su marido favorecía su vicio y le llevaba toda clase de licores y vinos fuertes que traía de Francia.

Algunas veces los gritos de la inglesa se oían desde el otro lado del camino, y doña Florencia decía en francés, refiriéndose a Norton: «¡Canaille! ¡Misérable! ¡Salaud!»

La única que calmaba a Florencia era su doncella Ana, que la acostaba y cuidaba como si fuera un niño pequeño. Ana, la doncella de doña Florencia, tenía un gran odio por el ingeniero, pero no se atrevía a decirle nada, porque conocía el genio violento de este.

Ana se contentaba con murmurar con el jardinero francés Fournier, que también tenía mucha simpatía por su ama; pero tampoco se atrevía a chistar delante del señor Norton.

Algunas veces Florencia, cuando se encontraba bien, hablaba con Ana de cómo le atraía el rincón del lago y su agua dormida. Este sitio peligroso y solitario le hacía pensar en las personas que exteriormente parecían cándidas y sencillas y por dentro tienen un fondo sucio y cenagoso. En esta idea había, sin duda, una alusión a su marido.

En cambio, cuando contemplaba el agua que venía del arroyo, pura y cristalina, y pensaba cómo en su transparencia se podía ver hasta las fibras más pequeñas de una planta, quería encontrar simbolizada su manera de ser.

Por aquel tiempo Norton y Max, el hijo del jardinero, eran uña y carne. Norton parece que trataba muy respetuosamente a su mujer, y Fournier hijo, cada vez más vicioso, estaba echando a perder a la gente joven del pueblo; pero disimulaba con su aire cándido sus intenciones aviesas.

Por entonces, Max se dedicó a pescar; se pasaba los días en los alrededores del estanque verde y del arroyo, y ponía ceños y botrinos a las truchas y a las anguilas.

Un día de principios de otoño, Max Fournier volvió corriendo del monte con un aire asustado. Según dijo, había ido a echar unos anzuelos y había visto el cadáver de doña Florencia que flotaba en el estanque verde, sobre el agua, rodeado de las primeras hojas secas que caían de los árboles.

Sobre la laguna había en la orilla una pequeña plataforma, donde solía sentarse a pintar doña Florencia.

«A mi suegro —añadió doña Úrsula— le contaron que cuando se examinaron las estacas que sostenían sobre el agua aquella plataforma donde pintaba la inglesa, se vio que se hallaban serradas.»

Al parecer, esto lo dijo en confianza el jardinero Fournier algún tiempo después del suceso.

Otra vez miramos el paisaje pintado por la señora inglesa, con su estanque verde, sus hojas secas, que parecían pequeñas islas, y su ondina desnuda y rubia.

—¿Quién se supuso que había serrado las estacas? —pregunté yo.

—Max, el hijo del jardinero.

—¿Y no se le interrogó?

—No; desapareció poco después. Se dijo que se fue a Argelia. ¡Vaya usted a saber!

—¿Y aquellos palos no los vio la autoridad?

—No; no se hizo reconocimiento alguno. Esto yo lo supe ocho o diez años más tarde; me lo dijo mi suegro.

—¿Y el señor Norton qué hizo?

—El señor Norton se casó con la Mayorazga de Olázar, tuvo tres hijos y murió de una caída del caballo, no muy lejos del estanque verde.

—¡Qué rincón más trágico! —dije yo.

—El maestro le contará la continuación de la tragedia de este sitio, si le interesa —dijo doña Úrsula, sin duda ya cansada de tanto hablar.

—Yo no sé gran cosa de esa historia; no estaba aún aquí —dijo por la noche el maestro al recordarle la narración de doña Úrsula—. He oído decir que la muerte de la inglesa causó una enorme sensación en el barrio. Casi todo el mundo pensó que había sido un suicidio, dada la vida triste y solitaria que llevaba. Algunos aseguraban que no, que fue una desgracia casual; que al ir a pasear por las orillas del estanque verde, como hacía poco había llovido y la tierra estaba resbaladiza, perdió, sin duda, el pie en el fango y luego le fue imposible salir.

Algunos pensaron, aunque no lo dijeron, que había sido un crimen preparado por Norton en combinación con Max.

El jardinero Fournier, al parecer, por lo que se contó, reconoció las orillas del estanque, y tuvo una larga conversación con Norton días después.

No se sabe lo que hablaron; pero, por lo que se dijo, el ingeniero estaba pálido y demudado al oírle.

Después de la muerte de su mujer, Norton tuvo una temporada de humor sombrío; no quería ver a nadie ni hablar con nadie; se aseguraba que pasaba los días y las noches bebiendo, encerrado en sus habitaciones.

Al poco tiempo, el jardinero Víctor Fournier dijo al señor Norton que como se encontraba viejo y tenía un poco de dinero ahorrado, quería volver a su país. Efectivamente, Fournier se marchó. Max no quiso acompañarle, ni el padre tampoco pretendió que fuera con él.

Max se había hecho hombre peligroso, cínico y enemigo de todo trabajo.

Se le veía andar solo por el monte con un perro, el saco a la espalda sujeto con una cuerda.

Norton le daba dinero de vez en cuando, hasta que se marchó a Argelia.

La desaparición de Max parece que hizo que Norton volviese a encontrarse más alegre. Pronto se le vio otra vez bromeando con las chicas, y sobre todo en casa de la mayorazga.

La mayorazga, Carlota de Jáuregui, por entonces contaría unos dieciocho años, y, según la gente, tenía muy buena amistad con el señor Norton, que dominaba a la madre y a la hija.

A los seis meses de la muerte de doña Florencia se empezó a hablar en el pueblo de la boda de Norton con Carlota.

Al ir a Olázar las nuevas dueñas a instalarse en Jaureguía, la vieja doncella bretona de Florencia, Ana, se fue de la casa, y, según, contaron, antes de irse insultó y dijo varias cosas a Norton, que estuvo a punto de agredirla; pero la vieja era valiente, y el ingeniero no tuvo más remedio que oír sus palabras.

Mucho antes del año de casados, Carlota tuvo un hijo, a quien llamaron Luis. Al año siguiente, Carlota tuvo otro chico, Ernesto, y al poco tiempo una niña, que se llamó Fanny.

En esto se dijo que Max Fournier, que había estado en Argelia, había vuelto al pueblo y que vivía en casa de Norton.

El ingeniero volvió a tener temporadas de humor sombrío y tenebroso, en las que no quería ver a nadie, y otras en las que se dedicaba a sus escándalos con verdadera furia.

Andaba solo de noche, con un perro grande y negro que se llamaba *Black* y que había traído de Inglaterra.

La vida de Carlota era bastante triste; únicamente se distraía con sus hijos pequeños.

Hay una frase latina muy expresiva y que no es clásica que dice así: «Quos vult perdere, Jupiter dementat prius» ('A quien Júpiter quiere perder, primero le vuelve loco').

En el Liceo francés donde yo estudié —dice Armendáriz—, el profesor nos explicaba de dónde procedía esta frase.

Se había creído primero que era una sentencia de Velleius Paterculus, pero después se averiguó que era una frase de Eurípides, naturalmente en griego, puesta en latín por J. Barnes y por M. Boissonade. De todas maneras es una sentencia muy exacta.

Un día, durante el comienzo de la guerra civil, se presentó a Norton un carretero; dejó una muestra de mineral de hierro y otra de plata para que las analizara. Se hicieron los análisis y resultaron las dos muestras de gran riqueza.

Llamó Norton días después al carretero para preguntarle de dónde eran aquellas muestras de mineral y quién se las había dado.

El carretero dijo que no conocía de antemano al que le había dado los minerales; que este hombre le indicó que pasara a recoger con su carro un saco que estaba depositado en una tienda de una aldea próxima.

El ingeniero se decidió a ir al pueblo y a preguntar en la tienda de quién eran las muestras que había analizado.

Pidió un salvoconducto a la autoridad militar y marchó solo, a caballo, con su perro *Black*, no se sabe adónde.

Al volver, iba al trote largo, bajo la lluvia que le mojaba completamente.

Al acercarse a Olázar tomó una senda que acertaba el camino.

Pasaba esta por entre árboles y terminaba en una estacada cerca del río.

El portillo estaba abierto; Norton lo pasó, picó espuelas y puso el caballo al trote; poco después, el caballo tropezó y tiró al jinete, que quedó desmayado sobre la hierba. Según se dijo mucho tiempo después, Max Fournier, que estaba agazapado en

el campo, registró al caído, lo arrastró y lo tiró al arroyo, que venía hinchado por las lluvias. A los dos o tres días apareció en la hoya profunda que hay a la derecha del río, cerca del Puente de las Ánimas.

A Max no se le volvió a ver en el país. Según decían algunos, el perro negro *Black* gruñía cuando veía al mozo y le mostraba los dientes.

Algunos aseguraban que Max había vuelto arruinado de Argelia, que importunaba constantemente a Norton con peticiones de dinero, que este le había mandado a paseo y que entonces él le había tendido un lazo.

Carlota de Jáuregui, la viuda de Norton, la antigua mayorazga, que había quedado con los tres niños muy pequeños, al cabo de unos años se casó con un primo suyo, del mismo apellido, que se llamaba Joaquín, y tuvo una hija, María de Jáuregui.

Al hijo mayor de Norton, Luis, la mayorazga le mandó a Francia a que se educara con los abuelos, y fue ingeniero como su padre. Después de terminar la carrera estuvo en Olázar. Casi se le había olvidado el castellano. Pidió a su madre el dinero que le correspondía y parece que se fue al Canadá o al Norte de los Estados Unidos. Quiso llevarse a su hermana Fanny; pero aunque ella quería ir, la mayorazga se opuso decididamente. El segundo hijo, Ernesto, murió joven, y Fanny quedó en la casa de heredera. La otra hija de Carlota, la pequeña María, murió siendo niña de unas fiebres que, según dijeron, fueron producidas por las emanaciones del estanque verde.

AL TERMINAR LA NARRACIÓN —indica el doctor Armendáriz— el maestro me dijo que, si tanto me interesaba este relato, para comprender bien sus incidentes, debía visitar los sitios donde había ocurrido, y que así podría darme cuenta mejor de los hechos.

Aquella noche me invitaron a dormir en la casa. Acepté, y al día siguiente, por la mañana, me levanté temprano, y después de estar pensando gran parte de la noche en las muertes misteriosas de Norton y de su mujer, me decidí.

«Voy a ver los parajes en donde han ocurrido estos sucesos», me dije.

Salí de la casa del maestro al amanecer, y fui primero a la plaza donde estaba Jaureguía.

Las golondrinas que habían hecho sus nidos en los aleros y en las hiedras que subían por las paredes del viejo edificio, revoloteaban y lanzaban gritos agudos, trazando círculos en el aire de la plazuela. Me desvié un poco y me dirigí hacia la orilla del río.

La torre de Olázar se destacaba sobre el cielo gris lleno de nubes oscuras.

El ambiente de la mañana estaba muy en consonancia con el aspecto sombrío del barrio.

La superficie del río, que se entreveía no muy lejos, se hallaba dominada por la niebla; el cauce parecía mucho más ancho de lo que era en realidad y tomaba proporciones de lago.

El agua, entre la bruma, tenía un color verde oscuro, y en la orilla opuesta sombreaban las arboledas, como si fueran enormes.

Primero entré por un portillo, próximo a la fachada de Jaureguía, en el jardín de la casa.

La mañana estaba invadida por la niebla azul. Unos castaños de Indias se destacaban con su follaje espeso y rojo.

La decoración hubiera podido servir para una balada septentrional.

Comenzaba a aparecer el sol como un globo pálido, y la niebla a su alrededor se iba aligerando unas veces y espesándose otras.

Yo me dediqué a silbar trozos de *Freischütz*, de Weber, que recordaba.

En el jardín, trazado al estilo francés de Lenôtre, todavía se notaban las avenidas y los senderos medio borrados.

Había un camino central que desembocaba en una ancha plazoleta. Algunos árboles de los paseos que terminaban en esta plazoleta central formaban un túnel.

Los manzanos y perales viejos, cubiertos de musgo, torcían sus ramas sobre soportes de hierro roñosos, dando sombra al camino del centro.



A los dos lados de este, se hallaban los cuadros de tierra del antiguo jardín, ahora ocupados por plantaciones de hortalizas.

Las hojas y los hierbajos se amontonaban por todas partes. En los cuatro ángulos o esquinas de la plazoleta había unos macizos de tejos recortados que servían como pedestal a otras tantas estatuas de piedra, que debían ser reproducciones de figuras clásicas.

Eran estas: un sátiro tocando la flauta, un Mercurio con el caduceo en la mano y las sandalias con alas, un Adonis y un Saturno comiéndose un niño.

Las cuatro tenían manchas de humedad, de musgo y de líquenes en todo el cuerpo.

En uno de los lados más anchos de la plazoleta se levantaba una fuente de piedra casi monumental. Era un muro de dos o tres metros de alto y algo más de ancho, cubierto completamente de enredaderas.

Encima tenía la estatua de un hombre desnudo con largas barbas. Era, sin duda, la representación de un río o de la figura clásica del signo del Zodíaco llamado Acuario.

Estaba la figura apoyada sobre un cántaro, del que debía salir antes el agua para caer en el pilón de la fuente; pero el agua se había ya cegado.

Yo siempre he visto que estas figuras clásicas en países húmedos y sombríos dan mala suerte, además de que todos los representados tenían una significación nefasta.

Este Acuario, sobre todo, era de una expresión irónica y burlona de algunos faunos y sátiros. No podía producir más que la desdicha y la mala suerte.

Yo no sé si estas cosas las decía Armendáriz porque las creía o por echárselas de mago y de taumaturgo y competir con sus autores favoritos cultivadores del ocultismo y de los misterios.

Además de los rosales, había en este jardín de Jaureguía esos arbustos que llaman mundillos, algo parecidos al saúco, que en otoño tienen bayas rojas que les dan un aspecto muy decorativo.

En la esquina del jardín se erguía un cenador, formado por hierros rotos y carcomidos, en los que se enroscaban, como un grupo de serpientes negras, los troncos sin vida de una enredadera silvestre, y los de una glicina que aún tenía flores.

La tapia del jardín seguía un camino que luego bordeaba el arroyo.

En los cuadros de la tierra aparecían algunas calabazas gigantes, amarillas; los palos de las alubias sostenían las vainas medio secas y las hojas lacias y marchitas.

A este jardín con sus estatuas de dioses desnudos, la gente le había llamado en otro tiempo *Gentil Baratz*, o sea ‘Huerto de los Gentiles’.

Antes de salir eché una mirada hacia el interior.

El suelo de los paseos estaba lleno de hojas secas. Unas quedaban agrupadas en montones y se iban pudriendo con la humedad, otras corrían empujadas por el viento, y se arremolinaban alrededor de los pedestales de piedra de las estatuas, o iban a caer en el agua del pilón.

Entre los castaños de Indias se veía alguna magnolia alta y frondosa, que mostraba entre sus hojas brillantes flores ya marchitas y bayas cónicas y amarillentas.

Mezclados con los arrayanes estaban los mundillos y contrastaba el rojo de los unos con el verde sombrío de los otros.

El suelo de los paseos se hallaba lleno de hojas secas; parecía una alfombra de color pardo oscuro, mullida y blanda.

Cuando había un poco de viento, estas hojas, al desprenderse de los árboles, volaban dulcemente, y al caer al suelo corrían en rondas como viejas locas.

Las castañas de Indias, de un color amarillento, relucían y se desprendían de sus cubiertas llenas de púas como erizos, y rodaban por el suelo.

Aquel huerto abandonado me pareció el reino de la melancolía.

Sin duda, cuando estuvo cuidado, parecería, como todos estos jardines de figuras geométricas, visto desde las habitaciones altas de la casa, un tapiz persa que se extendiera a sus pies.

Pensé que esta clase de jardines están pensados para ser vistos desde lugares altos, de donde se pueden apreciar los dibujos que trazan sus caminos y sus macizos.

Como la puerta de este jardín que daba al campo no estaba cerrada, salí por ella en vez de volver a la plaza de Jaureguía.

A poco de un cuarto de hora se presentaban entre el follaje las ruinas de la antigua ferrería a orillas del arroyo. Aquellas ruinas no eran tan antiguas como la torre, pero tenían un aire grandioso.

Las paredes, derruidas y llenas de hiedra, eran dignas de algún templo arcaico.

Había restos de enormes almacenes, y todavía se podían ver las bocas de los hornos y las grandes chimeneas, entre zarzas y malezas.

Un patio con sus columnas y sin tejado parecía un circo antiguo.

Estas columnas blancas se destacaban entre el verdor circundante en medio de una naturaleza tan vivaz que conquistaba piedras y paredes con sus enredaderas y sus plantas parásitas.

Era todo tan solemne en aquella ferrería, que podía haber sido, como indico, la ruina de un templo o de una ciudad antigua abandonada.

Después de contemplarla y de andar por entre las columnas, volví hacia Olázar. El maestro me explicó después que entre las antiguas ferrerías del país o *burdinolas*, a las grandes y movidas por agua las llamaban en vasco *zearrolos*, y a las pequeñas que no se movían con agua, *agorrolas*. Me habló también de otras fundiciones a las que llamaban *olachos*, que hacían en otro tiempo obra cerrajera menuda. También tenían

nombres raros en vascuence los útiles que empleaban. Él lo sabía porque su padre había estado de jefe en una de aquellas fundiciones.

Larramendi, en la *Corografía de Guipúzcoa*, asegura que todos los ingresos que la provincia obtenía de las ferrerías se los gastaba después en vino, predilección muy plausible para los adoradores de Baco.

VOLVÍ A OLÁZAR porque ya era tarde. Fui a comer con el maestro, y como la sobremesa fue larga y no me habían avisado para ir a ver a ningún enfermo en mi pueblo, me dijeron que me quedara otro día allí.

Hablamos de las supersticiones del campo y de algunas que son comunes a muchos pueblos de Europa, como la del cazador errante, que por lo que vi tenía solo en el País Vasco varias versiones distintas, y en unas el cazador era un tipo cómico y en otras el Eiztari Beltz (el ‘Cazador Negro’) era un personaje sombrío.

En aquella noche me pasó lo mismo que en la anterior. Estaba obsesionado con las historias que me contaron.

Por la mañana, muy temprano, me levanté y me dije: «Hoy tengo que ver el estanque verde».

Este día de final de octubre se me quedó muy grabado en los ojos y en la memoria.

El cielo gris; el sendero lleno de hojas caídas; los árboles dorados, como llamas salidas de la tierra; el crepitar de la hojarasca, todo me impresionó profundamente.

A no mucha distancia de Jaureguía, el camino que iba hacia el interior del país se dividía: uno, el de la derecha, corría por entre campos de maíz; el de la izquierda se internaba por una cañada estrecha siguiendo el arroyo, que terminaba en varios regatos y en un embudo del monte, donde se formaba un estanque o pantano, de un tamaño que cambiaba según las lluvias y se alimentaba de varios arroyos, y entre ellos de uno algo más grande que se llamaba Uasiña.

Este arroyo bajaba de los montes altos como un pequeño torrente lleno de espuma, saltando por entre las rocas y troncos de árboles, y caía después en el estanque verde.

Al acercarme a este comencé a oír el ruido misterioso del agua al entrar en la laguna.

La pequeña laguna, cubierta de hojas secas, amarillentas, era un lugar romántico y de aire maléfico. Al parecer, cuando se ensanchaba con las lluvias, hacía que las orillas quedaran pantanosas y expuestas a que hombre y ganados pudiesen perecer allí.

La posibilidad de resbalar y de hundirse en el estanque, que había indicado doña Úrsula días anteriores, me impresionó y retrocedí instintivamente.

Se me ocurrió remontar el arroyo y trepé por una vereda cuesta arriba.

Venía el agua entre piedras y troncos de árboles. Cuanto más en lo alto era más limpia, más clara.

Llegaba por la cañada saltando por encima de las rocas negruzcas ensanchándose y estrechándose, y hundiéndose a veces en la tierra hasta casi desaparecer.

Silbando trozos de *Freischütz*, de Weber, que siempre me recordaban los sitios misteriosos parecidos a aquel, fui entrando por un sendero alfombrado de hojas secas que crujían al ser pisadas.

De las ramas de los árboles caían gotas de agua al condensarse la humedad de la niebla.

No había viento; las hojas amarillas se desprendían suavemente y volaban por el aire de cristal.

Al cuarto de hora de subir me encontré en lo alto del cerro, que estaba ya inundado de sol.

Desde allí contemplé el valle, que iba limpiándose de brumas, y cuando lo vi ya claro, bajé de nuevo para contemplar el estanque con más calma.

Me parecía que debía encontrar por entre los árboles la sombra siniestra del cazador misterioso del que habíamos hablado por la noche, del *Eiztari Beltz* de los vascos, que podía acercarse con su jauría de perros fantasmas al estanque dormido, como la pupila del monte o el espejo de la montaña.

En el fondo de la hondonada que constituía un barranco y adonde caía el agua del arroyo, cuando interceptaban su salida con el cieno, se formaba la laguna, limitada por hojas secas, amarillas y plateadas.

El lugar era romántico, de aire peligroso. Parecía estar fuera del mundo real, y quién sabe si no lo estaba.

La impresión que producía este estanque verde no era del todo agradable.

Su aspecto cambiaba mucho, según la hora en que se le viera, el color del cielo y el sol.

Cuando yo lo vi, muy de mañana, con el cielo entoldado y con la niebla, el agua era oscura y no se advertía el fondo.

Las hojas caídas parecía que trazaban letras misteriosas sobre la superficie del agua; la humedad se metía hasta los huesos.

Ya cuando el cielo se hizo claro, los rayos del sol entraron hasta dentro y se podía ver todo el fondo.

El sitio donde se hallaba el estanque verde era un lugar recóndito. Los árboles, los arbustos y las hierbas todas parecían tener la intención de ocultarlo a la mirada indiscreta de los curiosos.

Tenía el estanque a un lado una pared de ladrillos rojos, de un color de sangre coagulada y herrumbrosa, y el agua inmóvil en que descansaban hierbas y flores caídas, parecía también coagulada.

Otra impresión desagradable que se imponía era, como antes he dicho, que las orillas no eran seguras y que se podía uno deslizarse fácilmente en ellas, y caer en

aquella agua, cuya profundidad no se podía calcular, sobre todo en algunos lados. Únicamente el trozo de pared de ladrillos rojos ofrecía garantías de que allí se podía poner el pie en terreno firme.

La invasión de árboles, de arbustos y de hierbas que crecían alrededor, y que casi ocultaban el estanque, que parecía de gelatina, y los depósitos de hojas muertas, inmóviles encima del agua, le daban aire misterioso y malsano.

El estanque verde, viejo y abandonado, con sus pequeñas islas de hojas secas, recordaba por sus colores la piel moteada de una gran serpiente.

Había un olor como de humedad perfumada.

Los árboles otoñales tenían un follaje amarillo, de oro viejo, y pensé que en primavera estaría el estanque verde cubierto de flores blancas, que se desharían sobre la superficie del agua.

Era, sin duda, un sitio romántico y siniestro, y cualquiera que lo viera por primera vez tendría una impresión de sorpresa, y quizá de desagrado.

TANTA CURIOSIDAD ME PRODUJO el estanque —sigue diciendo nuestro doctor—, que volví a verlo al mediodía en otro de sus aspectos.

Esta hoya que formaba la laguna alimentada por el riachuelo y que se había ido ensanchando al cerrársele la salida, por lo que me dijeron, en las épocas de lluvia tenía más de cien metros de largo por cincuenta o sesenta de ancho, y al final del verano y principio de otoño disminuía de longitud y de anchura.

Por el lado por donde venía el arroyo, Fournier, el jardinero del francés Norton, había echado —según me dijeron— varias piedras grandes y se había formado una cascada artificial. Después, en la parte más larga, se habían construido unos desagüeros por donde se vaciaba el estanque y se limpiaba.

El señor Norton mandó poner también en el centro de la laguna sobre una isleta, unas piedras grandes, para que el nivel de la isla quedara siempre fuera del agua; luego las cubrieron de tierra vegetal y se plantaron esquejes de árboles, que crecieron rápidamente, y que tenían ramas que se inclinaban hasta la superficie del estanque.

Parte de esta isleta tenía sauces, y las orillas estaban cubiertas de plantas como espadañas de la clase de los asfódelos, que en vascuence se llaman *ezpatas*.

Era indudable que se había buscado el dar a esta pequeña isla un aspecto fúnebre y romántico.

Mientras estuve contemplando el estanque verde, de cuando en cuando llegaba una ligera ráfaga de viento que rizaba la superficie del agua.

Los árboles, con sus hojas amarillas y temblorosas que brillaban al sol pálido; el camino, pequeño, tapizado de hojas muertas, que, de vez en cuando, corrían con el viento; el sol pálido, que dejaba manchas amarillentas sobre la hierba; el aire lleno de languidez, todo tenía un ambiente de melancolía. Los mirlos volaban por encima de mi cabeza, posándose en las ramas bajas y en la tierra, con sus cuerpos negros y su pico claro, y algún jilguero cantaba en las ramas de los árboles y luego salía volando.

En uno de los extremos de la pared roja del estanque descubrí una escalerilla de piedras musgosas y escurridizas, con hierbajos que salían por las juntas.

Los últimos escalones iban a perderse dentro del agua.

La corriente del arroyo, al caer en el estanque verde, producía un rumor como de conversación confidencial, de un gran atractivo misterioso, que contrastaba con la quietud del estanque, en que nada se movía ni tenía aspecto de vida.

El olor de las hojas mojadas por las lluvias recientes, el suelo lleno de barro, el sol que parecía que estaba en la agonía, que ni calentaba ni daba casi luz en la mañana de aquel día de otoño claro y frío; el estanque verde, rodeado de árboles amarillentos, de hierbas oscuras y de líquenes, que parecía muerto, todo daba una impresión de algo peligroso y siniestro.

Alguna vez el viento hacía temblar las hojas secas, que, al desprenderse de las ramas, volaban hasta quedarse quietas sobre el agua.

En momentos se formaban remolinos pequeños de burbujas de aire.

Esta agua pálida y de aspecto viscoso, sin duda podía producir una obsesión en una persona débil.

Contrastaba la quietud de este remanso, el cual parecía una tumba, en donde apenas se movía nada ni parecía se hubiera movido nunca, con la corriente del arroyo próximo, bullicioso, charlatán, con sus presas, sus saltos de agua, sus rocas, sus ensanchamientos, sus diminutas playas con piedras blancas, sus árboles que le salían al paso y le obligaban a hacer una curva, sus agujeros, sus pequeños peces y sus pequeñas serpientes, sus anguilas, sus ratas que cruzaban veloces, sus mosquitos, sus libélulas, sus higrómetras y sus sapos.

A lo lejos se oía el chirrido de un carro que volvía hacia el pueblo, y por entre los árboles se veía el humo que salía de las chimeneas sobre los tejados negruzcos de los caseríos.

Comprendía yo que debía ser fatal este agujero negro con su agua inmóvil, por la sensación de angustia que podría producir en una persona nerviosa con su misterio y su quietud siniestra.



AL SALIR DE AQUEL HOYO vi dos chicas pequeñas que iban, sin duda, a la escuela. Les pregunté cómo se llamaban el estanque y el arroyo. Me dijeron que el nombre del estanque no lo sabían y que al arroyo algunos le llamaban Uasiña.

Fui con las chicas un rato. Me contaron que se aseguraba que iban a desaguar el estanque y a llevar el arroyo con un canal hasta el pueblo. Les pregunté si se acercaban al estanque, y me dijeron que no, porque las orillas eran pantanosas y cualquiera se podía ahogar. Se había dicho que habían desaparecido ovejas y vacas, y también decían que se había ahogado una mujer hacía tiempo.

—¿Y no dicen que hay brujas? —les pregunté.

Se echaron a reír y dijeron que ellas no lo habían oído. Después se nos reunió un viejo campesino, a quien le consultamos también acerca del estanque, que era mi obsesión.

Al estanque —según dijo— algunos viejos le llamaban en vasco *losco beltz*, es decir, no ‘estanque verde’, sino ‘estanque negro’.

En invierno y en primavera parecía inflado de agua con manchas rojas, verdes y plateadas. En verano se ponía pantanoso, con fuerte olor de hojas descompuestas y manchas que aparecían en la superficie, rojas y blanquecinas, que parecían de lepra. Hasta arriba subían burbujas de algo que se descomponía en el fondo. En pleno verano no había ni insectos ni peces; alguna libélula únicamente, que pasaba rozando con sus alas de gasa la superficie del agua.

En los alrededores y en las orillas crecían plantas de color pálido, y sin duda la falta de calor y de luz hacía que tuvieran poca vida.

Al llegar al barrio y al acercarme al puente próximo a Jaureguía le pregunté al viejo:

—¿Y usted ha oído que al puente antiguo de aquí le dieran otro nombre?

—¿Otro nombre? Aquí le llamamos el puente.

—Sí, es natural; pero yo he oído a una señora vieja que le llamaba el Puente de las Ánimas.

—Sí, sí, puede ser, puede ser, porque aquí había una ermita y la llamaban ermita de las Ánimas. Puede ser que al puente antiguo le llamaran también de las Ánimas... creo que mi padre le llamaba así, *Arimaco Zubiya* en vasco.

—¿Y de la ermita qué queda?

—Nada. Debía de estar camino de la ferrería, porque hace años había por allá unas cruces de piedra como de calvario, pero ya no queda nada.

Cené con el doctor Ochoa muy temprano, y como todavía estaba muy claro, propuse a mi compañero que fuéramos al estanque verde, para tener una impresión de lo que podía ser aquel rincón en el crepúsculo vespertino.

«A mí no me gusta mucho andar —me dijo él—; pero si usted quiere, podemos ir en el tílburí hasta la ferrería, y allí le dejaremos en uno de aquellos caseríos; luego volveremos por él.»

Así lo hicimos; se enganchó el caballito, y en menos de un cuarto de hora estábamos en la vieja fragua de Olázar; bajamos del coche, lo dejamos a la puerta de un caserío y tomamos el sendero para acercarnos al estanque verde.

Evidentemente hay parajes que tienen un aire muy decorativo y pomposo con el sol del crepúsculo, y aquel era uno de ellos.

El valle de esta parte de Olázar era de una magnificencia extraordinaria. El sol brillaba en los montes enrojecidos por el otoño. Las nubes blancas, con los bordes incendiados, se mostraban en el ocaso.

Todo aquello tenía un aire de decoración espléndida, como de un mundo nuevo y desconocido.

Ochoa no comprendía mi entusiasmo, y me daba explicaciones sobre las familias de los inquilinos de los caseríos, que a mí no me interesaban nada.

«Ahora vamos a ver el estanque verde», dije yo.

Tomamos por el borde del arroyo y nos internamos hasta el estanque. Entonces estaba espléndido de luz y de misterio. Yo me callé de emoción, y Ochoa calló también. Quedamos a la sombra, entre los árboles.

De pronto, entre el bosque, apareció una mujer. Llevaba un fajo de leña en la cabeza.

Lo dejó en el suelo y se puso a coger unas cuantas flores silvestres e hizo un ramillete con ellas.

Luego volvió a cargar la leña, y pasó delante de nosotros, sin vernos.

Yo quedé sobrecogido. Era una mujer joven, pero no una muchacha. Vestía muy pobremente. Era rubia, con la cabeza pequeña, los ojos azules y el cuerpo esbelto. Andaba con una majestad de diosa.

Cuando pasó, le pregunté a Ochoa:

—¿Quién es esa mujer?

—A punto fijo, no sé —me contestó—; creo que debe ser una muchacha de una casa de este barrio que ha debido de andar de mala manera por Francia. Debe ser ella. Me han dicho que tiene una niña. Al principio me contaron que su familia no la quería recibir en su casa y que anduvo durmiendo con su hija debajo del puente del río y en las ruinas de la ferrería.

—¡Qué horror!

—¿Por qué horror?

—Una mujer con ese aire de diosa, tan distinguida y tan aristocrática...

—¡Qué quiere usted! El tipo no se cotiza aquí.

—Y esas flores las llevará para su niña.

—Seguramente.

—Yo, si fuera rico, le regalaría un palacio.

—¡Qué entusiasmo! —y Ochoa comenzó a reír.

—No creo que me olvidaré ya de ella —añadí—. Me parece que he visto el hada de este maravilloso estanque verde.

Al tomar de nuevo el cochecito, comenzaba el anochecer. Dominaba una neblina blanca, y las hojas secas, al caer de los árboles, producían como una lluvia de un mariposeo vertiginoso.

## SEGUNDA PARTE

---

# LA SIRENA DE JÁUREGUI

ENTRE LOS CUADERNOS que me dio el doctor Armendáriz había un relato con el título de *La Sirena de Jáuregui*, que, por lo que vi, era la continuación de la historia de los habitantes de la casa de Jaureguía, en el antiguo barrio de Olázar próximo a Recalde.

Esta relación se la había contado a Armendáriz el compañero suyo, el doctor Ochoa. Armendáriz no debió de conocer directamente a las personas que figuran en ella y no pudo añadir al relato del médico amigo nada visto por él, ni nada oído a otra persona.

La vieja señora doña Úrsula vivía por entonces en Madrid y aparecía muy rara vez en Recalde. Seguramente Armendáriz hubiera intentado aclarar y adornar con más detalles la historia que le contó Ochoa, pero sin duda no encontró ocasión para ello; e hizo un relato un tanto seco y esquemático.

—Cuando mi amigo Ochoa dejó el cargo de médico de Recalde para ir a vivir con su familia a Bilbao, donde tenía que heredar su mujer a una tía suya muy rica, quiso que le sustituyera yo en sus funciones —dice Armendáriz.

Ochoa tenía dos hijos, uno que estudiaba Medicina en Madrid y una chica que estaba con sus abuelos en Bilbao.

—Supongo —me dijo Ochoa— que le convendría quedarse aquí, en el pueblo.

—¿Usted cree?

—Sí; aquí se le conoce y se le estima. Ahora Recalde, con la diligencia diaria, está cerca de la capital. Puede usted ir a San Sebastián con frecuencia y a Bilbao también.

—Sí; es cierto.

—Con el sueldo y las igualas y algunas visitas extraordinarias puede usted reunir ocho o nueve mil pesetas al año y con esa cantidad aquí se pasa bien.

—Sí; es evidente.

—Además, yo, como no voy a quedarme en Recalde, le dejaría mi casa tal como está. Yo pienso llevarme solo algunos trastos del oficio y algunos muebles a los que tiene mi mujer cariño; pero lo demás se quedará aquí.

—Yo le doy a usted muchas gracias por su oferta, y lo pensaré.

Estuve examinando el pro y el contra del ofrecimiento, y al final no lo acepté, y se lo dije con franqueza a mi compañero.

—¿No se decide usted? —me preguntó.

—¡Qué quiere usted! —le dije—. Estoy cansado de vivir en un pueblo pequeño. Quisiera establecerme en San Sebastián y ejercer allí. Comprendo que su ofrecimiento es muy ventajoso para un hombre en mi posición, sobre todo si yo fuera

casado y con hijos; pero sin tener grandes obligaciones, como no las tengo, prefiero ir a la ciudad a ejercer, y si no consigo éxito como médico, me voy con mi hermano a la Argentina y me establezco en Buenos Aires y me convierto en agricultor o en comerciante.

—Sí —me dijo, riendo—. En el fondo es usted un poco aventurero y la aventura le seduce.

—Es posible.

A los pocos días de tener esta conversación con Ochoa, se presentó en mi casa, preguntando por mí, un joven no muy alto, delgado, moreno, un poco calvo, con gafas y cara aguda de musaraña.

Según me dijo, venía a enterarse de las condiciones del partido de Recalde. Sabía que la plaza de médico estaba o iba a estar vacante y quería solicitarla. Le habían dicho que el doctor Ochoa se encontraba por aquellos días en Bilbao por asuntos de la herencia de su mujer y venía a buscarme para que yo le enterase de las condiciones de la titular.

Yo le dije todo lo que creía que le podía ser de interés y quedamos en que al día siguiente iríamos a Recalde y en que yo le acompañaría a visitar a las autoridades, al boticario y a las dos o tres personas influyentes de allí.

Por entonces había ya dos diligencias de ida y vuelta al día, que pasaban por Recalde. A la mañana siguiente la tomamos y llegamos al pueblo y marcharnos luego al barrio de Olázar.

El médico joven traía una recomendación para mí de un compañero antiguo, al que hacía varios años yo no había visto. Esto me lo dijo en el coche, porque el primer día no me habló de tal recomendación, sin duda por parecerle que sería infructuosa. También me contó que era de una aldea del Norte de la provincia de Burgos, que había estudiado en Valladolid y que, naturalmente, no sabía vascuence, aunque había aprendido algo en un pueblo de Vizcaya donde estuvo de interino.

Recalde le hizo buena impresión; le pareció limpio y arreglado; como no había mucho que ver, le llevé al barrio de Olázar y le mostré la torre de Uría. La mayor parte de los forasteros no la notaban de primera intención. Insistí en que nos detuviéramos y diéramos la vuelta a la plaza donde se levantaba Jaureguía.

—¿Y esta casa tan grande, qué es? —me preguntó el forastero.

—¿Le llama a usted la atención?

—Sí. Tiene un aire sombrío no muy legitimado, porque el sitio es agradable, la huerta es hermosa y los campos fértiles; pero está todo en gran abandono.

—Sí; es verdad. Aquí tienen a esta casa como algo de mala sombra.

—¿Y por qué?

—¡Qué quiere usted! Son preocupaciones.

—Pero aquí, en el país —dijo el médico joven—, no hay casas de duendes como en otras partes, ¿verdad?

—Efectivamente, no las hay. Yo por lo menos no he oído hablar de ninguna —contesté—. Esas casas *hantées* que dicen los franceses, en donde no se puede vivir porque hay ruidos misteriosos y se asegura que aparecen fantasmas, nunca he oído decir que aquí las hubiera, aunque, ¡quién sabe lo que piensan los aldeanos!...

—Sí. Tiene usted razón.

—¿Me ha dicho usted que no sabía vascuence?

—Cierto; no lo sé —respondió el forastero—; sin embargo, he aprendido lo bastante para un interrogatorio médico sencillo; pero dar una explicación completa, no puedo.

—Quizá con eso baste.

Adelantamos un poco por la orilla del río, hasta la antigua fragua de Olázar, y volvimos despacio hacia Jaureguía, pasando por delante del prado que sustituía al Estanque Verde.

—El paisaje es, efectivamente, muy bonito —dijo mi presunto compañero, mientras marchábamos siguiendo el arroyo—; las tierras de alrededor parecen muy fértiles, y, sin embargo, el pueblo, sobre todo este barrio, tiene un aire un poco triste y desolado.

—Sí; es verdad. Es posible —dije— que el elemento humano sea el que haya fallado aquí.

—¿Y por qué?

—Es cosa larga de contar. Yo hace unos años me enteré de la historia de los habitantes de esa casa que usted ha visto, y estuve bastante tiempo obsesionado con la relación que me contaron. He seguido de lejos la vida de la familia y conozco algunas cosas curiosas que sucedieron en estos mismos parajes. Aquí cerca, en una hondonada, había un estanque que llamaban el Estanque Verde. Era una laguna triste y romántica, con una historia siniestra de un posible crimen. Hace años el alcalde de Recalde mandó desecarla porque, según se decía, las emanaciones que exhalaba eran malsanas; en verano se amontonaban las hojas caídas, que con la humedad se corrompían, y se formaban nubes de mosquitos. El alcalde envió ahí una docena de trabajadores y en pocos días desviaron el arroyo, dándole salida por otro lado y rellenando la hondonada que formaba el estanque. Este prado de hermosa hierba que hemos visto es el lugar de la antigua laguna.

—Es curioso todo ello —decía el joven médico, mientras volvíamos al centro del barrio—. Esa torre negra, evidentemente tiene mucho carácter; no había oído nunca decir que aquí, en este pueblo, existiera algo parecido. ¿Qué era esa torre?

—No lo sé. Supongo que sería un edificio guerrero; pero también podía ser la morada de una familia.

—Es extraño. ¿Y no se sabe nada de ella?

—Nada. Se ve que los vascos no tenemos la *bosse*, como dicen los franceses, de la historia ni de la arqueología.

—¿La *bosse*?

—Sí; la *bosse*, ‘la protuberancia’. Es una palabra tomada de la frenología.

—No la había oído nunca.

—No es raro; la frenología es una cosa olvidada.

—Yo, la verdad, no la conozco ni de nombre.

—No me choca. Ahora —continué yo—, esta vieja y romántica torre de Olázar, como ve usted, tiene un aire ruinoso. La quisieron convertir en almacén de cemento. Le pusieron por dentro unas vigas, la dividieron en dos pisos y le hicieron una escalera de hierro. Por aquella ventana, donde ve usted un ajimez roto, subían con una polea los sacos, y como la torre tenía las paredes gruesas, el cemento estaba bien resguardado de la humedad. Con la obra murió la hiedra que cubría el torreón; en el tejado ya no vienen a anidar ni los mochuelos ni las lechuzas, como venían antes, en otra época. En la puerta pusieron esos cierres metálicos, como los de las tiendas, ondulados, que subían y bajaban y que ya están carcomidos.

—Un poco extraños resultan en un edificio viejo.

—Extraños y hasta ridículos. Es como si a un guerrero antiguo le vistieran con gabán y sombrero hongo. La casa Jaureguía está medio abandonada. Ahora he oído que en la pared que da hacia el jardín algunos quieren hacer un frontón. El jardín lo dejarán para un pequeño paseo donde toque la música del pueblo los domingos y por las fiestas se instalen los puestos y algún tiiovivo. El alcalde, que es amigo de obras, quisiera hacer un trinquete dentro de las cuatro paredes que sirviera de sala de baile en los días de lluvia, pero me parece que no se lo permitirán.

—¿No? ¿Por qué?

—Porque la gente es muy roñosa, muy enemiga de todo lo nuevo, y no quiere gastar nada.

—Lo que es lástima es que hayan estropeado la torre. Le quitan al pueblo un atractivo.

—Nadie la estimaba.

—Así se borrarán las ideas fatídicas y de maleficio de que usted hablaba.

—Es verdad. Esta gente directora de los pueblos tiene muy poca imaginación y ningún sentido estético. Yo creo que el mejor día derribarán la torre.

Después del paseo fuimos a comer a la fonda, y a las cinco de la tarde volvimos en la diligencia al pueblo donde yo ejercía.

A los pocos días se presentó de nuevo el médico joven, candidato a la titular de Recalde, en mi casa. Venía a decirme que sabía que el doctor Ochoa estaba ya de vuelta y quería preguntarme si tendría inconveniente en ir con él y en presentarle. Yo le dije que no había inconveniente, y como no tenía que hacer, fuimos a Recalde en el coche y llegamos a casa de Ochoa.

Presenté al joven burgalés; pero enseguida vi que Ochoa debía ya tener otro candidato. Se habló del pueblo, de las condiciones de la titular. Ochoa hizo varias preguntas al médico; entre ellas, si sabía vascuence. Al contestarle que no, Ochoa



dijo claramente que allí un médico que no supiera vascuence no podía ser, porque el partido tenía mucho caserío de gentes del campo que no sabían castellano.

El médico nuevo debió ver que Ochoa tenía ya la plaza comprometida o casi comprometida, y dándome las gracias, con el pretexto de que la diligencia salía al caer de la tarde, se despidió y se marchó.

Ochoa me convidó a comer y estuvimos hablando toda la tarde hasta ya entrada la noche.

II

---

FANNY NORTON

EL DOCTOR OCHOA había ido a Recalde a preparar el traslado de muebles y efectos para llevarlos a Bilbao. Estaba solo. Su casa, una de las mayores del pueblo, era de su mujer. Hacía varios años que vivía allí y el marcharse definitivamente le causaba cierta melancolía.

Según dijo, en Recalde había pasado los mejores años de su juventud, y tenía recuerdos muy agradables, aunque también otros muy tristes y románticos, que ahora al marcharse le asaltaban y le venían a la memoria.

Al hablarme de esto, Ochoa tenía la voz un poco emocionado. De pronto, con una decisión súbita, levantándose de la mesa donde estábamos, fue a su despacho, y vino trayendo en la mano una miniatura no muy grande engarzada en un marquito de oro. La miniatura representaba a una mujer rubia, la cara expresiva y extraña, los ojos claros, el aire ambiguo e inseguro, la sonrisa burlona, verdadera sonrisa de Gioconda.

Vestía la dama joven un traje rosa y alrededor del cuello una cinta de terciopelo negro, de la que colgaba un dije en forma de corazón. En la mano derecha, que apenas se veía, un abanico blanco entreabierto. A un lado se leía con gran claridad, escrito con letra inglesa muy pequeña, la firma del miniaturista: «Herbelin».

—¡Bonita muchacha! —dije yo, devolviéndole la miniatura a mi amigo—. ¿Quién es? Seguramente no es de Recalde. Está firmada por madame Herbelin, que debió de ser célebre miniaturista francesa. He visto algunas otras miniaturas con esa firma.

—La retratada es Fanny Norton —dijo Ochoa—. Esta miniatura se la hicieron en París, adonde fue en una ocasión con su hermano a conocer a la familia de su padre, el ingeniero Armando Ogier Norton.

—¡Ah! —exclamé yo—. Esta es la hija del ingeniero francés, el del Estanque Verde.

—Sí —contestó mi compañero, contemplando la miniatura con aire melancólico—; lo que tiene el tipo de exótico debe ser de su padre. Me la dio ella pocos meses antes de morir. ¡Pobre Sirena de Jáuregui!, como yo la llamaba.

—¿Hace mucho que murió? —pregunté yo.

—Sí; ya hace años.

—¿Y era tan bonita como en la miniatura?

—Sí. Era delgada, rubia, muy atractiva. Tenía una sonrisa burlona que le levantaba las comisuras de la boca hacia arriba. Esta forma de sonrisa a lo Gioconda, como usted dice, la tenía siempre, aunque no riera; pero se le acentuaba el aire burlón con la viveza de los ojos, medio azules, medio grises, y la línea de los labios delgados y sinuosos. Era, sin duda, una muchacha histérica y algo desequilibrada.

—Descríbala usted con los mayores detalles que recuerde —le dije a Ochoa.

—Yo no tengo memoria de novelista —contestó él—. Su cara era un poco cuadrada, los ojos un tanto huraños, la tez blanca, la voz llena de encanto y una expresión de audacia muy graciosa. No era una belleza clásica, pero sí muy atractiva.

—Si hubiera sido una belleza clásica, entonces no hubiera tenido tanto atractivo, probablemente. ¿Cómo vestía?

—Vestía con mucha sencillez aquí en el pueblo, casi como una colegiala: un traje oscuro, de falda no muy larga, con frecuencia un cuello de encaje sobre los hombros y el peinado en dos bandas. No es que no le gustaran los trajes bonitos y las indumentarias vistosas; al revés, la encantaban; pero ya comprendía que en un pueblo tenían que resultar mal, como algo impertinente.

—Es natural.

—Cuando yo la conocí —siguió diciendo Ochoa—, vivía con su madre, a quien llamaban la Mayorazga, señora de unos cincuenta años, y con su abuela, de más de setenta, en Jaureguía. ¡Qué casa aquella! ¡Qué casa más absurda!

—¿Pues?

—Todo era allí raro, los amos y los criados. La abuela de Fanny, doña Ignacia de Lazcano, estaba completamente trastornada. Casi no hablaba con nadie. Por las noches se levantaba de la cama porque no dormía y andaba vagando por la casa como un alma en pena. Se metía en los cuartos de su hija, de su nieta y de la Joshepa Anthoni, que era la criada, y se acercaba a las camas a ver si estaban en ellas, porque tenía la preocupación de que de noche se escapaban por las ventanas, como si fueran *sorguiñas*, a algún aquelarre próximo.

Decía la vieja que ellas eran riquísimas, poderosísimas. La familia suya era dueña de la torre de Olázar, de Jaureguía, del río, de la tierra de alrededor, del pueblo y de otros muchos pueblos; era dueña de minas, de bosques y de campos. La tierra y hasta los mares eran suyos. Aquí ya no era el Mediterráneo o el Atlántico, sino en plural, los mares. Doña Ignacia aconsejaba a su hija, doña Carlota, que no se casara con este o con el otro, y que desconfiara, porque todos sus pretendientes iban en busca de sus tesoros.

A lo mejor, estos supuestos pretendientes eran unos jovencitos que entonces tenían diecisiete años, o señores que ya contaban más de sesenta y estaban hartos de estar casados. Doña Ignacia creía que su hija era joven y había quedado con las preocupaciones de la juventud. De su nieta Fanny no se ocupaba gran cosa.

Doña Ignacia solía agarrar la escoba y barría la casa de una manera mecánica y sin darse cuenta de lo que hacía. Si alguien la interrumpía en su labor o se ponía a hablarle, muchas veces levantaba furiosa la escoba y le sacudía algún escobazo. Después se reía.

La Mayorazga, doña Carlota de Jáuregui, era mujer oscura, que no hacía más que rezar y estar en la iglesia. Debía tener recuerdos muy dolorosos, porque a lo mejor se la oía llorar y lamentarse. A veces, en la iglesia, si se veía sola, se ponía delante del altar de una Virgen, de rodillas y en cruz, y lloraba con gran desconsuelo.

No le importaba nada la marcha de los negocios de su casa ni las tierras heredadas. Había enajenado ya muchas de ellas, y como la sociedad de explotación de las minas desapareció y dejó de funcionar hacía años, tenía que recurrir a la venta de sus propiedades para ir viviendo.

Por entonces se había desprendido de varios caseríos y de la torre próxima, que se la compró el Ayuntamiento de Recalde, no se sabía en cuánto.

La casa Jaureguía, en donde vivían, había quedado, con su jardín y la huerta. La huerta, ahora la cuidaba una mujer, la Truqui, malhumorada, gruñona y un poco borracha, mujer de un aire medio gótico, medio mongólico.

La gente del pueblo veía la ruina de la familia de Jáuregui con cierta satisfacción y al mismo tiempo con desprecio. Para los campesinos, la ruina de una familia es muestra de falta de vitalidad. Gran parentesco, numerosa familia, son señales de fuerza y de poder. La familia de Jáuregui se iba reduciendo y arruinando.

Cuando yo vine a este pueblo —siguió diciendo mi amigo Ochoa—, Fanny era una muchacha con la cabeza llena de fantasías. Había oído contar cosas de su padre, el ingeniero Norton, del que generalmente se hablaba mal. Ella sentía por él gran entusiasmo.

Soñaba con salir de aquel rincón y con ir a Inglaterra, a conocer a sus tías, sobre todo a la hermana más pequeña de su padre, que se llamaba también Fanny. Esta, en varias ocasiones, le había enviado trajes y adornos, que habían dejado pasmadas a las gentes de Recalde.

Tuvo una profesora de piano y de francés. Tocaba Fanny en el piano antiguas sonatas de Mozart y de Haydn y cantaba con mucho sentimiento algunos *lieder* de Schubert y de Schumann.

La profesora, que era de las Landas, sabía gramática francesa, algo de cuentas y tocaba el piano bastante bien. En lo demás, como hubiera dicho ella en su lengua, era tonta como una col. Le aburría con sus recomendaciones a su discípula.

Le decía que una muchacha bien educada no podía alabar excesivamente una cosa ni tampoco desdeñarla. Había que elogiarla de un modo discreto. Tampoco se podía exponer una opinión y defenderla con calor. El hablar mal de las personas conocidas revelaba intenciones dañinas y los ademanes exagerados eran muy poco distinguidos. Tampoco revelaba buen juicio el querer implantar una moda; la moda había que aceptarla cuando ya otras personas discretas la hubieran iniciado y seguirla de una manera prudente.

Todas estas estupideces irritaban a Fanny, y como la institutriz, por su parte, no se encontraba a gusto en la casa de Jáuregui, se marchó del pueblo y dejó a la muchacha en paz.

En vista de esto, mandaron a Fanny a un colegio de Pau.

La muchacha estudió dos años en el colegio, donde aprendió bien el francés y algo de inglés.

Allí se hizo amiga de una chica de Tolosa, María Luisa Zabala, a la que después visitaba con frecuencia.

Por entonces vivía aún un hermano de Fanny, y de vez en cuando le escribía cartas alegres y llenas de historietas. Un día se presentó en Recalde por la parte de herencia que le correspondía. A las pocas semanas de estar allí comprendió que no podía vivir con su madre y con su abuela en este rincón y se llevó a su hermana a París. Fue cuando le hicieron a esta la miniatura.

Fanny había leído los libros que quedaban en la biblioteca de la primera mujer de su padre. Contaba que en París había tenido mucho éxito cantando, acompañándose con la guitarra, algunos fandangos españoles. Aprendió también canciones populares francesas que todavía se cantaban, como *Jenny l'ouvrière* y la *Andaluza*, de Alfredo de Musset, que comienza con esta pregunta:

*Avez-vous vu, dans Barcelone  
Une Andalouse au teint bruni?*

y otras del tiempo, algunas de Iradier.

De este autor sabía varias habaneras, como aquella que pasó a la ópera *Carmen*, de Bizet, la de la Paloma, y otra canción del Contrabandista, que decía así:

*Lorsque flambent les cigares  
que pétille le Xerès  
j'aime à chanter aux guitares  
les yeux noirs de Dolorès.*

Estas canciones las alternaba con algunas más viejas que había oído a su madre, como aquella en que se habla del triste Chactas y termina con el estribillo de «Sin mi Atala no puedo vivir».

Fanny no se atrevió a quedarse en París o a marchar a Inglaterra con su hermano. Fue este, como decía ella más tarde, el gran error de su vida.

Al volver de París, Fanny quiso arreglar y modernizar la casa de la familia. En Jaureguía quedaban restos de algunos muebles comprados por su padre el ingeniero.

En la sala estaba la sillería dorada, con un gran sofá con el respaldo retorcido e historiado, que se había quedado un tanto negro por la humedad; sillas muy ligeras forradas de sedas claras, dos silloncitos con tapicerías bordadas, mesas de juego, consolas y una especie de cama baja que más parecía un diván.

En lo que fue biblioteca quedaban todavía los armarios de caoba con libros de encuadernaciones que fueron espléndidas, ya borrosos por el tiempo y el polvo, y en el cuarto de su madre, la gran cama con dosel de damasco rojo y un escritorio de caoba lleno de cajoncitos.

En este cuarto grande, que era la alcoba de honor de la casa, estaba el retrato de la bisabuela materna de Fanny, doña Graciosa de Eguía. Era una pintura buena, sin firma apreciable de autor. Tenía la retratada facciones con mucho tipo del país, los

ojos rasgados y pardos, la boca de labios finos, la nariz larga y perfilada, el pelo castaño, la tez clara y la actitud indolente; pero los ojos y la expresión de la boca eran dominadores. Llevaba un traje negro con encajes y en el pelo una rosa blanca; la expresión era de coquetería y al mismo tiempo de audacia y de orgullo. Tenía algunos rasgos que recordaban a su biznieta.

La buhardilla de Jaureguía, que era muy grande, era motivo de interés y de curiosidad para Fanny. Allí encontraba en los cajones novelas francesas, algunas muy atrevidas, y estampas un tanto licenciosas del siglo XVIII.

Fanny se encontraba en Recalde descentrada. Tenía temporadas de gran tristeza y hacía toda clase de proyectos para marcharse. Alguna vez se lo dijo a su madre, la cual se oponía y se incomodaba, o lloraba.

En estas temporadas, a Fanny le acometían los sueños raros y las ideas negras. Según me contaba, tenía la impresión de que la perseguía un hombre; pero este hombre, con el que soñaba muchas veces, era de alambre, y se reía de ella y le hacía gestos y ademanes como de persona viva.

Por huir de él soñó varias veces que se tiró desde el balcón y pasó por encima del río, quedando tranquilamente en la orilla, sin hacerse ningún daño. Luego no sabía cómo volvía a casa y se encontraba en su cuarto.

«Yo debo de estar algo trastornada —me decía—; esto es lo que les pasaba antiguamente a las brujas.»

Soñaba con frecuencia que iba por un callejón estrecho, lleno de personas desconocidas, que la miraban con un aire burlón y provocativo, y tenía que sufrir sus burlas y sus insolencias sin poder replicar nada, porque tenía miedo de que la agrediesen.

Evidentemente, Fanny tenía un carácter arrebatado e impulsivo, lo que quizá le venía de su padre, mitigado por su inteligencia y su claridad de juicio. De su madre, en cambio, había heredado poco.

Esta inquietud de Fanny revelaba una inadaptación al ambiente de la casa, pesado, monótono, y que no podía satisfacer a una muchacha joven e inteligente, llena de aspiraciones y de anhelos más o menos realizables.

LA JOSHEPA ANTHONI, vieja criada de la familia, había sido la niñera de la Mayorazga. Tendría algunos años menos que doña Ignacia. Era una vieja escuálida, arrugada y tostada por el sol.

A pesar de haber cuidado de doña Carlota cuando esta era pequeña y de vivir siempre con ella, no le tenía cariño. La Joshepa Anthoni era difícil en sus afectos.

A la única que había mimado era a Fanny mientras fue pequeña; pero cuando creció y se hizo mujer sintió cierto desvío por ella, como si la muchacha la defraudase en algo.

La Joshepa Anthoni pensaba que en aquella casa no tenían fundamento, frase muy empleada en el país, y no tenían fundamento porque en aquella casa no había ningún hombre de inteligencia, y esto hacía que todo marchara mal. Las mujeres, en general, tienen mala idea de las demás mujeres, y, sin embargo, en el País Vasco las mujeres valen casi siempre más que los hombres.

La Joshepa Anthoni tenía un medio primo suyo que vivía en un caserío lejano, a quien la gente llamaba *Ordoqui aztiya*, Ordoqui ‘el Mago’ u Ordoqui ‘el Adivino’.

Cuando le ocurría alguna cosa grave, la Joshepa Anthoni se ponía una mantilla en la cabeza, unas alpargatas negras, se vestía con el traje de las fiestas y se marchaba al caserío de su pariente a consultarle el caso.

Volvía al anochecer con un pañuelo lleno de manzanas y con un consejo.

Si se trataba de alguna enfermedad o de un problema dificultoso de la familia, ella indicaba lo que había que hacer, según la sentencia del oráculo del caserío, el divino o el adivino Ordoqui.

Probablemente, Fanny era la que más se burlaba de estos consejos.

La Joshepa Anthoni decía que Fanny de chica había sido muy caprichosa y huraña. Su madre vivía entonces con su segundo marido y muy preocupada con María, su última hija, y no pensaba gran cosa en la mayor, en Fanny. No se sabe lo que le ocurría a la Mayorazga de Jáuregui. Siempre estaba en una actitud de tristeza y de pesadumbre que comunicaba a los demás de la casa.

La Joshepa Anthoni había criado a los tres hijos de Norton y mostraba mucho respeto, aun después de muerto, por el ingeniero francés.

En cambio, al segundo marido de su ama, apellidado Jáuregui, como su mujer, no le tenía ninguna simpatía, ni a la Mayorazga tampoco, sin duda por haberse vuelto a casar.

La Joshepa Anthoni satisfacía todos los caprichos de Fanny, que entonces era pequeña, y la consideraba rara, absurda y loca.

Fanny, que había odiado también a su padrastro de niña, no solía querer comer en la mesa con los demás. Entonces la Joshepa Anthoni la llevaba al cuarto de costura,

cerca de la cocina, unos platos sí y otros no, según su gusto, y allí solía estar la niña rebañando los tarros de dulce y los moldes de los flanes, porque siempre había sido muy laminera y no le gustaban más que las golosinas.

Por este tiempo decían que era algo pequeña de estatura para su edad, con un aire inteligente y avisado.

Se vaticinaba que no se desarrollaría y se decía que tenía un estigma orgánico; pero luego la chica se desarrolló y se convirtió en la muchacha gallarda y de gran prestancia que yo conocí.

Hubo un tiempo, a raíz de una enfermedad que tuvo su abuela, en que me llamaron por primera vez a Jaureguía.

Fanny, por entonces, se propuso ser amable y servicial con los de su familia, y ejerció una influencia benéfica, alegró un poco a su madre, entretuvo a su abuela con sus ocurrencias y ayudó a la Joshepa Anthoni en los quehaceres de la casa y a la Truqui en la huerta; pero, fuese porque creyó que no se lo agradecían y que perdía el tiempo, o que no tenía inclinaciones para ello, el caso fue que volvió a su antigua actitud huraña, indiferente y desdeñosa.

Sin duda, los trabajos caseros no la entretenían. Su carácter independiente y salvaje se reveló en ella con más energía y volvió a mostrarse caprichosa, rara y fantástica. Siempre aseguraba que se aburría, que no sabía qué hacer ni en qué emplear su vida. No era raro este sentimiento en aquella casa.

Algunas veces intentó ejercer la caridad —siguió diciendo Ochoa—, y yo me la encontraba a la cabecera de los enfermos y de los niños, a los que limpiaba y cuidaba. Pronto se desilusionó al notar la cazurrería campesina, que siempre intenta ver intenciones egoístas y malévolas en los actos más nobles y generosos.

—¡Qué quiere usted! —le decía yo—. Eso es inevitable; además del desagrado, la gente del campo tiene la sospecha de la enemistad de todos los que la rodean.

—¿Usted cree?

—Es evidente. Si a un hombre culto de la ciudad se le hace un favor, si no es un anormal o un bestia, lo agradece más o menos profundamente, y al cabo de algún tiempo lo olvida. No va a estar siempre recordando el beneficio. El tiempo va borrando la impresión, que se esfuma en la mayoría de los casos, y al último desaparece. Algunos imbéciles llegan a inventar un motivo bajo para legitimar la merced que les hicieron y creen que el que les favoreció quizá obró con mala intención.

—¿Y aquí, en el campo? —me preguntaba ella.

—Aquí, en el campo, el hombre vive aislado en estado perpetuo de guerra, y cree, porque se lo han enseñado, que todos los demás quieren perjudicarlo a él y él piensa en perjudicar a los demás. Del vecino del helechal sospecha que ha movido las piedras que lo amojonan para quedarse con unos pies de terreno; el otro vecino se mete en su tierra con el arado y le ha quitado tres plantas de maíz o dos matas de



habas; otro, al pasar, ha cogido de un árbol suyo una manzana. Para gente así, las intenciones generosas no existen.

—Sí; es verdad.

Fanny abandonó pronto sus intentos caritativos y comenzó de nuevo a andar por los caminos con un perro y a leer en su casa libros viejos.

Al parecer, volvía a soñar con el hombre hecho de alambre.

FANNY SOLÍA IR por las mañanas por el monte; era ligera y saltarina, recogía flores silvestres y en verano se bañaba en el río, en el remanso próximo al puente viejo, que doña Úrsula llamaba el Puente de las Ánimas.

Un día, al amanecer, volvía yo de un caserío y la vi saliendo del agua con un vestido ligero que se le pegaba al cuerpo blanco y esbelto y su pelo rubio medio dorado, que ella peinaba en la orilla, y que se le encrespaba alrededor de la cara. Me pareció una sirena, y desde entonces la llamé en broma la Sirena de Jáuregui.

—¿Por qué me llama usted sirena? —me decía ella—. Yo no soy sirena. Las sirenas dicen que son muy guapas y andar en el mar. Yo, ni soy guapa ni ando en el mar.

—El cantar es mucho de sirena y el tener atractivo también.

—¿Y yo tengo atractivo? No lo noto.

Yo le conté que había leído que las primitivas sirenas eran mujeres-pájaros y no mujeres-peces, y añadí:

—Usted tiene mucho de pájaro con su cabeza pequeña y su pelo como una cresta de oro.

Fanny se rio.

—Yo siempre he visto a las sirenas pintadas con una cola de merluza, y por esto no me gustaba parecerme a ellas —dijo.

—Usted tiene más de pájaro que de merluza.

—¿Y usted?

—Yo soy un animal terrestre y prudente.

—Sí; demasiado prudente.

—¿Por qué le decía a usted eso? —le pregunté a Ochoa.

—Yo creo que me lo decía porque veía que no me atrevía a decirle nada, aunque ya notaba que me gustaba.

—¿La temía usted?

—Sí; es cierto. Yo comprendía que era una buena chica, generosa, inteligente, capaz de sacrificarse; pero la coquetería la hacía ser aficionada a los misterios.

—Es decir, que era un poco *cachottière*, como dicen los franceses.

—Eso es. Como toda persona en plena juventud y vista de cerca, parecía un poco contradictoria, como si en ella luchasen el elemento paterno y materno. Yo estaba persuadido de que si tenía un poco de suerte se convertiría en una persona cabal y muy atractiva.

La Sirena de Jáuregui era una mujer simpática y de inclinaciones nobles; pero en un ambiente de pueblo pequeño no podía vivir a gusto; tenía que desequilibrarse.

A su madre le exponía proyectos que a esta le parecían disparatados. Que la dejaran ir a París o a Norteamérica, que quería estudiar...

La madre la miraba como a una loca caprichosa y sin sentido.

La Mayorazga era poco inteligente. Decía que todo lo que no se hiciera según las prácticas tradicionales que ella había visto, era vicioso y absurdo o una extravagancia.

Fanny necesitaba emplear en algo la energía que le sobraba, pero no podía, no la dejaban y se ahogaba en este ambiente estrecho de pueblo.

Era Fanny una mujer muy buena, pero si se sentía ofendida se mostraba intratable. Era un corazón inquieto y torturado. A mí, como dije, me atraía, pero yo estaba comprometido con la que ha sido mi mujer, que me quería y con la que había hecho proyectos de vida. Muchas veces pensaba: «Nada, dejarlo todo y marchar con la mujer que a mí me gusta». Pero después pensaba: «¿Es que es lícito abandonar a una mujer que ha puesto sus esperanzas en uno y decirle: “Dispensa, pero me equivoqué”?»

En estas vacilaciones estaba por aquella época y al fin seguí el camino trazado y no me arrepentí. Fanny parece que dijo a una amiga suya que si ella hubiera querido hubiera deshecho mi matrimonio y se hubiera casado conmigo. Creo que era verdad, pero ella era amiga de mi mujer y le hubiera parecido el hecho una traición.

Mi mujer debió de enterarse de estas palabras de Fanny, pero yo la convencí de que eran una fantasía que no había que tomarla en serio.

Al llegar aquí, el doctor Ochoa confesó paladinamente que a él le gustaba mucho Fanny. Que entonces estaba soltero y se hubiera casado con ella. Ochoa, hombre de muy buen sentido, no muy entusiasmado con su novia, comprendía que casarse con Fanny y vivir en el pueblo no sería cómodo por muchas razones.

Únicamente se hubiera decidido a pretenderla si hubiera podido ir a vivir a una capital grande, a Madrid o a Barcelona o a América, pero en el pueblo suponía que un matrimonio así con una mujer de carácter original no podía darle ningún buen resultado.

Era sin duda el instinto. Él comprendía que aquella muchacha en parte tan atractiva en aquel ambiente inmóvil, estancado, era peligrosa. Fanny tenía una mirada audaz, una gracia a veces cautivadora, pero también, en ocasiones, un gesto caprichoso de crueldad que a él le impresionaba asustándole un poco. Fanny tenía en ocasiones un aire felino. Daba entonces la impresión de estar continuamente en acecho, próxima a saltar. ¡Quién podría adivinar la reacción que iba a tener una mujer así! Evidentemente era una histérica que lo mismo podía acabar bien que mal. El viento sur parece que le producía trastornos.

Con el doctor Ochoa estuvo, al parecer, siempre cariñosa y amable, pero él no se decidió y prefirió casarse con su novia, muchacha buena, vulgar e hija de familia muy rica del país.

Todo esto no lo dijo claramente Ochoa; yo lo sobreentendí, pero estaba seguro de no equivocarme. Al hablar de Fanny, a pesar de que tomaba un aire indiferente e irónico, se notaba que estaba más impresionado de lo que quería demostrar.

—Como le decía a usted —siguió diciendo Ochoa—, Fanny paseaba con un perro negro.

Este perro, que era de lanas, inglés, bastante grande, la acompañaba constantemente. Se llamaba *Black*, como el perro que tenía su padre. Era un animal entonces muy joven, y a ella le hacía reír. Cuando lo lavaba se metía en un rincón y quedaba escondido, como avergonzado, y lo primero que hacía si podía, era salir a la orilla del río a meterse en el barro. Las manías de *Black*, a ella la divertían mucho.

Por entonces murió el hermano mayor de Fanny en los Estados Unidos. Esto fue un gran disgusto para ella, que siempre guardaba la esperanza de ir a reunirse con él.

El hermano hacía muy poco tiempo que se había casado con una muchacha americana. Fanny se escribía con ellos, pero desde que su hermano murió la cuñada dejó de contestar a sus cartas; sin duda temía que la familia pretendiera quitarle algo de la herencia de su marido.

Fanny desde entonces se hizo más rara y la fama de sus extravagancias corría por el pueblo. Le gustaba decir cosas absurdas y audaces a las demás chicas y a los muchachos de su edad.

Eran opiniones que había leído en los libros y otras que se le ocurrían a ella. Tenía algo de lo que los médicos psiquiatras llaman ahora mitomanía.

A mí me dijeron que si este joven o el otro rondaba la casa de Fanny, que hablaba con alguno desde el balcón de su casa, pero yo no vi que tuviera nunca una actitud incorrecta.

Las chicas del pueblo, que no tenían amistad con ella, eran las que se encargaban de propalar rumores desprestigiadores sobre Fanny. El notar esto le hacía tomar con ellas una actitud todavía más alocada y absurda.

Los hombres jóvenes la creían muy atractiva, pero ninguno de los que la galantearon le gustaba. Los que hubieran podido casarse con ella, no la pretendieron porque les parecía algo peligrosa.

—Entre ellos estaba usted.

—Sí, es cierto, no lo niego.

—Yo, como usted, me hubiera decidido.

—Sí, pero usted es un romántico; yo no.

—Mujeres así no se encuentran más que rara vez en la vida.

—Sí, es posible.

Con alguna muchacha, Fanny empezó teniendo gran amistad, saliendo siempre con ella, hasta que de pronto riñó y no volvió a mirarla más.

A los muchachos jóvenes los encontraba vulgares, sin interés y llenos de preocupaciones mezquinas.

AÑOS DESPUÉS —siguió contando Ochoa—, llegó a Recalde un tipo de estos vascos emprendedores que puso una tienda de comestibles. Unos decían que tenía dinero, que hacía buenos negocios; otros decían que no.

Este hombre se llamaba de apellido Arregui, tenía dos hijas bastante guapas y un hijo que, al parecer, era una bala perdida y que había intentado ser cómico y periodista.

Según algunos, que le conocieron en Madrid, el chico era simpático y de buena pasta, aunque un poco chiflado.

Juanito Arregui, cuando vino por primera vez aquí, se paseaba por las calles y los alrededores de Recalde con los dos elegantes del pueblo. El uno era Ignacio Antoñana, joven rubio, que se las echaba de conquistador, que bailaba muy bien y que presumía de tener mucho éxito con las mujeres, y el otro don Marcial Echenique, solterón que había venido de fuera hacía dos años, que tenía aire vulgar, la piel oscura, la cara torpe y que vestía con afectación de elegancia que acentuaba más su ordinariéz y su vulgaridad. Este don Marcial presumía de fino y de aristócrata y con sus trajes claros, sus guantes también claros y sus botas rojizas de color de langosta cocida, parecía un patán.

Tanto Ignacio Antoñana, el Petronio de Recalde, como don Marcial, se burlaban con frecuencia de las exaltaciones y locuras de Juanito Arregui, pero este era el más simpático de los tres.

Arregui tenía un aire de joven romántico de la época; usaba melena y barba. El tipo estaba bien; la educación suya había sido descuidada y era muy probable que no supiera nada en serio.

Por las fiestas del pueblo se vio a Juanito pasear de noche con Fanny presenciando los fuegos artificiales. Juanito parecía muy entusiasmado, pero como los dos tenían fama de fantásticos, a nadie le chocaba esta amistad.

La familia de Arregui vivía bien, como si tuviera mucho dinero. El padre estaba en todas las fiestas del pueblo y de alrededor con sus hijas, en las romerías, en los partidos de pelota, siempre bien vestidos, él con trajes claros como si fuera joven y las hijas elegantes. Se decía que Arregui padre había estado en América de donde volvió más pobre que cuando fue. Algunos decían que no había trabajado nunca y que su hijo en Madrid llevaba la misma marcha, pero el caso es que con su tienda, sus ventas y algunos negocios de minas en los que se había metido, se las manejaba bien.

Un segundo verano apareció Juanito Arregui con intenciones de pasar una larga temporada en Recalde. El joven Arregui era un tipo alegre, nervioso, un poco

fantástico. Alto, moreno, con los ojos grandes y el pelo encrespado. Tenía actitudes trágicas y unos ademanes un poco teatrales.

Era frecuente en él el echarse hacia atrás la melena con la mano con una actitud de pensador.

Según decían, en Madrid había representado en un teatro *Don Juan Tenorio* y sabía grandes tiradas de versos de Bécquer y de Espronceda que recitaba con voz agradable produciendo la admiración de los chicos de su edad. Tocaba el piano muy bien, sobre todo con mucha expresión.

En política era muy avanzado y le gustaba hacer alarde de sus opiniones. Esto le dio en el pueblo fama de calavera y de loco. Por entonces vino con dos perros enormes. Les tiraba ramas y piedras a lo lejos y ellos iban corriendo y volvían satisfechos del juego y ladraban después con furia alegre.

Por entonces se dijo aquí que Arregui padre había vendido a una compañía de Bilbao unas minas muy malas que tenía, y que le habían pagado por ellas muchos miles de duros.

Al poco tiempo, Arregui padre traspasó la tienda de comestibles que tenía y se fue con su familia, según decía, a Andalucía, en donde se iba a casar la chica mayor con un contratista rico que conoció en un balneario. El padre había tomado la contrata de algunas carreteras del Sur.

Como esta gente era tan inquieta a nadie le chocó la marcha.

Al poco tiempo de esto se vio una noche a Juan rondando Jaureguía. Fanny habló con él desde el balcón de su casa y a la mañana siguiente la muchacha dijo a su madre que pensaba casarse con Juanito.

A la Mayorazga le pareció muy mal, afirmó que nunca daría el consentimiento y que como Fanny no era todavía mayor de edad no tendría más remedio que obedecerle.

Fanny parece que no contestó a cuanto le dijo su madre. Esta, en vista de lo tranquila que se mostraba su hija y sabiendo sus fantasías, pensó que se le habría pasado el arrechucho, que sería aquella una de tantas locuras que la daban, pero a los pocos días Fanny desaparecía de casa dejando una carta escrita, en la que decía a su madre que se marchaba con Juan a Madrid.

La Mayorazga al leer la carta empezó a lamentarse y a decir que bien empleado le estaban todos los castigos que Dios le enviaba, que todo lo tomaría con resignación.

La abuela ni siquiera se enteró y únicamente cuando por las noches se levantaba se quedaba gran rato mirando la cama vacía de su nieta.

La Joshepa Anthoni pensó que aquello no podía acabar bien y un día después de comer se preparó para visitar a su primo Ordoqui a ver lo que este decía.

Al cabo de algunos meses Fanny escribió a su madre una carta muy alegre, diciendo que como ya era mayor de edad se había casado con Juan, que vivían en Madrid y que estaba muy contenta y satisfecha de su vida.

La luna de miel de Fanny y de Arregui debió de ser para ellos encantadora. Como tenían los dos un genio vivo a veces se enfurruñaban por cualquier cosa y hacían luego las paces.

Esta muchacha voluntariosa y soberbia se había escapado del pueblo con un mentecato, con un calavera. ¡Qué de comentarios impertinentes iba a haber en las casas de los alrededores! La iban a mirar a ella con desprecio y con burla. ¡Qué horror! ¡A la Mayorazga de Jáuregui! No se le venía a la imaginación la idea de que ella no había cuidado de su hija, ni había hecho nada para hacerle la vida amable. Toda su pedagogía con ella consistió en negarle cuanto le pedía y en ocuparse solo de sí misma. Naturalmente, una muchacha como Fanny debía saltar por encima de todos los obstáculos siguiendo los impulsos de su carácter decidido y voluntario.

A pesar de lo que creía la Mayorazga, la fuga de Fanny, aunque produjo emoción en el barrio y en el pueblo, no ocasionó ni desprecio ni burlas. La gente rica del pueblo decía a veces: «¡Qué familia más desgraciada!». Los pobres, los que la conocían, preguntaban a la Joshepa Anthoni o a la Truqui:

—¿Qué tal está Fanny? ¿Ya se ha casado?

—Sí.

—Pues me alegro mucho. Muy buena es, muy buena. ¿Ya vendrá por aquí?

—Sí; vendrá.

Así pasaron dos o tres años. Se decía que Fanny había tenido un hijo en Madrid, y escribía de vez en cuando a su madre, siempre muy contenta y satisfecha de su marido y contando alguna que otra fantasía de las que acostumbraba sobre su vida y sobre su chico, que según ella era precioso.

El verano del año 1866, esto se aseguró después, Fanny pensaba ir a pasarlo al pueblo, a casa de su madre, para que conociera al nieto, que ya tenía más de un año.

La noticia causó más sensación en Recalde que en su casa. Su madre, la Mayorazga, casi no se enteró, pensando en la iglesia y en sus recuerdos; la abuela no supo nada, y la Joshepa Anthoni, acaso por algo que le había dicho su pariente mago o adivino, no auguró nada bueno.

En esto llegó a Recalde la noticia de la muerte de Juan Arregui. Por lo que se dijo después, se había hecho revolucionario y estaba complicado con los partidarios de Prim y de Pierrard.

Juanito había tomado parte en la revolución de aquel año y murió en Madrid.

Luego se supo que le habían herido no muy gravemente en una barricada de la plaza de Santo Domingo cuando la revolución de los sargentos del cuartel de San Gil. Por lo que contaron, había llegado a su casa y no quiso llamar a ningún médico por miedo a ser denunciado. Fanny le curó lo mejor que pudo, pero la herida se fue infectando.

A última hora llamaron a un médico que vivía en la vecindad. Al parecer ya era tarde y Juanito Arregui murió a los pocos días.





VI  
DESOLACIÓN

AL CABO DE ALGÚN TIEMPO apareció en Recalde Fanny Norton con su niño.

Venía pálida, flaca, desencajada. Según decían, estaba muy enamorada de su marido, y como este era tan absurdo como ella, se llevaban muy bien los dos.

Al pueblo llegó completamente desesperada y enferma. Habló con la Joshepa Anthoni y le dijo que llamaba a la muerte para que se la llevara. A la Joshepa Anthoni le parecía muy mal que se llamara a la muerte, porque, según ella, acudía casi siempre al llamamiento.

Efectivamente, una mañana temprano, en vista de que la madre de Fanny no salía de su cuarto como todos los días para ir a la misa del alba, entraron en la alcoba de la Mayorazga y en la cama con el dosel de damasco se la encontraron muerta, rígida, vestida de negro, sobre la cama sin deshacer.

A Fanny, que estaba siempre tan nerviosa, le entró tal terror al ver a su madre, que tuvieron que llamarme para que le diera un calmante.

El entierro fue magnífico, digno de la Mayorazga de Olázar. Como dijo un gracioso del pueblo:

—Esta ha tenido entierro de primera y vida de tercera.

Era verdad.

Al morir la Mayorazga colocaron el cadáver en medio de la sala principal, en una caja magnífica forrada de tela y con seis hachas encendidas. El aposento estuvo lleno constantemente.

A las once de la mañana llegaron los curas con la cruz alzada, revestidos con sus sobrepellices, y cantaron los responsos. Después vinieron cuatro vecinos de luto y tomaron el ataúd y lo bajaron a la calle.

Allí, en la plazoleta de Jaureguía, se cantó el miserere y se organizó la comitiva, primero los hombres y luego las mujeres. A los hombres les dirigía el sacristán y el alguacil y a las mujeres la *cerora*<sup>[1]</sup>. Las campanas de la parroquia tocaban a muerto tristemente. Fanny tuvo que ir en el cortejo. Al llegar a la iglesia se celebró la misa de difuntos y después toda la gente volvió a la casa, en donde se dedicó a comer y a beber.

La Joshepa Anthoni y la Truqui permanecieron indiferentes y se dedicaron a servir vino a los aldeanos que venían a dar el pésame y a beber ellas a escondidas copas de aguardiente.

Fanny se consoló pronto de la muerte de su madre. Estaba obsesionada con la pérdida de su marido y no se ocupaba más que del niño, que cada día estaba más bonito. Salía con él, se sentaban los dos en el campo y jugaban.

Fanny comenzó a tener un poco de optimismo pensando en su hijo, y con la preocupación de él, empezó a revisar las cuentas de su casa, algunas del tiempo de su padre, el ingeniero Norton, muy embrolladas y que convenía aclarar.

La abuela no se había enterado de lo ocurrido, pero tenía momentos de lucidez, y entonces decía a las personas que iban a su casa:

—Mire usted que a mí, que se me haya muerto la hija. ¡Qué pena!, ¿eh? ¡Qué pena para una madre! —y al cabo de algún tiempo añadía, sonriendo—: Cucú, cucú, cucú, cantaba la rana.

Una noche, el niño empezó a toser con tos ronca; pasó el día bien, no tenía calentura y estuvo jugando con un carrito. Al anoecer empeoró y se vio que no podía respirar, que tenía un terrible estorbo en la garganta que se lo impedía.

Por entonces, yo —dijo el doctor Ochoa— no estaba en Recalde. Había ido a Barcelona a llevar a una clínica a una parienta de mi mujer. A la vuelta, en San Sebastián, me enteré de que el niño de Fanny estaba moribundo. Recibí un telegrama de ella, diciéndome que le iban a operar a su hijo y que fuera.

Cuando llegué yo había muerto.

El médico dijo desde el principio que el niño tenía *crup*, el garrotillo, cosa muy grave. El foco estaba bastante bajo, en la parte más estrecha de la garganta.

Recetó unas medicinas para que se enjuagara y para que su madre le limpiara la garganta con un hisopo. El chico empezó a echar unos exudados blancos y a escupir sangre.

Como se puso peor, el médico dijo que se llamara a un especialista de Bilbao. Le llamaron, le hizo la traqueotomía y el chico se murió.

Cuando Fanny me vio, me dijo:

—Si usted hubiera estado no se hubiera muerto mi hijo.

—No tenga usted esa pena —le dije—. El niño ha estado bien tratado. En casos como este, hoy por hoy, no hay nada que hacer.

Fanny no lloraba.

—¡Qué será de mí! —exclamó—. Siquiera muriera esta noche... —y se puso a mirar por el cristal la plazoleta triste, el río y la lluvia, que formaba una cortina gris sobre los campos y los montes verdes.

Al día siguiente la encontré aplanada y la quise animar.

«No hay nada que hacer, doctor —me dijo—; ahora me toca a mí, y ojalá sea mañana.»

Yo le receté una medicina con estriknina, hecha a base de alcohol, y como el boticario, a la cuarta o quinta vez de mandar la receta, puso reparo en despacharla, Fanny enviaba a algunos recadistas a otros pueblos próximos para que los farmacéuticos la despacharan.

Yo tuve que avisar para que no se la dieran.

Tenía Fanny los nervios descompuestos; el menor obstáculo, la menor tardanza la ponían fuera de sí. Ahora, como mujer inteligente, comprendía que esto era algo de

enfermedad.

Fanny se sentía con frecuencia cansada y veía que tenía las manos calientes y los ojos ardorosos, lo que era señal de fiebre.

Ya no era la antigua Fanny, con sus mejillas sonrosadas y sus ojos brillantes, alegre y llena de petulancia; sus ojos estaban tristes y sus mejillas pálidas. Sus movimientos eran un poco automáticos y con mucha frecuencia su mirada se dirigía a un objeto cualquiera y parecía quedarse dormida o paralizada sobre él. Esto no le quitaba el que estuviese muy atractiva; quizá lo estaba más que antes; pero su atractivo no iba unido a una impresión de jovialidad, sino a todo lo contrario; a una sensación de misterio y de angustia. Ya había gente en el pueblo que auguraba que la habían embrujado.

Las horas del anochecer eran para ella las más sombrías. De día conservaba el humor y la esperanza; pero cuando llegaba el crepúsculo, la tristeza se le echaba encima y el pueblo y el río le daban una angustia horrible.

—Yo le asustaba a usted con mi petulancia —me decía—. Quizá tenía usted razón. Yo también tenía razón a mi modo.

—Usted es más valiente que yo. ¡Qué se va a hacer!

—Eso no quita para que seamos amigos.

—Cierto; yo al menos haría todo lo que pudiera por usted.

Me dio la mano, y yo se la estreché afectuosamente.

Fanny, al principio, no se daba perfecta cuenta de su desgracia. A los pocos días, al verse sola en casa, le entró la desesperación. Se metió en la cama y no quiso levantarse.

Fanny no quería comer y únicamente tomaba la medicina y mucho café, y como esto la desvelaba y no podía dormir, andaba por la casa como su abuela, asustando a las muchachas y a los vecinos, que veían luz en las ventanas a altas horas de la noche.

Me dijeron que cuando unas señoras del pueblo fueron a darle el pésame estuvo con ellas de una manera tan rara, que no sabían estas qué decir ni qué hacer, hasta que se dieron cuenta de que estaba completamente trastornada con alguna droga que había tomado.

Yo iba a verla con frecuencia, y a lo mejor me la encontraba en el pasillo de su casa de Jaureguía, en la oscuridad, hablando de cosas sin sentido, con los ojos que me miraban alocados sin conocerme, hasta que de repente se echaba a reír, sin que la risa viniera a cuento.

En la calle, unos decían que estaba loca, otros que estaba como embrujada. Otros que era el alcohol. Estas carcajadas, estos cánticos, estas palabrotas, no indicaban nada bueno.

La cabeza de aquella mujer marchaba mal. Había gente que creía que era como la dama de Amboto o de Murumendi, y que iba a acabar yendo a algún monte de estos en un carro de fuego.

Cuando bebía su vino con su droga, comenzaba a decir palabrotas y barbaridades hasta que se dormía. Otras veces pasaba cuatro o cinco días fuera de casa. Siempre con un aire de facilidad y de superioridad. ¿Adónde iba?

—Ya mi vida no tiene objeto —me decía ella—. He fallado en todo: en la familia, en los amores y en mi hijo. Soy una desgraciada y quisiera morir cuanto antes.

—No piense usted en eso.

—Es difícil no pensar. Yo, que tenía tantas condiciones para ser feliz...

—¿Y no las tendrá todo el mundo? —le pregunté yo.

—No; hay mucha gente que tiene más condiciones para la desgracia..., entre ellas mi madre. Yo estoy segura de que si se hubiera encontrado en una situación buena de repente no hubiera sabido qué hacer... En cambio, para la desgracia, tenía todas las frases, todas las actitudes.

—Sí; quizá tenga usted razón.

Yo no sabía qué aconsejarle. Mi mujer no tenía simpatía por ella. La miraba como a una persona disparatada y energúmena.

Yo la auscultaba y le tomaba el pulso, y viendo que tenía el corazón algo débil, le mandé una medicina con digital; pero entonces empezó a aficionarse a esto y lo veía que sin duda tomaba más gotas de las prescritas en copas de coñac o de chartreuse.

Poco a poco fue tranquilizándose; entonces lloraba mucho y le gustaba hablar conmigo. Empezó a ir al cementerio a llevar flores a la tumba de su niño, de quien decía que era demasiado bueno para vivir en este mundo, y que además todas las personas que le querían a ella tenían que morir.

Eligió en el cementerio un rincón romántico para que la enterraran entre la tumba de su hijo y la de doña Florencia, la primera mujer de su padre. Decía que por su alma debía ser hija de la inglesa y no de la Mayorazga.

El cementerio entonces —dijo el doctor Ochoa— era un sitio romántico; tenía varios cipreses y sauces y habían llevado a él unas lápidas viejas que estaban empotradas en un patio próximo a la iglesia y varias estelas de piedra con dibujos. Yo siempre recordaba al pasar por allí esa sentencia en latín que hay en la torre del reloj de Urruña que no recuerdo con exactitud lo que dice.

—«Vulnerant omnes ultima necat.»

—Eso es. ¿Qué quiere decir?

—‘Todas hieren, la última mata.’

—Es cierto. Fanny se pasaba en Jaureguía horas y horas contemplando el retrato de Florencia, el cuadro pintado por ella y algunos abanicos y pequeños objetos que la pertenecieron.

Con los muebles que más le gustaban de Jaureguía se arregló un cuarto. En este cuarto estaban los retratos de todas sus personas queridas. Su marido; su niño; su

bisabuela, doña Graciosa de Eguía, y la mujer de su padre, Florencia, de la que hablaba entonces sin cesar, más que de su padre.

A la Sirena de Jáuregui le molestaba mucho ver las sillas de aquel cuarto con sus fundas grises. Le parecía que su madre, la patrocinadora de este antipático color, quería dar a la alcoba aquella tonalidad fría y para ella desagradable. Todas las fundas las quitó y las mandó al desván.

A la Joshepa Anthoni, la antigua nodriza, no le hacía ninguna gracia ni el recuerdo de doña Graciosa ni el nombre de Florencia, de la que procuraba no hablar nunca, y decía a Fanny que de las personas que mueren sin sacramentos y de manera misteriosa valía más no ocuparse.

ENTONCES EMPEZÓ A FRECUENTAR Jaureguía Ignacio Antoñana, abogado, que se decía muy amigo del marido de Fanny. Antoñana era hijo de un procurador de Bilbao, que se había hecho rico y casado con una mujer de Recalde de posición humilde.

El padre de Ignacio Antoñana, que empezó su carrera de pasante de procurador, compró muchas tierras y caseríos en el pueblo y se mostraba muy orgulloso y muy déspota con todo el mundo.

El hijo, Ignacio, se las daba de ser muy artista, y durante el poco tiempo que había vivido en Recalde, Juanito Arregui y él salían los dos juntos.

Era Ignacio Antoñana alto, flaco, serio y meloso. Las visitas se fueron haciendo cada vez más frecuentes. Ignacio contaba a Fanny anécdotas y sucesos que les habían sucedido a Juan y a él cuando andaban los dos por Madrid, y esto le agradaba a Fanny.

Fanny, al principio, le trató con indiferencia; nunca había oído tampoco a su marido que tuviera ninguna gran amistad con Antoñana; pero poco a poco se fue acostumbrando a verle en su casa.

Antoñana, por entonces, batió el récord de la elegancia y de la buena sociedad en el pueblo. Estuvo en todas las casas distinguidas de Recalde y de Elguea.

A mí me parecía que cuanto él hacía tenía un aire de repertorio obligado, como si fueran sus maniobras asignaturas del bachillerato.

Un día, Antoñana dijo a Fanny que Juan y él estaban los dos enamorados de ella y que Juan se le había adelantado. Esto le hizo a Fanny muy poca gracia, y pensó que antes se hubiera casado con un aldeano pobre que con Ignacio, a quien encontraba insustancial y poco interesante.

Al poco tiempo, Fanny recibió la visita del párroco de Recalde, que, según dijo, iba a ver si ya se encontraba más tranquila y con mejor salud. Después de hablar de muchas cosas, dijo el párroco a Fanny que estaba muy sola en aquel caserón, sin más compañía que aquellas ancianas, y que debía tomar estado por segunda vez. Que una de las personas más indicadas para casarse con ella, por su educación y por sus méritos y buenas costumbres, era el amigo de su difunto marido, Ignacio Antoñana.

Fanny, que a veces era muy poco decidida, no se atrevió a decirle que no quería casarse con nadie, y menos con Ignacio. Le parecía un hombre vulgar. Fanny se calló y el párroco salió muy satisfecho de su gestión.

Antoñana perseguía a Fanny de una manera persistente y pesada. No comprendía ella por qué Ignacio le desagradaba tanto ni por qué, no teniéndole simpatía, no rompía con él; pero no tenía fuerza, se sentía sin vigor y sin ánimo.

Un día, Ignacio se presentó en Jaureguía como si fuera un hecho su noviazgo con Fanny y esta se hallara decidida a casarse. Ella estuvo algo fantástica, se rio de él, pero no se atrevió a decirle francamente lo que le pasaba.

Las cosas se arreglaron de tal manera, y Fanny estaba tan rara y sin voluntad, que al poco tiempo se casó con Antoñana y fueron a vivir a Bilbao, a casa del padre de Ignacio.

Allí la vida era muy poco agradable; la suegra todo lo fiscalizaba; Fanny estaba en calidad de hija de familia y no podía disponer de nada, lo que para una mujer independiente y dominadora era muy desagradable. Fanny vio pronto que su marido era un tumbón débil y de un egoísmo pueril, y que probablemente la madre de Ignacio, que era de Recalde, le había inducido a que se casara con ella por lo poco que le quedaba de la herencia de familia y por la idea que tenía de que su hijo fuera el dueño de Jaureguía.

A Fanny se le empezó a desarrollar hacia todos los parientes de su marido una gran antipatía. Le daban ganas atroces de insultarles, de decirles que eran unos mezquinos y unos usureros. Al cabo de algunos meses, Fanny, no pudiendo ya resistir más, dijo a su marido cosas feroces de él y de su familia. Como estaba próxima a tener un hijo, pretextó que deseaba ir a su casa del pueblo y se presentó en Jaureguía. Según dijeron, Ignacio tenía asuntos en San Sebastián y no pudo acompañarla; pero, en realidad, era que ella se había puesto como una fiera y le daba miedo.

Fanny, sola otra vez en su casa, empezó a tomar medicinas, narcóticos y estupefacientes, y sobre todo alcohol. Se la veía charlar con la gente de al lado de su casa con gran excitación; otras veces se metía en su cuarto y no quería ver a nadie.

Una noche me avisaron a toda prisa; parece que se presentaba el parto prematuramente; yo no pude ir y mandé primero al ayudante que tenía.

Parece que Fanny tuvo con facilidad un niño muerto. Según me dijeron era un monstruo, una especie de araña que no tenía más que cabeza, piernas y brazos enormes. El practicante le bautizó por si acaso.

Fanny, de la impresión que le causó tuvo una debilidad nerviosa que se le complicó con unas fiebres larguísimas y difíciles de cortar.

En el pueblo se comentó muchísimo el nacimiento de este niño. Según algunos, era el mal de la casa que se había concentrado en él, y que sin duda ya no perseguiría más a la familia; desde entonces todo les saldría bien.

La Joshepa Anthoni hizo con este y otros motivos varias visitas a su pariente Ordoqui, el mago, y no acababa, según decía, de tener buenas impresiones. Daba a entender, aunque a muy poquísimas personas hablaba de esto, que era la misma Fanny la que estaba maleficiada, acaso por la primera mujer de su padre, que no debió de ser cosa buena. Pero de estos asuntos más valía no hablar.



De vez en cuando aparecía Ignacio Antoñana, contaba cuatro o cinco necesidades, hacía comentarios estúpidos y se marchaba. Según se decía, visitaba mucho a una viuda rica de San Sebastián, que al parecer decía a todo el mundo que Fanny debía de ser una mujer muy necia cuando no podía entenderse con un hombre tan amable como Ignacio. La opinión le enfurecía a Fanny.

«Se vive en la mentira —exclamaba—. La gente no se entera nunca de nada y esa mujer que dice eso debe ser una mala bestia.»

Después de seis o siete meses de enferma y de haber hecho todo lo posible para morir, Fanny empezó a reaccionar y a andar un poco por las salas de la casa. Le parecía que todo lo veía por primera vez, los muebles, los cuadros, los sillones que habían sido de su padre. Vagaba por los cuartos destartados y se sentaba al lado de su abuela, ya completamente trastornada, que ni siquiera la conocía y creía que era Florencia, la primera mujer del que luego fue su yerno. Doña Ignacia, que apenas podía moverse de una silla, se entretenía en cortar y recortar con unas tijeras trozos de trapos viejos que le proporcionaba la Joshepa Anthoni.

Fanny, donde más a gusto se encontraba era en su cuarto, rodeada de sus cuadros, de sus retratos y de sus libros. Allí, sentada y sola, se pasaba las horas muertas, a veces hablando con el retrato de doña Graciosa de Eguía, su bisabuela, con su primer marido, con su hijo o con la mujer de su padre, Florencia Kennedy.

Cuando yo iba a verla seguía conmigo las conversaciones acerca de su padre, sobre lo que entonces se dijo en el pueblo. Esto la preocupaba mucho y quería saber de los viejos de la vecindad lo que entonces se había contado.

A mí me hablaba como a un amigo; el único que tenía, según decía. Me aseguraba con mucha amargura que nunca tuvo infancia ni juventud. Que nadie se había ocupado de ella, porque en realidad nadie la había querido más que su primer marido y su hijo, los dos muertos; que su vida se había deslizado lo más estúpida y aburrida posible. No tenía más recuerdo agradable que los pocos años que vivió en Madrid con su marido y los días que pasó en París con su hermano; todo lo demás valía más no haberlo vivido, y lo único que deseaba era acabar cuanto antes.

Los días se le hacían eternos, la vida era de una horrible pesadez, el aburrimiento que tenía le parecía irresistible y el porvenir se le presentaba tan espantoso que le daba terror el pensar en él.

La idea de su destino cruel la obsesionaba y creo que ya desde entonces pensaba en encontrar un medio fácil y expeditivo para morir. No tengo para qué decirle a usted que esta tendencia suya me horrorizaba. Hubiera hecho cualquier cosa para disuadirla de su intento; pero, ¿qué iba a hacer? Con reflexiones a una persona enferma no se consigue nada.

Yo intentaba animarla; le decía que se reuniera con su marido, que acaso tuviera un nuevo hijo; pero la idea de reunirse con Ignacio y de tener otro hijo la horrorizaba

de tal manera que no quería ni oírme.

Ella volvía a decirme que comprendía que su primer marido era tan inconsciente como ella; pero se había ocupado de ella porque la quería de veras. A los demás, sobre todo a su madre, veía que nunca les había interesado ella nada. Le chocaba que fuera ella hija de la Mayorazga, porque indudablemente no tenían nada de común, y si ella creyera en la transmigración de las almas, tendría como a su verdadera madre a la primera mujer de su padre.

Esta idea, que no sé cómo se le había metido en la cabeza, la empezó a obsesionar, y cada vez hablaba con mayor entusiasmo de doña Florencia.

De vez en cuando escribía a su marido, diciéndole que se iba reponiendo y que no se preocupara, porque se encontraba bien. Entonces fue cuando me dio la miniatura que le he enseñado a usted.

## VIII

### ORDOQUI, EL MAGO

FANNY, POR LAS NOCHES, se acostumbró a hablar con la Joshepa Anthoni. La verdad es que no se había ocupado nunca de ella; pero en su soledad y aburrimiento empezó a charlar con la vieja y a preguntarle cosas del tiempo de su padre y de sus hermanos.

La Joshepa Anthoni le seguía la conversación; pero de algunas cosas no quería hablar, a otras consideraba que había que tratarlas con reserva. Poco a poco, Fanny encontró el camino por donde podía entrar un poco en la confianza de su criada. Una vez le preguntó: «¿Qué te parece, Joshepa Anthoni; tendré yo algo que ver con el alma de doña Florencia? ¿Di? ¿No encuentras que hay algo en mí muy parecido a ella?».

La Joshepa Anthoni se trastornó muchísimo con esta pregunta y no supo qué contestar. Aquella noche se la pasó rezando muchos rosarios hasta muy tarde en la cocina. Unas veces se dormía y cuando se despertaba volvía otra vez a rezar.

Al día siguiente andaba muy nerviosa por la casa, hasta que después de comer se acercó a Fanny y le dijo que debía consultar con el viejo primo suyo, que acaso le conociera ella, que se llamaba Ordoqui Aztiya y que vivía en un caserío lejano.

Fanny, al principio, no entendió bien; pero cuando se dio cuenta se echó a reír, porque le habían contado muchas fantasías de este viejo. Habían dicho que tenía un muñeco de madera, al que alimentaba; otros decían que de cera, que cuando ponía las manos sobre una persona la trastornaba. ¿De dónde salían estas fantasías? Seguramente no estaban inventadas sobre el vacío, sino que se sacaban de viejas tradiciones que habían quedado en el campo.

La Joshepa Anthoni quedó un poco desconcertada con estas bromas. Luego, Fanny dijo a la criada que acaso tuviera razón y que trajera al mago a su casa, porque ella no se sentía con fuerza para ir hasta el caserío de Ordoqui Aztiya. Luego pensó que le distraerían las tonterías del campesino.

El domingo siguiente, cuando estaba Fanny sentada en el jardín de Jaureguía, por la tarde, cuando tocaba la campana a vísperas, vio a la Joshepa Anthoni que venía con un aldeano viejo vestido con traje de día de fiesta.

—Este es Ordoqui —dijo la vieja.

—¡Ah! ¿Es usted?

—Sí.

Fanny quedó sorprendida al ver en Ordoqui un hombre fino, melancólico y triste.

Era un tipo de estatura media, flaco, con la cara aguda y expresiva, y la mano nerviosa, curtida por el sol, de color de barro cocido.

Fanny había pensado en encontrar un palurdo crédulo e inocente y se encontraba con un viejo que podía haber sido diplomático en una corte antigua, con una sonrisa amable de tristeza y de resignación.

—¿Usted es Ordoqui? —le preguntó.

—Sí. ¿Le choca? ¿Por qué?

—Me parece que usted es un hombre que también ha fracasado en la vida, como yo.

—Es usted perspicaz.

—¿Es verdad?

—Sí. ¿Quién no tiene su llaga interior?

Ordoqui, en la juventud, había estudiado para cura. En unas vacaciones se enamoró de una señorita de Vitoria, que al parecer le correspondía; pero esta señorita, por la imposición de la familia, se casó con un señor rico, y Ordoqui marchó a América, en donde practicó varios oficios, hasta que al llegar a los cincuenta años volvió al pueblo a vivir con una hermana en el caserío de la familia.

No era ningún milagro que Ordoqui hablara y se expresara bien. Había tratado con gente inteligente y seguía leyendo algunos libros.

—¿Quiere usted que hablemos en castellano o en vascuence? —le preguntó Fanny.

—Como usted quiera.

El viejo Ordoqui tendría unos setenta años. Vestía como un campesino bien acomodado: pantalón oscuro, camisa blanca, sin corbata, blusa azul y boina de punto. Tenía la cara muy inteligente, muy aguda. Ojos grises bajo unas cejas que le sombreaban los ojos, la nariz afilada, la boca de labios finos y el pelo blanco. Llevaba un bastón de espino en la mano. Fanny sabía que Ordoqui había viajado, que estuvo mucho tiempo en América, donde vagabundó de aquí para allá. Vivía en el caserío de una hermana suya y se suponía que tenía algún dinero.

Ordoqui, antes de sentarse donde le indicó Fanny, estuvo mirando todo el jardín.

—¿Este jardín es el que llaman Gentil Baratza? —preguntó.

—Sí; este es el jardín de los gentiles de piedra que están ahí.

—Voy a verlos.

Ordoqui contempló la fuente con la figura de Acuario y las estatuas de los demás dioses paganos.

—¿No los había usted visto? —le dijo Fanny.

—No.

—¿Qué cree usted de ellos?

—Me figuro que hace muchísimos años habría hombres así en alguna parte del mundo.

—¿Usted cree?

—Sí. ¿Por qué no? Después de muertos se hablaría de ellos; si andaban con rapidez se diría que tenían alas, si eran altos y fuertes se diría que eran gigantes, y alguno que supiera hacer figuras las haría como las soñaba la gente, y todos añadirían algo para hacer más atractivos sus tipos.

A Fanny le pareció muy bien la explicación del campesino.

—Se ve que es usted un hombre sagaz —indicó ella—. Eso no me choca; pero se dice también que usted hace vaticinios. Me han asegurado que cuando nació mi hijo dijo usted: «Algo mejor hubiera sido que hubiese nacido en Jaureguía un cabrito de cabeza blanca.» (*Arcume buru zuri bat.*)

—No es cierto; yo no he dicho eso —contestó fríamente Ordoqui—. Yo no pretendo averiguar el porvenir.

—También me han dicho que ha afirmado usted que todos los entierros de las personas de mi familia se hacen con hermoso tiempo, lo cual es mala señal, porque las personas tranquilas y pacíficas se mueren en día gris, con un poco de lluvia.

—Tampoco he dicho yo eso que me atribuyen.

—¿Tampoco ha recomendado usted que se quemara la lana de los colchones de casa para que no se repitieran las muertes?

—Tampoco.

—Entonces, la gente miente y le levanta falsos testimonios.

—Por lo que veo, sí.

—¿Y usted, por qué no protesta?

—¿Ante quién voy a protestar? ¿Para qué? La gente cree que soy un brujo, un mago, que curo o que hago *beguizcos* o mal de ojo... Bien..., que lo crea.

—Su pariente, la Joshepa Anthoni, lo cree también.

—¡Bah! ¿Qué importa que lo crea?

Fanny pensó que Ordoqui despreciaba a la gente y no pretendía que los aldeanos tuvieran de él una idea aproximada. Le daba lo mismo. ¡Qué indiferencia y qué desdén revelaba esto!

—La Joshepa Anthoni me dijo que estaba usted muy triste y he pensado que algún consejo bueno le podría dar a usted.

Fanny se le quedó mirando, y le dijo seriamente y hablándole con respeto:

—Perdone si le he dicho alguna inconveniencia...

—No tengo nada que perdonar —y Ordoqui se puso a hablar en vasco—. Estás enferma y tienes motivos para estar de mal humor —y Ordoqui le puso la mano sobre la cabeza como podía hacerlo con un niño. Desde entonces, la conversación siguió en vascuence, como de igual a igual. Se entendieron los dos muy bien. El abismo llama al abismo—. ¿Qué enfermedad crees que tengo? —preguntó Fanny.

—No lo sé —contestó el viejo—; pero seguramente no está en lo que se llama el cuerpo, sino en lo que se llama el espíritu.

—¿No estará todo ligado en nuestra manera de ser?

—Yo así lo creo. Intento ver lo que pasa por delante de mis ojos con la mayor claridad, pero comprendo que lo profundo, a los sabios y a los ignorantes como yo que no hemos estudiado la naturaleza de las cosas, se nos escapa siempre. Yo supongo desde hace tiempo que lo único que podemos llegar a conocer bien son las relaciones de las formas. En la comparación vemos muy claras las diferencias... Esto quiere decir poco. Este palo es de madera dura —dijo, señalando su bastón—; sí,

porque la comparamos con otras que son blandas; pero si no hubiéramos visto blandas, ¿cómo diríamos que esta era dura? Es decir, que lo esencial en esta madera no sabemos lo que es. Lo único que sabemos es que no es como las maderas blandas, y si tuviéramos una madera blanda en la mano sabríamos también que no era como las duras... Todo lo que está fuera de estas clasificaciones que vamos haciendo desde la infancia nos sorprende. Así, el chico que ve por primera vez de cerca un murciélago, se dice: «¿Qué es esto? ¿Un ratón con alas? ¿Un pájaro con orejas?» Cuando el chico sabe que hay esta forma de animal en la naturaleza ya no le sorprende. Yo creo que en todo pasa lo mismo. Todo es una relación. Esta persona es buena. Sí, porque no es como las malas. Si no hubiera personas malas no se sabría quién era buena. Esta persona es sana; sí, porque no es como las que están enfermas. Para saber que hay enfermas y desgraciadas tiene que haber sanas y felices y para conocer que hay sanas y felices tiene que haber desgraciadas.

—Es decir, que lo hondo no lo sabemos.

—Eso es lo que yo creo. No sabemos nada de lo hondo de las cosas; sabemos sus relaciones unas con otras y sus nombres. Si se miran las hojas de un árbol, todas son diferentes, pero las llamamos hojas; si se miran las manos de las personas todas son distintas, pero las llamamos manos; como son distintos unos de otros los ríos y los valles y los montes. Los damos un nombre general. Nos entendemos así; pero esto no quiere decir gran cosa para que sepamos cómo es su esencia.

—Sí; me parece que tienes razón. La cuestión es estar entre la gente feliz.

—Es evidente.

—¿Qué podría yo hacer? ¿O es que crees que mi mal no tiene remedio?

Ordoqui, el mago, miró con sus ojos grises a la Sirena de Jáuregui, y le dijo:

—El remedio sí lo hay; está en ti misma. Es difícil, es verdad...; hay que cambiar de manera de ser.

—¿Cambiar? Pero si lo hondo no lo sabemos, ¿cómo vamos a saber si una persona puede cambiar o no, si puede o no mejorar de carácter?

—¡Ah! Lo único que se debe hacer es intentar el cambio.

—Eso sí; pero tú no creerás que se pueden hacer milagros.

—Con lo que no vive, el hombre no puede hacer milagros. Con lo que vive y con lo que piensa, sí.

—Con lo que piensa... Explícate.

—Quiero decir que nadie cambiará esta partícula de tierra en una gota de agua, o al contrario; nadie hará que esta piedra se levante sola del suelo; pero con las plantas que viven ya se pueden hacer transformaciones sorprendentes. Esta huerta que da frutas malas las podrá dar buenas; este rosal que da flores pequeñas las dará grandes y hermosas. Con los animales también se pueden hacer maravillas y con las personas cambios más prodigiosos aún. Un canalla puede convertirse en un buen hombre; un asesino en un santo, y al revés.

—Sí; eso es verdad; tienes razón.

—Bien. Si tú estás enferma del ánimo puedes llegar a ponerte buena. Si estás triste puedes llegar a estar alegre; si eres desgraciada puedes llegar a ser feliz.

—Si veo la posibilidad, el sistema, el camino no lo veo.

—El camino, en gran parte tiene que ser tu obra. Tienes que hacer como el minero, que agujerea la tierra hasta llegar al filón.

—Dime tú algo; de qué manera, ¿por qué procedimiento?

—Yo creo que lo primero es tener la voluntad de salir de ese atranco en donde estás metida. Si uno está hundido en un pantano fangoso y piensa: «No puedo salir», evidentemente está perdido; pero si piensa: «He de salir, he de atravesar este fango», ¿quién sabe lo que hará? Cree con la mayor energía posible que tu curación es difícil, pero hacedera. No se puede pretender con un acto de la voluntad dominar el curso de la naturaleza, sino incorporarse a su marcha. Procura, como sea, un cambio, una locura, imitando en la soledad los gestos y las actitudes del que se encuentra tan feliz y dichoso que no puede más.

—No sé si lo conseguiré.

—Creo que sí. Ríe, habla, acciona, canta y di a cada paso en la soledad: «Ya empiezo a estar mejor.»

—Lo ensayaré.

—Piensa sobre todo en el día que tienes que pasar como si fuera toda tu vida, y discurre como si ese día fuera de una gran importancia. No lloves la imaginación ni a lo que ha pasado ni a lo que puede venir.

—Lo haré.

—Busca primero el distraerte, el no pensar en cosas tristes e irremediables. Eso es lo peor, lo que más deprime y entristece. Imita a los niños y a los pájaros. Sal al campo y canta aunque no tengas ganas. Proponte cosas pequeñas fácilmente hacederas.

—Seguiré tu consejo.

—Debes vestirte lo mejor posible, llevar prendas bonitas de adorno, ir a las fiestas, sonreír, coquetear, si es necesario, buscando siempre el no llamar la atención, y sobre todo el no hacer que la gente hable mal de ti, porque para desafiar a la opinión de la gente hay que tener fuerza. La opinión es como un toro y hay que ser buen torero para desafiarla. Vivimos en guerra con los demás y con nosotros mismos.

—¿Con nosotros mismos? ¿Por qué?

—Porque hay siempre una lucha sin tregua entre nuestras inclinaciones y nuestro entendimiento. Lo que nos gusta hacer comprendemos muchas veces que no es razonable ni bueno. Si nos dejamos llevar por el instinto ofendemos a los demás, que protestan y se ponen en contra de nosotros; si atendemos solo a la razón, lo que esta nos indica como bueno nos molesta y hasta nos repugna. Somos una mezcla de luz y de oscuridad, de claridad y de tinieblas, de agua limpia y de barro sucio.

—¿Y qué hacer?

—Entre lo bueno, hay que escoger lo que nos puede dar fuerza y echarnos sobre ello o agarrarlo con decisión.

Ordoqui era, sin duda, un autodidacto, a quien la observación directa le hacía tener opiniones de hombre culto.

—Tienes que estar el menor tiempo posible sola —añadió—. Tienes que estar siempre que puedas ocupada en algo, aunque sea en cosas superfluas, como en jugar a las cartas. No pensar nunca ni en el pasado ni en lo porvenir, sino solo en el momento; sobre todo, nada de discurrir si lo que se hizo mal se pudo haber hecho mejor. Lee libros agradables y de entretenimiento y no estés nunca abstraída, ni pensativa, soñando en cosas vagas...

—Quieres que sea como un animal...

—Eso es; como un animalito contento que salta y juega...; esa es la curación. Puedes cantar canciones alegres, guisar cosas buenas, comprar pasteles y comerlos. Por último, creo que debes hacer un plan escrito y bien pensado para emplear las horas del día y seguirlo al pie de la letra, sin olvidar un detalle. Estúdiate a ti misma bien para hacer ese plan de conducta. Una pregunta: ¿Cuántos años tienes?

—Veinticinco.

—Tienes todavía muchas reservas aún y saldrás del atolladero. No creería lo mismo si tuvieras diez años más.

—Gracias, Ordoqui —dijo Fanny—. Tendré mucho gusto en hablar de nuevo contigo. Si estuviera un poco más fuerte iría a tu casa. ¿Cuándo te parece que vaya?

—Sigue mis consejos. Empieza a dar algunos paseos cortos, y dentro de un mes o mes y medio vas por allí. Verás cómo ya te encuentras mejor.

—¿Quieres algo por tu consulta?

—No, nada. Si te llego a ver bien me quedaré contento.

Al terminar la conversación, apareció *Black*, el perro, corriendo.

—Fuera, *Black*, fuera —le dijo Fanny.

—No tengas cuidado. No me hará nada.

Efectivamente, el perro se acercó a Ordoqui y le puso las patas delanteras en el cuerpo, solicitando una caricia.

Ordoqui le dio una palmada en la cabeza y el perro se deshizo en caricias y en saltos.

Fanny quedó asombrada.

«Este hombre tiene poder», se dijo.



A FANNY, las recomendaciones de Ordoqui la sorprendieron mucho. Habló de ello varias veces con la Joshepa Anthoni, que la escuchaba radiante, pensando que nadie sabía ni tenía más influencia beneficiosa que su primo, y que lo que él no hiciera no lo haría nadie.

Empezó Fanny a dar paseos acompañada de *Black*, su perro, y viendo que los alrededores del Estanque Verde le traían a la mente pensamientos tristes de su niñez y de las desgracias de la familia, desistió de ir por allí; se encaminaba siempre hacia el monte y hacia los caseríos de al lado, por donde vivía Ordoqui. Poco a poco fue acercándose; una tarde iba hasta uno, a la tarde siguiente hasta otro más lejano. Por fin llegó al pie de la casa del mago, pero no quiso subir a ella; le parecía que era demasiado pronto; no había pasado todavía el mes de su conversación. A los pocos días, como estaba ya impaciente por hablar con Ordoqui, pensó que debía ir, y como hacía una tarde fresca y agradable, se preparó a emprender la caminata hasta el caserío.

Llegó bien, con facilidad; había descansado varias veces en el camino, un cuarto de hora junto a una fuente, en la que se había humedecido la cara y las manos. Notaba que se encontraba nerviosa, como cuando se espera algo o cuando se desea una cosa que no se sabe si se va a conseguir.

Se acercó al caserío y vio a Ordoqui a la puerta, arreglando una guadaña, sentado en el suelo. La hoja de acero reluciente la tenía sobre las piernas y pegaba golpecitos en ella para enderezarle el filo.

Ordoqui se levantó al ver a Fanny y sacudió de su traje viejo, de faena, el polvo que tenía.

—¿Qué, ya has llegado? Tienes buena cara —dijo el viejo, mirándola con sus ojos grises.

—Sí; estoy un poco sofocada, pero de todas maneras me encuentro mejor. He pensado mucho en lo que me dijiste el otro día.

—Ven —dijo Ordoqui—; no hay nadie en la casa, todos están en los prados; yo me he quedado para ir luego a cortar la hierba. ¿Quieres un poco de queso? También tengo sidra.

—No; gracias, Ordoqui; no quiero tomar nada, quiero hablar contigo nada más.

—Bien, bien. Ponte un abrigo para que no te enfríes. Yo te lo traeré.

—Me voy a sentar aquí, en esta piedra; aquí, a la puerta.

—Bueno, donde quieras.

—Pues sí, he pensado mucho en lo que me dijiste, y creo que he mejorado algo; pero eso de cambiar me parece muy difícil, muy difícil...

—Primero hay que llegar a tener fe.

—¿Y cómo se llega a tener fe en una misma?

—Esa es la primera cuestión difícil. Tienes que pensar durante mucho tiempo que la tienes y obrar como si la tuvieras; di a todas horas: «Estoy mejor y dentro de poco estaré mejor todavía y me curaré y seré feliz.» Si no tienes apetito, di: «Mañana lo tendré»; y si no tienes sueño: «Mañana dormiré.» Engañaate a ti misma con arte y si te lo propones lo conseguirás.

—Sí; todo esto está muy bien; pero, ¿cómo voy a cambiar mi alma? ¿Cómo vamos a cambiar nuestra alma, Ordoqui?

—Ya sé que esto es difícil, pero no es imposible. Y sé que tu curación está en ti misma. Si tú pudieras encontrar en tu interior una fuerza para salvarte, te salvarías con facilidad.

—¿Y cómo voy a encontrar yo esa fuerza?

—Ahí está, pues... La cuestión es observarse a sí mismo, y si hay una fuerza dentro de uno todavía no agotada, no desaprovecharla, cogerla, forzarla a que se ponga tensa y obligarla a actuar.

—¡Ay! Eso es muy difícil. No sé si lo conseguiré.

—Lo has conseguido ya. Estás mejor. Se te ve que estás mejor. Ahora, ten cuidado con lo que vayas a hacer.

—Esa recomendación me asusta, me asusta. No creo que tengo dentro de mi alma fuerza para dirigirme todavía... y estoy en un momento difícil.

—No te asustes. No sabemos con los recursos que contamos. Nada se sabe. Allá en América he hablado yo muchas veces con chinos, y uno de ellos me decía que al nacer, en nuestro corazón hay como un rosario de semillas de buenas y de malas inclinaciones, y que estas semillas unas crecen y se desarrollan y otras viven sin fuerza y al último mueren.

—¿Y cómo se puede saber cuáles viven y cuáles han muerto?

—Ahí está la dificultad. Debemos ensayar. Ir viéndolas una por una para conseguir nuestra salud espiritual.

—¿Y tú crees que hay un sistema para eso?

—Por lo menos, ensayar. Voy a ver si puedo ser bueno. Voy a ver si puedo ser generoso. Voy a ver si puedo tener serenidad; sobre todo esto. Y poner en el ensayo toda la fuerza que se tenga en el alma.

—¿Y medicina, ninguna?

—Eso, el médico lo tiene que decir. Yo no pienso en el cuerpo, sino en el espíritu. A ti, a tu espíritu, creo que le conviene vivir lo más contenta posible; no estar demasiado sola, pensando; hablar con la gente, distraerte, cantar en los momentos de malhumor, y por la noche al ir a la cama, decirte: «Mañana tendré más energía que hoy y podré hacer lo que no podría hacer hoy».

—¿Tú crees que se puede tener el alma de una persona muerta que puede volver?

—No sé; pero no lo creo. Ya te he dicho lo que yo supongo de las fuerzas del alma. Si tú sabes que hay pensamientos que te trastornan y te hacen estar intranquila,

debes procurar que no te vengan a la imaginación. La imaginación, muchas veces es muy mala cosa; otras, no, según.

—Sí, sí; tienes razón, Ordoqui, ¡Cuántas veces he sufrido por cosas que no estaban más que en mi cabeza!

—Con los recuerdos pasa lo mismo. Hay que olvidar lo que molesta o hace daño.

Fanny escuchó algún tiempo en silencio; luego, con energía, dijo:

—Sí; lo que me dices está bien, pero hay algo que tengo que resolver inmediatamente y con energía.

—¿Y es?

—La situación con mi marido.

—Cuenta; no me has hablado nunca de eso.

Fanny contó su desgracia con Juan Arregui, la muerte de su niño y el matrimonio con Ignacio Antoñana.

Desde el principio notó en Ordoqui una repulsión grande por este, y su consejo fue que se separara, que no se reuniera con él bajo ningún pretexto.

—En último término, te vale más que vivir con un hombre así, marcharte de este pueblo y hasta de España y comenzar la vida en otra parte.

Comenzaba a hacerse de noche. Fanny supuso que Ordoqui tendría que hacer en su casa, se despidió de él y tomó la vereda hacia abajo acompañada de su perro.

EL VERANO HABÍA PASADO. Fanny se encontraba bastante bien. Se esforzaba en seguir los consejos de su amigo Ordoqui y estaba tranquila.

Un día se presentó en Jaureguía su marido. Venía porque sus padres le habían instado para que viese a su mujer, con la que, según ellos, debía reunirse. Era un escándalo lo que estaba sucediendo. Aquello no podía seguir así y era preciso, ya que estaba buena, que se fuera con él a San Sebastián, en donde seguía teniendo sus negocios.

Ignacio se mostró bastante cariñoso con Fanny. Fanny recordó los consejos de Ordoqui, pero no se atrevió a seguirlos. Estaba en un momento de abulia. Pensó con malicia que quizá Ordoqui tenía un poco de celos y no quería perder su influencia en una mujer como ella, dueña de la casa más importante de los contornos. Fanny se sentía cobarde ante un mequetrefe como su marido. Intentó el pretexto de que todavía no se encontraba del todo bien; pero viendo que ya no podía engañarle más, quedaron en que para fines de septiembre cerraría la casa, o por lo menos dejaría sus trastos recogidos, para que la Joshepa Anthoni no tuviera mucho trabajo. Se quedarían en Jaureguía las dos viejas y ella se iría con su marido.

Fanny se fue a vivir a San Sebastián. Antoñana tenía negocios instalados por su padre. Al parecer ganaba dinero bien. En el trabajo parecía que era hombre hábil. En lo demás se mostraba caprichoso y estúpido. Perteneecía a varias sociedades deportivas que eran solo para comer y beber. Como vivían solos, sin los suegros, la vida era tolerable para Fanny.

Así pasaron varios años, en los que Fanny tuvo un niño sano y guapo, como el primero de Juanito Arregui, y luego una niña, también hermosa.

Los niños se criaron bien. Ignacio se dedicaba cada vez más a sus comilonas. Andaba también con mujeres, pero no era hombre apasionado. Tenía entre algunos fama de juerguista y otros le consideraban como un perfecto majadero.

Ella le manifestaba mucho desprecio, y él, en una ocasión en que estaba enferma, le dijo que lo mejor que podía hacer era morirse. Menos mal que se pasaba semanas enteras sin aparecer en la casa más que para comer. Fanny tampoco le echaba de menos.

Pronto vieron los dos, más o menos claramente, que no solo no congeniaban ni se entendían, sino que se despreciaban. Él la odiaba. ¿Por qué? No hubiera sabido decirlo. Quizá porque la sentía superior, con ideas más nobles, con orgullo de su manera de ser. Ella le despreciaba; le consideraba como un tipo bajo, como un paria de ideas pequeñas y míseras. Ella se sentía de raza noble.

En la misma casa de Fanny, en uno de los pisos altos, vivía una francesa que estaba separada de su marido. Se llamaba Viviana, y de apodo *Mioche*. Debía tener alguna pequeña renta y además escribía para ayudarse en una revista de París, sobre modas y vida de sociedad.

Tenía Viviana una habitación pequeña y alta, con una terraza muy bien arreglada, con mucho gusto, con buenos muebles y un piano. Fanny se hizo amiga de esta francesa. Mioche tenía cierto aire de niño. Se entendía muy bien con Fanny.

Mioche era inteligente; había vivido muchos años en París; luego vino a España con su marido, y este la había abandonado por no tener hijos y se había ido al norte de África con una mujer vulgar conocida de la casa. Viviana, además de escribir en la revista de modas, hacía bordados para almohadones, con lo que ganaba bastante.

A la casa de Mioche solían ir algunas amigas y amigos. Tomaban café o té y en verano algún refresco. Se tocaba el piano y se cantaba; Viviana, los últimos cuplés franceses, y Fanny alguna canción en la guitarra o algún zortzico del país. Todo era perfectamente inocente.

En esta época de San Sebastián, Fanny supo que vivía allí su antigua compañera de colegio María Luisa Zabala, casada y con hijos. Habló con ella y encontró que había cambiado de carácter y se había hecho prudente e hipócrita. Se sintieron las dos de pronto completamente extrañas una a otra y no intentaron volver a reanudar la antigua amistad.

En cambio, fue a visitar a Fanny un antiguo novio de María Luisa Zabala, a quien había conocido hacía mucho tiempo, y de quien ya no se acordaba. Este era ya hombre de cuarenta años.

Se llamaba Víctor Arbide. Era amigo de Viviana, la francesa, e iba a visitarla a su casa con frecuencia.

Arbide era hombre amable y simpático. Tocaba bien el piano. Era tipo un poco a la antigua, de barba y melena. Le contó a Fanny su fracaso amoroso con su antigua amiga y compañera.

—A María Luisa yo la conocía de chica y cuando vino del colegio nos hicimos novios. Yo entraba en su casa y ella venía a la mía a ver a mi madre y todo parecía que marchaba muy bien. No había obstáculo para nuestro matrimonio; pero de pronto vino en ella la frialdad y la sequedad conmigo, y al cabo de un año se casaba con su actual marido, y al parecer ahora siempre habla mal de mí.

—¿Y cómo se explica usted eso? —preguntó Fanny.

—No sé; lo he pensado mucho y me he inventado varias teorías. Yo creo que cada persona tiene en su guardarropa ocho o diez uniformes a su disposición. Hay épocas en que se vacila hasta que se decide por uno de ellos, y al decidirse se piensa: «Este

es el mío», y ya se mata todo lo espontáneo, todo lo que le separa a uno del tipo que ha elegido como ideal de su vida.

—¿Y contra lo espontáneo, cree usted que puede lo falso, la mentira? —preguntó Fanny.

—Yo creo que en la mayoría de los casos sí. La mentira es más eficaz y hasta más fecunda en la vida social que la verdad.

—Para mí, no —dijo rotundamente Fanny.

—Bien; pero usted es un tipo de mujer de excepción; cosa, permítame usted que le diga, muy peligrosa en la sociedad —contestó Arbide.

—¿Usted le teme a esos peligros?

—Yo, sí.

—Pues yo, no.

Viviana dio una palmada en el hombro de Fanny, y le dijo:

—Querida, no hay que decirlo...; basta con tener ese valor...; no hay que desafiar al mundo entero.

Antoñana tenía un fondo de rencor por su mujer; la veía como de otra raza, desdeñosa, preocupada de cuestiones éticas y literarias, considerando que solo las cualidades de carácter, de inteligencia y de bondad tenían valor.

El marido de Fanny, cuando se enteró de que ella subía a casa de Viviana, armó un escándalo. Venía algo bebido e insultó a la francesa, diciendo una serie de groserías estúpidas y necias.

Se decía que había habido en la vecindad una extranjera muy arrogante, unos aseguraban que alemana, otros que rusa, que había tenido una institutriz de sus niños, y esta señora cuidaba mucho de la institutriz; pero ya llegó a asediarla de tal manera que la institutriz se inquietó y se marchó de la casa.

El tal rumor, el marido de Fanny, que era un imbécil, quería darlo como un motivo de recelo, y que algo parecido había ocurrido entre su mujer y Viviana. Ignacio lo repitió varias veces y en distintas ocasiones, y Fanny, sin poder remediarlo, a pesar de que se había propuesto, siguiendo las recomendaciones de Ordoqui, no descomponerse, insultó también a su marido y salió en defensa de su amiga.

El hijo de Fanny había ya cumplido nueve años y la chica siete. Eran dos niños muy bonitos, que no tenían entusiasmo por su madre; en cambio, cada vez que veían a su padre se volvían locos de contento.

Al chico le encantaban las chulaperías estúpidas de su papá y le parecían un modelo de ingenio. Si contaba que había ido de merienda y alguno se había emborrachado y había hecho alguna estupidez, lo celebraba y se reía.

La chica también miraba a su padre con gran cariño y le parecía como la quintaesencia de la perfección.

En cambio, a los dos niños, las ideas de su madre, las tertulias de la francesa, en donde se leía y se tocaba el piano, les impacientaban y les molestaban.

Era una protesta inconsciente mal explicada contra algo extraño a la raza.

Esta injusticia de sus hijos amargaba a Fanny, aunque hacía todo lo posible para no fijarse demasiado ni pensar en ello.

Alguna vez los llevó a su casa de Jaureguía a pasar unos días; pero la vista de las viejas o la casa destartalada y solitaria hacían una impresión desagradable a los chicos, y Fanny no tuvo más remedio que volver corriendo a San Sebastián.

Un día vino Ignacio diciendo que sus padres querían tener a los niños cerca, en Bilbao, durante algunos días. Si Fanny quería ir con ellos debían prepararse a pasar algún tiempo en casa de los suegros.

Fanny contestó que, aunque le costaba mucho separarse de sus hijos, prefería que fueran solos y que luego iría ella a buscarlos. No quería ver a los suegros ni en pintura.

Ignacio se llevó a los dos chicos a Bilbao y al poco tiempo volvió.

Pasaron quince días y Fanny preguntó a su marido cuándo debía ir por ellos. Ignacio no se preocupaba absolutamente nada, y contestaba que cuando sus padres no escribían era porque los niños se encontraban bien. Ignacio pasaba semanas sin aparecer por casa. Fanny ya no sabía qué hacer ni qué pensar.

Un día se decidió a ir ella a Bilbao, y como su marido no aparecía, escribió una carta y se la dejó a la muchacha.

Llegó Fanny a Bilbao y fue a casa de los padres de su marido. La suegra se hallaba algo enferma, metida en la cama. El suegro la recibió muy fríamente. Cuando preguntó por sus hijos le contestó que se encontraban bien, que los había visitado el domingo y estaban muy contentos y muy guapos.

Fanny dijo que había ido a llevárselos. Hacía más de dos meses que estaban allí, y como Ignacio no se preocupaba de nada, había ido por ellos.

Su suegro, el alavés, le dijo:

—Los niños están en un colegio, donde recibirán una buena educación y no verán los malos ejemplos que les dan sus padres.

—¿Qué malos ejemplos son esos?

—Mi hijo, ya sé yo que es un majadero y que no se puede contar con él. Respecto a ti...

—¿Qué?

—Tú eres una mujer que andas en malas compañías.

—Eso es mentira.

—Lo dice todo el mundo.

—Lo dirán algunos miserables como usted.

—Tú no eres quién para insultarme.

—Usted tampoco es quién para separarme de mis hijos.

—Eso ya lo veremos. Su padre ha ido conmigo a los dos colegios y ha entregado los niños allí. Tú podrás verlos una vez al mes.

Fanny tembló de cólera y de indignación.

Tomó el tren y fue todo el trayecto sin darse cuenta de lo que le pasaba y sin saber qué resolución tomar.

Llegó a San Sebastián. Ignacio hacía tiempo que no había aparecido por su casa. Fanny subió a casa de su amiga Viviana y le contó el caso. Fanny estaba cansada, enferma. Viviana la cuidó y fue en busca de Ignacio.

Cuando Fanny vio a su marido se reveló en ella una cólera furiosa. Se levantó de la cama y le insultó terriblemente. Él le pegó una bofetada. Ella agarró un jarrón que había sobre la consola y se lo tiró a Ignacio a la cabeza. Gracias que este desvió el jarrón, que fue a estrellarse contra la puerta. Ignacio, al ver a su mujer en aquel estado, se asustó y quiso marcharse del cuarto; pero Fanny, a medio vestir, hecha una furia, le golpeó y le arañó, dirigiéndole los mayores insultos. Por fin, ya sin fuerzas, se dejó caer en la cama.



FANNY ESTUVO ENFERMA CON FIEBRE algunos días. Viviana la cuidaba. Ignacio no apareció, Fanny, al encontrarse algo más animada, decidió marcharse a su casa de Olázar y separarse definitivamente de Ignacio. Antes escribió una carta a su suegro, en la que le decía todo lo que pensaba de ellos y de su hijo con una violencia extrema. Les indicó la resolución que había tomado de separarse de Ignacio, al que lo único que le unía eran los hijos, y de no tenerlos al lado, no quería ni saber que tenía marido.

Un día de otoño, de esos días magníficos que hay en el país, salió Fanny a dar un paseo. Había estado todo el día metida en su cuarto, mirando el retrato y el cuadro pintado por doña Florencia. Llegó la hora de cenar y no venía. La Joshepa Anthoni y una muchacha joven salieron a preguntar a los vecinos si la habían visto volver o si estaba en alguna casa próxima. La habían visto, sí, salir a media tarde, pero no la habían visto volver. La Joshepa Anthoni y la muchacha anduvieron por todo el pueblo y nadie les supo dar razón de Fanny. No sabiendo qué hacer, se lo dijeron al alguacil, y este con algunos hombres se dispusieron a ver si la encontraban.

Fueron siguiendo el río, unos hacia arriba y otros hacia abajo. Con uno de los grupos iba *Black*, el perro.

Al acercarse al Puente de las Ánimas, el perro empezó a ladrar y bajó a la orilla. Le siguieron y vieron en la hoya una forma blanca rodeada de las primeras hojas secas que caían de los árboles. La luna llena brillaba en el monte con aire misterioso y algunas ligeras neblinas la rodeaban.

Se acercaron más y vieron a Fanny Norton muerta, vestida de claro, con su cara blanca, en la que parece que se acentuaba más la sonrisa burlona, los ojos abiertos, alargados y relucientes, y el pelo dorado sujeto en las raíces de unos alisos de la orilla.

Los aldeanos dijeron que no le faltaba más que el espejo en una mano y el peine en la otra para ser una verdadera sirena.

La abuela de Fanny, que todavía vivía con ochenta años, confundía la historia de su nieta con la de Florencia, la mujer del ingeniero francés Norton, que luego fue su yerno, y que había muerto también ahogada.

Durante mucho tiempo siguieron viviendo en Jaureguía la abuela, la Joshepa Anthoni y Truqui, la hortelana.

Estas viejas eran, según Armendáriz, como las parcas o las *moiras* que decían los antiguos griegos: Clotho, Lachesis y Atropos.

Clotho, que presidía el nacimiento con el huso en la mano; Lachesis, que hilaba los días y los acontecimientos de la vida, y Atropos, la mayor de las tres hermanas, que cortaba con sus tijeras el hilo de la existencia.



## **TERCERA PARTE**

---

# **LA PEÑA DE LOS AHORCADOS**

I  
UN DÍA DE FIESTA

EL DOCTOR OCHOA había sido buen amigo y compañero de Armendáriz. Simpatizaba con él, y pretendía llevarle por el buen camino y convertirle en un hombre sensato y bien avenido con la vida, lo que hay que confesar que no lo lograba.

La mujer de Ochoa quería colaborar en la tarea civilizadora; pero Armendáriz, a pesar de sus formas de hombre bien educado, era un tanto salvaje y bastante terco. Le encontraban huraño y sobre todo distraído. Se decía que había estado enamorado de una señora extranjera en San Sebastián. No le gustaba hablar de ello.

Una vez, la mujer de Ochoa le preguntó:

—¿Es verdad que estuvo usted muy enamorado de una señora en San Sebastián?

—Nada. Son tonterías que dice la gente de mí.

Otro día le indicó Ochoa:

—Oiga usted, Armendáriz.

—¿Qué pasa?

—¿Quiere usted venir con nosotros a una fiesta campesina en un barrio próximo al río que se llama Padura Berri? Es un sitio bonito.

—¿Cuándo es la fiesta?

—El día del Rosario. El primer domingo de octubre.

—Muy bien. ¿Y dónde es? ¿Más arriba o más abajo del río de Recalde?

—Más abajo. Cerca ya de Elguea. Casi a orillas del mar.

—No conozco ese sitio. Me han dicho que la desembocadura del Uría es un lugar que tiene su encanto.

—Sí, sí; está muy bien. ¿Así que le esperamos?

—Bien.

—A las once menos cuarto hay que estar aquí. Saldremos a las once y llegaremos a las doce y cuarto. Siempre que haga buen tiempo. Si está lloviendo, nada.

—Bueno, muy bien.

—¿Entonces le esperamos sin falta?

—Sin falta vendré. ¿Quiénes vamos a ir?

—Iremos en el coche mi mujer, mi cuñada, usted y yo.

—Conforme.

—Hasta el domingo, entonces.

—Hasta el domingo.

El día fijado llegó Armendáriz con puntualidad a la casa de Ochoa. Estaban todos preparados para la marcha.

Entraron en un viejo landó y se pusieron en camino.

La mañana de otoño era muy hermosa; el coche marchaba despacio por la carretera. El cielo estaba azul, con nubes blancas; había una ligera niebla; los montes

aparecían cubiertos de manchas rojas de los helechos y de prados verdes, rectangulares. Los árboles comenzaban a perder sus hojas amarillentas, que caían vacilantes al suelo. Los tordos volaban entre las ramas y en lo alto pasaban bandadas de pájaros emigrantes que lanzaban un graznido suave.

Armendáriz iba silencioso, mecido con el movimiento del coche. La mujer y la cuñada de Ochoa hablaban y este tenía tendencia a dormirse.

—¡Qué acompañantes! —dijo la mujer del médico con ironía—. El uno mira al campo y no habla; el otro se duerme.

—A mí no se me ocurre nada delante del campo —dijo Armendáriz.

—Yo me duermo. Me he levantado hoy temprano —indicó Ochoa.

—No hagan ustedes caso —dijo la cuñada de Ochoa—; cada cual que haga lo que quiera.

A pesar de ser día de fiesta se veían campesinos que recogían montones de helechos y los cargaban en sus carros de bueyes. Al cruzarse con ellos, el cochero del landó tenía que parar, porque la carretera era estrecha.

A la hora de salir llegaron a Padura Berri.

Padura Berri quiere decir en vasco ‘marisma nueva’. Parece que hubo una Padura Zarra (‘marisma vieja’) que desapareció.

Padura Berri era un poblado de diez o doce caseríos negros rodeados de campos de maíz, por entonces amarillentos por el otoño. Un poco separada de la barriada y más cerca del río había una casa baja asentada sobre una meseta, que tenía un raso o galería con un cobertizo, donde se bailaba los domingos de lluvia, porque en los de sol se bailaba en un prado entre árboles.

Esta casa se llamaba Gaztañalde (‘al lado del castañar’). Efectivamente, estaba cerca de un grupo de castaños que ocultaban el río. Aquel día se veían preparativos de fiesta.

—¿Es que aquí suele ser el baile? —preguntó Armendáriz.

—Sí —contestó la mujer de Ochoa—; cuando llueve, debajo del cobertizo, y cuando hace buen tiempo, en el prado.

El landó pasó por delante de Gaztañalde y tomó por un camino estrecho, hasta acercarse a una casa solitaria emplazada en un terreno bajo y de aire pantanoso como de marisma. Este caserío se llamaba Portúa. Era un caserón cuadrado con muchas ventanas simétricas y un tejado a cuatro vertientes. Debía ser de a principios del siglo XVIII. Estaba asentado sobre un basamento de piedra en forma de rectángulo y tenía muros bajos, sin duda para aislar la casa de las aguas del río, que a veces en otoño inundaban los campos próximos.

La casa, colocada como sobre una bandeja cuadrada, tenía una hermosa solana de piedra, poco frecuente en el país; un foso antiguo, ya cegado, y una poterna que daba hacia el río.

El tejado era de cuatro vertientes y muy empinado. En la parte opuesta a la fachada estaba la huerta y un jardín que ocupaba el terreno hundido de la antigua

marisma; jardín hermoso, con magnolias de flores rosadas y grandes hortensias.

Al llegar a Portúa bajaron del coche los viajeros de Recalde y salieron a recibirles los inquilinos. La señora de Ochoa preguntó:

—¿No ha venido la señorita Rosario?

—No; todavía no.

—¿Quién es? —preguntó Armendáriz.

—Rosario Idiáquez es una amiga nuestra, una mujer muy distinguida. Supongo que vendrá con su madre. Hoy es su santo. Es la dueña de esta casa y de casi todo el barrio.

La señora de Ochoa insistió en la riqueza y en la categoría social de la señorita de Idiáquez. Armendáriz la escuchó distraído; no se mostraba muy sensible a las categorías sociales. Tampoco sospechaba las intenciones de la señora de Ochoa.

Como la señorita de Idiáquez tardaba, Armendáriz fue con el colono a ver las dependencias y los alrededores de Portúa. Tenía la casa en el piso bajo zaguán grande, cuadra espaciosa y hermosa cocina baja con horno, una mesa y bancos. En Portúa había una parte desmantelada y abandonada y la otra convertida en vivienda, en donde se alojaba la familia del rentero. Era todo aquello muy grande. Anduvieron por los sótanos y rincones del piso bajo.

—¿Qué sería esta casa? —preguntó Armendáriz al colono.

—No sé. Algunos dicen que aduana; pero eso me parece raro.

—Sí; a mí también. ¿Para qué se iba a necesitar una aduana tan grande en un pueblo tan pequeño?

—Yo he oído decir —añadió el de la casa— que esto era edificio del gobierno y que algunos le llamaban *Erregue echea* ('casa del rey').

—*Erregue echea*, quizá quiere decir más bien 'casa del gobierno' —dijo Armendáriz—, como *erregue bidea* ('camino real') es el camino público.

Armendáriz inspeccionó los alrededores con curiosidad. Todo era grande y bien construido.

Por la parte de atrás, adosada a la pared, había una galería con losas, en uno de cuyos extremos se levantaba un cenador cubierto por una parra y por madreselvas. En este cenador oculto por enredaderas iban a comer los invitados. A la galería se subía por unos cuantos escalones de piedra.

La huerta era grande y hermosa. Había en un extremo una acequia, por donde el agua corría llena de brillos al sol. Las libélulas volaban por encima de la corriente y quedaban inmóviles en el aire con sus alas de tul, esperando la presa.

Armendáriz, interesado en todo aquello, se distraía.

El hombre de Portúa le dijo:

—Ya han venido las señoras dueñas de la casa. Tendrá usted que ir a saludarlas y lavarse las manos y cepillarse un poco.

—Sí; es verdad. ¿En dónde?

—Venga usted conmigo; le llevaré a la cocina.

Armendáriz entró en la cocina y se presentó después ante las recién llegadas. Estaban en la sala, una sala a la antigua, Ochoa con su mujer y la hermana de esta, la señorita de Idiáquez y su madre y dos muchachas jóvenes que veraneaban en Elguea, las señoritas de Zabálburu, que se habían presentado inopinadamente, y a las cuales habían invitado a comer.

La señorita de Idiáquez no era muy joven, pero sí muy amable y de tipo distinguido. Hablaba el castellano sin acento, aunque quizá de una manera un poco redicha. La madre era una señora de pelo blanco, un tanto teatral y afectada. Madre e hija eran de tipo aristocrático de pueblo, de lo más típico de la clase; daban la impresión de tener todas las virtudes y quizá todos los defectos de la especie. Las niñas de Zabálburu eran muy guapas, muy turbulentas. Se reían sin saber por qué, hablaban al mismo tiempo y decían cosas contradictorias, con un acento bilbaíno que si ellas se hubieran dado cuenta de él hubieran llamado *chirene*.

La comida se serviría en el cenador que había en el extremo de la galería cubierta de enredaderas.

Allí se sentaron todos. A Armendáriz le pusieron entre la señorita de Idiáquez y la cuñada de Ochoa. Estuvo poco hablador y un tanto distraído.

La señora de Ochoa se sentía defraudada. Había pensado que Armendáriz y Rosario Idiáquez hablaran y se entendieran, pero el hielo no se rompió entre ellos. Luego, las gracias de las dos Zabálburu, que hablaban con volubilidad de pájaros, impedían toda conversación que tuviera un carácter serio. Después de comer salieron a la orilla del río.

—¿Y no se sabe lo que era esta casa? —dijo Armendáriz a Rosario Idiáquez, señalándole Portúa.

—No; creo que no.

—Es mejor. Nuestros antepasados no eran partidarios de la historia. Cuanto menos historia, más espacio para la fantasía.

A la señorita Rosario, el más o menos de historia seguramente era cosa que no le preocupaba.

Después de comer, una de las señoritas de Zabálburu dijo que había una lancha en el río preparada para dar un paseo.

—Yo soy de las que van —dijo ella, categóricamente.

—Yo también —indicó su hermana.

—¿No seremos demasiados? —preguntó la cuñada de Ochoa.

—¿Tienes miedo de marearte? —le preguntó Rosario.

—Sí; un poco.

—Pues entonces, no vengas.

La señora de Ochoa dijo que si quedaban algunos en la casa, ella también se quedaba. Tenía mucha propensión a marearse. Habían llegado varias personas de visita y prefería quedarse con ellas.

—¿A usted le gusta el mar? —preguntó Rosario a Armendáriz.

—Sí; pero no siempre. La alta mar es un poco aburrida. Lo que parece infinito hace demasiado limitado lo que se tiene delante de los ojos.

—Yo no entiendo eso, la verdad —dijo la señorita Rosario.

—Ni yo tampoco —añadió una de las Zabálburu riendo.

—Quizá me explico mal —replicó Armendáriz—; pero a mí me parece evidente que cuando se está en un barco, que es algo muy limitado, y se tiene delante el mar, que es sin límites, a la larga el barco le parece a uno una cárcel.

—Es verdad —dijo la Zabálburu—; tiene usted más talento que nosotras.

A la señorita de Idiáquez le parecieron estos tiquis miquis de poca importancia. Ella era de familia de marinos distinguidos; le gustaba el mar, y sobre todo los puertos, las playas, las regatas y las fiestas elegantes. Se acercaron todos al río y entraron en la barca.

El colono viejo de Portúa y su hijo llevarían la lancha, el joven remando y el viejo a popa dirigiendo el timón.

—Si hay otro remo, yo remaré —indicó Ochoa.

—Y yo también —añadió Armendáriz.

Comenzaron a deslizarse por el río hacia la salida al mar. Las dos chicas de Zabálburu disfrutaban del viaje y se reían a carcajadas sin gran motivo. Ya en la desembocadura del río hacia el mar se veía el islote desierto de Lúzaró, donde dijeron que antiguamente había habido un convento.

Un monte próximo, con su ermita en la falda, se iba destacando rodeado de peñas negruzcas. El río aparecía brillante y en las orillas crecían hierbas aromáticas olorosas.

Cuando se acercaron al mar comenzaron a verse los acantilados negros de la costa, con su aire ruinoso, como graderías irregulares.

—¿Cómo se formarán esa clase de anfiteatros ruinosos? —preguntó Ochoa.

—Yo creo que la costa no es siempre bastante dura para luchar con la acción corrosiva de las olas, sobre todo en las mareas altas. Estas hieren la parte inferior de los acantilados, la disgregan y hacen que las partes superiores se derrumben y dejen al descubierto agujeros y cuevas —dijo Armendáriz.

—Pero usted tiene idea de todo —exclamó una de las Zabálburu—. ¡Qué curiosidad!

Las rocas grises, en la misma desembocadura del río estaban cubiertas de césped y flores silvestres y se dibujaba con detalles el gran islote, centinela de la costa.

Desde la orilla izquierda penetraba en el mar una península unida a tierra por una línea de escollos y terminaba después en un promontorio alto con su roca al final, que tendría cien metros de altura.

—¿Cómo se llama? —preguntó Armendáriz.

—Amil, le llaman los marinos —contestó el joven de Portúa.

—¿Qué puede querer decir Amil en vasco? —dijo Ochoa.



—Algo como ‘precipicio’ o ‘sitio vertiginoso’ —indicó Armendáriz, que sabía bien el vascuence.

Se acercaron a la roca.

—¿Se podrá desembarcar? —preguntó Armendáriz.

—No, no —contestó Ochoa—; con esta marejada no es prudente.

—Sí, sí; vamos a la roca esa —dijeron las de Zabálburu—. ¡Qué divertido! Podíamos vivir ahí como robinsones.

—Sí; pero figúrese usted —dijo Armendáriz— que llegara el momento del hambre y de comerse a alguno. Comerle a usted o a su hermana sería agradable, pero comerse a uno de nosotros no sería tan apetitoso.

La chica se rio a carcajadas. La señorita de Idiáquez indicó que la tarde se iba poniendo muy oscura, que había salido un viento fuerte y que lo mejor sería volver a Padura Berri antes de que les cogiera un chaparrón.

Volvieron, y como la marea subía, marcharon con cierta facilidad aunque el oleaje comenzaba a ser fuerte. A veces un golpe de mar hacía dar un bandazo a la lancha y se mojaban todos.

Antes de llegar a la casa Portúa pasaron por delante de una peña de la orilla, que tenía la misma forma que la de Amil. Era igual a aquella, solamente que en miniatura.

—¡Qué cosa más rara! —dijo Armendáriz—; parece una copia de la otra. Es una pequeña península. Tiene también su istmo. Es curioso como se repiten las formas en la naturaleza.

La punta de la peña estaba ocupada por un descargadero de cemento. A un lado quedaba como una minúscula bahía en donde se hallaban ancladas dos gabarras.

Una de las Zabálburu se mostró sorprendida porque creía que el cemento se fabricaba y no se encontraba hecho.

—Sí, se fabrica calcinando estas rocas —indicó Armendáriz.

—Yo creía que era todo artificial —contestó ella.

La chica no sabía gran cosa lo que decía y a las preguntas que le dirigió Armendáriz contestó demostrando que no tenía idea muy clara de lo que era artificial y natural, con lo que hizo reír a todos.

—Bueno, ya saben ustedes lo que quiero decir —terminó diciendo la muchacha—, y si no lo saben es igual.

Se fueron acercando a la peña.

—Esto debió de ser antes bonito —dijo Armendáriz.

—Sí —añadió Rosario—, me parece que he oído contar alguna historia de esta peña.

—¿Cómo se llama? —preguntó Armendáriz—; puede que ni siquiera tenga nombre.

El joven del caserío Portúa dijo que los vascos la llamaban Amuaitz o Amuarry, es decir Peña del Anzuelo. Los castellanos, por su parte, la conocían por la Peña de los Ahorcados. El nombre de Peña del Anzuelo podía estar legitimado porque de

lejos debía tener la figura de un anzuelo. Alguna explicación tendría el de los Ahorcados.

El doctor Armendáriz, a quien chocaron los nombres, hizo varias preguntas al colono de Portúa. Este contó que había oído decir que en la guerra de la Independencia, había habido allá muertes entre franceses y españoles, y que los franceses ahorcaron a algunos guerrilleros y los dejaron durante mucho tiempo a la intemperie para escarmiento. Había oído decir también que existía una casa en la pequeña explanada que formaba la roca, y que en ella había vivido un marino a quien se tenía por hombre raro y solitario.

—¿Y la casa, dónde estaría? —preguntó Armendáriz.

—Sobre esa explanada. Parece que ha desaparecido; la roca también lleva camino de desaparecer, porque sirve para hacer cemento y la embarcan.

La península de la Peña, a pesar de que se llamaba del Anzuelo, se parecía más que nada a la estrella de una espuela.

En vascuence no existe la palabra espuela y menos, naturalmente, entre marinos y pescadores.

Pasaron por cerca de la roca.

Quedaba una lengua de tierra con un istmo terminado en la pequeña explanada y encima, en el centro de esta, se veía una torre de hierro con una grúa.

El istmo tenía un arco por el que pasaba el agua y no era fácil adivinar si era un boquete natural o un puente construido artificialmente.

Se veía también venir desde el monte un camino de ganado que se separaba de la carretera para acercarse al río, pasaba por el poblado de Padura Berri y luego, convertido en senda, seguía hasta llegar por encima del puentecillo a la explanada de la Peña de los Ahorcados.

Al parecer, la cantera de cemento estaba corroyendo no solo la peña, sino también la orilla.

Armendáriz hablaba de todo esto con el mozo de Portúa, le hacía preguntas sobre el marino misterioso y sobre la época en que se empezó a explotar la cantera. Cuando desembarcaron volvieron a Portúa donde les esperaban la mujer y la cuñada de Ochoa y la madre de la señorita de Idiáquez.

La señorita Rosario entró en Portúa y al poco tiempo se despedían madre e hija de Ochoa y de su familia con mucho afecto y un poco fríamente de Armendáriz y de las Zabálburu.

La señorita de Idiáquez saludó a la de Ochoa con una mirada entre burlona y de enfado. Armendáriz le debió parecer hombre sin fundamento, frase muy del país.

—Ahora vamos al baile —dijeron las chicas de Zabálburu—. ¿Ustedes también vendrán?

—¿Qué hacemos? —preguntó Ochoa.

—Yo creo que debemos ir hasta la hora de cenar —dijo Armendáriz.

El doctor Ochoa consultó con su mujer y su cuñada.

—Bueno, vamos.

Se acercaron a Padura Berri y subieron a la terraza de Gaztañalde que estaba llena. Tocaba una charanga de manera estrepitosa. El doctor Ochoa sacó a bailar a una de las Zabálburu y Armendáriz a la señora de su compañero.

Ya de noche decidieron volver. Las dos niñas de Zabálburu se iban a quedar con su padre que había llegado a Gaztañalde desde Elguea.

Al entrar en el coche, Ochoa le dijo a su amigo y colega:

—Me parece, amigo Armendáriz, que ha defraudado usted un poco a nuestra amiga Rosario.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Por esa curiosidad por los acantilados y por la Peña del Anzuelo. Creo que le ha parecido inoportuna.

—¿Es que he estado quizá poco atento con esas señoras?

—No, no. Ha estado usted muy amable, y la madre le ha encontrado muy simpático, pero creo que Rosario esperaba que se ocupara usted más de ella que de las rocas del río. Mi mujer había pensado que quizá se entendieran ustedes bien.

Armendáriz no dijo nada.

Zabálburu y sus hijas se despidieron de Armendáriz y de Ochoa con mucha efusión.

Después de un rato se preparó el viejo landó y entraron las dos señoras, la mujer de Ochoa y su hermana, el doctor y Armendáriz para tomar el camino de Recalde.

Al llegar a Recalde, Ochoa dijo riendo a Armendáriz:

—Es usted imposible.

—¿Por qué?

—Porque ha hecho usted fallar una tentativa de matrimonio que había preparado mi mujer.

—¿Con quién? ¿Con la señorita de Idiáquez?

—Sí.

—¿Quién sabe si Armendáriz no se habrá entusiasmado con una de las Zabálburu!  
—dijo la cuñada de Ochoa maliciosamente.

—No, yo las considero como criaturas. Tienen la gracia de la primera juventud, es indudable, y yo admiro eso, pero creo que no paso de ahí.

## II

---

### INDAGACIONES

POCO DESPUÉS, ARMENDÁRIZ pidió vacaciones en el pueblo y pensó pasar una semana en Elguea y otra más tarde en San Sebastián.

Cuando la mujer de Ochoa supo que Armendáriz había estado dos o tres veces en Elguea, pensó que quizá andaba detrás de alguna de las Zabálburu; pero, al parecer, sus viajes no tenían este objeto. Era la curiosidad por el río y por la Peña de los Ahorcados la que le impulsaba.

A Ochoa le dijeron que Zabálburu padre convidó a comer varias veces en su casa a Armendáriz y que simpatizaron, pero no había intenciones matrimoniales; las dos chicas tenían novio, una en Madrid y otra en Bilbao, y aunque demostraban amistad por Armendáriz y hablaban mucho con él, y una de ellas creía que era un sabio, la relación no pasaba de ahí.

Zabálburu padre tenía negocios en Bilbao y, al parecer, mucha influencia en Elguea.

Cuando supo que Armendáriz quería observar las orillas en la parte de Padura Berri le indicó que fuera a hablarle a un panadero viejo que llevaba el pan por las mañanas a aquel poblado y que quizá sabría algo, y después le relacionó con un capitán de barco francés retirado, Bordagain, casado con una de Elguea, que pasaba temporadas en el pueblo.

El capitán tenía una balandra pequeña con la que hacía excursiones.

Por último, como Armendáriz se manifestó muy curioso por la historia de la Peña de los Ahorcados o del Anzuelo y un poco defraudado con sus averiguaciones, le dijo que debía dirigirse a un cura, Ozaeta, que tenía datos de todos los contornos y estaba escribiendo un libro sobre el País Vasco.

Con el panadero fue Armendáriz varias veces a Padura Berri y se detuvo en Gaztañalde y después en Portúa. Con el joven de esta casa recorrió la orilla del río a pie y luego en lancha hasta las proximidades de Elguea y reconoció la Peña del Anzuelo o de los Ahorcados y vio el emplazamiento que tenía la casa.

Otros días fue con Bordagain, el capitán retirado francés, por la costa y vieron de cerca las rocas de la salida del mar y en la orilla izquierda una cueva grande, la cual, al parecer, era en otro tiempo refugio de contrabandistas.

Bordagain visitó a Ozaeta y le mandó a Armendáriz una relación de lo que le había dicho el cura erudito sobre el río Uría y la Peña de los Ahorcados.

Con estos datos Armendáriz hizo sus investigaciones en el río y en los alrededores.

EL RÍO QUE PASA POR RECALDE, pueblo cuyo nombre era antiguamente Erreca-alde o sea ‘al lado del arroyo’ —dice Armendáriz—, ha tenido varias denominaciones. En su nacimiento se llama Uralde y Uraitz, después en Recalde se le llama Uría y en la desembocadura toma el nombre de Elguea, cuyo caserío bordea con su corriente al salir al mar.

Uralde significa en vasco, ‘al lado del agua’; Uraitz ‘río’; Uría quiere decir en vasco ‘pueblo’ y el río de Uría, como la torre de Uría, no quieren decir más que ‘el río del pueblo’ o ‘la torre del pueblo’.

Como yo he conocido desde el principio el río por el nombre de Uría, lo seguiré llamando así.

El río Uría, visto desde un alto próximo, es como una serpiente luminosa que va cruzando campos verdes hasta que se ensancha en la desembocadura y se pierde en el mar entre promontorios oscuros y peñascos negros ribeteados de espumas blancas.

Al río Uría le forman varios arroyos, unos con nombre y otros, para mí al menos, innominados.

Es el Uría o el Elguea un río que en el mapa de España apenas está indicado con una línea sinuosa imperceptible. A su salida al mar se halla sembrado de rocas que toman el aspecto de animales monstruosos.

En la marea baja, en la desembocadura, muestra la barra con sus rompientes y en la alta toma un aire de río serio, ancho y tranquilo. En la salida al mar, en la marea baja, las orillas están formadas por un terreno pantanoso; en la alta, se llena todo el cauce y se infla y parece que va a invadir las orillas. Como se sabe, la velocidad de la corriente de los ríos disminuye al acercarse a la desembocadura.

Junto al mar, tiene el Uría a un lado arenales que cambian de lugar y al otro un acantilado con peñascos rocosos cubiertos por algas negras y líquenes verdes. En medio cierra casi su entrada el islote oscuro e inaccesible.

Desde las alturas se ven las dos orillas. La derecha es, en casi todo su recorrido, cóncava y de rocas; la izquierda es convexa y de arena. En la derecha, sin duda la corriente caudalosa y más profunda fue excavando la tierra, lo que hizo que la costa sea alta; en la izquierda, la corriente se retiró del cauce y dejó arenales, isletas y lugares pantanosos que se van cubriendo de vegetación en algunas partes. La orilla derecha va uniéndose al mar con grandes cotas y con pequeñas bahías; la orilla izquierda termina al acercarse a la costa en unos arenales sembrados de peñascos.

Todo ello es muy sombrío en invierno y muy brillante y luminoso en verano.

La barra del Uría en la marea baja cierra casi por completo la salida del agua, no dejando más que pasos estrechos. Cuando se llena el estuario con la marea alta, entran las olas en él; después quedan canalizados con pequeñas corrientes.

Hacia el poblado de Padura Berri, rodeadas por los brazos del río, hay isletas con algunos árboles que, en los años en que la primavera es muy lluviosa y el verano caliente, están cubiertas de maizales de una altura extraordinaria y de aspecto casi tropical.

Al terminar su curso, el Uría traza una ese entre los campos de maíz y después de la última curva se une al mar en esa zona de peñascos y arenales donde el agua está siempre alborotada y agitada y donde revolotean las gaviotas.

Parece que la barra del Uría aumenta progresivamente, y que en colaboración del islote de Lúzaro tiende a cerrar la salida del río. A veces, después de algunas borrascas, el agua se abre paso en los arenales; pero pronto vuelven los obstáculos y la barra torna a cerrarse de nuevo.

El camino que marcha desde Recalde a Elguea, y que se llama Erregue Bidea, tiene o tenía hace tiempo grandes y hermosos árboles. En la orilla izquierda no hay más que un sendero por entre malezas.

Todo el panorama del río cambia completamente según el tiempo sea claro o brumoso. Con temporal es la canción eterna de la lluvia y el viento que se responden, los juegos de las nubes que pasan oscuras y bajas, amenazadoras y pesadas, el vuelo de las gaviotas o de las grullas que cruzan en triángulo por el aire y los graznidos de los gansos, que a veces parece que protestan en lo alto.

A la salida del río, en la orilla derecha, está el pueblo de Elguea, con sus casas, su iglesia y su muelle. Es un pueblo un poco irregular, colocado en la falda del monte. Tiene un barrio de pescadores y un puerto diminuto, en donde no entran hoy más que lanchas y algunos quechemarines y goletas. El pueblo tiene un carácter marinero con su antigua muralla, sus calles estrechas de casuchas pequeñas, sus pasadizos, sus escaleras de piedra exteriores para subir a las casas y el puerto con sus almacenes de aparejos y de redes, sus tabernas en el muelle y sus almacenes y luego la playa con un palacio con su parque y varios hoteles nuevos.

Algunas casas de piedra gris tienen solanas donde se secan ropas de colores.

En frente del pueblo, al otro lado del río, hay varios arrecifes, grupos de peñascos negruzcos y el islote de Lúzaro, grande y deshabitado, con aire de fortaleza. El pequeño puerto del pueblo no ha podido luchar con el continuo arribo, sobre la desembocadura, de piedras y árboles que traen el río y el mar, y se va cegando poco a poco.

Según los marinos, la barra tiene dieciséis pies de altura en la marea alta y once en la baja.

A corta distancia del puerto, en la misma orilla, hacia el interior, está la Peña de los Ahorcados.

UN DÍA DE OTOÑO, de tiempo lluvioso —sigue diciendo Armendáriz—, fui a ver la Peña del Anzuelo, Amuaitz o Amuarri en vasco. En castellano se llamaba la Peña de los Ahorcados, aunque era nombre ya muy en desuso.

No se trabajaba en la cantera de cemento y pude darme cuenta de la disposición de la peña. Era una península diminuta formada por una roca alta y por una meseta excavada a sus pies. Se advertía el rectángulo en donde estuvo la casa.

En el muro cortado de la roca que daba a la explanada había pintada una raya blanca paralela al suelo, a la altura de un metro, lo que daba la impresión de que esta pared había servido para jugar a la pelota. En el mismo muro se veía una puerta cerrada, lo que indicaba alguna covacha que servía de almacén a los obreros.

La explanada de la peña tenía un istmo que la unía a la orilla.

En la geografía de un país es muy frecuente encontrar al lado de un monte grande otro pequeño que parece que le imita. Sin duda, las causas que producen lo grande producen lo pequeño.

La Peña del Anzuelo, en la ría, era en otro tiempo la reproducción casi en miniatura de la Peña de Amil, de la costa próxima, que avanzaba en el mar y tenía un istmo parecido y un pico elevado.

Amuaitz no era un islote, porque estaba unido a tierra por un istmo formado por un paredón de rocas. Era, como digo, una península en miniatura.

La explanada de la Peña del Anzuelo, en otro tiempo era sólida, con losas grandes sujetas con grapas de hierro. Este espacio cuadrado quedaba por encima del agua en la marea baja veinte o treinta pies, y en la alta diez o doce.

Había unas escaleras que bajaban al camino, que no iba muy alto del río, y a veces, aunque raras, por lo que me dijeron, el agua se cruzaba de un lado al otro y la explanada con su roca y la casa quedaban como una isla al sumergirse bajo el agua el istmo que la unía a la tierra.

La Peña del Anzuelo o de los Ahorcados, tan característica, desapareció por completo cuando en los alrededores de Elguea se empezaron a explotar en gran escala el cemento y la cal hidráulica. La roca entera se deshizo en polvo y fue saliendo en gabarras. Su desaparición dejó como una cicatriz en la orilla que tardó tiempo en borrarse. Esto ocurrió dos o tres años después de la segunda guerra civil, es decir hacia 1877 o 1878.

Desde lo alto de la Peña se abarcaba toda la desembocadura de la ría; enfrente el Peñón de Lúzaro, que cerraba el estuario; las casas de Elguea un poco a la derecha; la barra en donde rompían las olas en el centro, y a la izquierda la Peña de Amil, que era la hermana mayor de todas las rocas de las cercanías; luego los bajos de Gurutzeamendi y un monte encima, en donde había una roca con una hoya que se

decía era la señal de la pisada de un santo. En este monte había un cabezo que se llamaba los Ostiones, quizá porque se encontraban adheridas a él grandes ostras.



TODA ESTA COSTA del golfo de Gascuña tiene contrastes violentos; hay días de verano en que el mar parece de un país del extremo Sur, y días de invierno de lluvia y niebla con aire de nórdicos, tristes y brumosos.

El agua del río, tan pronto es clara como oscura. En la primavera, viene turbia y trae ramas de árbol y montones de paja.

En verano, con el sol y el buen tiempo, la decoración es meridional; todo toma un aire claro, brillante y luminoso, pero cambia con rapidez. Lo único que se repite en su ritmo monótono es la marea.

En la baja, durante el verano, los arenales brillan al sol como el oro y el mar aparece a lo lejos con un azul intenso. El cielo muestra a veces estrías de neblinas blancas y en el crepúsculo grandes amontonamientos de nubes rojas.

En otoño, con la niebla, ofrece el río aspectos de escenografía extraordinarios.

Durante el invierno, los días tienen un carácter tétrico con sus brumas grises y el aire frío. El cielo está con frecuencia negruzco y cárdeno. Las nubes plumizas vienen amenazadoras. En el mar, la onda verde, esmaltada con crestas blancas, cabrillea y rompe entre los peñascos. Las gaviotas vuelan sobre las olas, el viento silba y la lluvia al caer en el agua parece hacerla hervir.

Durante las tempestades, las olas chocan en los arrecifes negros y se deshacen en nubes de espuma. Todo toma un aire amenazador y terrible. El clamor ronco y furibundo del mar en la soledad de la noche es para sobrecoger el ánimo mejor templado.

El vendaval domina impetuoso, las gaviotas chillan y buscan voraces su alimento entre los fangales que deja al descubierto la marea baja.

El agua, que avanza y retrocede monótonamente por el cauce del río, va llevando tablas y montones de paja y descubriendo después en la retirada el fango negro que nunca se acaba y los pequeños canales, entre las piedras, llenos de algas. Los esteros quedan borrados y desaparecen con la marea alta; después vuelven a aparecer con sus conchas y sus lapas adheridas a las peñas.

En verano, estos charcos de agua pantanosa tienen un olor penetrante.

Algunas de las rocas de la salida del río son grandes y los pescadores se instalan en ellas para componer sus aparejos.

La misma marea que sube y baja con el mismo ritmo monótono parece algo distinto, según las aguas sean más oscuras o más claras, si se ve o no con la luz el fondo y si se refleja en ellas el azul del cielo, las nubes oscuras o las estrellas de las noches de verano.

En otros tiempos, estos puertos pequeños como Elguea, en las desembocaduras de los ríos, ofrecían una defensa contra las olas del mar y un camino para llevar mercancías hasta el interior del país. Tenían, gracias a ello, su vida y su comercio.

La dificultad en todos era la barra, que aumentaba constantemente con las arenas y las piedras y que a veces dejaba imposible el paso a barcos de un mediano tonelaje.

Algunas embarcaciones naufragaban dentro de la ría en los bancales de la entrada, en lugares de muy poco fondo, y quedaban varadas y perdían el cargamento.

En el río Uría, la baja marea dejaba en la orilla izquierda, en los arenales, manchas de franjas de algas; en la orilla derecha se destacaba un conjunto de rocas negras como carriles con pequeños canales fangosos y filas de estacas negras muy juntas.

En la desembocadura de la ría el terreno próximo de la costa era mixto de rocas calizas redondas y de otras con lajas de pizarra.

Había días magníficos, días de otoño, templados, en que el sol era una pálida sombra y el agua de acero, en que todo tomaba un aire fantástico, y días de verano con un cielo azul y un mar también azul deslumbrador.

Las mañanas de verano, antes de salir el sol y con el cielo gris claro, eran muy serenas y tranquilas; el agua del estuario parecía un espejo de color de plata, los montes lejanos tenían un tono de nubes pálidas y los arrecifes de las orillas se destacaban negros con aire de monstruos tranquilos. Luego, cuando llegaba el sol, se iba incendiando todo y brillaban el agua y los arenales de las orillas y las peñas y los tejados de las casas de Elguea.

Por las tardes de otoño, cuando el sol iba descendiendo como un globo sobre los arenales amarillentos entre nubes pálidas, los crepúsculos eran admirables. En las épocas del equinoccio las olas parecía que iban a conquistar la tierra. Luego, ya avanzada la estación y al principio del invierno, llegaban por el cielo los nubarrones grandes de un color violáceo oscuro y rayaban constantemente el aire las líneas de la lluvia. Después entraba el dominio del gris en el aire y quedaba el cielo bajo durante largo tiempo y seguía la lluvia.

De noche tenían un aspecto romántico las orillas del río, entre la negrura del cielo y el brillo del agua. Se veían las luces del pueblo a lo lejos y el resplandor mortecino de las siete u ocho casas de Padura Berri.

Armendáriz pensaba con frecuencia en esta vuelta del agua del mar que se evapora y se convierte en niebla y en nube, de la nube que termina en lluvia y de la lluvia que va de nuevo por los arroyos y por el río al mar. A veces era como una obsesión para él y casi oía la lluvia que caía sobre los prados y los helechales de los montes, y veía cómo se iban formando los regatos y después los arroyos pequeños y luego los

arroyos grandes y después los riachuelos que pasaban al río y se convertían en masas turbias y marchaban al mar y se mezclaban en la barra con las aguas turbulentas y se internaban fundiéndose en los remolinos de olas y de espumas del Océano.

EL SEÑOR ZABÁLBURU, padre de las muchachas que había conocido Armendáriz el día de la fiesta de Padura Berri, le dijo a nuestro investigador que visitara al cura Ozaeta. Vivía este en una casa próxima al mar. El señor de Ozaeta era hombre curioso de las cosas del país, sabía muchas historias y le gustaba que le consultaran.

Pocos días después Armendáriz fue a visitar al cura. Este desbarraba un poco y se contradecía. Al hablar le gustaba echárselas de purista.

Era el señor de Ozaeta grueso, viejo y ya un poco trastornado por la edad.

Vivía con una hermana suya y con su sobrina. Las dos le cuidaban y le reñían porque, según ellas, no pensaba más que en sus libros.

El cura se dedicaba a la historia, pero principalmente al estudio del vascuence y a sus variedades dialectales.

No se ocupaba mucho de su indumentaria. Limpiaba la pluma en la sotana y echaba sobre ella ceniza del cigarro. Su hermana y su sobrina, cuando querían sacarle algún dinero, le decían que les leyera algo de su libro en preparación, y cuando lo leía, lo elogiaban, y entonces conseguían lo que querían con facilidad del señor Ozaeta.

Según contó el cura, en la Peña del Anzuelo había habido primitivamente una atalaya, después una ermita y en tiempo de la guerra de la Independencia una casamata con un destacamento de soldados franceses que vigilaban para evitar el contrabando de armas.

Al final de la guerra de la Independencia, algunos contrabandistas españoles que andaban merodeando por las cercanías vieron al anochecer que había pocos soldados franceses en el destacamento de la Peña del Anzuelo y se lo comunicaron a los guerrilleros, que tenían uno de los escondrijos en una cueva de la ribera derecha, enfrente de la Peña.

Un cabecilla que había peleado con don Gaspar de Jáuregui *el Pastor*, famoso guerrillero, hijo de Villarreal, y con Fermín Leguía, apareció en el barrio de Olázar a media noche con veinte o treinta hombres, cruzó el puente de las Ánimas, sorprendió a la pequeña guarnición que lo defendía y corrió por la derecha del río hasta llegar a los alrededores de Elguea.

Aquí tenían los franceses fuerzas suficientes para defender el pueblo y el cabecilla y sus guerrilleros se lanzaron sobre la guardia que había en la Peña del Anzuelo, y como se defendieron, mataron a algunos de los que la formaban. Después se establecieron allí diez hombres y los demás pasaron en lancha a la otra parte del río.

La Peña del Anzuelo, bien vigilada e incomunicada aparentemente con la orilla derecha, servía para desembarcos de armas y para ir y venir de una ribera a otra.

Los españoles dejaron un grupo de guerrilleros para vigilar la carretera y la orilla del río. Tenían dos o tres barcas para huir en caso de apuro. Una mañana, un grupo de franceses se echaron sobre ellos por sorpresa, los cogieron entre dos fuegos, mataron a varios, y a tres que hicieron prisioneros y que eran los jefes, los ahorcaron en unas perchas y los dejaron allí largo tiempo. El cura Ozaeta dijo que un viejo colono de un caserío suyo recordaba haber visto los tres ahorcados balanceándose en el aire y casi cubiertos por los cuervos que devoraban las piltrafas.

Ozaeta no sabía el nombre del oficial francés que atacó a los guerrilleros de la Peña.

Él había oído decir que la patrulla francesa avanzó desde Recalde y que otra fue desde Elguea a apostarse en Padura Berri.

Él pensaba que debía haber en la peña ocho o diez españoles armados. No sabía si alguno se salvó echándose al río. Tampoco si el que ahorcaron era el jefe o quién era. Algunos aseguraban que era un joven de Elguea que había peleado con don Gaspar de Jáuregui *el Pastor*. A este joven, que era de la familia de Otálora, le llamaban Fermín *Ariña* (Fermín ‘el Vivo’).

Respecto al oficial francés que atacó la Peña del Anzuelo, era un capitán de la gendarmería que tenía fama de déspota y de cruel en Elguea.

Ozaeta no recordaba más sino que decían que era muy bárbaro. Después, el señor Ozaeta indicó que el secretario antiguo de Elguea, ya muerto, tenía un sobrino abogado que recogió sus papeles y que vivía en San Sebastián, y que quizá este sabría con detalles algo de lo ocurrido en la Peña.

El señor Ozaeta le dio las señas de este abogado y le recomendó que le escribiera diciéndole que la indicación para hacerle la pregunta se la había dado él.

Armendáriz le dio muchas gracias por su amabilidad y el cura le contestó que cualquier duda que tuviera, si él podía aclararla lo haría con mucho gusto.

Armendáriz contó a Zabálburu su conversación con el cura erudito y se despidió de él y de sus bellas hijas, y al cabo de algún tiempo recibió una carta del sobrino del secretario antiguo, en la que le daba bastantes datos de la Peña del Anzuelo y de lo ocurrido en ella.

LO QUE HE ENCONTRADO acerca del río Uría y de la Peña del Anzuelo entre las notas de mi pariente, el antiguo secretario del Ayuntamiento de Elguea, no es muy abundante, pero es posible que no haya más datos. Como decía usted en su carta, los vascos no tenemos apenas preocupación por la historia y el que se interesa por ella tiene entre nosotros el aire y la fama de un chiflado.

Respecto a la casa llamada Portúa, parece que antiguamente era el embarcadero para todos los útiles y para el carbón de piedra que venía de Bilbao y lo llevaban a las diversas ferrerías del río. A la inversa, el mineral ya elaborado y fundido en las forjas, se trasladaba en lanchas por el río y se depositaba en Portúa, desde donde lo recogían los barcos para trasladarlo aquí y allá.

He mirado también en los papeles del archivo del Ayuntamiento si aparece alguna mención antigua de la Peña del Anzuelo, Amuaitz o Amuarri, con este nombre o con el de la Peña de los Ahorcados, y no he visto nada o casi nada.

De las peñas del río Elguea se habla, además del islote de Lúzaro, de la de Amil, del Bajo de Gurutzeamendi, o sea de la Cruz Grande, y de la Roca de los Ostiones u Hostiones, que yo creo que es posible que no sea de las ostras grandes, sino la roca de los Estrinnios o Oestrinnicos, navegantes que ocuparon las costas de España antes de los celtas, según la *Ora Marítima* de Avieno. También se habla de Erdico Punta, punta de en medio, transformada en punta de la Gaviota, del Bajo de Iruarri (o sea 'de las tres rocas'), del Bajo de Ezpaldegui ('de la Empalizada') y del de Olagorra ('del Pulpo').

De las ermitas que había por los contornos de Elguea veo citadas las de San Telmo, Santa Bárbara, de las Ánimas, de los Dolores y de Nuestra Señora del Socorro.

Se habla también de una atalaya próxima al pueblo, *talaizarra* ('atalaya vieja'). ¿Dónde estaba? ¿Estaba en la costa del mar, o dentro del río? No lo sé. Si estaba en el río podían ser sus restos los que sirvieron para ese baluarte de la Peña del Anzuelo, luego llamada Peña de los Ahorcados. Algunos dicen que han visto una estampa extranjera antigua de Elguea, y que en ella aparece una torre a orilla del río. Yo no he visto esa estampa y aunque exista no hay que darla mucho crédito, porque los dibujantes antiguos, para dar más interés a un paisaje, ponían torres y castillos sin escrúpulo donde no los había.

Respecto a los nombres de los lugares de la costa y del río se les pueden señalar distintas procedencias. Unos son de origen popular vasco, otros de origen oficial de la Marina de Guerra, otros de soldados y carabineros.

Yo considero muy posible que la Peña de Amuaitz o 'del Anzuelo' fuera el emplazamiento de la antigua atalaya. Se me dirá que no es lógico que una atalaya o

semáforo estuviese en la ría y no en la costa; pero eso a mí no me parece un argumento concluyente. La atalaya podía ser más útil dentro del río de Elguea que fuera.

En otro tiempo el río era navegable cuatro o cinco millas hacia el interior, hasta el Puente de las Ánimas de Recalde, y las indicaciones de una atalaya podían ser más útiles para los marinos en la entrada del río que en plena mar, en donde ya se tenían como señales el cabo de Higuier, el Ratón de Guetaria y otros puntos de la costa.

A mi tío el secretario le oí decir que había una atalaya en la punta, en donde un hombre encendía de noche fuego de leña para indicar la entrada del puerto.

En unos papeles del archivo se habla en 1825 de que el Ayuntamiento vendía entre otros un pequeño terreno llamado *talaizarra* en la confluencia del río.

Si esta *talaizarra* ('atalaya vieja') era un semáforo, se hallaba ya evidentemente arruinado y hacía mucho tiempo que no funcionaba como tal.

Creo, además, que las atalayas siempre se han instalado en sitios más altos y desde donde se divisa mayor horizonte.

También podía ser lo que quedaba de construcción de la Peña del Anzuelo resto de la ermita de Santa Bárbara, porque se dice en los papeles viejos que esta se hallaba en la orilla derecha del río Elguea, hacia su desembocadura. Puede que la atalaya ruinoso sirviese de morada a un ermitaño y de puesto de observación en la guerra de la Independencia.

Otro punto de referencia podría ser la Cueva del Murciélagu, *Shaguzar-lecea*, que también se llamaba Cueva del Pastor (*Artzai Zulo*). Esta se halla, según los datos antiguos, en la orilla izquierda, próxima a la salida del río, y tiene una especie de caldera redonda dentro y una galería que comunica con el mar.

Durante la guerra de la Independencia hubo en ella un depósito de armas y de toneles de pólvora. La cueva sirvió también durante mucho tiempo a los contrabandistas, que iban y venían en lancha de una orilla a otra y desembarcaban en el poblado de Padura Berri, que, como sabe usted, se encuentra al lado de la Peña del Anzuelo. Se dice en algunos papeles que entre Artzai-Zulo y la atalaya antigua había una milla.

Aunque no tengo datos seguros para pensarlo así, mi opinión es que la casa de la Peña del Anzuelo era un resto de un semáforo construido en tiempos remotos, en que el río era todavía navegable. Esta atalaya era quizá para vigilar e impedir la entrada de los corsarios ingleses, que asolaban estas costas en tiempos pasados y que llegaban al interior.

La gente supone que allí estuvo la ermita de Santa Bárbara.

En un papel del Ayuntamiento se dice: «La ermita de Santa Bárbara está en un monte próximo a Elguea, en donde se celebran misas y procesiones contra el *aide charra* ('el aire malo')».

Esto hace pensar que no se encontraba en la Peña del Anzuelo. La Peña estaba en la orilla derecha del río y a una distancia de Elguea de un par de millas. La llamaban

en vasco Amuaitz y en castellano de los Ahorcados o de la Calavera. Esta peña se hallaba a poca distancia de la Padura Berri y aún queda su emplazamiento, que ha desaparecido en parte.

Enfrente de Padura Berri se formaba como una península, constituida por la roca unida a tierra por un istmo. Lo curioso era que esta pequeña península parecía una reproducción en miniatura de la Peña de Amil, que sale al mar. La peña era una lengua de tierra, mejor dicho, una lengua de piedra que terminaba en una roca bastante alta y ancha con su istmo que tenía un puentecillo de piedra en arco, llamado Zubichiqui ('Puente Pequeño').

La roca Amuaitz mediría sesenta o setenta pies de alta y era como una silla. A los quince o veinte pies del río había una explanada de piedra y por encima de esta un bloque de peña de la altura de una casa.

Por el lado del mar la Peña estaba casi cortada a pico; hacia la orilla izquierda tenía al pie unos arrecifes verdes, negruzcos, que parecían monstruos reunidos en manada, y hacia la orilla derecha las paredes eran lisas y había como un puertecito, una hoya profunda donde el agua apenas se movía en las grandes tempestades.

Si había alguna fortificación o algún puente levadizo cuando la ocupaban los franceses, no lo sé; pero es muy posible que la hubiera.

La explanada de la Peña tenía, durante la guerra contra los franceses, una cerca de piedra de altura de un hombre y una puerta forrada de hierro. Había siempre quince o veinte soldados de guardia y un centinela en lo alto de la peña. Había también una lancha grande amarrada en el río para cualquier eventualidad.

En las proximidades de la casa, en un terreno pantanoso, hubo un pequeño astillero de lanchas y quedaban estacas de madera y de hierro.



LA HISTORIA de la Peña de los Ahorcados —sigue diciendo el sobrino del antiguo secretario de Elguea— no llegó a mí por los papeles de mi tío. Se la oí contar a una vieja pariente de mi madre. No tenía la relación detalles claros y puede ser que ella se la hubiera oído a alguna otra persona.

Contaba que en tiempo de la guerra de la Independencia, en Elguea, como en otros pueblos, entre la gente rica y de la aristocracia había muchas personas que tenían buenas relaciones con los franceses. Si no con simpatía verdadera, recibían en su casa a los empleados y a los militares de Napoleón.

Entre estas casas de Elguea supongo que estaban, aunque la vieja allegada mía no lo dijo claramente, la de Idiáquez y la de Aguirre, que eran las dos las familias del pueblo más importantes.

La familia de Idiáquez de Elguea tenía por entonces dos señoritas jóvenes muy guapas y muy elegantes, de diecisiete y dieciocho años. Estaban las dos obsequiadas y galanteadas por los oficiales franceses y por los muchachos del pueblo.

Una se llamaba María y la otra Rosario. María estaba en relaciones con un oficial del ejército de Napoleón que al parecer era aristócrata y se casó con él y luego fue a vivir a Francia.

Respecto a Rosario, que era una niña, había tenido unos primeros amores con Fermín de Otálora, pariente de los Aguirres, a quien en el pueblo llamaban con el apodo de Fermín Ariña (Fermín el Vivo), porque era un muchacho muy decidido y ocurrente.

Fermín había vivido en Elguea mientras su hermano mayor, Juan, se había lanzado al campo con los patriotas.

Después, Fermín de Otálora, alias *Ariña*, anduvo con Gaspar de Jáuregui (*el Pastor*) y llegó a teniente.

También anduvo, por lo que he oído decir, en la partida de Artola, que debía de ser el jefe vizcaíno, de quien se cantaba una canción popular que todavía queda en el pueblo, y que dice:

*Artola dauca*

*Artola dauca*

*Artola dauca famia*

*Beria dubela*

*Beria dubela*

*Bizcai aldeco gendía.*

(Artola tiene, Artola tiene, Artola tiene la fama, de que es suya, de que es suya, de que es suya la gente de Vizcaya.)

Por ese tiempo se decía que Ariña entraba en el pueblo disfrazado de campesino y hablaba con Rosario Idiáquez.

Un capitán de la gendarmería francesa, que era bastante déspota y bruto, el capitán Saint-Laurent, que sin duda lo sabía y que galanteaba a Rosario Idiáquez sin éxito, había asegurado que si alguna vez cogía por su cuenta a Fermín de Otálora (*Ariña*) le cortarían las orejas.

Este, al parecer, se burlaba de él, y varias veces, reunido a los contrabandistas que tenían su refugio en Artzai-Zulo ('Cueva del Pastor'), iban a llevarse los caballos de los franceses y a desvalijar los almacenes de la Peña del Anzuelo.

Solían cruzar el río en lanchas, de noche, y escalar la Peña.

Entonces el capitán Saint-Laurent, que sabía por sus espías que estas gatadas las preparaba y las dirigía Fermín de Otálora, preparó una emboscada contra él. Hizo que cincuenta hombres ocuparan Padura Berri y vigilaran los caminos y sendas; que otros cincuenta se emboscaran en la orilla derecha del río, delante de la Peña, y otros de vigía en la orilla izquierda, y que cuando notaran movimiento de barcas encendiesen unas teas.

Preparada la trampa con cuidado, los guerrilleros tardaron en aparecer algunos días; pero al fin, una noche oscura se presentaron. Los franceses los recibieron con una lluvia de tiros y mataron a cuatro o cinco, entre ellos a Fermín de Otálora, alias Fermín *Ariña*.

Entonces al capitán Saint-Laurent se le ocurrió una idea que le pareció sin duda admirable y decorativa, y fue mandar que levantaran tres horcas de madera en lo alto de la Peña y colgar de ellas a los tres guerrilleros, dejando en medio el cuerpo de Fermín Ariña. No colgó los cadáveres con cuerdas, sino con cadenas, para que duraran más tiempo. Quedaron así, produciendo el horror y la cólera de los que se acercaban. Sin duda el viento, al mover a un lado y a otro los cuerpos, producía un ruido que hacía estremecer a los que pasaban por allí.

Así estuvieron los cadáveres días, algunos dicen que meses, y los campesinos de los contornos oían el chirriar de la cadena cuando pasaban por la carretera de noche, y veían a los colgados balanceándose suavemente a impulsos del viento.

La gente, al pasar por allí, se horrorizaba.

Unos meses después, por lo que se supo más tarde, el hermano de Ariña, Juan de Otálora, el guerrillero, se presentó en Recalde y preparó una emboscada contra el capitán Saint-Laurent.

Hizo que dijeran al francés que andaba rondando por el barrio de Olázar el brigante Juan de Otálora con cinco o seis hombres por el pueblo de noche. El capitán francés marchó con un pelotón y dos sargentos y tomó posiciones en el Puente de las Ánimas.

Otálora, emboscado cerca, impuso silencio, y echándose en el suelo puso el oído en la tierra, y poco después dijo: «Ya vienen».

Al llegar los franceses fueron atacados por el grupo de guerrilleros y murió el capitán Saint-Laurent, un sargento y varios soldados.

Cuando se registraron las cercanías se encontraron más hombres muertos y varias manchas grandes de sangre entre las matas y en los arenales.

Hecho esto, y en plena noche, Juan de Otálora mandó colocar los cadáveres en una carreta y con sus cincuenta hombres atacó la Peña del Anzuelo por tierra, mientras otros la atacaban por mar. Los hombres de Juan de Otálora asaltaron la Peña, sorprendiendo a los centinelas, y entretanto otros que venían en lancha de la orilla opuesta comenzaron a disparar contra los que intentaban huir.

Mataron a todos los franceses, echaron los muertos al río y se instalaron en la Casa de la Peña con grandes precauciones. Se llevaron en lanchas lo que había en el almacén al escondrijo de Chacur-zulo, que otros llamaban Cueva del Murciélagu o Shaguzar-lecea, subieron al alto de la roca, y al amanecer descolgaron los tres cuerpos de los suspendidos allí, entre ellos el del hermano de Juan, y los sustituyeron por los del capitán Saint-Laurent y los dos sargentos.

Para que el *inri* fuera mayor, les dejaron los uniformes y los tricornios. La sensación debió de ser enorme en el pueblo y en los alrededores y todo el que pudo encontró un pretexto para verlos, aunque muchos, de miedo, no quisieron aparecer por allí.

Los cadáveres quedaron colgados dos días, hasta que se preparó una compañía de los imperiales, que salió de Elguea y fue con precaución a la Peña. Se decía que había guerrilleros en las inmediaciones, pero no había ya nadie. Estos grupos de soldados subieron a la Peña del Anzuelo y descolgaron los tres cadáveres.

Desde entonces a la peña se le llamó la Peña de los Ahorcados.

Respecto a Juan de Otálora, debió desaparecer y marcharse a América.

Como todo se olvida, esto también se olvidó y la Peña del Anzuelo quedó durante mucho tiempo sin habitantes, hasta que hacia 1823, cuando los Cien Mil Hijos de San Luis, un cantinero italiano, medio pirata, se estableció allí, puso una taberna y tenía negocios de contrabando de tabaco y de otras cosas. Este hombre, que al parecer era muy emprendedor y atrevido, era también muy supersticioso. Un día, al entrar en un sótano abierto en la Peña con un chico que tenía de criado, vio en el suelo una calavera que se movía; el hombre se echó a temblar de miedo y salió corriendo.

Era una rata grande metida dentro del cráneo, que sin poder escapar de él, lo movía de un lado a otro.

El italiano salió huyendo de allí encomendándose a la Madonna y el chico levantó la calavera del suelo y la rata echó a correr; pero el cantinero no se convenció y no quiso volver a la Peña. Desde entonces a esta, además de Amuaitz, le llaman de la Calavera.

Tras de esta época, vivió más de diez años en la casa de la Peña del Anzuelo un marino retirado, de quien se contaban muchas aventuras, y del cual tengo yo muy vagas referencias.

No sé más sino que se llamaba o le llamaban Pachi Bretaña y que era el padre de un campesino que vivía en el barrio de Padura Berri. Los hijos de este campesino no sé qué hicieron; creo que los varones desaparecieron del país.

Después de esta época se dice que en el año 1836 hubo unos ingleses que sacaban tierras de los alrededores de la Peña y las llevaban en barcas a San Sebastián.

Ello es cierto. En esta época los soldados de la Legión Inglesa que mandaba Lacy Evans comenzaron a emplear las tierras de los alrededores del río Elguea y a llevarlas a San Sebastián para hacer obras de trincheras y mejorar las defensas de esta ciudad. Años después de acabada la guerra se intensificó la producción de cemento.

Respecto al paradero de Juan de Otálora no tengo datos.

De las dos señoritas de Idiáquez, María y Rosario, hace pocos años me enteré de su final. Rosario fue a parar a un convento de Italia, donde murió. Respecto a María, por lo que me contaron, llevó una vida de mucho rumbo en París. Su marido heredó el título de conde y un palacio en el *faubourg* Saint-Germain y ella tuvo amistades con la gente más distinguida de la época. Conoció a Talleyrand, a madame Recamier y a otras personas célebres.

Un cura de Elguea, emigrado por sus ideas políticas después de la primera guerra civil, estuvo de capellán en su casa.

Al parecer, la condesa era en su vejez muy aficionada a la lectura y muy culta.

Cuando murió, este cura acompañó su cadáver al cementerio del Père Lachaise, donde tenía la familia del conde un gran mausoleo.

## **CUARTA PARTE**

---

# **RELATO DE CHIQUI ERDI**

ARMENDÁRIZ, ESPÍRITU SINCRÉTICO, reunió en estas historias datos de distintas procedencias, lo que tuvo que producir algunas contradicciones en su relato. No era nuestro amigo el doctor hombre a quien le preocupasen estas antinomias que presenta toda relación formada por materiales de distintos orígenes y aceptó cuanto encontró a mano.

Armendáriz empezó su historia cuando todavía estaba de médico de pueblo y la concluyó bastante después de establecido en San Sebastián.

El capitán Bordagain, marino vasco-francés y casado en Elguea, amigo del doctor, le llevaba con frecuencia en su balandra por el río y por la costa próxima. El capitán era hombre simpático, de cincuenta a sesenta años, con el pelo blanco para su edad, la cara curtida por el sol, los ojos azules claros y la expresión seria y plácida.

Varias veces le convidó a comer al doctor en su casa. Se entendían muy bien. La mujer de Bordagain era de Elguea, había vivido mucho tiempo en Francia, sabía francés y era muy leída.

Madame Bordagain habló varias veces con Armendáriz y se reía un poco de sus ideas. Tenía la opinión de que Armendáriz era un tanto chiflado. Le habló de Rosario Idiáquez, que ya contaba los treinta cumplidos y que se le iba pasando la edad.

—Creo que conoce usted también a las Zabálburu; chicas graciosas, un poco coquetas, pero que están muy bien —le dijo madame Bordagain—. Una de ellas tiene novio formal. ¿Usted las galanteaba, Armendáriz?

—No; yo soy viejo para ellas —contestó él.

—Usted tendrá unos treinta, poco más o menos.

—Algo más.

—Y ellas veintidós o veintitrés..., no está mal.

—No estaría mal si hubiera acuerdo.

—¿No hay acuerdo?

—No.

—¿Y por qué?

—Pues muchas razones; porque ellas son demasiado jóvenes y brillantes para mí, son ricas y yo no tengo un cuarto; además, su madre tiene pretensiones aristocráticas...; en fin, que yo soy un amigo pasable para Elguea, pero no para Bilbao.

—¿Qué idea tiene usted de las mujeres, Armendáriz, qué idea!

—Armendáriz es un filósofo —dijo Bordagain.

—No soy un aficionado al comentario.

—¿Para qué preocuparse de eso? —dijo el marino—. Dejemos que las cosas se arreglen ellas solas.

—Tiene usted razón. Dejémoslas.

—Así no se hace nunca nada —dijo la señora de la casa.

—Es igual. En muchos casos, lo mejor es no hacer nada.

—Tenemos que averiguar lo que es la Peña esa del río y su historia —dijo Bordagain.

—Sí, sí; yo, por mi parte, haré la investigación con gusto —indicó Armendáriz.

Fueron varias veces los dos en la balandra. Un día encontraron en la Peña a un capataz ya viejo. *Igueltzero el Catapás* le decían los obreros, o sea ‘Albañil el Capataz’. Igueltzero se expresaba con mucha energía.

Había oído hablar del marino de la Peña, conocido por *Pachi Bretaña*. El Catapás había derribado la casa de Pachi. Esta, según dijo, era una construcción fuerte, sólida, con las paredes muy espesas de cantería y un techo de piedras. Algunos la llamaban Urtoqui. Era su emplazamiento una antigua explanada con losas. Por su aspecto había sido una batería para vigilar la costa.

La antigua explanada, que, según Igueltzero el Catapás, tendría unos veinte metros, estaba adosada a la pared de la roca.

Esta la defendía del viento del Norte y del Oeste, que eran allí los más peligrosos y violentos.

La casa tenía puerta, balcón y dos ventanas bastante grandes hacia el mar y hacia la antigua batería enlosada, y otras muy pequeñas.

—Esta roca que ahora vamos también a derribar —dijo el Catapás— tiene algunas partes más blandas que otras, y yo no sé si en el tiempo del viejo marino o antes se fue excavando y ensanchando y se hizo una cueva, que el hombre que vivió aquí utilizó de almacén y le puso una puerta forrada de hierro y calafateada. Yo creo que en esta roca debían quedar los cimientos de alguna torre o atalaya, y aprovechándolos el hombre de la Peña había construido la casa, que quedaba muy defendida por la roca contra el viento y la marea. Es muy posible que la torre o atalaya fuera más alta en otro tiempo, porque tal como era cuando empezamos a derribarla no podía verse desde ella la entrada de la ría.

—¿Y esta casa no tenía comunicación con la orilla? —preguntó Bordagain, viendo que había un puente de madera.

—Sí; pusimos este puente nuevo para que pudieran pasar carros y el antiguo ha quedado deshecho. El caminito bajaba por unos escalones tallados en la roca, pasaba por encima de un arco y salía a la carretera que va desde Padura Berri a Elguea y al interior de la provincia.

—¿Y cómo era la casa? —preguntó Armendáriz.

—Era baja, con ventanas con vidrios verdes, tejado de losas y planchas de plomo y una chimenea.

La opinión general, según Igueltzero, acerca de su origen era que allí en algún tiempo había habido alguna pequeña fortaleza y una batería, de la cual no quedaba más que el suelo enlosado y una cerca de piedra.

Igueltzero se lamentó de la lentitud de la obra. Él quería derribar toda la Peña y llevarla en carros a la fábrica.

—Aquí no se puede *haser* nada —decía—. No *hasen* carretera. ¡Qué se va a *haser*, pues!

Se veía que el Catapás era un modernista.

—Pero, ¿hay otra cueva por aquí cerca, no es cierto? —preguntó Armendáriz, a quien el furor destructivo del contratista divertía, pero no entusiasmaba.

—No creo —contestó el Catapás—. Tú, Martingo —y se dirigió a un obrero—, ¿hay otra cueva por aquí?

El obrero dijo:

—No; hay otra en la orilla de enfrente, debajo de esa torre medio derruida, que creo que llaman de Santa Bárbara.

—Es una cueva donde antes se hacía contrabando, por lo que he oído —indicó Bordagain.

—Puede que antes se hiciera; pero me parece muy difícil abordarla de noche. Solo con muy buen tiempo se podría hacer ahí un alijo —replicó el obrero.

Bordagain y Armendáriz, que comprobaron que los trabajadores aquellos no sabían más que lo que habían dicho, volvieron a embarcar y se dirigieron en la balandra a la salida de la ría, hacia el islote de Lúzaró.

En la derecha del río había un promontorio negruzco con sus arrecifes batidos constantemente por el mar. En el promontorio, ya en la punta, se levantaba una ermita. Respaldado en este monte estaba Elguea y el barrio de San Telmo. La orilla izquierda terminaba en un monte, Santa Bárbara, que tenía también restos de una torre tosca de piedra, que algunos decían que había sido atalaya de balleneros y otros un fortín en tiempo de guerra. Se aseguraba que en las proximidades se encontraban huesos de persona; pero no era raro que esto sucediera si había sido la torre habitada en tiempo de guerra, porque allí mismo enterrarían a los muertos.

Entre las dos puntas de la ría, antes de su desembocadura, había una pequeña isla con árboles, que en la baja marea quedaba en seco, sostenida como en un plato por un reborde de rocas.

Las dos orillas, al acercarse al mar, concluían en peñascos negros, en donde las olas chocaban rompiéndose entre las rocas oscuras y verdosas con sus espumas blancas. Había una pequeña ensenada de arena entre dos puntas, y Bordagain, que era hábil piloto, entró con la balandra en ella, encalló suavemente en el arenal y después sujetó el ancla en unas peñas. Estaba bajando la marea.

Se quedaron un momento contemplando la escenografía dramática del sol entre las nubes. Luego subieron por una cuesta.

En lo alto del monte de Santa Bárbara había una torre ruinosa, un muro con un arco, una escalera y una garita en la esquina como colgada en el aire.

—¡Qué bien hecha está esa garita! —dijo Armendáriz.

—Sí; es verdad; tiene un aire noble.



—Y esto lo haría un cantero de aquí.

—Seguramente.

—¿Y por qué no lo hace ahora? La piedra es la misma, el hombre es parecido, y, sin embargo...

—Usted tendrá su idea cuando señala la extrañeza del hecho.

—Sí; yo creo que las razas tienen una capacidad para llegar a un grado de civilización y dar un fruto especial, y probablemente no pueden pasar de él. Los judíos llegaron a la religión y a la poesía; los griegos a la filosofía, a la ciencia y a la escultura; los italianos y españoles a la pintura y a la literatura; los alemanes a la metafísica y a la música. Los ingleses y los franceses son los más completos; quizá en cada cosa se destacan menos que los otros, aunque Inglaterra tiene un Shakespeare y un Newton y Francia un Molière, pero en conjunto son los más completos.

—Está bien la idea. Puede que sea cierta. ¿Y los vascos, a qué hemos llegado?

—Hemos llegado a la aventura sin el comentario. Ya es algo.

Desde el alto, la ría parecía un paisaje de Patinir. El islote de Lúzaro en medio del mar cerraba en parte el horizonte con sus flancos negruzcos y la parte alta, de un verde claro, servía de telón de fondo. Había otros peñascos cerca de Elguea, pero menos característicos.

En el monte se notaban algunas explanadas, sin duda de baterías en ruinas. Entre las hierbas, alguna poterna rota mostraba sus paredes bien construidas.

Los caminos y las sendas se veían llenos de ortigas, de helechos, de aliagas, que eran como arbustos grandes y llenos de flores amarillas.

Un pozo ya cegado, quizá una antigua cisterna, con un brocal de piedra, todavía tenía en el fondo un reflejo de agua misteriosa.

En algunas partes los acantilados, al terminar en el mar, estaban formados por lajas de piedra paralelas, como las páginas de un libro, y estas láminas pizarrosas y negruzcas, en unas partes se habían deshecho en guijarros que quedaban a sus pies y en otras se sostenían como paredes altas y lisas. Parecía que el terreno se hundía en el mar resbalando por aquellos taludes casi verticales de la costa. De los huecos, de las grietas, de los peñascos salían las gaviotas y se las veía levantar el vuelo juntas y pasar por el aire y seguirse unas a otras.

La Peña resistía los embates furiosos de las olas con su pared lisa de roca y las gaviotas de lejos parecían un torbellino de copos de nieve.

El islote de Lúzaro que cerraba la entrada del río tomaba un aire de fortaleza fantástica, defendida por sus grandes paredones de rocas.

La playa brillaba al sol con sus bancales de arena dorados y sus piedras negras.

—¿Y este islote? —dijo Bordagain—. A mí me han hablado algo hace poco de este islote. Parece que es muy difícil subir a él porque las piedras de los contornos están a pico y son muy resbaladizas. También me han dicho que en la cumbre hay las ruinas de un convento.

—Sí, hombre, sí; es verdad; hay una leyenda sobre ese peñasco un poco mixtificada por los vascófilos.

—¿Y cuál es?

—Se dice que en ese peñón había un convento a principios del siglo XVI. Un fraile joven tenía una amante en un pueblo próximo de la costa, y como la isla no está separada de tierra más que por un trozo de mar, pasaba a nado todas las noches. Para indicarle el sitio adonde debía de dirigirse para tomar tierra y la hora de la cita, la dama le daba la señal desde su ventana levantando una antorcha brillante. Una noche el diablo sustituyó a la dama, puso la antorcha en un lugar muy alejado de la costa y lleno de arrecifes y el fraile nadó en aquella dirección y murió ahogado y destrozado por las rocas. La fábula es muy parecida a la de Hero y Leandro, y si no está inspirada en ella puede ser que las dos tengan el mismo origen. También hablan por aquí de una mujer misteriosa, muy rica, muy rubia y muy guapa, que tenía un pie como de pato y que venía montada en un caballo blanco y a veces en un carnero.

—¿Y quién era?

—Pues un ser fantástico, una lamia o una bruja que creían que llegaba de la peña de Amboto.

—¿Y eso, qué tiene de real?

—Nada. Es una superstición como otra cualquiera. Lo que no he comprendido bien es lo que me ha contado después una vieja, de que un señor importante de un pueblo de estos, cuando mataba una vaca o una oveja, mandaba que las entrañas las dejaran sobre una roca, porque si no alguien podía hacer daño a la gente de la casa. No me ha explicado quién es el que podía hacer daño.

—Seguramente, algún comedor de tripas —dijo Bordagain.

—A la moda de Caen —añadió Armendáriz.

La parte de la costa de grandes bloques de piedra hacía pensar que allá, en algún tiempo, hubo un monte que se deshizo, no se sabe por qué causa.

Bordagain y Armendáriz se sentaron en la hierba y contemplaron unas veces el mar y otras la ría.

En esta se desarrollaba una escena de la que al principio no comprendieron la causa. Un barco pequeño con su vela se detuvo cerca de un bancal, bajaron seis o siete hombres y fueron en fila por la arena hasta una casa de la playa. Salieron poco después y volvieron por el mismo camino.

—¿Qué hacen? —preguntó Bordagain.

—Llevan una vaca —dijo Armendáriz—. Parece que la quieren pasar a la otra orilla en su balandro.

Los hombres entraron en el barco. Luego se vio que la lancha navegaba y que detrás iba la vaca flotando, y atada sin duda por los cuernos con una soga. Volvieron

los hombres al punto de partida, salió la vaca del agua y siguieron marchando por tierra.

El mar azul verdoso se veía lleno de rocas negras festoneadas por espumas blancas. A lo lejos aparecía brillante y oscuro, lleno de espumas, que daban la impresión de un rebaño de tritones.

La laguna pasajera que se veía al bajar la marea en la desembocadura, en medio de arenales, iba aumentando de tamaño y reflejaba los resplandores del sol poniente.

La campana de una iglesia sonaba a lo lejos.

—Bueno, no nos durmamos aquí —dijo Bordagain.

—Vamos donde a usted le parezca.

Se levantaron; vieron a un chico que andaba por las rocas cogiendo chirilas y le llamaron para que les acompañase a la cueva.

«Sí; ya les acompañaré. La cueva está cerca.»

Efectivamente, estaba a cincuenta o sesenta pasos. La boca era estrecha. A poca distancia de la entrada se ensanchaba en un plazoleta y luego se dividía en corredores, que estaban obturados por montones de piedras.

Según dijo el chico, algunos curiosos que habían pasado al interior quedaban convencidos de que la cueva no tenía profundidad. No había tal; la cueva continuaba y tenía otra entrada por la ladera del monte, disimulada entre rocas y zarzas. Algunos llamaban a esta cueva. Cueva del Pastor, y otros Boquete del Perro. Según se aseguraba, hubo allí épocas en que estaban escondidos fardos de mercancías de todas clases y, sobre todo, de tabaco.

Después de reconocer la cueva se sentaron a merendar en el camino. Se encontraban encima de la pequeña playa en la que habían dejado su balandra. Había en el arenal esas estrías paralelas que a veces se forman en las playas.

—¿De qué procede eso? —preguntó Armendáriz.

—No lo sé —contestó Bordagain—. Solo sé que los ingleses las llaman *ripple-marks*.

La marea estaba subiendo, pero no había llegado donde se hallaba encallada la barca. En el horizonte, los rebaños movibles de las nubes blancas se apelotonaban en el cielo.

—Este movimiento rítmico del mar —dijo Armendáriz— parece que va a dar una lección y sacar de él una consecuencia, y como no se saca ninguna llega a exasperar.

—No hay que mirar al mar con demasiada severidad —dijo en broma Bordagain.

Las olas comenzaron a apoderarse de los arenales del estuario. En algunos puntos de la costa revolvían las piedras y las lanzaban sobre los acantilados.

Hacia tierra, en el interior, se veían los montes nebulosos.

—Quedémonos aquí hasta que se acerque la marea, porque ahí en el arenal hará ahora calor —dijo Bordagain.

—Donde usted quiera.

Armendáriz veía con cierta extrañeza que hubiera tanta vegetación en el acantilado. Brotaban los tomillos, las aliagas, los cardos y digitales con exuberancia y algunas plantas tenían flores brillantes; los árboles estaban llenos de líquenes y de musgos; algunos pinos se veían plagados de orugas.

—No creía que existiera esta fertilidad y esta vitalidad cerca del mar —dijo Armendáriz.

—Sí la hay, sin duda, en estas partes no azotadas por el viento.

Eran muy fuertes y distintos los olores de las plantas. Algunas tenían un olor balsámico, otras un tufo desagradable y algunas higueras pequeñas, despedían un olor que parecía más animal que vegetal.

Esta flora rica producía cierta sorpresa en Armendáriz, que había tenido veleidades de botánico. Citó algunos nombres científicos de plantas y habló de crucíferas y labiadas.

—No me diga usted nombres científicos, porque yo empezaré a hablarle a usted en términos de marinería y se aburrirá usted —dijo Bordagain.

—Tiene usted razón.

—La marea tardará todavía media hora en llegar adonde está nuestro barco —dijo Bordagain—. ¿Usted tiene prisa, Armendáriz?

—Yo, ninguna.

—Pues entonces esperaremos. La tarde está espléndida.

—Magnífica.

—Y ustedes, ¿cómo le llaman a este mar? —preguntó el marino.

—¿Al golfo del Atlántico?

—Sí.

—Ahora, lo más frecuente en español es llamarle el Cantábrico; los franceses le llaman también Golfo de Gascuña y los ingleses Bahía de Vizcaya. Los antiguos le decían el Océano y en cierto tiempo *Aquitanicus Sinus*, o ‘Seno de Aquitania’.

—¿Pero cuál es el verdadero nombre?

—¿Pero usted cree que las cosas tienen verdadero nombre?

—Yo, sí.

—Es usted un optimista.

Pasaron algún tiempo en silencio.

—Una de las cosas que no comprendo es cómo subsisten en medio del mar, que no está ahora completamente tranquilo, esos senderos de espuma sin deshacerse —indicó Armendáriz.

—Si yo tampoco lo comprendo. Pero es que parece que el agua de las olas se agita pero no se desplaza; pero, en fin, no lo sé.

El tiempo se les pasó muy de prisa. Las olas aparecían tan pronto verdes como azules. El capitán consideró que ya era el momento de bajar a la pequeña playa.

—¿Tendremos buen tiempo para la vuelta? —preguntó Armendáriz.

—Sí.

—¿Y esas nubes?

—Esas nubes deshilachadas y claras, que la gente de la costa llama telarañas, no tienen importancia.

—Entonces, ¿vamos?

—Vamos.

Bajaron a la playa. El globo del sol iba incendiando el horizonte y llenando las olas de brillos luminosos. Empujaron los dos hombres y el chico la balandra hacia el mar y se alejaron hacia Elguea.

Poco después de salir les persiguió la niebla, que parecía iba tras de la balandra; pronto se acercaron a Elguea y entraron en el puerto.

LA RÍA DE ELGUEA era una corriente de agua que cortaba una sucesión de valles, todos diferentes, algunos casi idílicos, otros más foscos y al último tomaba aire de estuario ancho y decorativo.

En su curso pasaba por orillas peladas, por otras con maizales y con árboles, formaba islitas pequeñas, dejaba arenales y bordeaba rocas.

En primavera, el mar y la orilla tenían cambio de decoración, tan pronto alegres, reflejando el cielo claro, como tristes, oscuras y sombrías. En la desembocadura, olas verdes se llenaban de crestas blancas. El mar parecía poblado de tritones fabulosos. A veces, si no tritones verdaderos, aparecían auténticos delfines, lo que era, según los técnicos, señal de tormenta. Las gaviotas cruzaban el aire suavemente y jugueteaban con las olas. En el campo y la ría eran más atractivos que el verano y el invierno los días de primavera, con una lluvia menuda, con tiempo fresco y sin viento; los árboles ostentaban su follaje brillante, los prados en los montes tenían un verde claro, los helechos brotaban y a veces en la orilla las rosas nacían entre los peñascos cubiertos de algas.

En verano, el mar se presentaba azul, con espumas de una blancura radiante, y en la marea baja, los peñascos que quedaban al descubierto parecían un rebaño de monstruos negros y amenazadores.

Al anoecer, ya todos estos pedruscos adquirían siluetas de fantasmas, y reunidos, tomaban aire de formar parte de conciliábulos misteriosos.

En los días de viento Sur, el mar parecía un cristal verde oscuro y todas las puntas y las rocas se destacaban a lo lejos sobre la superficie del agua con un tono negruzco.

A veces las ráfagas de viento fuerte contrastaban con la inmovilidad del mar y de las nubes.

En otoño, interrumpiendo los días de viento Sur, en los cuales la atmósfera parecía tensa, corrían las nubes sombrías y pesadas por debajo del cielo gris, y en el campo los humos quedaban pegados al suelo y tardaban en disolverse en el aire.

En algunas mareas bajas de primavera y, sobre todo, de otoño, el estuario se convertía en un estanque de arenales amarillos salpicados de piedras negras y musgosas, por donde iba cruzando el río como un arroyuelo insignificante.

Quedaban canales medio pantanosos de agua estancada, en donde se pudrían las plantas. Los caracoles y las babosas y las moscas se agrupaban allí y había un olor pestilente.

El mar parecía colaborar en la putrefacción y se mostraba inmóvil con un color de pizarra.



ARMENDÁRIZ QUERÍA CONOCER con algún detalle la vida del viejo marino que había vivido en Urtoqui en la Peña del Anzuelo.

Aquel rincón del río, con su peña y su casita, debía parecer en su tiempo el refugio de un ermitaño como los que se ven en los cuadros del Bosco y de los primitivos.

Al llegar al final del verano, la época de las vacaciones, Armendáriz marchó a Elguea, en donde se celebraban fiestas, con la idea de quedarse allí una semana.

Era Elguea un pueblo con calles en cuesta y con escaleras, en donde las piedras mostraban una gran propensión a ponerse enseguida negras y a salir en sus juntas una vegetación parásita.

El puerto, en la orilla de la ría fangosa, tenía un muelle en donde había lanchas de pescadores.

A veces llegaba algún barco, algún quechemarín de mayor tonelaje, que parecía un gigante entre enanos. En la marea baja daba la impresión de encontrarse molesto en el fango, como un pez en poca agua. La orilla del río semejaba un cementerio de cosas viejas y desmanteladas. Allí siempre se veían, entre cascotes y montones de tierra removida, esqueletos y costillas de barcas y trozos de hierro y de ruedas.

En el muelle había almacenes adosados al peñón que dominaba el pueblo, contruidos con tablas negras, con el tejado grande y casi plano y unas ventanas de cristales pequeños. Cerca había también talleres de reparación, que decían *sotuac*, con una palabra vasca de origen latino.

Sobre los muelles, las mujeres componían las redes rojizas sentadas en el suelo, trabajando con una doble horquilla de palo (la lanzadera) y un cilindro para medir el ancho de las mallas. Las pescadoras hablaban a gritos.

Según un capitán de barco. Elguea no tenía más jardín que el del palacio; pero todas las casas tenían una propensión a la verdura tan extraordinaria, que si lo hubieran dejado tranquilo al pueblo, en veinte o treinta años las calles, las paredes y los tejados hubieran sido todo un jardín.

Esto no hubiera estado mal; lo malo hubiese sido que el olor de las flores hubiera quedado dominado por el del aceite y el de la sardina frita.

Elguea tenía un puente viejo y negro sobre la ría amarillenta y sucia, y unas calles húmedas con casas leprosas, en cuyos pisos bajos se abrían tiendecillas lóbregas, tabernas, traperías y algún pequeño almacén de prendas de marinero y de aparatos de navegación y de pesca, como cañas, anzuelos, impermeables encerados, fanales de barco y otros objetos.

En el fondo de aquellos rincones había siempre discutiendo, y muchas veces riñendo, pescadores y marineros.



Estas casas del pueblo, viejas y desniveladas, con sus escaleras con los peldaños desgastados y sus balcones corridos, aparecían leprosas y ennegrecidas por el humo y el aire del mar. En estos balcones colgaban camisas, pantalones, elásticas e impermeables.

El puerto, en la bajamar quedaba con muy poca agua. En las mareas altas y fuertes del equinoccio el agua parecía en ocasiones rebasar el malecón y en las bajas quedaba el muelle en seco y las barcas sostenidas en el fango.

Las redes para anchoa y sardina solían estar extendidas días enteros.

Elguea tenía la calle con su paseo próximo al mar con las casas principales y el palacio con su parque, el barrio del puerto dentro de una vieja muralla y algunas casuchas que escalaban el monte.

El muelle con su puerto y el paseo que daba al mar separaba, sobre todo en verano, a los pescadores de los pocos marinos de altura retirados que quedaban en el pueblo.

Los pescadores preferían el muelle y permanecían allí a pie firme viendo las barcas que entraban y salían. Los marinos de altura viejos, a poco buen tiempo que hiciera, se sentaban en uno o dos bancos del paseo, juntos, apretados, y estaban horas sin hablar o hablando siempre de lo mismo, de las mareas, de la luna, de los barcos en donde navegaron y de los capitanes y pilotos que conocieron. Estos viejos trataban siempre con gran respeto a los jóvenes marinos que eran ya oficiales y que volvían a descansar a sus casas. Les quedaba un sentimiento de categoría que no tenían los pescadores, que hablaban de tú y dirigían bromas a los patronos y a las pescaderas con sus faldas recogidas, su pañuelo en la cabeza y sus medias de lana azul.

ARMENDÁRIZ FUE A ELGUEA en la diligencia a parar a la fonda de la Marina, comió y después salió al paseo. Había poca animación. Algunos marinos viejos estaban sentados en los bancos.

En la plaza había un tiovivo con un organillo chillón. Armendáriz se sentó en un banco y se puso a hablar con un viejo que contemplaba el girar de los caballitos del aparato giratorio. Armendáriz preguntó al viejo si había en el pueblo antiguos marinos de altura. El pescador le contestó que quedaban algunos capitanes, que se reunían en la taberna de los Dos Pilotos.

Fue nuestro doctor a la taberna de los Dos Pilotos, que al parecer era la antigua del Telescopio.

La taberna tenía una portada pequeña y verde de color desteñido, encima un balcón y en el barandado de este un loro de colores brillantes atado con una cadena. Parecía que quería demostrar con el esplendor del verde de sus plumas la miseria del color de la portada de la taberna.

El loro se paseaba por el balcón dedicándose al monólogo.

Armendáriz entró en la taberna, pidió un bock de cerveza y preguntó al dueño si había oído hablar algo de un marino viejo que vivió en una casa que estaba en la desembocadura del río en la Peña del Anzuelo o de los Ahorcados.

—Sí; a mi abuelo le he oído hablar de eso —le contestó el dueño.

—Naturalmente, sin detalles.

—Sí. ¿Sabe usted quién es el que sabe algunas cosas de aquel hombre?

—¿Quién?

—El sepulturero del pueblo, a quien llaman de apodo *Chiqui Erdi*.

—¿Dónde se le ve?

—Aquí suele venir con frecuencia.

—Me gustaría hablar con él.

—Pues nada, si usted quiere yo le avisaré.

—¿Querrá hablar?

—Sí; Chiqui Erdi es un hombre listo y que tiene muy buena memoria. Si le convida usted a una merienda, a un guisado, a una *sallcha*, como dicen aquí, le cuenta a usted todo lo que sepa.

—Bueno, pues un día le avisa y le dice usted lo que yo quiero saber, y si no tiene inconveniente en contarlo, usted nos cita a él y a mí aquí y comemos juntos.

Al salir de la taberna, Armendáriz se encontró con el capitán Bordagain, le contó lo que había hecho y que pensaba quedarse unos días.

—¿Usted vendrá a comer también a la taberna, Bordagain?

—No sé si querrá mi mujer —contestó el capitán en broma.

—Ya sabrá usted engañarla.

—Ya veremos. Como en esa taberna hay una chica guapa, la Iñashi, que parece que está sorbiendo el seso a todos los parroquianos...

—¿Pero para qué ha estudiado usted el arte de navegar?

Bordagain se echó a reír y dijo:

—Bueno, ya veremos.

Armendáriz, después de comer, fue a tomar café a los Dos Pilotos y le dijo al patrón:

—Un día de estos vendremos a comer el capitán Bordagain, Chiqui Erdi y yo. Si usted quiere come con nosotros.

—No; yo, no; tengo que hacer a esa hora; pero le animaré a Chiqui Erdi para que cuente lo que sepa.

—Bueno, muy bien.

—Él dirá todo lo que sepa si se le da el alcohol que necesite, que será bastante.

—¿Es aficionado?

—Más que un niño al biberón.

—Bueno, pues entonces hasta mañana. Mi nombre es Armendáriz.

—Ya lo sé.

—Y vivo en la fonda de la Marina.

—Ya lo sé también.

—Pues entonces, nada más. Me avisa usted el día de la comida.

—Se le avisará.

DOS O TRES DÍAS DESPUÉS se le avisó al doctor. Cuando Armendáriz se acercó a la taberna, ya estaba a la puerta Chiqui Erdi. Chiqui Erdi era hombre flaco, de unos setenta años, pelo blanco, gran nariz roja, ojos claros, de garduña, con expresión entre maliciosa y desconfiada.

Iba un tanto harapiento y con una boina roja descolorida.

Chiqui Erdi quiere decir en vascuence ‘Medio Chiquito’, o sea, reducido al sistema métrico decimal, un octavo de litro. Naturalmente, de vino. Esto no quería decir ni mucho menos que Chiqui Erdi se contentara, tratándose del zumo de uva, con una dosis tan escasa y tan ridícula; pero cuando no podía tomar más se resignaba a ello.

Había sido en la guerra *chapelgorri*, del cuerpo de los voluntarios liberales. De estos *chapelgorris* se cantaba una canción popular, que decía:

*Azpeitico nescachac*  
*Arrasoyarequin*  
*eztute nai danzatu*  
*chapelgorri yaquin.*  
*Ay, ay, mutilla*  
*chapela gorriya.*

(Las muchachas de Azpeita, con mucha razón, no quieren bailar con los *chapelgorris*. Ay, ay, muchacho, la boina roja.)

Chiqui Erdi era el enterrador del pueblo. Aseguraba que además de enterrar tenía otro oficio secreto, del cual no existía ni taller, ni aun idea en el pueblo. En una aldea de pescadores era tejedor y en donde no había ganado era veterinario. Su desgracia era esta: marinero en pueblo de labranza, agricultor en zonas marineras, cantero donde no había piedra, etc., etc.

A veces, Chiqui Erdi tenía gracia y algunos le convidaban los domingos a una copa o dos, para oírle, lo que no se hacía con mucha gente.

Poco después de llegar Armendáriz apareció en los Dos Pilotos el capitán Bordagain.

Se sentaron los tres a la mesa.

—¿Qué tomaremos como aperitivo? —preguntó Armendáriz—. ¿Un poco de vino? ¿Un poco de sidra?

—No, no —dijo Chiqui Erdi—. Sidra mala para viejo. Eso no es bebida. Mejor, vino.

—Bueno; venga vino.

Chiqui Erdi se bebió casi toda la botella. Se trajo la comida, que fue muy buena. Chiqui comía como un sabañón, rebañando el plato y empapando el pan en las salsas. Cuando terminó con los postres, tomó café, se dedicó al aguardiente y después sacó una pipa corta y dijo con gran satisfacción:

—*Oraiñ erré* (‘ahora, a quemar’), como decía Pachi Bretaña.

—A eso vamos —indicó Armendáriz—. Me han dicho que usted debe saber algo de la historia del hombre que vivió en la Peña del Anzuelo.

—¿Y quién se lo ha dicho?

—Él patrón de los Dos Pilotos.

—Está bien. Ya contaré lo que sé de Bretaña.

—Empiece usted cuando quiera.

Chiqui Erdi contó todo lo que sabía del marino que había vivido en la Peña de los Ahorcados.

Naturalmente, en su relato no había orden y además se repetía demasiado.

Habló primero de la cómica rivalidad entre Padura Berri y Padura Zarra, que uno de los poblados quería ser de Elguea y el otro consideraba esto como una ofensa horrible a su dignidad.

Chiqui Erdi contó su infancia. Su padre, por lo que dijo, era un viejo marino tuerto que usaba coleta. Había estado en la batalla de Trafalgar con Churruca y había sido su ordenanza. Cuando hablaba de su general el marino de Motrico se le humedecía el único ojo que tenía. A su padre le habían dado una pensión en el pueblo, que unida a su retiro hacía que pudiera vivir.

Mi madre —siguió Chiqui— era de una aldea próxima y no quería que mis hermanos y yo fuéramos marinos. Le tenía mucho odio al mar.

A mí entonces me hubiera gustado entrar en un barco, pero mi madre no quería y me metió de mozo en una panadería a repartir el pan en un carrito. Por esto le conocí a Pachi Bretaña, porque le dejaba el pan en un caserío de Padura Berri, y además porque era amigo de mi padre.

Yo tenía curiosidad por él. Si se preguntaba por el viejo de la casa de la Peña, todo el mundo se reía. Sin duda le consideraban como un tipo raro y risible.

—Yo no creo que valga gran cosa la opinión de todo el mundo —añadió Chiqui—. El día que le conocí a Pachi hará ya más de cuarenta años, quizá más de cincuenta.

Padura Berri eran unas cuantas casas oscuras, ocho o nueve, esparcidas cerca de la carretera entre un grupo de castaños y de robles; pero entre Padura Berri y la carretera estaba todo el terreno encharcado y no había manera de cruzarlo.

Un contrabandista del pueblo —siguió diciendo Chiqui Erdi—, a quien llamaban Martín *Beltza*, o sea Martín ‘el Negro’, porque era moreno, me envió por la tarde a darle un recado urgente al viejo de la Peña. Era un día de primavera, el cielo estaba oscuro y hacía un tiempo pesado. Como me pareció que la tarde barruntaba tormenta, tomé un paraguas antiguo de casa, un aparato de tela gruesa, que parecía un gran

salchichón atado por dos o tres partes. Me eché a andar. ¡Hala, hala! Al principio creí que la tormenta pasaría; pero, amigo, un cuarto de hora o cosa así antes de llegar a Padura Berri, el cielo se puso ya oscuro del todo y empezó a llover y a soplar un viento terrible. Yo abrí el paraguas y quise luchar con la lluvia. La lucha era imposible. Con la cabeza baja iba embistiendo como un toro contra las ráfagas de viento; pero el viento no me dejaba en paz, me atacaba por la derecha y por la izquierda, por arriba y por abajo, y al último volvió al revés la tela del paraguas y me lo dejó de tal manera que no servía para nada. En vista de ello lo abandoné a su suerte y seguí adelante, protegiéndome en los árboles, en las hondonadas y en las rocas.

Después comenzaron los relámpagos y el granizo, unos granizos mayores que huevos. Rompían las ramas de los árboles. Yo pensaba: «Si me dan en la cabeza me matan.»

El cielo estaba cada vez más oscuro. Me acercaba a los árboles gruesos y me ponía al socaire de los troncos; pero luego pensaba: «¿Y si cae aquí algún rayo?» Temblaba de miedo. Toda la carretera se veía llena de ramas rotas y de grandes charcos; los arroyos venían como torrentes.

No había casa por el camino, y yo me decía: «Ya vamos a buscar a Pachi.»

Llegué como pude hasta el caminito que iba a la Peña y lo pasé corriendo en un instante en que no soplabo mucho el aire. Al llegar a la explanada, la espuma de las olas saltó por encima de la casa y me mojó a mí de arriba abajo.

Llamé desesperadamente y tardaron en abrirme. Al último me abrieron y me dejaron pasar. Iba como un perro de aguas, hecho una sopa.

Entonces Pachi Bretaña me dijo que me quitara la ropa y me llevó delante de la chimenea. Después me dio un vaso de whisky.

—Aj, cosa *bueno* —exclamó Chiqui Erdi.

Luego me dieron de cenar y pude dormir en el desván.

Al día siguiente había sol, pero el mar parecía que hervía, blanco y verde, y las gaviotas chillaban más que nunca.

Salí de la Peña a la hora en que volvía el coche de Perico, el panadero, y en el camino pude recoger mi paraguas, que se había quedado sujeto en unas zarzas. Después volví muchas veces a casa de Pachi a darle recados del patrón y él me trataba como a un amigo.

TRAS DE LA DESCRIPCIÓN de la tormenta, que la recordaba Chiqui Erdi como un acontecimiento importante de su vida, siguió su relato sin ilación completa, con poco orden cronológico, saltando de un asunto a otro. Cuando comenzó a hablar de los viajes de Pachi, llamaba a Groenlandia, *Groenlanda*, confundía Irlanda con Islandia y hacía una porción de pifias, naturales en un hombre sin la menor cultura.

—Usted cuente sobre todo lo que vio —le dijo Armendáriz.

—Es que no sé expresarme bien en castellano; las palabras me faltan.

—Hable usted cuanto quiera en vascuence. Le entendemos.

—Bueno, bueno. Así lo haré.

Armendáriz dice, y con razón, que le fue imposible transcribir, ni siquiera aproximadamente, la forma que empleaba Chiqui para expresarse, pues en parte utilizaba el vascuence, en parte un castellano tan primario que no había manera de imitarlo.

—El camino del puerto de Elguea a Recalde —siguió diciendo el narrador— era bastante triste, con algunas cruces y piedras en conmemoración de muertes hechas durante la guerra de la Independencia. El caserío de Padura Berri con sus maizales se hallaba en un terreno pantanoso, defendido del viento por una colina verde, y daba maíces muy altos y muy grandes.

La casa de Pachi Bretaña estaba en la Roca de Amuaitz, defendida del viento del mar por la parte alta de esta, a cuyos pies se veían peñas donde se rompían las olas. Algunos llamaban a la casita Urtoqui (‘al lado del agua’), que lo mismo se podía referir al sitio que a la vivienda.

Por el Norte y el Oeste se encontraba defendida por la pared del Peñón; por las demás partes estaba al descubierto.

El viento del noroeste daba allí con mucha furia. Con la marea alta la plataforma de la Peña quedaba casi a ras del agua.

Cerca había canales llenos de barro negro maloliente. Estos canales estaban señalados por filas de estacas metidas en el suelo pintadas de alquitrán.

En una parte de la escombrera había una empalizada que llamaban *Espaldeguy* (‘la estacada’) y una covacha construida con piedras, a la que decían *Icatzulo* (o ‘agujero del carbón’).

La casa era de paredes espesas. A la entrada tenía una ventana en el piso bajo y en el primero otras dos. Hacia el río un balcón bien atrancado en invierno, que se abría de par en par en verano. Por el lado del peñón no tenía ningún hueco.

En la casa había pocos muebles.

Según algunos, durante un tiempo estuvo a la entrada de la ría una goleta holandesa, *La Esperanza*, abandonada, y Pachi pudo desvalijarla sistemáticamente y se llevó de ella todo lo que pudo: cuerdas, telas, pedazos de cobre, de plomo y de madera y dos o tres muebles curiosos.

En el interior de Urtoqui había cosas que no las había comprado seguramente Pachi Bretaña: una caja de té chino muy adornada de laca con pinturas, un sillón y un escritorio de caoba lleno por dentro de cajones.

«¿Para qué quería aquello Bretaña, si apenas sabía escribir? —se preguntó Chiqui Erdi—. Algo más que yo sabría, pero no mucho más.»

Otra cosa que seguramente la había cogido de algún lado era un modelo de barco de madera muy bonito, con cañones de marfil y velas de tela amarilla. Este modelo lo tenía colgado del techo en el cuarto principal de la casa, que era comedor y cocina.



EN 1830 VIVÍAN TRES PERSONAS en Urtoqui: Francisco Bildosteguy, apodado Pachi Bretaña; su hija Erica, y un mozo de unos dieciséis años, llamado en la casa Manish y también *Cathúa*. Les acompañaba un perro, *Cashcarin*.

Pachi tenía entonces más de setenta años. Era rojo, pesado. La hija Erica Bildosteguy, por su figura y por su nombre hubiera podido ser una gran señora. Era rubia, muy esbelta y muy fuerte, de un carácter imperioso. Tenía cierto aire duro y seco, en su andar y en sus ademanes. Era muy inclinada a la burla.

El peñón, por la parte de la casa estaba alisado y Pachi lo había dispuesto para jugar a la pelota, pintándole una raya con pintura negra. Erica y Manish solían jugar todos los días de fiesta mano a mano.

En la pared de la roca cortada a pico había habido antiguamente una cueva y dentro de ella un almacén o un polvorín. Era este bastante espacioso y Pachi hizo que los obreros lo socavaran más y le puso una puerta forrada de hierro que se cerraba con un cerrojo con su llave. En la cueva guardaba barricas, redes, corchos, palangres, cestas, algunos faroles y cuerdas. El almacén era muy útil para la casa de la Peña y hacía que esta pudiera estar desahogada.

El techo de la casa era de piedras recubiertas de asfalto con las juntas de plomo y hacia la roca salía un tubo de la chimenea, también recubierto de plomo. Con este techado no había goteras ni aun con los mayores chaparrones.

En el piso bajo, en la cocina, había una chimenea de campana, mesa fuerte y sillas de madera, herradas y dos arcas y unos estantes. En el piso primero tres alcobas y en el último un pequeño desván. En la explanada de la roca, Pachi trabajaba mucho; componía redes, hacía botrinos y escogía los anzuelos.

En la parte más defendida del viento del norte y del nordeste, al socaire de la Peña, solía tener bien amarradas dos barcas.

Pachi era un poco raro y un poco loco. Los que le conocían tenían mala opinión de él. Su aislamiento quizá producía antipatía.

Él, por su parte, estaba convencido de que la gente era muy mala y lo decía a cada paso.

Bretaña debía de estar en combinación con un aduanero de Elguea para hacer contrabando. Tenía cómplices, el del caserío de Portúa y el panadero que llevaba pan a Recalde y un tabernero del barrio de San Telmo.

—¿Me pregunta usted por su tipo? —dijo Chiqui Erdi.

Bretaña era un hombre de cabeza grande, la frente ancha, cejas largas y blancas, nariz gruesa y rojiza, boca de labios finos y expresión de burla. Llevaba patillas que él llamaba de pata de conejo.

Decía, medio en broma medio en serio, que no ha habido muchos lobos de mar como él.

Bretaña era alto, grueso y ancho, los ojos claros, pequeños y brillantes, hundidos en las órbitas, el pelo largo y canoso. Tenía las cejas espesas, las manos grandes y fuertes.

Vestía los días de labor elástica azul, viejo pantalón remendado de lienzo grueso, gorro de lana rojo, que en vasco llamaban *chano*, y botas grandes y fuertes, de marino. En los tiempos muy fríos se ponía un gabán de piel, una gorra, una bufanda y guantes de lana y entonces podía pasar por el Cazador que según un cuento del país se convirtió en oso.

Los días de fiesta se acercaba al pueblo bien afeitado, con camisa azul, una chaqueta nueva al hombro y un sombrero de hule con dos cintas que le caían por detrás. Los días de lluvia andaba con un viejo impermeable que olía a aceite y a pescado frito y un sueste en la cabeza.

Pachi tenía en los dos brazos unos tatuajes azules de los que estaba muy orgulloso, que representaban unos barcos, un corazón atravesado con un puñal y una mujer desnuda. A su hija le parecían muy mal aquellos dibujos, pero él estaba muy orgulloso de tenerlos. Algunos decían que había llevado un anillo en la oreja, pero él aseguraba que no era verdad, que no había llevado nunca anillos en las orejas.

Erica era una buena moza, rubia y guapa. Andaba con un corpiño viejo y la falda hasta media pierna.

El viejo estaba muy contento con su casa. Le parecía una verdadera maravilla.

Cada vez se mostraba más entusiasmado con ella y con su solidez. La atalaya tenía las paredes de más de un metro de gruesas, abajo un vestíbulo y una cocina espaciosa, con una ventana y una chimenea grande. Del vestíbulo partía la escalera que subía a un piso con tres cuartos y encima había un desván. El piso primero estaba dividido en tres alcobas, la de Pachi, la de Erica y la de Manish. La de Pachi, como un camarote, con su cofre de marino, el impermeable y el sueste, que olían a pescado y aceite de linaza. En el desván, que era pequeño y bajo, se guardaba leña, patatas y simientes.

La escalera estrecha subía al primer piso y luego al desván.

En la cocina había cuatro sillas de paja y un sillón de madera con un cojín de cuero donde se sentaba el amo.

El balcón estaba cerrado herméticamente durante el invierno, y con las rendijas tapadas con alquitrán. Cuando llegaba el buen tiempo, Pachi le adosaba una escalera exterior para bajar al río y pescaba desde la escalera con caña. Otras veces no hacía más que contemplar el agua.

El ventanillo del segundo piso que daba a la roca era solo para la ventilación.

Bretaña se consideraba no solo el dueño de la casa, sino también de los alrededores, aunque no tenía ningún derecho a ello.

El patrón llamaba a su cuarto el camarote. La cama era al mismo tiempo arca, donde guardaba ropas y papeles. Tenía además un baúl de metal y un cuadro que era una estampa de un barco donde había navegado él.

Pachi tenía siempre un perro. El de entonces se llamaba *Cashcarin* ('Cabeza ligera'). No quería gatos. Los gatos le parecían ladrones y piratas.

La atalaya se decía que tenía un sótano que al parecer comunicaba por una escalera de piedra con el mar o con la orilla ya cegada. Si existía, yo no lo vi nunca.

La huerta de la Peña no valía gran cosa; tenía algunas berzas y remolachas y en la primavera maíces y habas.

El amo había colaborado en el arreglo y en la construcción de la casa. Él había hecho la veleta que representaba un marino antiguo, con casaca y calzón corto y un antejo con el que miraba a derecha e izquierda.

«TODA ESTA CASA ES FUERTE —decía Pachi cuando enseñaba la suya, dando puñetazos en las paredes—, y el mismo mar no puede con esto.»

La plataforma con su cerca, las escaleras para subir a ella, el tejado de losas con plomo por donde no entraba el agua, eran motivo de orgullo. El patrón se sentía contento con su propiedad.

Era una gran satisfacción para él, el asomarse a la cerca de la atalaya —la Batería, le llamaba a la explanada— y mirar cómo bajaba por el río alguna cesta vieja o alguna rama de árbol. Otras veces echaba sus aparejos de pesca y esperaba.

No había muchos árboles cerca, y Pachi recogía los trozos de ramas que llegaban por el río llenos de humedad y los dejaba a secar para el invierno.

En las mareas muy altas, la casa de Pachi, sobre su roca, quedaba rodeada y casi aislada en medio de las olas. El noroeste lanzaba sus ráfagas de viento contra la Peña y el agua llegaba a veces a golpear en la puerta.

Pachi tenía por entonces una lancha muy fina, con su vela, a la que llamaba *Suranguilla* ('La Lagartija') porque se deslizaba con rapidez, y otra barcaza grande, a la que llamaba *Erguela* ('Fatua' o 'Tonta') porque no obedecía bien a la maniobra. Tenía también un chinchorro viejo recompuesto por él.

Cuando iba con la *Suranguilla* llevaba a Manish o a Erica.

Pachi Bretaña hacía contrabando y tenía rincones para guardar los géneros, el uno en su casa, excavado en la roca, donde podía guardar tabaco, puntillas, géneros de bisutería, etc., y el otro la cueva de la otra orilla, que algunos llamaban del Murciélago y otros del Pastor.

Todas las maniobras de Pachi las hacía con mucha cautela. Se trasladaba a la otra orilla antes de amanecer o de noche. Muchas veces tuvo que renunciar a sus proyectos al comprender que alguien le había visto y le podía observar. Era desconfiado como pocos.

Pachi aprovechaba todo cuanto traía el mar, desde las maderas y barricas hasta las algas, que si estaban ya secas, le servían para quemar y echar las cenizas al campo. Las algas las metía en un cobertizo y cuando estaban secas y hacía viento las quemaba y lo que quedaba servía de abono y para lavar la ropa. El olor era un poco desagradable, pero a él, como no tenía apenas olfato, no le importaba.

Cathúa era su segundo de a bordo. Cuando tenía que hacer una carga más importante se entendía con un pescador al que decían *Zangurro*.

Personas de tierra adentro que habían pasado alguna noche en la casa de la Peña, decían que el ruido del mar y del viento no dejaba dormir. Yo, cuando estuve allí, me encontraba tan cansado que no noté si había ruido o no.

Pachi tenía una serie de frases en varios idiomas que le servían para todas las ocasiones. Fumaba en una pipa corta de barro, tabaco de contrabando.

Cathúa, cuando estaba libre, iba con frecuencia a los acantilados de la costa y traía huevos de pájaros.

Cathúa era audaz y trabajador. Era bonito tipo, moreno, esbelto. Se llamaba de nombre Manish. Decían que Pachi le había recogido de la inclusa de aquí del pueblo, que era *sasicume* ('niño echado a las zarzas'). No sé. Cathúa ayudaba en el trabajo a Pachi y tenía cierta admiración por el viejo y por su hija.

Para el patrón todos los motivos eran buenos para hacer un viaje. Si el tiempo era demasiado malo y no podía salir, se pasaba las horas bebiendo y fumando delante del fuego de la chimenea de su casa, chimenea que tenía una capa de hollín de un dedo de grueso, una caldera colgada de una cadena y unos morillos; todo recubierto de la misma capa de hollín. Si no veía, encendía un candil humeante y si no se alumbraba con la llama de la leña.

Cuando tenía hambre sacaba un puchero con habichuelas que siempre había junto al fuego y se comía un plato grande, lo mismo a las seis de la mañana que a las doce de la noche.

PACHI ERA MUY TERCO. De joven se pegaba con cualquiera y cuando alguna vez iba a la taberna y tomaba una copa de vino o de aguardiente, aunque fuera la número doce, decía con cierta gracia cazurra: *bigarrena* ('la segunda') o *azquenecua* ('la última').

Pachi creía que la prudencia era la desconfianza y él desconfiaba de todo. Suponía que había gente que le jugaba malas pasadas, que desgastaban a propósito una maroma suya o le desgarraban las velas de su barco o le quitaban la pintura.

El amigo de Bretaña era mi tío, el alguacil —dijo Chiqui Erdi—, también aficionado al vino y al alcohol, flaco como una momia, siempre contento. No hablaba castellano más que palabras sueltas. La mujer del alguacil, mi tía, con cara de pájaro, se pasaba la vida sonriendo y bebiendo.

Pachi tenía muchas sentencias. Decía *atzerri otzerri*, ('extranjero país de lobo').

Mostraba sus tatuajes del brazo con gran orgullo.

Se había pegado muchas veces con la gente, pero decía que nunca había llevado cuchillo ni navaja.

Cuando hablaba de los barcos en que había viajado y decía que había estado en Groenlandia, en Terranova y en el Canadá, preguntaba: «¿Qué son estos marineros de aquí para mí? Nada».

Al volver a su casa se sentaba al lado del fuego y muchas veces decía: «Arrayúa. ¡Qué casa! Parece un barco. Pocos tendrán una casa así».

Aquel abrigadero le parecía magnífico. Todo ello no valdría mucho, pero él suponía que la gente le envidiaba sus propiedades.

Cuando venían las mareas de otoño y estas coincidían con los temporales y las crecidas del río, entonces los habitantes de la Peña tenían que refugiarse en la cocina. El viento allí zumbaba con rabia y las olas se agitaban con estruendo. Si no hubiera sido por la roca, el mar o el viento se hubieran llevado la casa.

Pachi se reía y se frotaba las manos.

Cuando se calentaba al fuego en el invierno se ponía tan cerca de las llamas que la cara se le quedaba roja y se le saltaban las lágrimas. En cambio, en el verano la Batería y la casa tomaban un aire tranquilo.

Pachi, los días de calor se ponía en el balcón a mirar al río.

—¿Qué hace usted? —le preguntaba su hija.

—Miro el agua y pienso.

Estas contestaciones le indignaban a Erica, porque le parecían de mucha petulancia.

Pachi sacaba del río madera, troncos de árboles, tablones, ramas, cajas que venían sin duda de la mina y de la fábrica de Olázar; el mar echaba a veces, producto sin duda de las tempestades, barricas, tablas y cestos.

Cogía también las aulagas para machacarlas y dar de comer al ganado, y unas plantas como de achicoria silvestre con flores amarillas, para los conejos.

Bretaña, dentro de su indiferencia y de su barbarie, era un poco contemplativo y le gustaba pasarse las horas muertas solo y mirando al río y a la tierra.

A Pachi le gustaba ver cómo salía y se ponía el sol; en los días de tormenta, ver las nubes negras correr por el cielo y oír el ruido de la resaca en las rompientes.

La palabra de entusiasmo para él era el rayo.

«¡Arrayúa!» —esta era su palabra de admiración.

Con ella expresaba todo: un acto de valor, una gran barbaridad o la fuerza de la marea.

Por la noche echaba el cerrojo a la puerta y la sujetaba además con una tranca.

«Para romper esta puerta se necesitaría un cañón», decía.

Cerraba la puerta siempre, más que por miedo a las personas, por superstición. Pensaba que podía entrar alguno que diera la mala suerte.

En la explanada de la antigua Batería secaba sus redes y la vela de la barca y tenía una barrica de agua para beber los que tuvieran este capricho malsano.

En la parte defendida del viento del Norte y por la roca solía tener Pachi el chinchorro y la lancha grande, una lancha esbelta con unas velas sucias y remendadas que tenían el olor pestilente de los barcos de pesca.

Cuando venía el otoño era la tristeza y el frío, pero a Pachi no le producía impresión.

Se ponía al lado del fuego y cantaba sus canciones inglesas y vascas. Parecía acompañar con sus cantos al ruido del viento y al estruendo de las olas. Estos días no se levantaba de la mesa ni de cerca de la chimenea.

Decía que él no necesitaba de nadie para estar alegre. Entonces quería rivalizar cantando con el ruido del viento.

Solía estar sentado delante de la chimenea de la casa, donde se quemaban grandes troncos y se asaban las castañas en el rescoldo. También guisaba pescados con mucha guindilla y pimienta.

En verano, dentro de la casa no hacía calor más que en las horas de sol.

Pachi encendía la pipa, cogiendo con las tenazas una brasa del fuego; también empleaba el eslabón y la yesca.

Cantaba una canción que terminaba diciendo: *Jauzi galchagorrequin*. ('Id a bailar con el de los pantalones rojos', o sea con el diablo.)

Los días de labor, Pachi usaba una chaqueta de tela gruesa, que él llamaba en vasco *upulurda*, pantalones atados debajo de las rodillas, botas de agua y el gorro cónico de lana roja, el *chano*.

Los domingos, antes de salir de casa se vestía elegantemente, luego abría la ventana que daba al río, dejaba las maderas entreabiertas y con su catalejo inspeccionaba los alrededores. Si hacía un tiempo más seguro paseaba por la explanada de la Batería. Ya los días de verano subía por la escalera de piedra a la

parte alta de la roca y allí, teniendo cuidado de que no le vieran, estudiaba la salida del puerto y las proximidades. No se sabía qué observaba y por qué tomaba tantas precauciones.

—¿Qué mira? —le dijeron alguna vez a Erica, a su hija.

—Nada. Fatuidades —decía ella.

—¿Tú crees, Bretaña, que hay sirenas en los mares? —le preguntó alguno.

—Yo no sé lo que hay; pero hay de todo lo malo: pulpos, sirenas, demonios debe haber ahí.

Pronunciaba las palabras como truenos.

En las noches de invierno, cuando el viento rugía y silbaba en la peña y en los árboles de la orilla, Pachi se encontraba a gusto. Se sentaba junto al fuego en su sillón y contaba sus aventuras en el mar.

—¡Arrayúa! Demonio. Cuántas veces he estado a punto de servir de pasto a los peces. Eh, y viejo y todo aun viviendo. ¡Venga la *patharra*! Otra copa. *Bota azquenecua* ('echa la última'). Ah, ja, ja, ja..., ja... Ahora *erré* ('a fumar').

Creía que cuando los pueblos estuvieran llenos de tiendas y no hubiera gente en los campos vendría el fin del mundo.

El día de Nochebuena, Pachi quemaba un gran montón de ramas en la chimenea y cuando estaba ardiendo decía con entusiasmo: «*Sarna fuera, ona barrena eta gaiztoa campora*» ('la sarna fuera, lo bueno adentro y lo malo para los otros').

Cuando andaba por la orilla del río y encontraba tablas, colocaba una piedra encima si no podía recogerlas inmediatamente, lo que quería decir para los vecinos que la leña tenía propietario.

Las mañanas de domingo, en que se oían las campanas del pueblo y la de una ermita del barrio de Padura Berri, Pachi salía vestido de fiesta.

Pescaba en verano calamares y langostas —estas con la *otarra* (especie de banasta)—. Pescaba también sardina y merluza; pero su ocupación habitual era la carga y descarga en el puerto.

Para él no había más que la casa y las dificultades de fuera.

Cuando iba con la lancha al puerto llevaba la escopeta cargada con perdigones y a veces cazaba alguna cerceta o alguna avefría.

Pachi no tenía idea clara de por dónde había navegado. Para él la única consecuencia que sacaba era que la vida del marino era dura y mala, pero que no había más remedio que soportarla si se quería sacar algún dinero para vivir luego a gusto.

Para Pachi, el mundo, no se diferenciaba mucho de una tribu de antropófagos. Era lo que había visto en el mar y en la tierra y creía que todas las personas vivían en una lucha constante y acababan devorándose los unos a los otros. De algunas personas decía que les pasaba como al dragón que estalló porque se tragó un saco de pólvora que encontró al paso.



Bretaña tenía un hijo que vivía en un caserío próximo a Elguea, pero no se trataba con él. Martín *Zacarra*, Martín ‘el Bruto’ o ‘el Tosco’, era muy insociable y tenía muy poco afecto por su padre y era muy avaro. Tampoco tenía cariño por Erica, su hermanastra.

Martín decía de su padre que era un viejo loco y de Erica que estaba tan chiflada como él.

Martín Bretaña había resultado sedentario. Después de ser soldado en Andalucía, se había casado en un caserío cerca de Elguea y no había querido navegar.

Siguió hablando Chiqui Erdi del viejo marino sin decir nada nuevo. El capitán Bordagain se marchó, y poco después entró en la taberna un tipo desastrado de mirada negra y sombría, barbudo, tostado por el sol y de aire siniestro.

—¿Quién es? —preguntó Armendáriz.

—Le llaman San Martín *Abade* (San Martín ‘el Cura’) —contestó Chiqui Erdi.

Tenía el tipo ojos sombríos, la cara atezada por el aire y el sol, las barbas negras con hilos de plata, la mirada oscura y profunda.

El de la taberna habló un rato con él y le dio un trozo de pan y de queso. Chiqui Erdi se marchó. Como se acercó el dueño de la taberna a Armendáriz, este le preguntó:

—¿Quién es ese que llaman San Martín *Abade*?

—Es un mendigo que sin duda vivió en las ruinas de una iglesia que se llamaba San Martín y estaba cerca del río.

—¿Y usted conoció esa iglesia?

—No; cuando yo vine aquí ya estaba derruida. Yo conocí las ruinas y la ermita que hay ahora.

—¿Y a ese hombre que ha venido ahora le llaman así por la iglesia?

—Eso suponemos, pero puede ser que sea por otra cosa.

—¿Él no lo dice?

—No. Es un hombre muy callado.

—Tiene mala traza.

—Sí; pero es un infeliz.

—Tiene tipo de facineroso.

—Pues es un pobre hombre, incapaz de matar una mosca. Ahora se pasa mucho tiempo en una ermita que quedó cerca de la antigua iglesia.

—No he visto esa ermita.

—Pues hay una cerca del río en un arenal, rodeada de árboles. Es una ermita con un Santo Cristo, adonde van las mujeres descalzas de los pueblos lejanos a pedir, unas salud para sus hijos y las solteras un buen marido.

Tras de estas explicaciones se fue el dueño de los Dos Pilotos, y entonces un hombre pesado y sonriente, algo cojo y de ojos grises, se acercó a Armendáriz y le preguntó:

—¿Le ha dicho a usted algo Chiqui Erdi que tenga interés sobre Pachi Bretaña?

—Sí; algo ha dicho. ¿Usted le conocía a Pachi?

—Sí.

El tipo aquel era zapatero y le llamaban de apodo *Legatza* ('Merluza'). Según algunos, la razón del mote era que esa palabra era la única que sabía en vascuence y la pronunciaba con frecuencia; según otros, el apodo se debía a que tenía unos ojos que parecían de pescado. El zapatero *Legatza* ('Merluza') había tocado el clarinete en la banda del pueblo, y él consideraba aquella época como el siglo de Pericles de Elguea.

Dijo que no había que hacer caso de lo que decía Chiqui Erdi, porque era vanidoso y mal intencionado.

Pachi Bretaña, según el zapatero, era hombre de muchos conocimientos; pero en aquel pueblo se tenía antipatía por los hombres originales y por las personas de inteligencia.

—¿Usted es guipuzcoano? —le preguntó luego *Legatza* a *Armendáriz*.

—Sí.

—Yo también. Estos de aquí nos tienen un poco de odio a los guipuzcoanos, porque ellos son medio vizcaínos. Estos no pueden con nosotros. Ya sabe usted lo que se dice para demostrar nuestra superioridad: *Tres viscaínos y un guipuch, capatás guipuch* ('tres vizcaínos y un guipuzcoano, el capataz el guipuzcoano').

Los hechos trascendentales que contaba *Legatza* el zapatero habían ocurrido en la tienda de la viuda de *Astondoa*, en la posada de *Cojoenea* o en la taberna de *Chomin*.

El zapatero, por lo que dijo después el de la taberna de los Dos Politos a *Armendáriz*, no era del país.

Había tomado un gran entusiasmo por San Sebastián.

—Estas gentes le tienen a uno envidia porque es de San Sebastián —decía.

Señalando a uno que bebía en el mostrador, afirmó:

—Ese es un gran hombre.

—¿Sí?

—Sí. Estábamos en *Gueteria*, en la taberna de la viuda de *Guerrico*, con *Chomin* el de *Machin Venta* y se asoma a la puerta y dice: «Todo el vino que beban esos hombres lo pago yo.» Es cosa grande, ¿eh? Otra vez estábamos *Shanchon* el marinero y ese capataz al que llaman *Therrible* y el *Lechuguino*, aunque no era el *Lechuguino*, sino otro amigo, en la taberna de *Pello-zarra*, que algunos le llamaban *Tripacallos*, y comenzamos una partida de mus, y yo tenía dos reyes, un caballo y un as; no, no; eran dos reyes, una sota y un as, y me envidan la grande y yo digo: «Quiero», y luego me envidan la pequeña; no, la pequeña, no; me envidan el juego y yo quiero. Qué cosa, ¿eh?, y gano la grande.

Después de estas interesantes observaciones obtenidas en el intelectual juego del mus, afirmaba el zapatero que en aquel pueblo no había más que hipocritismo y falsedad. Porque él era claro en sus juicios y no le daban gato por liebre.

Luego Legatza ('Merluza') contó que al panadero del pueblo le habían mandado durante la guerra una harina mezclada con alguna sustancia venenosa y había habido muchas casas en donde la gente se había puesto enferma. Legatza ('Merluza') había tenido que ir a Guetaria por sus negocios y al volver se había encontrado con los ratones de su casa que habían comido el pan envenenado y que no podían andar apenas y que le miraban asombrados y temerosos, como pidiéndole misericordia.

—¿Y qué hizo usted con ellos? —le preguntó Armendáriz.

—A mí me dieron miedo y me fui de casa.

Con este motivo del envenenamiento de los ratones, Legatza ('Merluza') afirmó de nuevo que en aquel pueblo no había más que hipocritismo y falsedad, aunque otra vez hizo una variante en su acusación y dijo que lo que había era despotismo y mentira. ¡Y qué decadencia en todo!, según Legatza.

Antes había sociedad en el pueblo e ingenio y gracia; ya, nada. La decadencia más absoluta.

—Hace años venía usted aquí un día de fiesta, por ejemplo, y tenía usted un amigo y le llevaba a usted a la taberna del Chato o a la de Larrechipi a tomar un vaso de vino o una copa de ginebra, y a jugar una partida de mus; pero quería usted hablar con gente de cultura y le llevaban al café de los Arcos, y ahí tenía usted gente que había viajado, como el capitán Artola y el piloto Embil, y hombres que sabían, como el maestro Echezarreta. Y ahora ¿qué hay? Nada.

—Sí; creo que tiene usted razón —dijo Armendáriz.

—Otro de los que se reunían —siguió diciendo *Legatza*— en la taberna era un jorobado, que parece que era hermano de un cochero del palacio de Elguea. A este jorobado, uno de los curas del pueblo le había puesto por apodo Isopete. Yo no sé por qué le llamaría *Isopete*. Si sería porque le encontraría parecido con un hisopo.

—No —dijo Armendáriz—. Isopete viene de un fabulista griego, Esopo, que se cree era jorobado.

—¡Ah! Ya.

—Isopete —dijo después *Legatza*— parece que era hombre muy inteligente y muy burlón y decía cosas con mucha gracia. También sabía jugar a todos los juegos de cartas muy bien. Yo no le hablé nunca, pero supongo que las historias de Isopete debían de ser muy chuscas.

Fantaseó Legatza ('Merluza') acerca de otras personas y se fue renqueando.

Al momento se le acercó el dueño de los Dos Pilotos a Armendáriz y le dijo en vasco:

—No le haga usted caso a ese *Legatza*. Es un embustero. No es guipuzcoano, ni de San Sebastián.

—¿Pues de dónde es?

—Es de Burgos, o de la Ribera de Navarra.

El tabernero, sin duda, no le daba la menor importancia al zapatero gordo y cojo que se había sentado con Armendáriz. Este se rio bastante al ver que el argumento del dueño de los Dos Pilotos contra Legatza era que no había nacido en San Sebastián.

## QUINTA PARTE

---

# NARRACIÓN DE MANISH, EL PELOTARI

UNAS SEMANAS DESPUÉS de escuchar el relato de Chiqui Erdi en Elguea, supo Armendáriz, con gran sorpresa, que el chico Manish (*Cathúa*), recogido por el viejo Pachi de la casita de la Peña de Amuaitz, vivía todavía en San Sebastián. Se lo dijo unos días después al capitán Bordagain.

—¿Será muy viejo? —exclamó este.

—Pues no. Es un hombre de unos sesenta y cuatro o sesenta y cinco años, pero todavía muy fuerte, que ha sido pelotari hasta hace poco.

—Yo no sé por qué, creía que ninguna persona de ese tiempo podría vivir aún; pero es natural que si el pelotari ese era un jovencito en el año 30, hoy tenga sesenta y tantos años.

—Pues, nada; a ver si le echamos el guante y le hablamos.

Se le buscó, se le encontró y se le mandó un aviso.

—¿Se sabe dónde vive? —preguntó Bordagain.

—Sí; en el barrio del Chofre.

Armendáriz estuvo hablando con él, le convidó a comer en el antiguo Parador Real de San Sebastián, fonda de la calle Mayor, que daba por una fachada al Bulevar y al Campo de Maniobras, que era la explanada donde después se construyó el Casino. Antiguamente, al sitio del Parque de Alderdi-Eder se le llamaba *Erregue-Soro*, ‘Campo del Rey’ o ‘Campo Público’. Armendáriz invitó a la comida al capitán Bordagain.

Manish (*Cathúa*), al parecer, era un hombre inteligente. Mostró simpatía por Armendáriz y le halagó su curiosidad por Pachi Bretaña. Al pelotari le gustaba recordar al viejo marino y a su hija Erica.

Juan Olave (entre los pelotaris, Manish) era hombre esbelto, de pelo blanco, cara afilada, bien hecha, ojos vivos, muy elegante, vestido de gris; dientes blancos y una sonrisa amable. Estaba retirado del juego de pelota activo y empleado en un frontón como técnico. Hablaba bien el castellano. Pasó temporadas en América y en Francia. Manish había vivido con Pachi Bretaña cuando era chico y jugó a la pelota con Erica en la pared de Amuaitz.

—¿Era guapa? —le preguntó Armendáriz.

—Guapísima.

—Bueno. Diga usted cómo era con detalles.

—Era una mujer de estatura algo más que la media, muy esbelta y muy fuerte. Tenía la cara blanca tostada por el sol y unos ojos azules admirables, profundos, con un brillo maravilloso, que a mí me entusiasmaban, y una expresión de energía y de candor extraordinarios. Su pelo era rubio oscuro, con un mechón como de fuego sobre la frente. Cuando iba delante de los bueyes con el aguijón en la mano no

parecía una campesina, sino una deidad de la guerra. Yo me la figuraba con una espada flamígera o con una lanza en la diestra arremetiendo a algún enemigo. A mí me chocaba que no tuviera pretendientes. No pasaba por guapa en los alrededores. Le llamaban *la Roja (Gorriya)*, como a las vacas.

—Sin duda, el tipo demasiado exótico chocaba.

—Cuando volvía de la fuente con la herrada en la cabeza parecía una diosa. La verdad es que es algo brutal que una chica joven lleve en la cabeza un peso de setenta u ochenta kilos; pues ella lo llevaba como si no le molestara nada, y no necesitaba a veces ni que le ayudáramos para subirlo o bajarlo. Se ponía el rodete (*burutea*) en la cabeza y al poco tiempo ya estaba marchando.

—Alguna otra le ayudaría.

—Sí; generalmente iban tres o cuatro muchachas de los caseríos a la misma hora.

Manish quedó como preocupado por sus recuerdos.

—Bueno; cuente usted su vida desde el principio —dijo Bordagain.

—Con un buen orden no creo que pueda contar las impresiones de esta época —dijo el pelotari.

—Cuéntelas usted a medida que las vaya recordando.

YO SOY DE ELGUEA —comenzó diciendo Manish—. Mi padre no se ocupaba gran cosa de la familia. Para él no había más que el mar y la taberna. Eramos dos hermanos, chica y chico; mi hermana, Teresa, tres o cuatro años mayor que yo, era muy buena. Mi madre me quería mucho y yo también le quería a ella.

Hasta los trece años yo viví bien. Aunque éramos gente humilde, mi padre pescador, yo pasé una infancia agradable. No sentía mi pobreza. Cuando vivía mi madre y salíamos a pasear mi hermana y yo por el campo o por el puerto, ¡qué hermoso me parecía todo! ¡Cómo brillaba el sol! Mi hermana, como tenía tres años más que yo, se creía ya una mujercita a mi lado y cuando yo tenía siete u ocho años y ella diez o doce me tomaba de la mano. Yo estaba contento con su protección.

Siempre recordaré a mi madre con entusiasmo y con cariño y aun ahora la recuerdo en la casita pequeña de Elguea.

Mi casa estaba limpia y bien cuidada y mi padre nos acariciaba y sonreía; pero después, ¡qué miseria! Mi madre muerta, mi hermana fuera del pueblo y mi padre, que cuando volvía de noche llegaba borracho.

Jugábamos al salir de la escuela por las calles del pueblo a las cuatro esquinas, al marro y a justicias y ladrones y al salto del carnero. Los domingos solíamos ir al arenal próximo y allí nos dedicábamos a hacer de piratas y también a jugar a la *perratcha*, que creo que en castellano se llama la vilorta y se juega con una pelota grande y un palo con un cayado en la punta.

En el patio de la escuela jugábamos a canicas y al zurriago y también al juego que los ingleses llaman seguir la fila y los franceses la imitación, porque los que van detrás tienen que imitar a los que van delante. Un chico de Fuenterrabía nos enseñó una canción que sin duda se cantaba en este pueblo y en ese juego, que decía:

*Mesié Chambulé,  
Calian portebú.  
No hay en España  
Borracho como tú.*

Yo, como digo, estaba contento con mi suerte. En la escuela era de los primeros. El maestro, don Fermín Echezarreta, me distinguía. Yo sabía leer y escribir bien, matemáticas y geografía. Un tío mío, hermano de mi madre, que era muy músico, me enseñó el solfeo y me regaló un clarinete y un chistu, que empecé a aprender a tocar.

En la escuela había dos maestros: uno viejo, Echezarreta, de Hernani, y otro más joven, de la provincia de Soria, a quien llamábamos don Manuel. Este siempre nos estaba diciendo que no habláramos el vascuence, porque el castellano era más armonioso.



Yo creo que todas las lenguas son armoniosas para el que las conoce y las habla de niño. El creer que la lengua de uno es solo la armoniosa es una petulancia de tontos.

Yo me entendía muy bien con el maestro viejo, con don Fermín Echezarreta, y le consultaba a menudo. Leí muchas veces el *Poema Físico Astronómico* de don Gabriel Ciscar, que me prestó Echezarreta, y copié versos que aún los recordaría, pero no quiero aburrirles a ustedes con eso. Yo tenía la ilusión de ser marino.

Cuando iba a cumplir catorce años mi madre murió. Yo me quedé desamparado. Para colmo de desdichas, mi hermana Teresa se marchó a Bilbao, donde tenía una pariente modista que le dio trabajo. Mi padre se volvió a casar. Al poco tiempo, yo le tenía a mi madrastra un odio profundo y ella me pagaba con la misma moneda.

No comprendo cómo mi padre se había casado con aquella mujer, que no tenía una condición buena, porque no era ni trabajadora, ni afectuosa, ni amable. Al poco tiempo de casarse no hacían más que reñir los dos y únicamente creo que se entendían cuando se dedicaban a beber. Mi hermana no la pudo soportar a la madrastra y se escapó de casa y se fue a Bilbao. Ella veía la posibilidad de colocarse en cualquier parte, porque sabía coser y tenía dieciocho años; pero yo no podía por entonces hacer nada. Desde que se marchó mi hermana, mi madrastra se mostró más brutal y más egoísta que nunca.

Yo, muchas veces solía subir la escalera de la casa de puntillas y me acercaba a la puerta de nuestro cuchitril. Si oía la voz de mi madrastra, me volvía a la calle, y si no había nadie pasaba a mi cuartucho y esperaba.

Reconozco que he sido rencoroso y que no me olvidé de las injurias, pero creo que tampoco de los favores. Tratar del mismo modo, aunque sea al recordar, a la persona que nos mortifica que a la que nos favorece, me parece una injusticia manifiesta.

Desde que había muerto mi madre andaba siempre cubierto de harapos. Esto me ponía a mí rabioso y de mal humor. Era un poco presumido.

No me daban en casa para libros ni para papel y solo el maestro Echezarreta, que era buena persona, me favorecía.

Yo sentía afición por la historia y sobre todo por la geografía, y me hubiera gustado tener un buen atlas y entrar en una escuela de náutica, pero no pude. Me escapé de casa, viví tres años con Pachi Breña, después fui a la guerra, luego me hice jugador de pelota, y gracias a esto he visto un poco mundo y he viajado, sobre todo por América...; pero esto no tiene nada que ver con mi infancia.

Elguea ya lo conocen ustedes; es un pueblo estrecho, en pendiente, con casuchas pequeñas, viejas y negras, de piedra, cuevas y escaleras en zigzag, un palacio decorativo y alguna que otra casa grande antigua, después modernizada, como una que tiene un escudo empotrado en la pared nueva, en el que se ven unas armas y un pez toscamente esculpido.

Nosotros vivíamos en el barrio del puerto, en el último piso de una callejuela húmeda, en donde las noches de sábado y domingo resonaban canciones a coro de marineros borrachos.

En los balcones y ventanas de las casas grises de enfrente había prendas de vestir puestas a secar: camisetas rojas, pantalones azules, impermeables amarillos y sábanas blancas.

Siempre olía por allá a humedad y a sardina frita.

Había además las ventanas de las despensas con ristras de ajos y de guindillas, jaulas, tiestos, impermeables, pantalones de hule, ropas de chico y elásticas rojas, verdes y azules.

En invierno había que estar en casa siempre con luz, con un candil en la cocina y una palmatoria para ir y venir. Hacia el patio vivía una mujer muy vieja, con anteojos, que tenía un gato muy hermoso que se pasaba a nuestra casa.

Delante de la casa teníamos una tienda de suministros navales, con su escaparate, faroles, salvavidas, brújulas e instrumentos de pesca.

En Elguea había una fábrica de cordajes y otra de artefactos marinos. Nuestra calle estaba muy cerca del mar, y por un arco que tenía de la antigua muralla se salía al puerto.

La calle era muy alborotada y ruidosa. El sereno, por la mañana, daba golpes con el chuzo en las puertas para despertar a los vecinos, y se oían los pasos de los marineros con sus zuecos. Luego pasaban alborotando las pescaderas, con los cestos en la cabeza, gritando: «¡Sardina! ¡Sardina! ¡Sardina freshcúa!»

En el muelle adosado al peñón de Elguea había almacenes negros con sacos, cajas y cestas que olían fuerte a pescado y pasadizos con escaleras.

Al lado de los almacenes se levantaban las barracas negras, cuadradas, que llaman en vascuence *sotuac*, de los carpinteros de armar. Estos sacaban sus instrumentos de trabajo y se ponían a serrar tablas y a remachar clavos.

Las mujeres componían las redes, manejando la lanzadera. Los pescadores viejos, algunos muy gordos, unos con las manos en los bolsillos, otros con las manos cruzadas atrás, se pasaban las horas sin hacer nada. En el paseo, los pilotos y capitanes retirados se sentaban en los bancos. Algunos habían hecho la trata de negros, otros habían estado en Cuba o en Filipinas, y unos y otros se contentaban con ver cómo salían y entraban las barcas de pesca y rara vez algún patache.

El teñido y curtido de los aparejos de pesca se hacía entonces en los mismos pueblos, no se traían de fuera. Se metían las redes en unas calderas llenas de agua dulce limpia y se le echaban agallas y cortezas de roble, de nogal y de zumaque, y yo creo que algo de alquitrán y negro de humo y se hervía el agua de la caldera durante más de una hora. Luego sacaban las redes y se las secaba al aire, se las volvía a meter en la caldera, se las limpiaba con agua hirviendo y se volvía a ponerlas a secar. Algunos, al parecer, le echaban también alumbre.

En el pequeño astillero de la puerta del muelle, los carpinteros construían las barcas o las componían y calafateaban. Otros pintaban los nombres y los números de las embarcaciones y andaban con los pies desnudos en medio del barro. Otros remachaban alguna caldera o alguna boya. Siempre me chocaba cuando veía desde el peñón que dominaba el muelle a un hombre que arreglaba las boyas, que primero se veía el golpear del martillo y después llegaba el ruido del choque. Ya sabía que la velocidad de la luz es mucho mayor que la del sonido; pero aun así y todo me sorprendía.

Para mí era entonces una maravilla el taller del viejo Shempelar, que estaba en el camino del muelle y que tenía a la entrada como muestra un mascarón de proa con una sirena blanca con su hermosa cola de pescado. Dentro, ¡qué cosas había! Un timón grande, fanales de barco, bitácoras, discos, una porción de instrumentos de navegación, que la mayoría han cambiado o han desaparecido con el tiempo.

En aquellos almacenes había, en unos, poleas, anclas, remos, timones, maromas; en otros, aparatos complicados, relojes y brújulas. También había una relojería, donde el relojero, con su lente en un ojo, trabajaba delante del escaparate sobre una mesa llena de ruedas y de tornillos.

Yo no iba a comer a mi casa al mediodía, porque a esta hora no había nadie. Comía un pedazo de pan y alguna otra cosa en los alrededores de la escuela. Al anochecer, cuando me retiraba, era la hora de la llegada de las barcas de pesca. La aglomeración en el muelle era grande. Se hablaba a gritos y todo el mundo parecía colaborar en la confusión y en el desorden.

Cuando hacía mal tiempo se ponía una bandera para que no salieran las lanchas de pesca.

Los domingos yo subía por la tarde al peñón próximo y andaba por una vereda por encima de la iglesia y de la pared del juego de pelota y contemplaba el pueblo con el sol poniente. Veía abajo la torre, el puerto y el muelle, las lanchas y las gabarras y algún quechemarín que descargaba sacos y que venía de Bilbao o de San Sebastián.

—¿Y usted, de dónde había sacado su romanticismo marino? —preguntó Armendáriz.

—Yo creo que principalmente de las relaciones del maestro Echezarreta, que me hablaba con entusiasmo de los antiguos marinos vascos y de los pilotos compañeros suyos que habían viajado por el mundo entero. Yo era su discípulo predilecto y me daba esperanzas. Después Pachi Bretaña me entusiasmó también con sus historias de pesca. Luego todo acabó en lecturas de novelas de aventuras.

Elguea, de lejos, tenía aspecto —siguió diciendo Manish—, extendido entre el monte y el mar, con su iglesia vieja, con sus muelles del puerto, que parecían querer abrazar el agua y su camino de la costa, que salía cortando un cerro. El peñón dominaba el pueblo. Desde lo alto se veían los tejados de las casas de los pescadores, los pequeños patios, azoteas, huertos y gallineros y los balcones y chimeneas.

También se veía un jardín de una escuela de chicas. En los patios, algunos viejos cortaban leña con el hacha, las mujeres lavaban la ropa o la ponían a secar. Desde lo alto contemplaba el caserío y el muelle a vista de pájaro, los gatos, las palomas y las gaviotas que andaban por los tejados. Una chalana avanzaba impulsada solamente por un hombre que iba a popa con un remo largo que llamaban algunos espadilla. En el rincón del muelle, en una plazoleta, los chicos de los pescadores jugaban a un juego que los castellanos llaman del zurriago. Se sentaban todos en derredor y uno andaba con un solo pie con la cuerda en la mano, con la que pegaba al que se levantaba.

—¿Y ese juego no tiene nombre en vascuence? —preguntó Armendáriz.

—Sí; creo que lo tiene, pero no lo recuerdo. También jugaban a la raqueta y al infierno, en vascuence *bastarri*, y a seguir la fila, que tampoco sé si tiene nombre en vasco.

Nuestros juegos de chicos eran en sitios de poco espacio, porque no nos queríamos separar mucho del muelle, que estaba cerca de la escuela, y que además era para nosotros lo más interesante del pueblo. Por esta razón nos dedicábamos al zurriago o a la pata coja, a las cuatro esquinas y al salto uno por encima del otro, que en castellano yo no sé cómo se llama.

—Quizá salto del carnero. En francés se dice *saute-mouton* —dijo Armendáriz.

—Puede ser; yo no recuerdo cómo le llamábamos nosotros. Cuando ya dejé de ser chico y era ya un mozo, me quedó siempre la querencia de ir a pasear por el muelle, y sobre todo por los altos de la peña que le dominaba.

Cuando yo veía a vista de pájaro este pequeño barrio de pescadores, el humo que salía de las chimeneas de las casas, la diminuta huerta o patio con tiestos y con algún árbol, la mujer que cosía, el viejo pescador que lavaba su impermeable de color amarillento y los chicos que jugaban, pensaba que todo el mundo vivía mejor que yo.

El camino que pasaba por el peñón por encima del pueblo me parecía hecho para observar la vida de la gente. Contemplaba las azoteas negruzcas, las ropas de colorines en las ventanas, los gatos que andaban por los tejados, las palomas; todo tenía para mí su encanto.

Por el lado contrario al pueblo, el peñón, que está excavado por el mar, se iba desmoronando. Al anochecer las barcas de pesca, con las velas amarillentas desplegadas, volvían por el mar y se las veía sobre el cielo nebuloso con un aire de fantasmas.

Por la tarde seguían los marinos viejos en el puerto, siempre con las manos en los bolsillos del pantalón, y a veces mujeres famélicas andaban husmeando en el fondo de los pataches llegados de Bilbao con carbón, para coger los residuos que quedaban.

En verano, con el buen tiempo, iba lejos al monte y me echaba entre las hierbas y quedaba hundido en ellas. Solía estar tocando el chistu. El mar estaba tranquilo, el cielo azul; contemplaba la costa de los alrededores y la entrada de la ría.

Algún barco con las velas desplegadas esperaba la entrada del puerto. En las tardes de otoño contemplaba los crepúsculos admirables, que hacen pensar que al

acercarse la noche muere la vida en el mundo entero y que desaparecen ciudades fantásticas formadas por nubes rojas y blancas que se sumergen en el mar.

Por allí por la costa había sitios que se llamaban *Talaizarra* ('atalaya vieja'), *Talaigaña* ('sobre la atalaya'), *Chimistarri* ('piedra del rayo'), *Jaichiqui* (que puede ser 'altura pequeña'), *Jaichiterri* ('altura nueva'), *Ollagorraco zulu*a ('el agujero del pulpo'), *Truaundiarreta* ('el lugar de las tres piedras grandes') y *Amuaitz* o *Amuitz* (o la 'Peña del Anzuelo'). Cuando veía esta roca con su casa pensaba: «¡Qué bien se debe estar en aquella soledad!». No se me ocurría nunca, naturalmente, que la suerte me podía empujar a vivir allí.

Yo andaba casi siempre solo. Tenía pocos amigos. Los chicos del muelle me tenían por orgulloso, porque había pretendido ser marino de altura, y como no lo pude conseguir se burlaban de mí.

El único chico que se reunía conmigo era el hijo del dueño de la fonda de la Marina. En esta fonda había un reloj antiguo inglés con tres esferas de cobre, una para las horas, otra para los días de la semana y la tercera para marcar la fecha del mes. Los nombres se hallaban escritos en español, y Viernes estaba puesto con *b: biernes*. El constructor se llamaba Joseph Davis.

En el palacio de Elguea, donde estuve una vez con mi amigo el hijo del fondista, había también relojes antiguos muy vistosos con figuritas de porcelana; pero estos no me interesaban.

EN EL ÚLTIMO PISO de la calle estrecha donde vivíamos teníamos enfrente otra casa amarillenta, llena de desconchados de manchas de humedad, con unos cristales compuestos con pedazos de papel. Era un espectáculo poco agradable. Mi cuarto abuhardillado daba a un patio negruzco. Mi único amigo era el gato blanco de la vecina, con su hermosa cola como un plumero, que venía a saludarme y a frotarse conmigo. Yo pensaba que él como yo estábamos bastante mal tratados por la suerte. El gato, aunque a veces estaba muy acicalado, otras se le veía sucio, porque andaba por sitios llenos de polvo y de carbón.

Enfrente de mi cuarto, por este lado del patio, vivía una chica guapa y rubia, un poco nariguda y muy orgullosa, que me miraba con desdén cuando arreglaba su habitación. Era hija de un piloto de altura y tenía la casa muy llena, según decían, de cajas chinas y de cosas de mérito.

Yo me desazonaba al comprobar su desprecio por mí.

Por la mañana oía desde mi cama los aldabonazos de los serenos en las puertas, el paso de algunos pescadores con sus zapatones. Me levantaba de la cama y me vestía para marchar a la escuela.

Mi madrastra solía tener el pan en un armario de la cocina, en donde pululaban las cucarachas, y me daba a mí trozos que yo no quería comer.

«Tú eres muy señorito —me decía—; no quieres más que comer de gorra».

Cuando era pequeño, los chicos con mala sangre me llamaban con frecuencia *Cathúa* ('el Gato'), que era el apodo de mi padre, y al pasar yo imitaban el maullido de un gato. Yo me pegaba con ellos, pero no podía con todos.

Por entonces mi madrastra llevó a nuestra casa a un hermano suyo, de unos veinte años, largo, flojo y estúpido. Mi padre no hacía caso de nada; se pasaba la vida, como he dicho, entre el mar y la taberna. A mí me mataban de hambre. No me daban de comer más que las sobras. Decidido, empecé a entrar en la cocina cuando no había nadie y a coger un pedazo de pan o un trozo de chocolate y a comerlo. Lo notó mi madrastra y lo escondió todo. Entonces, como no encontraba nada, sacaba del puchero con el cazo habichuelas o habas y me las comía. Un día ella, que sin duda estaba escondida, al verme empezó a gritar: «¡Ladrón, ladrón!», y a pegarme con un palo. Yo le dije: «¡Cochina, borracha! ¡Así te mueras!». Mi padre, al enterarse, se puso de mi parte y dijo que me debían dar de comer. Pasé una temporada relativamente bien; pero luego vino otra vez la dieta y mis rapiñas.

Un día, el hermano de mi madrastra me sorprendió comiendo unas patatas; me sacó a la escalera y empezó a pegarme. Yo le di un puñetazo en la sien con toda mi alma y lo tiré al suelo. Entonces, asustado, creyendo que lo había dejado muerto, salí a la calle y fui carretera adelante, por la orilla del mar.

Era al final del verano; comía lapas, almejas y percebes crudos. Luego subía a los montes y cogía manzanas. Dormía debajo de los árboles. Cuando estaba solo me dedicaba a tocar el chistu.

Estaba dispuesto a vivir así, como un salvaje; pero al comenzar el otoño, con el mar revuelto y las tormentas, era difícil coger mariscos y habían desaparecido las manzanas en los campos. Entonces, me instalé en una cueva. Un día, decidido, cogí una oveja, la maté, hice una hoguera en mi agujero y empecé a comer la carne.

Vivía como un salvaje —dijo Manish—, pero contento.

A la segunda oveja que maté, los pastores, sin duda, lo advirtieron e hicieron una investigación por los alrededores y me encontraron.

Me preguntaron quién era y entre varios me llevaron al pueblo.

En el camino nos cruzamos con Pachi Breña, que preguntó qué había hecho yo. Conté lo que me pasaba y Pachi intercedió por mí y dijo que él me tendría en su casa.

YO ME QUEDÉ CON ÉL, y llegué a tomar gran afecto por el viejo y por Erica.

—¿Él era simpático?

—Sí; para mí, sí.

—¿Tenía ideas raras?

—No; ideas de marino. Presumía de conocer el tiempo como nadie y pensaba que el clima en la desembocadura del Uría no era completamente igual al de otros sitios de la costa distantes diez o doce millas al Este o al Oeste.

Pachi decía que conocía por el ruido del mar cuándo iban a comenzar las grandes marejadas, y daba unas explicaciones oscuras sobre su origen y sus cambios de temperatura.

Suponía también que averiguaba la proximidad de las tempestades por el gañido de los grajos y de los gansos y de otros pájaros que pasaban por el aire.

—¿Y la casa, qué tal era?

—La casa era de bloques de piedra amarillentos y estaba adosada a la pared de la roca de Amuaitz. Se hallaba cubierta con losas y en parte con planchas de plomo muy bien unidas unas con otras y sujetas también con grandes y pesadas piedras.

Hacia el lado del mar tenía el contrafuerte sólido de la roca, que la defendía de los vientos y de las marejadas. Se llegaba de la orilla por un *zubi chiqui* o 'puente' que la unía con la roca. La escalera tallada en esta trazaba un zigzag hasta escalar la plataforma que nosotros llamábamos la Batería. Desde el mar se podía subir por un atracadero. En la peña había una cueva, en donde tenía Pachi gallinas y conejos. A la entrada, a un lado, había un rincón cerrado con algunas herramientas, cepillos, formones, gubias y un banco de carpintero, porque estas cosas, que no eran fáciles de adquirir, tenían sus aficionados y gente que se las llevaba al descuido.

—¿Y la casa por dentro, cómo era?

—Era pequeña; la planta tendría unas ocho varas de largo por seis o siete de ancho, dos pisos y un zaguán. En el piso bajo había un vestíbulo, que era al mismo tiempo cocina, una pequeña despensa y en un rincón la escalera. En el piso de arriba el cuarto de Pachi, el de Erica y el mío y un sitio para lavarse.

—¿Tenía en la casa muebles ricos, como dijo un borracho de Elguea, *Chiqui Erdi*?

—No. Había un estuche de marino de caoba con varios cajoncitos y un barquito colgado del techo de la cocina-comedor, que creo que le había tocado en una rifa.

La cocina, baja, con su cadena y su caldera, estaba blanqueada, y Erica le daba una mano de cal todos los años. Tenía su tamboril para asar castañas y una tela blanca en el vasar. En el hogar había trébedes y unos morillos ahumados. En un rincón dejábamos las botas a que se secaran.



De unos garfios del techo solíamos colgar algún bacalao, cecina y también pulpos para hacer sopa, y de los clavos de la pared el candil y los cazos.

Además del candil teníamos un farol con una vela de sebo, por si había necesidad de salir fuera, de noche.

A un lado estaba el fregadero y en medio la mesa. Entre la ventana y la chimenea había un poyo con dos herradas.

En un estante teníamos la vajilla de loza ordinaria.

Como muebles, en la cocina había dos sillas de paja, un sillón y una mesa de madera de roble, que tenía una tabla con bisagras que se bajaba. No la utilizábamos casi nunca. Había como decoración, sujetos en la pared de la cocina, dos arpones para ballenas y dos calaveras, una de oso polar y otra de morsa, que había traído Pachi Bretaña de sus viajes. El cuarto de Pachi tenía la cama, un cofre de marino cerrado siempre, algunas ropas de uso corriente en una percha y dos estampas en color de la pesca de la ballena, bastante curiosas; yo creo que de a principios del siglo. El cuarto de Erica era bonito, muy cuidado, frotado con cera; tenía cortinillas de color en las ventanas, una cómoda de castaño con cerraduras de cobre, floreros de concha, un espejito y una rueca con su rueda para hilar, como las que se emplean en Francia y en Inglaterra. Erica tenía un traje nuevo para las fiestas y algunas pocas alhajas, una pulsera, unos pendientes y una cruz pequeña de oro que llevaba en el pecho con una cadenita. El cuarto mío no tenía nada de particular.

Pachi había construido una veleta. Durante algún tiempo después había hecho que la veleta tuviera un vástago hacia dentro de la casa que atravesaba el techo y llegaba a la cocina, y de esta manera, desde dentro de la casa se podía saber la dirección del viento. Luego Erica protestó, diciendo que había goteras y que era necesario quitar aquel artefacto.

—¿La casa sería húmeda? —preguntó Armendáriz.

—Yo no lo noté, la verdad. Lo que sí había en otoño era bastantes mosquitos y muchas arañas, algunas grandes y negras. Otras más pequeñas hacían su nido en las ropas y en las cubiertas de la cama.

—¿Y Erica era un tipo de mujer curioso?

—Sí; se diferenciaba bastante por su aire extranjero de las demás mujeres de los alrededores.

—¿Y era rara?

—Sí; muy original. Por entonces había cogido una gaviota con un anzuelo y un poco de carne y le había cortado las alas y la gaviota andaba por la explanada de la Peña e iba a comer cuando le echaban la comida y amenazaba al perro. A mí me parecía que Erica y la gaviota eran de la misma raza. Yo estaba a gusto allí. Tocaba el clarinete y el chistu bastante bien y muchas veces bailaron los chicos y las chicas conocidos nuestros en el raso de la Peña, al son de fandangos y pasacalles que yo entonaba con brío. Luego Erica me dijo que en casa de su hermanastro había un

acordeón que nadie tocaba y me lo trajo y yo empecé a aprenderlo y me las manejaba pronto con él.

Había en la costa bastante contrabando y la gente del fisco aparecía con frecuencia en la ría y pasaba por la casa de Pachi a hacerle preguntas. Naturalmente, Pachi no sabía nunca nada, ni había visto nada, pero estaba enterado de lo que pasaba y le sacaba jugo.

La casa de la Peña estaba entonces en buen estado, las paredes fuertes, el techo sólido, la puerta recubierta de chapa de metal calafateada, las ventanas de vidrios pequeños y verdosos con las maderas y travesaños pintados de negro.

Erica andaba con un corpiño viejo y la falda hasta media pierna, y con frecuencia con zuecos. En invierno se ponía un mantón raído arrollado a la cintura. Con esta vestimenta de harapos a veces parecía una diosa. Los días de fiesta, mejor vestida, tenía mucho menos aspecto. Se ponía un traje oscuro todo igual, una mantilla negra y unos zapatos. Los domingos por la tarde iba muchas veces al prado de Padura Berri o a Gaztañalde, donde se bailaba. Entonces Erica llevaba traje claro, pañuelo atado a la cabeza y alpargatas.

Yo andaba un poco harapiento, fuera día de fiesta o de labor, y como esto me humillaba, no iba donde se reunía la gente. Me entendía bien con el viejo Breña y los días de fiesta jugaba a la pelota en la pared lisa de Amuaitz, que daba a la explanada. Muchas veces jugaba un partido con Erica, que era muy ágil, aunque no podía conmigo.

Pachi había vivido en el caserío de Padura Berri durante mucho tiempo sin acostumbrarse, y cuando se murió su mujer hizo un arreglo con su cuñado. Este quedaría como el dueño del caserío y le mandaría todos los días cierta cantidad de leche, de huevos y de otros comestibles.

Su cuñado cumplía bien. Luego, cuando murió este, se quedó de colono del caserío el hijo de Pachi, Martín Zacarra, que también cumplía sus compromisos, aunque a regañadientes.

Por las mañanas pasaba por el camino de Padura Berri un carrito de cuatro ruedas con un toldo negro y unas cortinas también negras, tirado por un caballito blanco, y dejaba al lado del puente, en un hueco de una cerca, unos panes, una botella de vino y otra de aguardiente, que Erica o yo solíamos llevar a la casa.

La fuente de agua buena estaba en una cueva pequeña del camino y salía en verano casi gota a gota. También cogíamos agua en un abrevadero de la orilla, y en la explanada teníamos dos cubas calafateadas con alquitrán adosadas a la roca, que llenábamos. Para sacar el agua del mar y limpiar el suelo de la Batería utilizábamos una pértiga que giraba arriba y abajo, que los castellanos llaman cigüeñal, con un balde. En los días de lluvia trabajábamos en el interior.

Había próximas a la Peña de Amuaitz, huertas hermosas a orillas de la ría. En la misma roca nuestra teníamos en un rincón un cerezo magnífico. Luego, cerca se levantaban bosques tupidos, que han talado y estropeado. La última vez que he visto aquello iba muy mal. Se ve que al aldeano español no le gusta el árbol y convertirá su tierra en un desierto.

En la ría quedaban los machones de un puente, que sin duda desapareció, y había también por entonces alambradas roñosas, columnas de hierro, sostenidas por bloques de piedra, como para que no se las llevara el agua, y que algunos decían que eran restos de un pequeño astillero que había habido o que se había intentado construir allí.

Desde la batería de la casa, Erica y yo pescábamos con el retel y con la balanza. Este artefacto sencillo tiene una cuerda con una polea. Por un lado, una especie de cesta hecha con malla con un aro de hierro y allí se pone el cebo. De cuando en cuando se tira de la cuerda a ver si en la cesta ha entrado algo.

En los días de lluvia trabajábamos en el interior.

Hacíamos también nasas y botrinos con juncos y mimbres, unas veces más grandes y otras más pequeños, y los dejábamos sostenidos con piedras en algún canalizo del río próximo al mar.

El río hacia arriba no nos entusiasmaba para la pesca. Había poca cosa, algún barbo, alguna trucha, nada que valiera la pena.

Siempre que podíamos salíamos al mar, sobre todo después de un día de temporal, y nos colocábamos con la lancha en algún paso entre dos rocas y allí echábamos la red y era cuando hacíamos mejor pesca. Solíamos llegar relativamente lejos, a sitios adonde iban las lanchas del pueblo, a Tribiscala, a Lauganac, a Calaberry y a Cupide Banco.

Desde la terraza se divisaban las barras sombrías que se presentaban al amanecer sobre el mar. Otras veces eran los diluvios de otoño. Según decía Pachi, esta costa era de las más lluviosas de Europa. Los días de galerna las nubes siniestras ocultaban el sol y se veía a las gaviotas y a los petreles arrastrados por el viento sobre las olas. En algunos días durante el equinoccio, el viento soplaba con tal furia que parecía que iba a arrancar nuestra casa de la roca y a llevarse las losas que formaban el techo como si fueran hojas secas de los árboles.

En las bajas mareas quedaba casi todo el fondo de la entrada de la ría al descubierto. Los charcos sobre la arena brillaban al sol. Las rocas, como rebaños, aparecían a un lado y a otro de la ría, y de la Peña nuestra partían carriles verdosos llenos de algas, que a veces se me figuraban un conjunto de cocodrilos.

Las hierbas y los juncos de las marismas quedaban durante el verano como cubiertos de lana por la sal que llevaba el agua.

Este mar bravo de la primavera, con las ráfagas de viento todavía frío y lleno de espumas, era muy hermoso; las olas se perseguían como rebaños de caballos con sus crines alborotadas. Tan hermoso era el mar de acero en los días claros del invierno

con el sol entre las nubes grises. En la marea alta la masa de los bancales iba siendo invadida por las olas. La lancha con su vela avanzada hacia adentro de la ría.

Algunos días de verano todo tomaba con el viento sur un aire meridional, como un país del trópico; el mar era de añil y la arena estriada y brillante. La lucha del mar con las peñas escarpadas de la costa me llenaba de ansiedad; las olas daban en aquellas rocas negras parduzcas y en pendiente y las espumas blancas saltaban por el aire. Hacia el interior, los montes nebulosos y vagos durante el invierno, que con la niebla tomaban grandes proporciones, en los días de verano y de viento sur parecían próximos y pequeños. En algunos de estos días de viento sur todo el contorno de los montes se destacaba oscuro y sombrío en un cielo plomizo con unas nubes pesadas. En estos tiempos tristes el cielo parecía también un mar con peces y ballenas inmensas.

Muchas veces Pachi y yo hablábamos de las muchas cosas del mar que no sabíamos. Por ejemplo, de la marea. Los dos movimientos de la marea, flujo y reflujo, duran doce horas y media en lugar de doce horas justas, y cada día esto constituye una diferencia de cerca de una hora. La pleamar es de seis horas y doce minutos y la bajamar de otras tantas. Pensábamos en esto; pero yo, aunque había oído la explicación, no tenía idea muy clara sobre ello. Aunque hablaba de la atracción de la Luna y del Sol, había preguntas que me hacía Pachi a las que no sabía contestar.

A veces la playa se veía como rizada con huellas de pasos de gente que hubiese andado por la arena.

En días claros, a través del agua se veían las manchas moradas oscurecidas del fondo del mar.

El juego de las nubes que pasan lentamente y el sol que las atraviesa con un aire triunfal me llenaban de tristeza y de encanto. También observaba a las gaviotas, entre las que debe haber muchas clases, porque unas son más blancas y otras más grises; unas apenas tienen un graznido suave y otras gritan más fuerte. Todavía hay otras aves, que deben ser los petreles, que aparecen en los días de temporal y chillan como si estuvieran perdidas entre las olas.

LOS QUE FORMABAN LA FAMILIA de Pachi no se llevaban muy bien. Eran todos de un carácter brusco y dominador.

El hijo de Pachi no se entendía con su padre. Era Martín Zacarra un hombre muy terrestre, que no tenía afición al mar y que había vivido en Andalucía en el campo. Su padre le parecía un tipo loco y absurdo. Él era, en cambio, un hombre seco, formal, muy cumplidor de sus compromisos. Vivía en un caserío de Padura Berri y trabajaba como una mula. No sabía apenas vascuence y no le gustaba ir a la taberna.

Erica no se parecía nada a su hermanastro y no hacía buenas migas con él.

Erica se sentía selvática, independiente; no tenía una idea clara de la sociedad, ni era tampoco muy sentimental.

Pachi decía que había estado casado con una muchacha noruega que se llamaba Erica y había querido llamar a su hija así; pero mucha gente no encontraba bien este nombre y algunos decían que parecía del tiempo de los gentiles.

Pachi aseguraba que Erick era nombre de muchos reyes y personajes escandinavos. Luego solía advertir que los noruegos llamaban *erica* al brezo.

La hija de Bretaña tenía un genio violento y fuerte. Había aprendido a leer medianamente y sabía algo el castellano. Vivía en una actitud de lucha constante contra su padre. Eran de genio muy parecido. Ninguno de los dos se sentía capaz de ceder.

A veces, cuando reñía con su padre, Erica tenía unas carcajadas despreciativas que enfurecían a Pachi. Amenizaban su vida con sus riñas.

Le llevaba la contraria con frecuencia y Pachi estaba a punto de pegarla, pero no lo hacía; le tenía miedo.

Erica no le pasaba nada de cuanto decía su padre. Enseguida le salía al paso a llevarle la contraria.

Erica y yo, por la mañana, solíamos andar por las proximidades de la Peña y por el río con el chinchorro. Ella aparecía en la puerta ligeramente vestida, con el pelo alborotado. Salíamos envueltos en la bruma, antes de que comenzara el sol. Yo iba a popa con la espadilla. Erica llevaba el farol encendido y lo ponía a proa en la barca. La luz venía, deshaciendo el misterio de las rocas bañadas en la niebla y destacando sus esquinas, sus oquedades y sus picos. Nos poníamos a pescar antes que nadie.

Luego ya comenzaban a aparecer lanchas de Elguea y la luz del sol daba en las velas remendadas de los barcos. En aquella época se veían más velas remendadas que ahora.

Si teníamos que hacer un trayecto grande llevábamos una lancha.

La lancha se llamaba la *Suranguilla* o *Lagartija*, porque era muy estrecha y larga. Antes Pachi tenía, al parecer, una barca más grande, pero encontró comprador para

ella y la vendió.

Nos metíamos Erica y yo entre los peñascos, y yo, con un bastón terminado en un anzuelo grueso, solía pescar pulpos. Entre los arrecifes los había muy grandes. También dejábamos bolas de corcho erizadas de anzuelos para coger jibias. Erica solía llevar a veces en la mano derecha un guante de cuero rojo y si veía una langosta o un bogavante en su agujero le cogía con maña, y aunque le agarraba a veces el animal con las zarpas para defenderse no lo soltaba. Los cangrejos, asustados, huían por entre las piedras andando de medio lado y extendiendo sus patas.

Erica parecía de la raza de las gaviotas o de los petreles. No le asustaban ni el mar ni las tempestades y eso que las tormentas allí tenían una rabia furiosa.

Registrábamos esos agujeros abiertos de los acantilados en donde entran y salen las olas del mar y parece que están poblados de monstruos. Íbamos en nuestra lancha, y como Erica demostraba que no tenía miedo, yo hacía lo mismo.

En verano solíamos bañarnos. Ella nadaba muy bien, tenía mucha fuerza. A veces, cuando se alejaba de mí y llegaba a encontrar pie firme, se levantaba y silbaba metiéndose los dedos en la boca con una fuerza terrible y se reía después.

En invierno se pescaba merluza, besugos y congrios en alta mar. En el verano brecas y cabras locas. En invierno se necesitaba en las lanchas más gente que en la época de calor.

En el verano la sardina era lo más abundante. El salmón se pescaba entre Navidad y la Pascua. Los días de lluvia nos dedicábamos a componer las redes, que era faena bastante difícil.

Al viejo Bretaña, cuando no tenía trabajo, le gustaba andar solo por la orilla, ver las piedras cubiertas de algas, los mangos de cuchillo y las medusas; también le gustaba navegar por los canales de rocas negras y verdes manejando el bichero, si el fondo permitía el paso de la barca.

Él fue el que construyó una cueva en el bajo de Espaldeguy, que llamaba *Icatzulo* ('agujero del Carbón'), y una chabola. Hizo también una escollera en el estero saliente de este arenal, con estacas y piedras.

A él le gustaba mostrarse brusco, sobre todo con la gente de fuera. Si llevaba a alguno en la lancha y suponía que podía tener miedo a un chapuzón en el río, en la arrancada o al atracar hacia alguna maniobra brusca que podía asustar a una persona temerosa. También si podía contaba mentiras sobre los peligros que había en acercarse a algún punto. Decía, por ejemplo, que las espumas blancas y las gaviotas eran malos indicios. Si tenía que salir a la desembocadura del río o acercarse a la machina del puerto si había marejada o bramaba el viento o el paso de la barra estaba difícil, me decía a mí:

—¿Tú no tienes miedo, Manish?

—Yo nado como un pez. Usted es el que andaría mal, que está gordo y pesado.

—¿Y me abandonarías?

—¡Ah! Si pudiera me salvaría yo primero; luego ya vería si le salvaba a usted.

—¡Arrayúa! —decía con cierta cólera—. Tú también eres perro.

—¿No dice usted que cada cual debe pensar en lo suyo?

En algunas épocas abundaban los salmones en el río. Había cuatro o cinco aldeanos pescadores de Padura Berri que se ponían de observación en la orilla y si veían algún salmón se preparaban para pescarlo y se avisaban unos a otros para cogerlo.

Pachi no tenía grandes conocimientos de pescador de agua dulce ni aparejos necesarios. No se ocupaba tampoco gran cosa de las disposiciones oficiales ni de las prohibiciones. Quizá al principio, cuando se estableció con su hija en la Peña, dejando el caserío, la gente de las pocas casas de alrededor pensó que era un tipo loco, pero luego se fueron acostumbrando a él.

Desde su casa de la Peña, como estaba cerca de Elguea, solía ir a un tabernucho, en donde algunos hombres le llamaban en broma, unos *el Capitán* y otros *el Almirante*.

Cuando volvíamos en días oscuros, con el horizonte sombrío, ante estos acantilados negruzcos, con sus agujeros y sus promontorios entre la bruma; cuando pasábamos la barra y veíamos la resaca que arrastraba las arenas; cuando en las casas del puerto comenzaban a brillar las luces en las ventanas y al acercarnos a la casa de la Peña veíamos salir de la chimenea el humo negro que arrebatava el viento, entonces él se frotaba las manos y decía:

—¡Eh, Manish! Ya nos estará haciendo la cena Erica. ¿Eh?

—Sí.

El juego de los colores, de la tierra, del mar y de las nubes le dejaban a Pachi indiferente.

Dentro de la casa, con la puerta bien cerrada si había marejada, el viejo se sentía más contento que nunca.

No parecía que Bretaña hubiese cometido en su vida de marino grandes desmanes, pero tenía una moral como si los hubiese cometido. De mozo y de hombre, al parecer, vivió teniendo como norma la suspicacia y ya no podía cambiar.

Al último le arrastraba el recuerdo de su vida antigua de aventurero. Le había pasado como a muchos marinos, que al principio de quedarse en tierra se aburren, pero transcurridos los años, la idea de volver a navegar les da horror.

No le impresionaba el contraste de los días tranquilos y suaves, en donde el mar reposa, con esos otros en donde tiene un color lívido y un aire amenazador. Yo creo que no sentía ni el calor ni el frío. Por lo menos no se quejaba nunca. Él se consideraba contento cuando dormía arrullado por el ruido del viento, que parecía el mugido de un toro furioso. La casa, defendida por aquella roca, el tejado de piedra y de plomo, que resistía los vendavales, y el tubo de la chimenea de hierro que echaba bocanadas de humo negro, le daban una idea de seguridad y de bienestar.

El cuarto principal de la casa de la Peña era todo: cocina, comedor y sitio de reunión. La chimenea era baja y bastante grande. En las alcobas cabía la cama, una silla y una caja o arca.

Pachi y los demás nos ocupábamos constantemente en recoger leña de toda clase, ramas de árbol, tablas, listones que iban por el río, y luego guardarlo en el almacén.

En el invierno solíamos estar días enteros sin salir de casa, más que para recoger la leche y el pan.

Algunas veces el cielo se ponía de color de tinta y el agua de la lluvia corría por el cristal de la ventana de la cocina.

Durante meses enteros rugía y silbaba el viento; pero la casa de la Peña, agazapada detrás de la roca, estaba segura. El viejo andaba por el día de acá para allá dentro de la casa; luego por la noche se acercaba al fuego y tomaba una copa y decía con sorna: «*Bota bigarrena*» ('Echa la segunda').

Después encendía la pipa y añadía con fuerza: «*Oraiñ erré*» ('Ahora a fumar').

Cuando las gotas de lluvia o de granizo sonaban en el tejado como un tambor, Pachi decía, frotándose las manos: «Ahora los demonios, las brujas y los *inchisuac* andan por ahí desatados, y nosotros aquí firmes y al lado del fuego».

Era un viejo loco aquel Bretaña.

De él se podía decir lo que él decía de algunos otros viejos: «*Zarrago soroago*» ('Más viejo, más loco').

Los días de fiesta Pachi se ponía elegante y por la mañana iba al pueblo.

Si hacía buen tiempo, después de comer subía al alto de la roca y solía estar con su antejo de marino contemplando los sitios lejanos. Cuando volvía de mirar con el antejo y estaba alegre solía cantar:

*Cadet Rousselle a très beaux yeux  
L'un regarde à Caen, l'autr' à Bayeux.  
Comme il n'a pas la vue bien nette  
Le troisième c'est sa lorgnette  
Ah! ah! ah! mais vraiment  
Cadet Rousselle est bon enfant.*

¿Qué hacía en su observatorio? No era fácil saberlo. Su hija Erica decía: «Nada, no hace nada. Son tonterías».

Después de las observaciones se marchaba a la taberna del pueblo. A la *traena*, decía él.

Solían reunirse en una taberna de una calle estrecha debajo de un arco al lado de una prendería, y allí solían tener su tertulia los días de fiesta.

Por la tarde, cuando por algún motivo cualquiera no había fiesta en el prado de Padura Berri o en Gaztañalde, solían ir algunos chicos y chicas a la explanada de la



Peña del Anzuelo y yo tocaba el *chirol* o el silbo y ellos bailaban hasta cansarse.

Luego entrábamos en la casa, cenábamos y cada cual marchaba a acostarse. El viejo bebía más que de costumbre e iba trompicando a la cama. Erica no se ocupaba del ruido ni del rumor de las olas y yo dormía tranquilamente.

En la primavera, Erica, en cajas y latas ponía plantas de rosas, claveles y geranios que adornaban la terraza de la casa de la Peña.

La casa nuestra daba por un balcón hacia el río. Este balcón se cerraba en invierno. A los otros lados, las paredes no tenían más que ventanas muy chicas. En una de estas paredes se extendía una parra.

La casa estaba muy bien protegida por la roca Amuaitz, como agarrada a ella, defendida contra el viento del mar.

La casa, según algunos, era resto de una antigua atalaya, *talaizarra*, construida en la roca. Desde la explanada tenía una escalera para bajar al camino que iba hacia la lengua de tierra por el puente pequeño llamado Zubichiqui y otra más tosca que bajaba hasta la orilla del río.

Por la mañana aparecía Erica en la cocina y ponía al fuego un puchero. Yo, mientras tanto, salía entre las niebla espesa y bajaba a coger la lancha o el bote, a preparar lo que debíamos llevar para marchar al puerto a la hora de la marea o a pescar. La barca, la *Suranguilla*, tenía las velas remendadas con trozos de distintos colores: blancos, pardos y amarillos.

Volvía yo luego a casa, después de haber dejado la lancha dispuesta para partir, y tomaba un cuenco de leche con pan que Erica tenía dispuesto.

Después, Erica preparaba otro puchero con legumbres, que dejaba junto al fuego, y salíamos los tres de casa. Entrábamos en la lancha. El viejo se ponía generalmente en el timón. La barca empezaba a deslizarse llevada por la corriente de la ría que la arrastraba hacia el mar. A esta hora era para nosotros muy fácil el viaje. Bajábamos al puerto. Solíamos llevar sacos de harina, de cemento y leña y a la vuelta carbón. Cuando el pueblo dormía y sus calles estaban desiertas, pasábamos nosotros por los negocios de contrabando.

Marchábamos con la marea baja; pero a veces nos retrasábamos y no podíamos aprovechar la marea alta, y entonces, si el viento no era favorable para remontar el río y hacía buen tiempo, el viejo anclaba cerca del islote o de alguno de los bajos y echábamos las redes, y al cabo de unas horas después de la pesca volvíamos a navegar.

A Pachi le preocupaban esas rocas del fondo del mar que rompen las amarras y que los marinos llaman ratones.

LOS DÍAS DE INVIERNO eran un tanto sombríos. Casi de noche, yo me levantaba medio dormido de la cama y atizaba el fuego de la cocina revolviendo la ceniza que había quedado del día anterior, echaba ramas secas en el rescoldo y encendía un candil. Muchas veces el viejo Pachi, que se despertaba pronto, me tenía que llamar porque estaba completamente dormido.

Solía cantarme en broma:

*Mutil, mutil,  
jaiqui ari.*

(‘Chico, chico, levántate.’)

Cuando no tenía trabajo ni ganas de moverse y además hacía buen tiempo. Pachi marchaba con su caña y aparejos a una roca de la desembocadura del río y pescaba chicharros y berdeles.

El viejo se lavaba la cara a lo gato, desayunaba habitualmente con un trozo de carne o de pescado que quedaba de la cena y una copa de aguardiente, y Erica y yo con un cuenco de leche y una torta de maíz.

Los días buenos, Erica y yo cogíamos la lancha e íbamos fuera del río, cerca del islote de Lúzaró, entre las rocas, y cogíamos cangrejos, centollas y percebes con el zalabardo.

Explorábamos con un gancho las rendijas entre las peñas y las lajas de los acantilados.

En algunas de aquellas rocas negras había pasadizos y agujeros, en donde con frecuencia se refugiaban carramarros, langostas y quisquillas.

Yo, con un palo, lo metía en los agujeros de las rocas, y ella con la red, el zalabardo, intentaba coger lo que salía a flote, que era de todo; a veces pulpos, a veces cangrejos.

Hacíamos más gimnasia que un titiritero, andábamos por las rocas y yo le daba la mano a Erica para que pudiese subir a la parte alta.

También se hacía una pelota erizada de anzuelos, atada con una cuerda y llenos de lombrices. Se echaba así la pelota al mar y volvía con tres o cuatro cangrejos. En los buenos tiempos de otoño pescábamos calamares con el palangre.

Yo ponía también cuerdas para las anguilas y otarras para la langosta en sitios profundos y rocosos. También pescábamos quisquillas con la red semicircular sujeta a un mango.

Si se andaba con los pies desnudos había que tener cuidado con el traquino escondido en la arena, al que llaman *sabirón* en el país, pues tiene un arete en la espina dorsal que hace heridas en los pies, muy dolorosas.

En la lancha y con buen tiempo pescábamos lubinas y lamotes y cuando teníamos demasiados los vendíamos a algunos recadistas que iban al pueblo.

Dos o tres veces tuve la sorpresa desagradable, al pescar unas rayas o tremielgas, que parecían un trozo de piel inmóvil de color de rosa, de que al tocarlas me soltaron una descarga eléctrica que me dejó espantado.

Teníamos en la Batería una tina con agua, bien tapada, y allí guardamos varias veces pulpos vivos. ¡Qué bichos! Tenían un color blanquecino y unos ojillos negros y brillantes y un pico como de loro. Les brillaban los ojos de noche. Si se les sacaba fuera del agua no podían respirar y movían un saco que tienen, que debe ser algo como el pulmón, como si se estuviesen ahogando.

En cacharros de cristal, yo tuve también anémonas que parecían flores de girasol, y estrellas de mar, que cuando estaban vivas eran como pulpos en miniatura.

También tuvimos en la tina esos cangrejos que llaman bogavantes, con sus dos terribles tenazas, que parecen escarabajos, blancos de gran tamaño.

En los días malos del invierno se salía a pescar rara vez. Al final de mayo se comenzaba a hablar en la casa de que aparecían en el río los salmones y las truchas y a veces se pescaban algunos valiéndose de redes o de otro artefacto prohibido.

Julio y agosto eran los meses en que todos los de la casa de la Peña nos dedicábamos exclusivamente a pescar y Pachi y Erica hacían conservas. En septiembre se seguía pescando, pero ya en octubre se abandonaban estas tareas y venían las faenas agrícolas.

El padre y la hija habían hecho una división práctica de los trabajos de la casa. El padre, unas temporadas trabajaba como gabarrero, otras salía a pescar y vendía la pesca en parte y en parte la guardaba para la familia. La hija trabajaba cuando llegaba el tiempo en el campo; yo le ayudaba. Los dos cultivábamos un maizal de la orilla del río y una huerta pequeña próxima a la casa. También Erica solía a veces ir en un carrito de casa haciendo recados.

Pachi Breña y Erica vivían bien, pero la soledad les había hecho muy salvajes y no se trataban con los vecinos, a quienes despreciaban profundamente. El padre y la hija creían que todo el que aparecía por los alrededores de la Peña iba a estorbarles y a usurparles algo. Yo, acostumbrado a esta vida solitaria, me iba contagiando y me parecía que todo el mundo era un enemigo.

Uno de los que aparecían casi todas las semanas en la casa era un mendigo que tenía el apodo de *Tricua* ('El Erizo'). Vestía anguarina y sombrero ancho y la manga de su capote la llevaba atada, convertida en bolsillo.

Tricua era un poco misterioso, quizá un poco brujo, y había sido guerrillero en la guerra de la Independencia. Era un viejo que parecía ser la síntesis o la quintaesencia

de los mendigos del campo vasco; tenía los ojos pequeños y vivos, la nariz corva y rojiza y el bigote y la barba blancos, como de lana. Usaba una montera oscura en la cabeza, el gabán ancho y pardo, y llevaba en la mano tostada, como bastón, un cayado de espino blanco.

Había varios viejos mendigos que pasaban por allí, con barbas blancas, sombrero ancho destrozado, anguarina parda, cayado blanco en la mano y con frecuencia un saco a la espalda. Rezaban alguna oración y se iban.

Solía pasar por la casa cada tres o cuatro meses un buhonero viejo vasco-francés, con un caballo blanco. El buhonero nos proporcionaba algunas cosas que nos faltaban.

A este buhonero viejo se le llamaba *Chori* ('el Pájaro') y al caballo blanco él le decía *Cascabel*.

Chori pensaba retirarse pronto con su caballo a su pueblo, que era Basusarry; pero se conoce que al llegar la temporada de buen tiempo no podía resistir su deseo de dar su vuelta por el País Vasco español y con su caballo viejo emprendía el viaje. El último verano que estuve ya no apareció.

Chori era un labortano, y, como decía el conde de Guiche, los labortanos son gentes siempre locas y con frecuencia ebrias y hombres más ligeros de cabeza que de pies.

Chori, a pesar de ser viejo, parecía tener menos juicio que *Cascabel*.

Erica era muy amiga de *Cascabel* y le daba zanahorias y remolachas, que el caballo blanco comía con mucho gusto.

Otra persona que se presentaba con alguna frecuencia en la casa, sobre todo si había algún enfermo, era una mujer vieja de un caserío, que se llamaba Názaria, en vasco la *Nashari*. La *Nashari*, misteriosa en sus asuntos, recomendaba remedios raros y era medio curandera. Hablaba mucho de las postrimerías del hombre; muerte, juicio, infierno y gloria, y le daba a esto mucho misterio. Tenía largas conversaciones con Pachi Bretaña, que siempre le regalaba algo, un queso o un poco de maíz. Pachi se sentía generoso con ella.

En nuestra casa, en semanas y en meses no entraba nadie, ni siquiera el médico, porque si alguno estaba enfermo se curaba tomando cocimientos de hierbas.

Padre e hija se trataban bastante rudamente. La hija se burlaba de las muchachas de los contornos que tenían amores con jóvenes, que a ella le parecían pequeños y ridículos. Erica miraba a los hombres que la galanteaban con desprecio. Cuando le decían que les chocaba que fuera tan blanca y rubia, ella decía que en el rincón donde estaba su casa, a la salida del río, daba tan poco el sol, que por eso, sin duda, había salido tan descolorida y tan rubia.

Era una fantasía suya, porque Erica había ido a la casa de la Peña ya de mayorcita.

Erica no era una muchacha melindrosa, ni mucho menos; lo mismo acompañaba a su padre a cargar los sacos de cemento, que a pescar, que iba con el carro, con los pies descalzos y el pañuelo en la cabeza, o se la veía bajar de un cerro próximo con grandes fajos de hierba cortada sobre la cabeza y la guadaña al hombro.

Cuando era necesario se subía a los árboles a coger la fruta o vareaba los nogales para echar las nueces.

La educación de Erica había sido descuidada; no sabía apenas leer, no había ido a la escuela. Desde chica había acompañado a su padre, y cuando murió su madre, que era la que trabajaba en el campo, ella le sustituyó. Entonces tuvo que tener alguna relación con los campesinos que trabajaban en los campos de alrededor de su maizal, unas veces para sembrar y otras para escardar o recoger el maíz.

Muchas veces padre e hija tenían riñas bastante agrias.

—Bebe usted demasiado, padre —le decía ella.

—¡Bah! Gracias a eso ha podido uno vivir. Si no hubiera sido por el aguardiente, la *patharra*, ya me hubiera muerto hace tiempo. Los marinos somos de otra raza que los demás. ¡Arrayúa! ¡Cómo ha andado uno! La fiebre y el hambre, y el trabajo y el naufragio, todo lo ha podido uno sufrir con el aguardiente..., si no ya estaría uno sirviendo de alimento a los peces. ¡Ah! Que no beban las mujeres y los labradores..., pero nosotros...

Algunas veces Pachi le decía a su hija:

—Tú ya estás en edad de casarte. Luego, si no te casas, no vayas a decir que ha sido por culpa de tu padre.

—No; eso yo no lo diré nunca. No me importan nada los hombres; ni yo a ellos les importo tampoco nada.

Esto no era del todo verdad, porque Fermín Gorri, *Fermincho*, el piloto de Elguea, que era hombre de buen aspecto, de unos cuarenta años, que se ganaba la vida muy bien, le había mandado un recado por la Nazaria, por si quería casarse con él, y ella no había aceptado.

—Te vas a quedar *nescazarra* ('solterona') —le decía Pachi.

—¡Bah! Mejor —contestaba ella.

Pachi tenía un conjunto de máximas y de refranes para su uso particular, unos en vascuence, otros en castellano y otros en inglés.

También señalaba con palabras de marino los utensilios de la casa. Llamaba al farol el disco, a los hilos que sacaba deshaciendo cables viejos, la filástica, etcétera, etcétera.

Pachi, con las antiparras en la nariz, remendaba sus ropas viejas. Erica no quería hacerlo.

—¿Por qué no compra usted otras cosas, padre? Eso ya no se puede remendar. Está ya inútil. Es perder el tiempo.

—Bueno, bueno, ya lo haré yo. —Luego añadía—: En la vida hay que hacer como con la ropa vieja. Se aprovecha el trozo que se puede. Cuando ya no se puede

aprovechar nada, al *putzu* (es decir, al ‘agua’).

Los domingos y los días de fiesta que yo no tenía nada que hacer jugaba a la pelota y me puse a aprender el acordeón con un chico de Padura Berri, y lo llegué a aprender bastante bien.

VII  
VIEJAS HISTORIAS

PACHI, EN NORUEGA, se había casado con una muchacha del país, Erica, y había vivido con la familia de ella.

—¿Cómo se entendía usted con los noruegos? le pregunté yo.

—Hablábamos inglés con pocas palabras. Mi mujer sabía también francés.

—¿Cómo la conoció usted?

Entre las mujeres que iban a descargar el pescado del barco conoció a la madre de Erica. Era una muchacha hija del maestro de escuela de la aldea; pero en aquel pequeño poblado del norte de Noruega todos los mozos y mozas trabajaban en las industrias de pesca, que era lo único que daba dinero. Bretaña se casó con la muchacha y a los tres años de casado su mujer murió. Entonces Pachi fue con su hija a San Juan de Luz y poco después se marchó a Fuenterrabía, donde aún vivía su madre, ya muy vieja, y le hicieron una boda con una muchacha de Elguea, y fue a vivir a este pueblo, y al quedarse de nuevo viudo, dos o tres años más tarde, no quiso salir ya de España.

Más de diez años vivió Pachi en el caserío de Padura Berri, cerca de Gaztañalde, hasta que se separó de su cuñado, con el cual no se entendía bien.

Pachi, que tenía dinero guardado, compró la vieja atalaya de la Peña del Anzuelo y se fue a vivir con su hija, que tenía por entonces quince o dieciséis años.

Yo le decía:

—Mal genio ha debido usted de tener para reñir con todos.

—No creo. Los hermanos de mi mujer tenían una pesquería en la aldea noruega y fui yo el que dirigía la pesca de sardina y de arenque. Hicimos buenos negocios, pero mis cuñados querían quedarse con la parte del león y yo protestaba. A pesar de esto pasamos días buenos. Las fiestas de Navidad eran allí muy alegres. Vivíamos en la casa medio tapados por la nieve, cantando y bebiendo. Era tan difícil llegar a la casa de la pesquería que los que querían entrar silbaban de lejos o tiraban pelotas de nieve a la puerta.

Así pasé tres años; pero cuando murió mi mujer hice las cuentas con mis cuñados y dejándolos me fui a Francia.

—¿Se entendía usted bien con los noruegos?

—Sí. Es buena gente. Luego las palabras de vascuence se parecen algo a las noruegas. Por ejemplo, los noruegos, en sus cuentos antiguos, hablan de una fuente santa, la fuente de Ur. Yo les decía que *ur* en vasco es ‘agua’. También me decían que un dios suyo se llama *Vidar* y una diosa *Iduna*, una gigante *Erboda*, un cazador *Belche* y que había unos enanos hijos de *Invalde*, un enano *Onar* y otro *Eikinsiálde*. Me chocaba que entre los nombres de los personajes o guerreros había nombres que parecían vascos. No sé por qué será eso.

Los noruegos le sorprendían a Pachi.

—A veces —decía—, con la superficie del agua helada, la gente de esos países solía pescar con red.

—Pero, ¿cómo? —le preguntaba yo.

—Se hacen rajaduras en el hielo aquí y allá y se meten las redes y se emplea mucha gente. Yo no he tomado parte en esa pesca, me hubiera helado; pero vi que una vez se sacó mucha. La gente se arregla de la manera más rara para buscar la comida, y no hay animal que resista como el hombre resiste a todo. Yo creo que si pudiera ir a la Luna viviría también.

Pachi tenía unas ideas sobre los mares formadas por lo que había oído a marinos, y hablaba de las simas del Golfo de Gascuña, como esa que llaman *Le Gouf de Cap Bretón*, que debe ser de las más profundas del Golfo.

Pachi creía que sabía mucho de la emigración de los peces. A alguno le había oído hablar de eso; sabía que los salmones, las hembras y los machos, venían del mar a poner los huevos en los arroyos y en los ríos en donde hubiera agua dulce, y que cuando engordaban las crías se marchaban al mar. Lo mismo les pasaba a los sábalos, que aquí en San Sebastián llaman alachas, y también a las lampreas. En cambio, a las anguilas les pasaba lo contrario, según Pachi. Vivían en agua dulce y ponían los huevos en agua salada. Respecto a las angulas, no sabía lo que eran, porque algunos le habían dicho que eran crías de merluza y otros de anguilas.

—Era hombre curioso —le dijimos a Manish.

—Muy curioso.

Cuando algún marino hablaba de América o de África y del mar azul y del cielo sin nubes, Pachi decía:

—Eso no es mar, ni es nada. Mar de señoritas. Hasta vergüenza me daría a mí haber navegado en un mar de esa clase.

Todo lo que no fuera viento, temporales, hielos, ballenas y fríos le parecían niñerías.

Se veía que cuanto había oído Pachi en su vida lo había guardado en la memoria como conocimientos que le pudieran servir con el tiempo, y cuando los explicaba en la taberna tomaba un aire de profesor.

Si le llevaban la contraria se incomodaba.

Puede ser que en esto hubiera fanfarronada, pero Pachi decía que de joven en ningún lado estaba tan a gusto como en un barco en el mar, y si el tiempo estaba duro y el viento silbaba en las jarcias, se sentía más a gusto aún. Ahora, para encontrarse bien a bordo —según él— había que tener el pie marino; si no se tenía el pie marino, ya se podía estar veinte años en el mar; no se conseguía nada.

El viejo no podía vivir sin el olor del mar. Lo respiraba con delicia y hasta el olor de las algas podridas le gustaba.



En uno de los barcos donde él navegó había, según contaba, un marinero que tenía las dos piernas de palo y corría y bailaba sobre ellas como si fueran propias, y era hombre de buen humor.

—Un tipo así —añadió Manish— he visto descrito en una novela del capitán Marryat.

Contaba también —siguió diciendo el pelotari—, yo creo, la verdad, que era una fantasía, que él vio un pulpo inmenso que luchaba contra algunos animales marinos, cachalotes o tiburones. Era como un conjunto de serpientes de más de un brazo de gruesas y tenía los ojos grandes, brillantes, terribles, negros, con una mirada fija y tan grandes como un puño.

—¿Pero no sería que la impresión le haría ver al pulpo más grande de lo que era? —le pregunté yo.

—No, no; lo vi, lo vi. Estoy seguro. Otros lo vieron también, pero al contar la historia exageraban. El pulpo era blanco y los animales que le atacaban negros.

—¿Y quién perdió en la riña?

—El pulpo debió de perder, pero nosotros no nos detuvimos para ver el final de la lucha, y además todo el mar de alrededor estaba negro por la tinta que había echado el pulpo.

Un día que fui a Elguea a ver al maestro Echezarreta —aseguró el pelotari—, que seguía siendo amigo mío, le conté lo que decía Pachi Bretaña. Él me replicó:

—No se sabe todavía bien lo que hay en el mar, y algunos dicen que esas mismas serpientes de que se ha hablado puede ser que existan de verdad.

Pachi Bretaña decía que era cierto que estos animales monstruosos no se veían más que rara vez. Él aseguraba que había visto a una orca enorme que se echaba con furia sobre bandas de marsopas.

Un marinero que había estado de ballenero en los mares del Sur aseguró que había visto una especie de jibia, que se llamaba diablo, que saltaba por la superficie del agua.

Unas semanas después, un domingo que fue Pachi a Elguea a la taberna y se encontró con un marino aventurero que había navegado por los mares del hemisferio Sur, el hombre aquel dijo que en estos mares había un animal terrible: la manta, del que hablaba con horror. La manta del mar envolvía a la persona que cogía y la hacía desaparecer.

Cuando oyó contar esto Pachi quedó asombrado. No había oído nunca hablar de esa manta y decidió después con gran cólera que era una fábula.

SEGÚN PACHI, DE JOVEN, en ningún lado estaba tan a gusto como en el mar y si hacía mal tiempo y el huracán rugía con furia más contento aún.

Muchas veces Breña tomaba un aire misterioso y satisfecho, como si tuviera un secreto importante que guardar o como si hubiera hecho un descubrimiento, y esta actitud molestaba a Erica, que creía que era una petulancia ridícula e insoportable.

Al último, en Pachi todo eran gestos y guiños maliciosos, que parecían decir muchas cosas y no decían nada.

Yo creo que a Pachi Breña le hubiera gustado hacer cosas para alarmar y llamar la atención de la gente.

—¿Qué clase de cosas?

—¡Qué sé yo! Venir con un barco grande, con velas blancas, y subir sobre él y hablar con una bocina, decir que en la casa aparecían fantasmas...

—¿Era un poco histriónico?

—Yo creo que sí. Tenía mucho amor propio y un deseo de distinguirse extraño.

—Debía de tener personalidad.

Pachi tenía mucho orgullo en creerse un gran marino y un aventurero y pensaba que la gente quería regatearle esta condición suya de hombre a quien le habían ocurrido en sus viajes sucesos raros.

—Yo comprendo esta manera de ser entre los cantantes y los cómicos, a los que he conocido en mis viajes, pero en un marino...

—Todos somos lo mismo —dijo Armendáriz.

Pachi fumaba en su pipa con satisfacción y hundía el dedo en el hornillo de la pipa. Otras veces se quitaba la pipa de la boca y la golpeaba sobre la mesa. Cuando metía su dedo pulgar en su pipa negra, decía:

—*Orañ Erre* (Ahora a fumar).

Al contar sus campañas de pescador improductivas tomaba su rostro un aire de compasión y de desprecio que no se comprendía a quién o a qué se dirigía, si a la suerte, a las esperanzas fallidas o a las tripulaciones.

Hablaba también del aburrimiento de los marinos, de las ganas de embromar a algún novato y de que no sabían divertirse.

Su traje de faena consistía en una elástica azul vieja, pantalones anchos, gorro rojo (el chano), botas altas y polainas. No usaba nunca zuecos ni abarcas.

Pachi y su hija Erica se entendían bastante mal y reñían por cosas sin importancia.

Para Pachi Breña, las mujeres siempre habían sido seres enigmáticos y absurdos, dominados por el capricho y la frivolidad, que se movían por causas que ellas solas conocían y que los demás ignoraban. Así, que lo mismo podían acertar que contradecirse de una manera loca. Cuando eran viejas eran peores y él había oído decir a un andaluz este refrán: «La mujer y la gaviota, cuanto más vieja más loca.»

La impresión que daba Erica era de una mujer huraña y orgullosa, que tenía un gran desdén por todo el mundo, empezando por su padre.

Las historias de este le aburrían.

«Ya las hemos oído muchas veces», decía con desdén.

El orgullo de Erica no era el mismo que el de las mujeres del pueblo. No presumía de riqueza ni de elegancia. No le importaba que la vieran mal vestida y descalza, ni llevar un saco en la cabeza o andar con el carro de bueyes.

Erica era una mujer inconsciente que se contentaba con vivir, con trabajar. Yo me figuro que tenía imaginación; pero era una imaginación dormida, aletargada. Toda su inteligencia estaba empleada en los detalles de lo cotidiano y de ahí no pasaba.

La vida aquella, que en una persona de lecturas podía exaltar la imaginación, en ella, que no leía nada, la aplacaba.

—Estas cosas —dijo Armendáriz— son como los vicios, que si no se cultivan no se desarrollan. Claro que hay personas que tienen más instinto para lo pecaminoso que otras; pero también es evidente que fumando una vez no se hace uno aficionado a fumar y que la primera vez que se bebe cerveza no gusta. Pero para eso tiene que haber un ambiente, un contagio; mas en un sitio como aquel, aislado, ¿qué contagio iba a haber?

—¡Ah! Ninguno. Erica no tenía amigas, no había leído nunca nada...

Erica había heredado de su padre la idea de que el hombre de la ciudad, el tendero, el empleado, era un pobre y miserable, un esclavo, cuya vida era una cosa ridícula.

Erica tenía una inocencia sin remilgos de ninguna clase. Si alguna vez se le abría la chambrá y enseñaba el cuello y el nacimiento del pecho, la cerraba sin hacer aspavientos.

Erica había tenido pretendientes. Uno fue el dueño de un molino próximo. De este hombre decían que era agote y que había llegado del Baztán. El hombre había querido casarse con ella, pero ella no había querido, a pesar de que era rico. Le

parecía un tipo humilde y bajo. El molinero agote había visto un día a Erica subida en el carrito y se había entusiasmado.

Pero ella le contestó con desprecio. Desde entonces, Erica decía que no quería andar con hombres, porque alguno salía con la canción de que quería casarse con ella y ella no quería casarse con nadie.

Erica decía que a ella le hubiera gustado mucho marcharse a otro país a ver cosas nuevas. No habían pensado mal los viejos en otro tiempo, según Pachi, cuando habían dicho que las mujeres iban montadas en palos de escoba o en chivos a los aquelarres, porque ellas eran capaces por la curiosidad de ir a ver al diablo.

Erica tenía unas carcajadas tan irónicas, tan desdeñosas y tan burlonas que se comprendía que exasperasen a su padre.

A mí me trataba muy bien, muy amablemente, pues me consideraba como a un chico. Tendríamos una diferencia de seis o siete años, pero en esa edad es mucho.

Pachi, en su desconfianza, suponía un poco gratuitamente que la gente de las casas vecinas de Padura Berri y hasta las de Elguea le espían a él con intenciones aviesas.

Cómo había llegado a tener la idea absurda de que las proximidades de la casa de la Peña eran suyas no llegué a saberlo; creía que todo el que aparecía por allí iba a espíarle a él, y decía:

—El mejor día yo les voy a dar un disgusto a esta gente.

—¡Qué tonterías! —decía Erica—. Le mandarán a paseo y le dirán que ellos pueden pescar en donde les dé la gana.

En la misma orilla del río, a menos de un cuarto de hora, en una chabola abandonada, solía acogerse una familia de gitanos que fabricaba cestas; una vieja y una mujer gruesa y morena, de tez oscura, de ojos brillantes y de pelo crespo. Pasaba esta moviendo las caderas y llevando cestas. La vieja tenía la cara muy expresiva, los ojos negros y una expresión de raza exótica muy acentuada.

Breña les compraba alguna cesta de mimbre, regateando mucho.

A pesar de la supuesta prudencia del viejo, muchas veces hablaba fuera de lugar de los asuntos de la casa y de la familia, y si se lo contaban a Erica, esta se indignaba, y entonces, sarcásticamente, repetía a Pachi todo lo que había dicho. Pachi se levantaba e iba contra su hija como una fiera, pero ella sabía esquivarle o meterse en su cuarto, y desde allí le gritaba: «¡Berritzu, berritzu, berritzu! (‘Charlatán’). ¡Buruaundi! (‘Cabezudo’)».

El viejo marino rugía de rabia, y a la mañana siguiente se había pasado el nublado y padre e hija no hacían la menor alusión a la riña pasada.



CUANDO PACHI TENÍA la ración de alcohol suficiente en el cuerpo, comenzaba a cantar para acompañar a los murmullos del viento. Su voz era ronca, pero el oído no era malo. Sabía, además de canciones vascas, algunas francesas e inglesas que había oído a los marineros en sus tiempos de pescador de altura. Una de las que cantaba era la de Malborough.

Solía cantar muchas cosas en burla, y entre ellas una canción sobre unos amores. El enamorado hablaba de la belleza de su amada y luego la veía en el campo, quizá ya vieja, y decía:

*Lendabícico pentzatunuben  
Eltze zar baten ote zen.*

(Al principio supuse si no sería un puchero viejo.)

A Erica no le hacían ninguna gracia estas bromas.

De las inglesas, Pachi cantaba la de la muerte de Nelson y otra sobre el almirante Benbow, que luchó contra los franceses. También sabía un aire inglés que tenía como estribillo: «*Good bye, farewell! Good bye, farewell!*» (Adiós, adiós, hasta la vista.) Algunas canciones vascas las cantaba en burla y solo en momentos de alegría y cuando tenía una copa de más. Una de ellas era la del *Caicu*, que decía así:

*Zu beti frascu Chomin tabernacoa  
Zuc icustera nator desiatoa  
Ay cer contentu ay cer alegre  
Ezcatzen dizu nere maitea  
Arrautzachuac eta caicu esnea.*

(Siempre tu frasco Chomin de la taberna. A verte a ti vengo con ansia. ¡Ay, qué contento, ay, qué alegre! Te pido, querido amigo, unos huevecitos y un cuenco de leche.)

Los días de fiesta, Pachi marchaba casi siempre a Elguea. Entonces vestía sombrero de hule, casaca azul sin faldones, con botones dorados de los días de sus buenos tiempos de marino. Algunos le decían que parecía una vieja fragata empavesada. Yo le veía como un capitán de barco de estampa con su cara atezada, su pipa y su manera de andar oscilante. Muchas veces, a la vuelta, al llegar a casa se impacientaba y decía:

—Bueno, Manish, saca el disco. Ábreme la puerta. ¡Rayos y centellas! Cathúa, ven pronto.

—Ya voy. Espere usted —le decía yo.

La cabeza del patrón era de una confusión del demonio, confusión de todas clases.

La palabra vasca que más empleaba Pachi era *amorratu* ('Rabioso').

Muchos refranes pesimistas usaban en su conversación y el más frecuente era este: *Usteac alde erdia ustel* ('La esperanza tiene la mitad podrida').

Su vocabulario era pequeño. Estaba siempre *nagatu* ('Asqueado'), *nardatu* ('Disgustado'), y creía que todo lo que se contaba eran *quezurrac*, o sea 'mentiras'.

Pachi era un viejo que había cerrado ya hacía tiempo su inteligencia a toda clase de novedades. Creía que sabía todo lo necesario para la vida.

Era gran coleccionador de refranes. En invierno recitaba uno sobre la Candelaria muy conocido: «Cuando la Candelaria plora, el invierno fora», que él lo decía en vascuence: «*Candelariya otz, negua potz, Candelariya beró, negua gueró*» ('Cuando en la Candelaria hace frío, el invierno fuera; cuando en la Candelaria hace calor, el invierno después'). En la primavera solía decir: *San Marcos aldera artuac lurrera* ('Hacia San Marcos, el maíz en la tierra'). También del día de San Marcos decía otro refrán: *San Marc balin baduc botazac ez baduc biltzazac* ('San Marcos, si tienes, échalo [el maíz]; si no tienes, búscalo').

*San Marcos astea, atzeco baño aurrecoa obea* ('La semana de San Marcos, mejor que la de atrás, la de adelante'). *San Lorenzo escu batean sua ta besteac urá* ('San Lorenzo en una mano fuego, en la otra agua').

Otros refranes relacionados con el tiempo empleaba: *Gatuac erotuqui jostetan ari biaramunian elurra* ('Cuando los gatos juegan como locos, al día siguiente hay nieve'). *Armiarmac beltzac jatzen denian euria* ('Cuando las arañas negras bajan hay lluvia'). *Ez jan ez lan* ('Ni comer ni trabajar'). *Goiz gorri euri daidi, arratze gorri eguraldi* ('Mañana roja, señal de lluvia; noche roja, buen tiempo'). Una frase graciosa que repetía era la de un buzo francés amigo suyo, que Pachi decía con malicia: «Al que ha visto mundo eso no le choca», y él no había visto más que el mundo submarino.

Los refranes castellanos, que también empleaba con más o menos oportunidad, se los había aprendido de su hijo, y al parecer los consideraba como la quintaesencia de la sabiduría.

El hijo había vivido años en Andalucía, primero de soldado y después de peón en una finca de Castilla.

Era raro cómo Pachi había llegado a adoptar los refranes oídos a su hijo. Se veía que era un hombre de inteligencia viva, y que allí por donde había ido había ido recogiendo lo que encontraba al pasar: «En la guerra como en la guerra: Nunca fiando»; «Dame pan y dime tonto»; «El miedo guarda la viña» («Aquí no hay viñas» —le replicaba Erica); «A perro viejo no hay tus tus»; «Bien está la piedra en el agujero»; «De noche todos los gatos son pardos»; «Cuando vayas por el camino no digas mal del vecino»; «A río revuelto, ganancia de pescadores»; «Justicia y no por mi casa»; «Los valientes y el buen vino duran poco»; «El vivo al bollo y el muerto al hoyo».

También le gustaba al patrón hacer solitarios con las cartas. Sabía varios complicados y les llamaba como les llaman los franceses: juegos de paciencia.



PACHI BRETAÑA tenía muy buena memoria para lo que había visto y oído en su juventud y recordaba anécdotas e historias, sobre todo de su época de marino, cuando había ido a la pesca del bacalao y de la ballena. Yo le oía con gusto; en cambio, Erica se impacientaba con los cuentos y le decía que se los había oído muchas veces.

Pachi decía que su hija era descarada y *gormanta*. Yo supongo que esta palabra era la misma francesa *gourmande*, un poco cambiada de sentido.

El viejo contaba algo que era un recuerdo alterado de la batalla de Trafalgar. Él no sabía con exactitud dónde había ocurrido, pero hablaba del almirante inglés Nelson, a quien él llamaba *El Son*, y de un jefe español que había perdido la pierna, y que él decía *Churruc*. Este jefe, que era vasco, según lo que le contaron, al verse con la pierna cortada, la había metido en una barrica de serrín para no desangrarse y poder vivir y seguir mandando. Churruc no había querido la batalla, porque los barcos ingleses eran mejores que los españoles y franceses, y cuando se murió, los ingleses dijeron: «¡Lástima de hombre! ¡Era un sabio y un valiente! Hombres así no debían ir a la guerra.» La frase que empleaba Pachi para caracterizar a Churruc era llamarle *Guizon polita*, que literalmente en vasco significa ‘hombre bonito’, pero que quiere decir juicioso y amable.

El recuerdo de esta batalla, según Pachi, hacía que los marineros franceses e ingleses no se pudieran ver. Los ingleses valían más para el mar.

Los hombres que iban al banco de Terranova y que habían estado en Trafalgar, y que tenían cuando les conoció Bretaña cuarenta o cincuenta años, discutían con rabia sobre la batalla esta, sobre todo entre franceses e ingleses. No había entre los balleneros españoles más que algunos vascos, y estos no discutían cuestiones políticas.

«*Inguellesac zacurrac dire*» (‘Los ingleses son perros’), decía Pachi; pero esto no quería decir desprecio, sino más bien admiración.

Yo hablaba mucho con el viejo. Él me tenía simpatía. Le preguntaba de cosas antiguas que había visto y le pedía su opinión. Muchas veces, cuando me contaba algo malicioso sobre su familia y sobre la de su mujer, me hacía la advertencia:

—No le digas nada a esa, porque se incomodaría.

Se refería a Erica.

—No; no tenga usted cuidado —le aseguraba yo.

Pachi me contó cosas de cuando era niño y sus aventuras de marino y de pescador de ballenas. Explicaba muy bien cómo se reunían los barcos pesqueros y lo que hacían cuando aparecían señales de tempestad. A veces, según decía, se pasaban semanas enteras huyendo en alta mar con las nubes negruzcas que venían de

Poniente, y cuando tomaba todo mal aire había que atar al timonel a la rueda del timón y reemplazarlo cada dos o tres horas.

Entre los marineros se distinguían dos clases: la primera de los mozos y la segunda de los compañeros. Estos eran los timoneles y en cada barco grande de comercio o de pesca, casi siempre había por lo menos cuatro.

De ellos se elegía el contraмаestre cuando el que había se iba o desaparecía. En algunos barcos el contraмаestre era el segundo piloto.

El viejo Pachi hablaba con horror de la vida de su juventud de pescador de altura. Iban en barcos relativamente pequeños y con dotaciones grandes, de treinta y cuarenta hombres. Su vida era muy incómoda; se comía mal, se dormía mal, se trabajaba mucho, y a veces, al terminar el viaje, el sobrecargo les hacía trampas en las cuentas.

Él hablaba de sus compañeros, de uno que se había puesto gordo como una ballena llena de aceite y a quien le llamaban *Falstaff*. Todo el mundo en los barcos tenía apodo, y solía haber *el Esqueleto*, *el Doctor Pinch*, *el pequeño Tom*, etc. Después contaba fantasías de los primeros vapores que había visto en América.

—Eso sí que es cosa de ver —decía—, el que con agua y con carbón los barcos vayan navegando.

Las ideas geográficas de Pachi no creo que fueran muy claras ni muy precisas. Había oído algo de la corriente del Golfo, del *Gulf Stream*. Creía que el Polo era de piedra imán y por eso la brújula miraba al Norte. Tampoco eran claros sus conocimientos zoológicos, que se mezclaban con fábulas.

Para él, el bacalao era inocente como un niño, la morsa era valiente y noble, la ballena sentimental y el pulpo el receptáculo de todas las astucias y las maldades de los animales del mar. Peor que los pulpos y que los tiburones eran las personas, y cuando contaba lo que había visto en sus viajes, decía: «La gente es como las víboras».

Usaba en la conversación, sobre todo cuando hablaba de su época de marino de altura, palabras inglesas y vascas.

Sin duda en su juventud y cuando navegaba había sabido algo de inglés con muy poco repertorio de palabras.

Decía que muchos barcos antiguos no tenían puente. Se construían con unas maderas fuertes magníficas. La cámara estaba hecha en parte de teca, madera de la India que no se carcomía nunca, y en parte de caoba.

Las cámaras eran brillantes, con sus ventanas redondas.

—¿Y la bitácora, cómo es? —le preguntaba yo.

—La bitácora es como un armario redondo donde va el compás (la brújula), el cronómetro y la luz para que vea el timonel.

A la brújula, los marinos la conocían corrientemente por el compás y por la aguja de bitácora. Los vascos la solían llamar *itsasorratza*. Al reloj de arena le decían la *ampolleta*.

—¿Y la brújula es siempre segura? —preguntó una vez Erica.

—Yo creo que debe serlo —dije yo.

—Pues no —replicó Pachi, como haciendo una concesión desagradable para él—. A veces pierde la dirección al Norte, no se sabe por qué. Entonces, entre los marinos se dice que la aguja está loca.

A la corredera para medir la velocidad del barco le llamaba *log-line*, como los ingleses, o solo *loch*, como los franceses. Al timón le llamaba *rudder*; a la vela *sail*; *whale* a la ballena; *whale-bone* a la barba de este cetáceo; *wharf* al muelle; *warehouse* al almacén; *gallipot* a una jarra vidriada, y *drunk* a un borracho.

Pachi era muy orgulloso y a veces se incomodaba porque en la taberna algún marino le había dicho algo que él consideraba una impertinencia.

—¿Qué son esos marineros de Elguea para mí? —decía—. Nada. ¿Que alguno ha estado en América? ¡Vaya una cosa! Yo he estado en Groenlandia y en Islandia, en el Canadá, en el Banco de Terranova y en el Estrecho de Davis. Que pregunten a los marinos viejos de San Juan de Luz por Francisco Bretaña y verán lo que les dicen.

—No haga usted caso —le indicaba yo.

—Marineros de agua dulce son todos esos, y pescadores de ranas.

La taberna de Paduri Berri estaba a la entrada del pueblo, en el camino a Elguea. Allí solía ir algunos días a charlar y tenía una reunión con varios aficionados al vino, jóvenes y viejos. Pachi cantaba con frecuencia ese zortzico que empieza diciendo: «*Fortunosa nizala baña, ni naiz fortuna gabía*» (Antes era afortunado y ahora no tengo fortuna). Un borrachín del pueblo, apodado *Cascagorri*, había hecho una canción dedicada a Pachi con la música de otra, titulada «*Ni naiz capitan pillotu*» (‘Yo soy el capitán piloto’). *Cascagorri* (‘cabeza roja’) es el nombre de esos pájaros pequeños e inquietos que andan en los árboles como los ratones.

A Bretaña la canción de su amigo *Cascagorri* no le ofendía, y él mismo la cantaba con frecuencia, sobre todo cuando había tomado una dosis fuerte de aguardiente.

La canción decía así:

*Pachi Bretañ  
zabel aundi  
guizon pizcor  
nabarbena  
patharraco zalia  
baita ardua.*

(Pachi Bretaña, tripa grande, hombre vivo, ansioso, aficionado al aguardiente y también al vino.)

Al casarse Pachi con su segunda mujer se estableció en el caserío de los padres de esta. El caserío se hallaba en la jurisdicción de Recalde. Bretaña no era amigo de trabajar en el campo y tampoco de poner el dinero que tenía en comprar tierras. Era vagabundo y tabernario.

Cuando volvía de la taberna todavía quería más alcohol y le decía a Erica: «Anda, echa una copa, la última (*azquenecua*)».

Erica protestaba y él la llamaba *Erguela* ('fatua'). Si me mandaba a mí y si yo me negaba me decía *Catu beratua* ('gato raquíptico').

Cuando ya no podía más subía a su cuarto trompicando, se quitaba las botas y se tendía en la cama.

PACHI, CON SU NATURAL inclinación por el agua, aunque no como bebida, al ir a vivir a la casa de la Peña compró una barca y se hizo gabarrero. La fundición de Recalde daba trabajo de transporte. Cuando no había, Pachi pescaba en el río y en el mar a poca distancia de la desembocadura. No hacía caso de las prohibiciones. Pescaba unas veces con red y otras con palangre.

Conocía todo el río y a veces llevaba a casa un hermoso salmón o una magnífica langosta, cuando no algunos barbos y truchas. También pescaba en el islote de Lúzaro y en los arrecifes próximos adonde iban los de Elguea a coger percebes.

Más de diez años vivió Bretaña en el caserío de Padura Berri, cerca de Gaztañalde, y al cabo de ese tiempo, como no se entendía con su cuñado, se fue a la casa de la Peña del Anzuelo, la arregló a su gusto y fue a vivir a ella con su hija, que tenía por entonces trece o catorce años. El viejo hizo obras con dos canteros amigos.

La explanada de la Batería tenía algunas losas rotas y la cerca en parte derruida. Las mandó arreglar. En algunas partes del pequeño istmo el agua roía la pared y el puente. Pachi mandó echar al pie bloques de piedra que hacían de rompeolas y que impedían que la parte baja quedara roída. De dónde sacó las láminas de plomo que puso sobre el tejado no lo decía. Algunos aseguraban que estaban guardadas en la antigua atalaya.

En el otoño, montones de ramas y de arena obstruían a veces la puerta de la casa y era difícil abrirla; pero entonces Pachi me hacía saltar por la ventana de la cocina y yo quitaba el obstáculo y amontonaba la leña en un rincón.

Pachi había marcado con alquitrán las alturas adonde había llegado el agua en la Peña en una tempestad que produjo una gran crecida del río.

PACHI SE LLAMABA DE VERDAD Francisco Bildosteguy. Su padre Gastón, por lo que decía, era un pescador de La Rochelle, convertido después en obrero del campo. Este hombre, que había estado varias veces en Terranova en la pesca del bacalao, fue a parar a San Juan de Luz, donde se casó con una muchacha, y luego se trasladó a Fuenterrabía. El padre era de origen gascón; pero, sin duda, había vivido en Bretaña y le llamaron de apodo *Bretaña*, apodo que heredó su hijo mayor.

No explicaba Pachi con claridad por qué le llamaban *Bretaña*, pero era un sobrenombre que le había seguido a todas partes.

Él mismo decía que al volver a Fuenterrabía, después de estar varios años en Noruega, al poco tiempo de llegar había pasado un pescador francés y le había dicho: «¡Adiós, Bretaña!», y al poco tiempo todo el mundo le llamaba Bretaña.

Pachi tenía una idea vaga de que su abuelo o bisabuelo, natural de Gascuña, había ido a establecerse a La Rochelle como marino. Esto era cuando la proclamación del Edicto de Nantes. Luego, con la revocación del Edicto por Luis XIV, anduvieron los de su familia dispersos y huidos por los pueblos de la costa hasta parar en San Juan de Luz.

Pachi se volvió a este pueblo al quedar huérfano.

Cuando Pachi encontró en su casa un ejemplar de una Biblia antigua y una copia hecha a mano del Evangelio de San Mateo en vascuence se quedó sorprendido. ¿Por qué el padre tenía esta Biblia y la leía y la comentaba? Entonces quiso enterarse y llegó a averiguar que sus ascendientes eran hugonotes o *parpailots*, como se les llamaba aún por entonces en Francia.

Pachi tuvo una gran sorpresa al saber que su madre era también de familia protestante. El padre de esta se había escapado de un pueblo de Gascuña y se había establecido de carpintero en Urruña y su madre había vivido en una casa *Chapitelabaita* de este pueblo.

Pachi, de joven, oyó contar a su padre sus viajes de ballenero y entonces se escapó de casa y entró de grumete en un barco.

El saber que su familia era protestante no influyó gran cosa en el carácter ni en las ideas de Pachi.

Sin embargo, como había convivido con muchos marinos que leían la Biblia, él hizo lo mismo por imitación y a veces citaba versículos con más o menos fidelidad y más o menos oportunidad.

ERICA, QUE ERA MALICIOSA, me llevó una vez al cuarto de su padre y me enseñó los libros que el viejo tenía guardados. Además de la Biblia y del Nuevo Testamento, heredados de su familia, tenía tres libritos escritos en francés, que al parecer no quería enseñar a nadie. Estos eran el *Gran Grimorio*, impreso en Nimes en 1823; *El Dragón Rojo*, en el mismo pueblo en 1825, con la figura de un diablo con tres cuernos y cola, una botella que echaba monedas de oro en la mano derecha y en la izquierda una trompa de caza, y el tercer librito *Las Verdaderas Clavículas de Salomón*, tesoro de las Ciencias Ocultas, seguidas de gran número de secretos y notablemente de la Gran Cábala: «En Menfis, en casa de Alibeck el Egipcio». Erica se reía de estos papeles que ocultaba su padre con cuidado.

Pachi, por lo que me dijo después, había adquirido sus libros de arte genetlíaco con la idea de explotar la magia, pero como era hombre inteligente, había visto que nada de lo recomendado en los libritos aquellos tenía eficacia y los despreciaba. Sin embargo, muchas veces me preguntaba a mí:

—Oye, Manish, ¿tú no crees en brujerías?

—Yo no sé; pero me inclino a pensar que son mentiras.

—Pues no, no; algo hay —decía él.

Pachi, al parecer, no tenía ningún miedo a estas cosas; más bien quería conocerlas para ver si podía explotarlas.

Quizá le quedaba, como a algunos aprendices de mago, la cólera de ver que todas las prácticas y procedimientos misteriosos no servían para nada. Tampoco servían las predicciones.

Bretaña creía mucho en el agua de San Juan, y decía que de joven no dejaba de bañarse este día en donde hubiera agua. Ya de viejo no le gustaba mojarse el cuerpo y todos los años, en la noche de San Juan, llevaba una jarra de agua del río y la guardaba. Este agua, según él, servía como un elixir y no se corrompía.

Contaba que, en su tiempo, las familias que tenían alguno en Terranova en la pesca, para saber la suerte del ausente, solían coger una vértebra con su parte de costilla de un bacalao y la echaban al aire y daban unos golpecitos en la mesa, y si la vértebra quedaba mostrando la parte cóncava para arriba era buena señal y si mostraba la parte convexa, mala.

—¿A ti qué te parece eso, Manish? —me preguntaba.

—¿A mí? Tonterías.

—A mí también.

Cuando Pachi oyó decir que el martín pescador colgado por el pico servía de veleta y que inclinaba el pecho hacia donde venía el viento, e hizo la prueba y vio que no era verdad, se indignó.

—¡*Guezurra aundiya!* ('Es una gran mentira') —dijo con rabia.

Creo que Bretaña, que había vivido en el País Vasco francés a final del siglo XVIII, se había contagiado con ideas republicanas.

Tenía guardadas algunas proclamas del tiempo de la Revolución escritas en francés y en vascuence, en donde las palabras nuevas como libertad, igualdad, tiranía, nación, etc., se destacaban en vasco con un aire raro y exótico. Estas proclamas estaban firmadas por Monestier del Puy de Dome, Pinet, D'Hiriart, Diturbide, Chaudron-Rousseau, Paganel, D'Aguerrezar, etc.

A mí me explicó lo que pasaba en tiempo de su primera juventud en el País Vasco francés, en Bayona y en San Juan de Luz. En la época de la Revolución en San Juan de Luz, Pachi había leído los bandos de los convencionales franceses, que comenzaban diciendo: *Franciaco Errepublikoaren iceanian* ('En nombre de la República Francesa'). Me enseñó cómo era el Calendario del año VII de la República en vasco, con los nombres que aún recuerdo.

Manish recitó: «Vendimiario = Mahaxte; Brumario = Lanhote; Frimario = Icozte; Nivoso = Elhurco; Pluvioso = Euricor; Ventoso = Aycedor; Germinal = Sapadun; Floreal = Lilidun; Prairal = Belhardum; Messidor = Bihilis; Termidor = Berolis, y Fructidor = Frutillis».

Me dijo que a Saint-Esprit, barrio de Bayona, los revolucionarios le llamaban Jean Jacques Rousseau; y a San Juan de Luz, Chauvin-Dragon, porque cerca del pueblo había muerto un soldado republicano llamado Chauvin que era dragón en el ejército. También recordaba que en cierta época en San Juan de Luz se prohibía bailar el fandango por motivos políticos, con lo que había discusiones y disputas en el pueblo.

La madrastra de Erica había sido nodriza de una niña rica, llamada Águeda. A veces iba a visitarla. Esta le tenía miedo a Pachi, con sus gritos, y le decía a Erica:

—Tu padre está loco.

Pachi decía de ella:

—Esa señorita *sistriña* no vale nada.

Esa palabra, *sistriña*, quiere decir en vasco 'encanijada' o 'insignificante'.

La señorita Águeda, que el viejo llamaba con desdén *sistriña*, era hija de una familia rica y tenía en Elguea una casa antigua. Solía ir con frecuencia a ver a Pachi y sermoneaba a padre y a hija porque iban poco al pueblo y se zafaban de todas las obligaciones sociales.

La Aguedita era pequeña, morenita y charlatana. Pachi se burlaba de ella por su cuerpo y su poca prestancia.

La Aguedita quería que Erica tuviera las ideas suyas, pero esta le oía como quien oye llover, sin darle la menor importancia. Le quería convencer de que debía aprender labores e irse al pueblo; pero Erica se burlaba de todo esto.



AUNQUE ÉL DECÍA QUE NO, Pachi tenía ideas muy contradictorias. Él creía que era muy práctico, y que únicamente le parecía verdad lo que había visto.

Yo le oí asegurar que hacía años se había visto de noche fuego en la torre de Santa Bárbara, en la otra orilla del río, y que este fuego no tenía aire de ser cosa buena.

También se decía que cuando Pachi se puso a trabajar con sus dos hombres alquilados para hacer una cueva que le sirviera de almacén en la Peña del Anzuelo, salieron varios huesos de personas y entre ellos dos calaveras. Pachi no quiso que las tiraran al río y fue una noche al cementerio y las echó adentro por encima de la tapia.

Aseguraba que en las encrucijadas próximas se celebraban reuniones de noche que tenían algo de brujería y debía ser verdad.

Un día me dijo que al principio de ir a vivir a la Peña, algunas tardes, al anochecer, en una piedra de la plataforma se veía una mujer que estaba hilando.

—¿Pero qué mujer? —le pregunté yo.

—¡Ah! No sé.

Contando estas cosas me alarmaba.

Con tal motivo el viejo hablaba de brujas y de ondinas.

Yo no sabía bien la diferencia que hay entre sirenas, lamiñas y ondinas, pero creo que la mayoría de la gente las confunde y considera que son lo mismo.

Bretaña decía que era lo más probable que todo lo que tenga un nombre exista. Alguna persona de buen juicio le había contestado que sí, que esto era verdad, si se refería a lo visto y a lo inventado. Con tal criterio era cierto que existen brujas y dragones y duendes. Pachi torcía el gesto y no daba su brazo a torcer. Se podría decir que no había brujas, ni duendes, ni dragones; pero al que los había visto, ¿cómo le convencerían de que no los había? «Pero hay gente que ve visiones» —le argumentaban—. «Esas son palabras» —decía él.

También contó Pachi que un hombre que había venido del pueblo por la noche, al pasar cerca del cementerio por el camino vio que le seguía un fuego fatuo. El hombre rezó todas las oraciones que sabía y cuando estaba enfrente de la Peña del Anzuelo el fuego fatuo desapareció. Unos, al contar el caso decían que la luz había ido al monte de Santa Bárbara, otros se explicaban todo pensando que el hombre venía de la taberna y que con el viaje se le fue la influencia del vino o del aguardiente.

También se aseguraba que en las proximidades se establecían campamentos de gitanos, que entre ellos había saludadores, y que en la encrucijada de Padura Berri, que tenía cuatro caminos, era donde se celebraban todavía los sábados brujeriles.

Pachi aseguraba que había leído la Biblia, pero yo no le vi nunca leerla. Habría leído algunas páginas. Sin embargo, recordaba una frase del Ecclesiastés que le

parecía de una gran sabiduría, y que yo recuerdo habérsela oído muchas veces: «Todos los ríos van a la mar y la mar no se hincha; al lugar de donde los ríos vinieron allí tornan para correr de nuevo.»

Pachi Bretaña conocía detalles de los naufragios célebres de su tiempo, desde el de la fragata la *Medusa* y el bergantín el *Neptuno* hasta el del navío el *Kent* y la goleta *La Aventura*. Sin duda, las tripulaciones de los barcos que iban a Terranova y a Islandia se amenizaban la vida contando las incidencias de los naufragios.

Él creía que toda la tierra era un imán o que en el Polo Norte había unas piedras imantadas. Del Polo Sur no se ocupaba, porque no había viajado por debajo del Ecuador.

Había pensado muchas veces que el fondo del mar debía de ser algo parecido al suelo de la tierra y que debía haber valles y montes y llanuras inmensas. Una gran llanura alta debía de ser el Banco de Terranova, donde él había ido varias veces a la pesca del bacalao. Era para excitar la imaginación el pensar en los montes, los picos, los desfiladeros, los pozos enormes hundidos todos en el agua salada y solo recorridos por monstruos.

Por lo que contaba, había tenido un aprendizaje duro en la vida. Había comenzado su oficio de grumete, *ontzi mutilla*, en un barco de pesca y contaba muchas miserias, mezcladas con extrañas fantasías.

Después de esta aventura entró en un barco danés que se llamaba *El Glarus*, a la pesca del bacalao.

El barco iba con muchas barricas y cubas de hierro para el aceite.

Como Pachi había tenido que navegar por los mares del Norte había conocido ingleses, noruegos y dinamarqueses. Contaba historias terroríficas.

No era chocante que estos marinos no fueran un modelo de padres de familia y que se marcharan después de comer lo que había en casa a los mares del Norte.

Esta gente, aficionada a las fiestas, al ruido, al vino, a las mujeres, no podía estar en tierra más que haciendo barbaridades.

Me contaba historias de marineros, de Walter, de Parry, de Little Tom, de Forster y de Toby; pero como yo no sabía detalles sobre estos tipos no me decían nada. Él, al recordar a unos se sonreía y se ponía de buen humor; en cambio, al pensar en otros se enfurecía y cerraba los puños de rabia.

Contaba cómo había visto en el mar ballenas grandes, tiburones, orcas, delfines y pulpos enormes, de dos y de tres metros de envergadura. En las tierras polares había estado en campamentos en medio de la nieve, bloqueado por osos blancos, morsas, renos y focas.

—Y las focas, ¿qué clase de bichos son? —le pregunté yo una vez.

—Las focas son animales de muy buenos sentimientos y muy pacíficos y cuando llegan algunos hombres les rodean y les miran con cariño, pero cuando ya saben la clase de fiera que es el hombre huyen de él y si no pueden se batan con un valor terrible.

A Erica estas historias le molestaban, y decía que no creía en ellas, porque su padre acumulaba todo lo que había visto y oído en su persona.

«En un barco, ¿qué quiere usted que haya? —decía Pachi al que le escuchaba—. Cada uno para sí. Es la ley.»

Los barcos franceses todos tenían, según él, nombres muy pomposos: *La Abundancia, La Riqueza, La Felicidad, La Discreción, El Especulador.*

Los ingleses, según él, daban nombres menos rimbombantes a sus barcos.

A veces contaba cosas divertidísimas, como las ocurrencias de algunos en el juego, al que llaman los ingleses el guía y algunos otros seguir la fila, que consiste en ir varios en fila detrás del primero haciendo todo lo que haga este. Un contramaestre tuerto de mal aspecto, que había tenido una enfermedad que le había dejado la cara llena de costurones, era el que tenía más originalidad para hacer de guía.

«Ya no hay marineros —decía Bretaña—. No hay más que aficionados. Al marinero antiguo no le gustaba la tierra y le aburría. Ahora todos quieren estar en tierra y poner una taberna o una tienda.»

Pachi, en Terranova, había hecho un año las veces de almirante, no porque hubiera sido capitán general de una escuadra, sino porque así llamaban a los que tenían un monopolio de pesca en aquellas lejanas tierras.

—¿Y qué tiempos hay por allí? —le preguntaba yo.

—¿Tiempos? Malísimos.

—¿Pero no hay verano?

—Sí. Un par de meses. Empieza en primeros de julio y acaba en agosto.

—¿Y hace sol?

—De día y de noche.

—¿Y hace calor?

—El sol quema.

—¿Y en invierno?

—Treinta grados bajo cero y siempre de noche.

—¡Qué horror!

—Hay a veces también auroras boreales. Es un espectáculo hermoso.

Pachi hablaba de Juan Sebastián de Elcano, el que había dado el primero la vuelta al mundo, a quien llamaba hombre fino y decía que era un marino triste.

Era extraño que a Bretaña le hubiera llegado la idea de que Elcano era silencioso y sombrío.

Pachi había estado en el Banco de Terranova y conocía la isla de Saint Pierre y las dos de Miquelón, la grande y la pequeña; había pasado un invierno en Cap Bretón, en la Nueva Escocia, y unos días en la Punta Vasca, de la isla de Terranova.

Un verano había estado también en Islandia, con un barco de pesca, y tenía de esta isla una idea de cosa triste y negra.

—Y de todos estos países del Norte, ¿cuál era el mejor?

—Terranova. Gran país. Mucho bosque. Buena cerveza, whisky y aguardiente.

—¿De quién es?

—No sé; había gente en mi tiempo de todos los países. Unos decían que los primeros que habían llegado allí eran los suecos y los noruegos, otros que los vascos... Los ingleses eran los que mandaban.

—Como siempre.

—Eso es, como siempre.

Pachi estaba acostumbrado a las nieblas y a ver el sol rojo del crepúsculo de la mañana o de la tarde que coloreaba los terrenos fangosos y la vela de los barcos.

Solía parar en la taberna del puerto, sitio estrecho, en donde había en la cocina un hermoso fuego de ramas en el invierno.

Pachi sabía algunas palabras en inglés, nombres de náutica y de varias clases de licores.

—Meses antes de la guerra civil —aseguró Manish— le oí decir a Pachi que pronto veríamos barcos de vapor. Hablaba de ellos como algo maravilloso, y luego, hacia 1835, cuando la guerra, vi a estos barcos en el río Nervión de Bilbao y no me parecieron por entonces gran cosa.

UNA DE LAS IMPRESIONES más fuertes de la juventud, que me dejó mayor recuerdo que los sucesos de la guerra, la tuve una noche al volver a la casa de la Peña.

Había llegado a la orilla del río e iba a subir a la Batería para entrar en la casa. Era noche de luna. Hacía una niebla espesa. De pronto, un hombre medio desnudo me echó el alto.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere usted? —le pregunté, asustado.

—¿Quién vive aquí? —me dijo, con acento extranjero.

—Aquí vivo yo con Pachi Bretaña.

—¿Quién es Pachi Bretaña?

—Es un pescador.

—¿Me dejará entrar en su casa a dormir?

—No sé; se lo preguntaré.

—Pregúntale...; pero si me haces traición te mataré...; quiero dormir, dormir...; pagaré lo que sea.

—Bueno, se lo diré.

—Bien; entra, entra y dile que le pagaré lo que sea.

Llamé, entré en la casa, cerré la puerta con el cerrojo, le desperté a Pachi, que dormitaba al lado del fuego, y le conté lo que ocurría. Erica estaba en su cuarto.

Pachi se levantó y me dijo:

—Carga la pistola.

Yo la cargué con cuidado y le puse una bala.

—Está bien, ¿eh?

—Sí.

—Bueno.

Entonces, encendió el farol, abrió la puerta y me dijo:

—Vamos; lleva el farol.

Salimos, yo con el farol y él con la pistola en la mano.

—¿Qué hago con el farol? —pregunté yo.

—Déjalo aquí, en la cerca de la Batería.

Lo dejé y estuvimos los dos anhelantes.

—¿Quién me busca? —gritó Pachi.

—Yo —contestó una voz.

—Adelante —dijo Bretaña.

Se presentó una sombra, un verdadero fantasma, que era para dar horror. No parecía un hombre, sino una figura de pesadilla. Vestía un traje gris, mojado, lleno de manchas; iba con las piernas llenas de barro.

Más que un bandido era el espectro de un bandido. Tenía la cara atezada por el viento del mar, el pelo negro y largo, las cejas espesas y cerdosas y los ojos sombríos. Era, sin duda, un forzado, un presidiario escapado de alguna cárcel o pontón.

Tenía la cara llena de cardenales y las manos manchadas de sangre de las heridas que se había hecho entre las rocas. El traje del forzado era pantalón de paño grueso de color gris, camisa de lana y un gorro. Era el traje corriente de los penados de los presidios de Francia; estaba mojado, con los pies desnudos. Tenía una bolsa de cuero atada a la cintura.

La noche estaba siniestra. Las nubes negras pasaban por el cielo oscuro. Había salido la luna. El hombre se nos acercó. Tenía una cara espantosa de temor y de odio, iba casi desnudo y temblaba de frío.

El hombre llevaba un cuchillo en la mano y en una pierna una argolla.

Era un tipo verdaderamente horrible, con un aire de endemoniado.

—¡Manish! —dijo Pachi—. ¡Atención! —Con la pistola preparada en la mano dijo al hombre—: Si no tira usted el cuchillo al suelo no hablamos.

El hombre lo tiró y le puso el pie encima.

El forzado era ya una fiera dominada que no podía nada.

—¿Qué quiere usted de nosotros? —le preguntó Pachi.

—Salvarme.

—Bien; ¿qué necesita usted para salvarse?

—Necesito un rincón donde pasar unos días y comer. Lo pagaré.

—Muy bien.

—Necesito también una lima para quitarme esta argolla del pie.

—Yo le puedo proporcionar el rincón para salvarse, la lima y la comida —dijo Pachi—. Por el rincón no le cobraré nada, por la lima y la comida lo que valgan.

—Bueno. ¿Me va usted a tener en casa?

—No; en casa, no.

—¿Pues en dónde?

—En una choza que hay ahí.

—Bueno. Vamos.

—Primero venga el cuchillo.

El hombre se agachó, lo cogió del suelo y lo dio.

—Coge el cuchillo, Manish —me dijo Pachi.

Lo cogí.

—¿Lo tiro? —pregunté.

—No; guárdalo.

—¿No me denunciará usted? —preguntó el bandido.

—¿Para qué?

—Bueno, Manish. Mira a ver si lleva alguna otra arma.

No llevaba ninguna.

—Si lleva usted otra arma no le llevo.

—¿Por qué?

—Porque ya sé yo lo que usted puede hacer. Hacer que le lleve a un rincón y luego allí amenazarme.

—Usted puede hacer lo mismo.

—No. Yo no salgo de ningún presidio. Y yo no le vengo a pedir socorro a usted.

El hombre nos miró con una expresión feroz. Luego Pachi le dijo en francés, en broma:

—¿Mal viaje?

—Malo.

—¿Cómo ha venido usted hasta aquí?

—Como he podido; robando en las casas.

—¿Le llevaban lejos?

—Y tan lejos; a la Guayana.

—Bueno, vamos a llevarle al rincón.

Sacamos el chinchorro y lo llevamos al hombre a Espaldeguy. Había una cama de helechos. El hombre no pudo resistir a la tentación de echarse en los helechos y comenzó a roncar inmediatamente. Volvimos Pachi y yo a la casa de la Peña.

—¿Quién será este? —le pregunté al viejo.

—Este es un presidiario, un hombre condenado a trabajos forzados. Sin duda lo llevaban en un barco y se ha podido quitar los grillos y cadenas y se ha tirado al agua.

—¿Y qué se va a hacer con él? —pregunté.

—Mañana por la mañana le llevaremos a la cueva del Pastor.

—Allí se va a morir de hambre.

—¿No hemos quedado en que yo le venderé comida para cerca de un mes? Luego que se escape como pueda.

A la mañana siguiente, antes de amanecer, sacamos Pachi y yo varios panes, trozos de cecina y de bacalao, y queso y lo metimos en un saco. Añadimos dos botellones de vino y lo llevamos todo a la lancha grande, a la *Suranguilla*. Nos acercamos a Espaldeguy. El hombre estaba ya levantado y nos esperaba con ansia. De día era tan repulsivo como de noche. Cuanto más se le miraba tenía peor aspecto. Era verdaderamente horroroso.

—Usted irá echado en el fondo de la barca para que no le vea nadie por casualidad —dijo Pachi—. A veces nos cruzamos con pescadores. Aquí en este saco va comida y bebida para un mes, un pantalón y una chaqueta.

Pachi abrió el saco y mostró lo que iba dentro.

—¿Y la lima? —preguntó el forzado.

—La lima y el cuchillo se las daré a usted cuando le dejemos en la otra orilla del río. Ahora hay que pagar esto.

El hombre refunfuñó y entregó varias monedas de oro.

—Bueno, vamos —dijo Pachi.

Largamos el foque. La barca negra, con su vela, se fue deslizando por el río en el más completo silencio. Ni a una corta distancia se vería ni se notaría nuestro balandro. El viento venía de tierra, nos daba en la espalda y marchábamos a la otra orilla con rapidez. La vela aparecía blanca delante de nuestros ojos, y en un momento estuvimos en la otra orilla. Subimos por entre la maleza a la cueva del Pastor, *Artzailecea*, que también se llamaba Boquete del Perro. Pasamos. Tenía una entrada estrecha, después una cuesta resbaladiza, que terminaba en una sala redonda como una caldera, con una claraboya natural en el techo por donde entraba la luz y un camastro de hierba seca.

—¿Está cumplido todo? —preguntó Pachi al forzado.

—Sí. Pero la lima y el cuchillo...

—Ahora mismo. Baje usted con nosotros. Ahí los tengo en un paquete.

Bajó a la orilla y nosotros entramos en la barca.

—¿Estás ya, Manish? —preguntó Pachi.

—Sí.

—Bueno. Pues dale el paquete.

Como no quería mojarme se lo di en el extremo de una pértiga. El hombre se alejó furioso. No sé si habría pensado algo contra nosotros.

—Este es un canalla —dijo Pachi—; conozco a esa gente.

Pachi y yo comenzamos a remar y luego desplegamos la vela y nos alejamos de allí.

Cuando íbamos hacia el mar comenzó a extenderse la luz de la aurora; un resplandor rojizo y pálido aparecía en el horizonte, una brisa fresca inflaba la vela y rizaba las olas.

En los días posteriores vigilamos los alrededores de la Peña. Nadie apareció por allí.

Pasado un mes fuimos de nuevo a la cueva. Ya no había nadie en ella. El pájaro de mal agüero había echado sin duda a volar. Ninguna persona le había visto por aquellos contornos.



## **SEXTA PARTE**

---

# **EL DIARIO DE NAVEGACIÓN DE FRANCISCO BRETaña**

YA HACÍA VARIOS MESES que vivía y ejercía en San Sebastián y se me habían olvidado las historias de Pachi Bretaña —dice Armendáriz—, cuando una tarde me encontré en el Paseo de la Zurriola con mi amigo el capitán Bordagain, a quien hacía tiempo no veía, y que sin duda llegaba de la estación del tren.

—Estaba deseando verle a usted, Armendáriz —me dijo.

—Pues, ¿qué ocurre? ¿No estará usted enfermo?

—No.

—No tiene usted cara de ello.

—Sabe usted; he pasado un par de semanas en Francia, y no se imaginará usted de quién me han hablado.

—De alguna persona conocida por los dos.

—Sí...; naturalmente; pero, ¿de quién?

—¿De las Zabálburu?

—No.

—¿De la señorita de Idiáquez?

—Tampoco.

—Pues no caigo.

—Del marino viejo de la Peña del Anzuelo..., de Pachi Bretaña.

—¿Qué me dice usted?

—Del mismo.

—Es curioso. El mundo es muy pequeño. ¿Y quién le ha dado a usted estos datos?

—Un médico de Bayona, que es nieto de un capitán de barco que hizo hace tiempo varios viajes a los mares del Norte a la pesca de la ballena. Un día, a este médico, el doctor Descavide, le hablaba yo de Francisco Bretaña y de su vida en la Peña de Amuaitz, cuando el doctor me dijo:

»—Yo tengo el Diario de Navegación de mi abuelo, y creo que en él aparece un Bretaña. Este Diario de Navegación tiene un índice alfabético al final. Vamos a verlo.

»Sacó un librote enorme y se puso a mirarlo.

»—¿Está? —le pregunté.

»—No —me contestó—. Y, sin embargo...

»—Mire usted por el apellido.

»—¿Cómo se llamaba?

»—Bildosteguy, Francisco Bildosteguy.

»—Bildosteguy... A ver. Sí; Bildosteguy, llamado Francisco Bretaña. Está aquí.

»—A ver qué dice de él.

»—Veo que lo cita varias veces —me contestó el doctor—; lo considera como un hombre inteligente e intrigante, muy revoltoso. Al parecer, Francisco Bildosteguy decía que iba a escribir su Diario de Navegación contando sus aventuras; pero sus compañeros se reían porque les constaba que no sabía apenas escribir.

»Yo le hubiera pedido al doctor Descavide que me prestase el Diario de su abuelo, pero no sé si me lo hubiera dado, y además era un mamotreto difícil de transportar y con muchos detalles para nosotros no muy interesantes.

—Me gustaría oír algunos detalles.

—Pues vamos un día cualquiera que esté usted libre a ver al doctor.

—Bueno, pues entonces nos pondremos de acuerdo.

—Muy bien; ya le avisaré con unos días de anticipación.

FUIMOS, EFECTIVAMENTE, un día a Bidart y comimos en un pequeño restaurante. Después marchamos a casa del doctor Descavide, que era un señor viejo y vasquista. Nos recibió en una amplia biblioteca.

El doctor Descavide nos habló primero, aunque nada tenía que ver con nuestro asunto, del cura vascófilo Silvain Pouvreau, que había pasado una temporada en Bidart a mediados del siglo XVII y bautizó a unos niños.

Este presbítero, que era de Bourges, de la capital del Berry, había hecho tres traducciones al vascuence que se conservaban: una de la *Doctrina Cristiana*, del cardenal duque de Richelieu; otra de la *Pilotea*, de San Francisco de Sales, y otra de *El Combate Espiritual* del teatino Lorenzo Scupoli. También había hecho Pouvreau un Diccionario vasco-francés, que se conserva en la Biblioteca Nacional de París, incompleto, y una traducción al vasco de la *Imitación de Cristo*, que al parecer se había perdido.

Después nos habló de la decadencia que había en el país de la marinería. El doctor Descavide había escrito varios artículos sobre cuestiones de pesca, uno de ellos sobre las emigraciones de la anguila, que tanto han preocupado a los zoólogos.

Hay que reconocer que los datos que recogió Armendáriz del doctor francés no son muy claros ni armonizan bien los unos con los otros.

El doctor Descavide era un hombre culto y aficionado a lo pintoresco. Según él, los vascos, en el siglo XII, se internaron por el mar Tenebroso, del que hablaban con terror los viajeros de la época, persiguieron a las ballenas por los mares del Norte y encontraron los bancos de Terranova, a los que llamaron «Tierra de Bacallaos».

Según algunos, los vascos comenzaron la pesca de la ballena y del bacalao a fines del siglo IX, y después en mayor escala en los siglos XV y XVI.

Inglaterra comenzó su primera expedición para pescar ballenas, con marinos vascos españoles y franceses, a principios del siglo XVI, y luego, cuando no tuvo necesidad de ellos, los expulsó del país.

El primer derrotero de Terranova lo hizo un vasco, Martín de Hoyarzábal, que lo publicó primero en francés y después en vascuence. Se sabe que hacia 1530 salían expediciones de Orio para Terranova.

Los primeros balleneros, según Descavide, fueron los guipuzcoanos y los laburdinos y algunos marinos de puertos de Vizcaya hasta el cabo de Machichaco. Ya desde Machichaco hasta el Finisterre español no hubo balleneros.

La ballena más grande, por lo que dijo el doctor Descavide, es la ballena azul, luego viene el cachalote y después otra ballena de hocico afilado poco estimada. Hay un tipo de cetáceo que, sin duda, vivía antes en el Golfo de Gascuña, llamado *Balena Euskariensis*, y que ahora se puede decir que ha desaparecido de esas aguas.

Por los datos del doctor francés, quedaba en los mares del Norte el recuerdo de los marinos guipuzcoanos y laburdinos, que habían sido los primeros de Europa que se acercaron a Islandia, la tierra lejana de Thule, y al Banco de Terranova a la pesca del bacalao. Así había todavía nombres vascos en aquellas tierras: Antón Portu, Barachoa, Portuchoa, etc. Había también antiguamente marinos que iban a la pesca de la ballena, sobre todo del puerto de Pasajes, y que vendían en este puerto barricas de grasa del cetáceo.

Los vascos perseguían primeramente a las ballenas en el Golfo de Vizcaya; pero como estas se fueron retirando hacia el Norte, ellos las persiguieron, y así debieron llegar a Groenlandia, a Terranova y a la península del Labrador.

Parece que los guipuzcoanos hicieron por espacio de tres siglos, desde el XIV hasta el principio del XVIII, la pesca y el comercio del bacalao, y que un marino de San Sebastián, Juan de Echaide, dio su nombre a uno de los puertos de Terranova, que se llamó durante mucho tiempo Echaide-Portu.

Hay en Terranova la Bahía de los Trespassés o Bahía de los Difuntos, como en el Finisterre francés, y una Bahía de Vizcaya en la península de Avelon.

Se decía que antiguamente algunos habitantes del Canadá hablaban el vascuence para entenderse con los pescadores vascos que iban allá todos los años. Se decía también que al volver de Terranova y de los mares del Norte, algunos marinos vasco-franceses bajaban a Fuenterrabía y a San Sebastián; pero en tiempo de Enrique IV, el Gobierno francés les ordenó que se quedaran en Bayona o en San Juan de Luz.

—Yo dije —afirma Armendáriz— que se comprendía que la pesca de la ballena debía de tener importancia en el país, y que había como recuerdo los escudos de Fuenterrabía, Lequeitio y Guernica con ballenas.

»En la costa del Labrador había igualmente puertos con nombres vascos —siguió diciendo el doctor francés—, y el capitán Hoyarzabal cuenta sus viajes por esas tierras del Norte.

»Se asegura —añadió— que fueron los vascos los que, habiendo notado que las ballenas se alejaban de las costas frecuentadas por ellos, llegaron en su busca hasta el Banco de Terranova y hasta el Canadá. Los vascos habían estado en el siglo XIV en Terranova, antes de Juan Cabot y de su hijo Sebastián.

—Es posible que los daneses y los noruegos hubieran estado también —dije yo.

—Es lo más probable —contestó Descavide—, principalmente por la cercanía. Ahora, eso que dicen de que los marinos del Norte dieron nombre al bacalao, me parece un poco extraño. Esta palabra, por lo que he preguntado, no tiene ninguna relación con las lenguas de esos pueblos del Norte.

—La palabra suena más a vasca que a otra cosa —indiqué yo.

—Algunos dicen que viene del holandés.

—¡Bah! Eso, poco importa —dijo Bordagain—; lo principal es que el bacalao sea bueno.

—Tiene usted razón. Ahora, que sea al *pil pil* o a la vizcaína, eso ya tiene importancia —añadí yo.

—Muchísima.

El doctor Descavide, que era vascófilo, se puso a divagar sobre la palabra que en vasco significa el mar: *itsaso*, cuya raíz debe ser *itsu* ('terror, espanto'). Dijo que se ignoraba la etimología de esta palabra, pero él creía ver en ella una significación de lo triste y de lo espantoso. El capitán Bordagain se encogió de hombros. El doctor Descavide recitó unas estrofas de una canción que comienza diciendo:

*Ichasoa urac aundi  
estu ondoric agueri  
pasaco nisaqueni andic  
maitea icusteagatic.*

(El mar de olas grandes, no se vislumbra bien; yo pasaría por él para ver a mi amada.)

*Ichasua laño dago  
Bayonaco alderaño  
Nic zu zaitu maitiago  
choriyac beren umiac baño.*

(El mar está cubierto de niebla hacia el lado de Bayona. Yo te quiero más que el pájaro a sus crías.)

El doctor Descavide nos dijo que su abuelo, el marino, en su Diario, habla de una canción que todavía se cantaba en su tiempo, y que debía de ser un recuerdo de guerra de marinos vascos contra holandeses.

Decía así:

*¡Jaiqui, jaiqui ehecuac!  
arguía da zabala  
ichasotic mintzaten da  
zillarresco trompeta  
baita ere icaratzen da  
olandresen ibarra.*

(Levantaos, levantaos los nuestros, la luz del día se esparce, en el mar se oye la trompeta de plata y tiembla toda la costa holandesa.)

El capitán Descavide, abuelo del doctor, al parecer era de familia distinguida. Había comenzado a navegar con dos pilotos de fama en el pueblo, con Antón Itchepare y Paul Durruty. El capitán Descavide estuvo en factorías de la Groenlandia, de las islas de Spitzberg y en otras tierras polares. En su tiempo apenas se conocían estas tierras y algunos decían que allí no había hombres, sino gnomos.

También recorrió las pesquerías del Grand Banc, del Banc de Saint-Pierre, Banquereau y Banc-à-Vert.

El Diario de Navegación de Descavide hubiera tenido interés bastante para ser publicado en su tiempo; pero luego que aquellas tierras polares se conocieron bien

por el relato de otros viajeros, ya había pasado gran parte de su interés y la ocasión de darlo a conocer.

Muchas de las fantasías acerca de los países del Septentrión, el mar de las Tinieblas y el país del Miedo, inventadas por los antiguos geógrafos y por Olaus Magnus, todavía corrían entre los marinos del tiempo de su abuelo, y se hablaba de países en donde reinaba siempre la noche, y de otros lugares poblados por enanos, gigantes y diablos.

El capitán Descavide hablaba de la marinería de su época y decía que aunque había buena gente, en general los hombres de mar no se distinguían ni por su ilustración ni por sus buenas costumbres, y recordaba una frase de un poeta francés, que decía:

*Rarement, à courir le monde,  
Devient-on plus homme de bien.*

Después, el doctor me preguntó:

—Y a ustedes, ¿quién les ha dado datos de este marino Bildosteguy?

—A mí me ha hablado de él un pelotari ya viejo a quien llaman *Manish*, que debe ser Manuel Olave.

—No; si le llaman *Manish* no será Manuel, será Juan.

—¿Y por qué? —pregunté yo.

—Porque *Manish*, en el País Vasco-francés, no es el nombre familiar de Manuel, sino el de Juan.

—No lo sabía.

—Del latín *Joannes* se hizo *Manesh* y de *Manesh*, *Manish*.

—¿Y el sonido de la J desapareció?

—Sí; el sonido de la jota aspirada, pronunciado a la española, ha dado mucho que hablar a los pocos especialistas de fonética vasca. Parece que el foco vasco de la pronunciación de la jota aspirada ha sido Guipúzcoa, y que apareció en este país en el siglo XVI. Ninguno de los especialistas considera ese sonido gutural como de procedencia árabe, y algunos han llegado a pensar si del vascuence pasaría al castellano. Lo que todo hace pensar es que el sonido de la jota actual no existía primitivamente en el vasco y que ese sonido se introdujo por una evolución fonética desconocida de la lengua.

EL DOCTOR DESCAVIDE era hombre culto y aficionado a lo pintoresco. Después de leer trozos del Diario de su antepasado, nos preguntó a nosotros, dice Armendáriz:

—¿Ustedes conocen un libro del jesuita Larramendi publicado hace poco, que se titula *Corografía de Guipúzcoa*?

—No; yo, no.

—Yo, tampoco.

—Pues tiene una descripción gongorina de la pesca de la ballena por los guipuzcoanos, que se la voy a leer.

El doctor se acercó a su biblioteca, tomó un libro en octavo y comenzó a leer en español sin acento:

### Pesca de la ballena en Guipúzcoa.

Salen de los puertos inmediatos en chalupa y sin temor del bruto, que bastaría a asustar a un ejército, van a buscarlo, tomando un gran círculo del mar, gobiernan los demás la chalupa y librándola de los golpes del mar, y a su bordo un valiente y diestro arponero, aguarda a que salga la ballena a la superficie a respirar arroyos de su frente y entonces le dispara con esfuerzo el arpón, hínkaselo en aquella mole formidable, la bestia herida y furiosa se hunde y corre mucho mar, llevándose mucho del rollo de cuerda atada al arpón y también la chalupa, que sigue flotante a la ballena, hasta que desangrada y muerta, sube arriba y la conducen victoriosos a su puerto. Hazaña que ejecutan muchas veces en su mar los guipuzcoanos, de que somos testigos, y no la ejecutarían afamados marineros de Holanda, Inglaterra y Francia, que aun a vista de esto llamarían temeridad al salir solo en chalupas a matar ballenas.

Después el padre Larramendi se pregunta qué hubieran dicho los poetas griegos y latinos al conocer tanta osadía. ¿Qué actitud hubiera tomado Neptuno al ver a esos marineros desafiar impávidos sus horrores?

Larramendi supone que el Dios de las olas, llevado por la cólera, empuña su tridente, deja las riendas sueltas a sus caballos marinos, revuelve con ayuda de Eolo los abismos líquidos y añade:

Sale tras de esto Neptuno a ver los estragos de su venganza; queda atónito viendo flotar las chalupas, y que el marino juega con las olas inmensas y la espuma que arrojan sus rabias; que sube hasta las nubes y se ríe, canta y triunfa; deslízase hacia el abismo, y no se asusta, no se pierde, no se hunde. Va a la chalupa a recibir de proa y tajamar un monte voluble de agua que la quiere sorber y a fuerza de remo le va trepando y le vence. Otro monte de agua le acomete a traición por la popa, pero vira de bordo y recibéndole con la proa, déjale burlado, corriente y corrido.

Neptuno, según Larramendi, oye un lenguaje que no entiende.

Estos son, dice, algunos diablos del mar aún no conocido, y llama a la batalla contra ellos a todos sus vasallos, a los tritones, a los leviatanes, a las ballenas para que acaben con aquella diablería marina que no le respeta y hace burla de él.

¿Qué haces tú ahí —dice el rey de los mares—, ballena valiente, escollo, esopo corpulento de mi reino, a qué esperas? Cierra con esa gente: la cola te basta para hacer pedazos, hombres y chalupa. Daréte lugar en la esfera y con más estrellas que la ballena celeste, serás constelación más honrada y luminosa y te llamarán



ballena victoriosa. Espónjase la bestia, entra en el cristalino cerco; pero hácenla mil suertes, acechándola, esperándola, y apenas se descubre, cuando herida del arpón se hunde, dando un grito espantoso y deja el campo libre al marinero. Tarde cae, pero más vale que nunca. Cae Neptuno en la cuenta que son guipuzcoanos aquellos marineros y para templar su desaire los publica semidioses y héroes de los mares.

El doctor francés sonrió satisfecho al cerrar aquel libro y ponerlo en su sitio en el estante.

Después siguió hablando del mismo tema.

—En Placencia, la antigua capital francesa de Terranova —dijo—, que luego se llamó San Juan, en la primitiva y vieja iglesia anglicana de madera quedan unas lápidas funerales de marinos vascos, muy desgastadas. De las más claras una de ellas dice: «Da hemen illa Mar. 1-1676 Gannis de Salece Ana Usanno neneco Semea». ('Aquí yace el 1 de mayo de 1676 Juan de Salece, hijo de Usanea.') Otra de las lápidas rotas dice: «Joanis de Hiriart» y otra «Joanes-Sara». Hay una inscripción tosca, redactada en francés, en estos términos: En la parte alta: «Cy gis Jovannes De Suigarai Chipi Dit Croisic Capitaine De Fragate Du Roy 1694.» En la parte baja: «Envieux Pour L'honneur de mon Prince J'Allois An Suivant Sa Carriere Ataque Les Ennemis En leur Mesme (pays)». ('Aquí yace Juanes de Suigarai Chipi, llamado Croisic - capitán de fragata, 1694'). La segunda parte puede significar: 'Deseoso por el honor de mi príncipe, fui el otro año, siguiendo la carrera, a atacar a los enemigos en su mismo (país)'. O puede ser que fue en el barco llamado *Deseoso* a atacar a los enemigos.

Pierre de Lancre asegura:

Los vascos, a los cuales ofrecía un beneficio considerable la pesca de la ballena, la hacían en invierno de la manera siguiente: ciertos de entre ellos se ponían de centinelas en las torres de la costa, desde donde podían divisar el enorme animal. ¿Se le descubría? Entonces tocaba el tambor o el tamboril y todos corrían como al pillaje de una ciudad, con sus dardos y con lo que era necesario. Cada barca —según un autor llamado Rondelex— lleva diez remeros y otros hombres armados de largos arpones sujetos con cuerdas para herir a la ballena. Los lanzan y siguen al cetáceo hasta que pierde la vida desangrándose. Entonces lo arrastran a tirón con ayuda de la marea y reparten la presa en proporción de los arpones clavados, porque cada uno de estos es reconocido por la marca que lleva grabada.

Después según explicó el doctor Descavide, los vascos se lanzaron a los mares del Norte y pusieron pesquerías en las tierras de Groenlandia, en el Golfo de San Lorenzo y en Terranova.

Pierre de Lancre también asegura que en todo tiempo los vascos traficaban con esos pueblos del Norte; tanto era así que los canadienses no trataban con los franceses en otra lengua más que en la de los vascos.

—En otra memoria se dice —añadió Descavide:

Desde los primeros tiempos en que los vascos instalaron pesquerías de ballenas y bacalaos en el Golfo de San Lorenzo, hicieron amistad con todos los salvajes de aquellas tierras y comenzaron a comerciar con ellos, particularmente con un pueblo llamado de los Esquimales, que ha sido siempre y es todavía intratable para todo el mundo, y como su lenguaje era absolutamente diferente, formaron una especie de lengua franca, compuesta de vasco y de palabras de los idiomas diversos de estos salvajes y con ella se entendían todos muy bien. Los ingleses se sintieron celosos de los éxitos de los vascos y les pusieron dificultades y les prohibieron bajar y establecerse en Islandia y en Groenlandia.

A los holandeses les pasó algo parecido. Les llamaron a los balleneros vascos, les halagaron, les hicieron retratos al óleo y les imitaron en sus trajes y luego, cuando aprendieron sus secretos, les echaron y les prohibieron ir a las tierras del Norte.

—Hay —añadió Descavide— una relación francesa del tiempo sobre la pesca de la ballena, que dice así:

Es justo indicar que si los vascos eran más expertos y conocedores en lo referente a la pesca, los holandeses eran superiores en conocimientos náuticos. Un comisario general de la marina de la época, llamado Clairac, muy entendido en estas materias, señalaba a los vascos en compañía de los suecos, daneses, alemanes, irlandeses, escoceses, ingleses, bretones, normandos y picardos como más dispuestos a vaciar la botella, beber aguardiente y fumar tabaco que a manejar diestramente el astrolabio, el anillo astronómico, el cuadrante, el triángulo o la ballestilla.

Todavía el doctor Descavide sacó de un estante de su biblioteca un libro en dos tomos de un escritor vasco-francés, Chaho, titulado *Biarritz entre los Pirineos y el Océano*.

En el segundo tomo de este libro —dijo el doctor—, se habla de la pesca de la ballena. Dice así:

Se puede creer que la ballena frecuenta el golfo de Gascuña desde el diluvio y que los vascos le han hecho la guerra desde hace más de diez siglos. Si el catálogo de los rols gascones y normando y los antiguos títulos del Capítulo de Bayona nos lo permitieran haríamos remontar esta fecha mucho más lejos. La idea de arponear y de sujetar así en el extremo de una cuerda a un enorme pescado con glándulas mamarias que tiene a veces treinta y cinco metros de longitud, no podía ocurrírsele más que a marineros experimentados, dotados por el cielo de una audacia poco común. Es preciso ser salvaje y primitivo como el euscalduna para imaginar pescas de este género y llevarlas a la práctica.

Después, el doctor Descavide, siguió leyendo en el mismo libro:

Parece, según informes de los más antiguos manuscritos, que la ballena no habitaba el golfo de Gascuña durante todo el año; solo frecuentaba este mar desde el equinocio de otoño hasta el de primavera. Esta no fue desde el principio para los vascos más que una pesca costera, pero comenzó a ser tan ruda que la ballena se alarmó, según dice el señor Pierrigno y tomó el sabio partido de refugiarse en los mares del Norte, en donde los vascos la persiguieron con su intrepidez natural. Fue en estas correrías aventureras que los euscaldunas descubrieron las primeras islas de Terranova, Tierra firme, el Canadá, las costas de Groenlandia, Islandia y Spitzberg.

El testimonio unánime de los historiadores les concede la gloria de haber trazado los primeros para los otros pueblos una ruta hacia el polo ártico.

El capitán Bordagain —dice Armendáriz— creyó ver en mí una expresión de aburrimiento y como él también lo sentía inventó que los dos teníamos que hacer algunas diligencias y nos despedimos del médico francés.

—Veo que no se divertía usted —me dijo Bordagain.

—No, no. A usted le pasaba lo mismo. La erudición me aburre, y esas glorias pasadas, si son glorias, me dejan absolutamente indiferente.

AL VOLVER DE BIDART pensé que en el diario del antiguo capitán Descavide había demasiada ciencia y que aunque su sucesor, el médico de Bidart, me lo prestara no sacaría mucho en limpio.

—Tengo que preguntar de nuevo a Manish, el pelotari, si Pachi Bretaña llegó a hacer algo parecido a un diario de navegación —le indiqué a Bordagain.

—Me parece muy bien.

—Ya le contaré a usted si dice algo nuevo.

Unos días después fui a una sidrería del Barrio del Chofre de San Sebastián en donde me dijeron que iba Manish, el pelotari. Era un patio medio jardín con árboles y mesas de mármol y un juego de la rana en un rincón.

Cuando entré, un grupo de bebedores cantaba a coro esa canción irónica de Vilinch que se llama *Potagiarena* (del potaje).

Le encontré a Manish y nos sentamos a una mesa. Le conté cómo mi amigo Bordagain y yo habíamos visto que en el Diario de Navegación de un antiguo capitán francés, Descavide, se hablaba de Pachi Bretaña y de su ilusión de contar sus aventuras. Manish exclamó:

—Tiene usted razón al decir que el mundo es pequeño, doctor. ¿Quién iba a pensar que de un viejo marinero iba a quedar un recuerdo escrito en alguna parte? Jamás se me hubiera ocurrido eso.

—Pero el hecho es cierto. Él quería escribir sus recuerdos; usted me lo dijo.

—Sí, es verdad. Pachi tenía el sentimiento de no haber llegado a piloto y de no haber podido escribir un Diario de navegación.

—¿Y para qué quería haber escrito eso? —le pregunté yo.

—Él decía que para entretenerse leyéndolo en la vejez, y si no podía leer él para que se lo leyera otro. Bretaña añadía que un buen marinero era un producto muy difícil de obtener. Evidentemente había que empezar muy joven, ser muy robusto y muy ágil y saber muchas cosas, hacer maniobras complicadas, sondar, coser velas... Luego había que ser valiente y atrevido. Un día, a mí se me ocurrió proponerle que él me dictara sus aventuras y yo las escribiese. Veía que con esto podía tener yo más libertad y más influencia en la casa. Al principio vaciló; estuvo tres o cuatro días preocupado mirándome con curiosidad y con atención. Debía de pensar: ¿Por qué demonios se le habrá ocurrido a este chico esa idea?

Al fin me dijo:

—¿Cómo podemos hacer ese Diario, Manish?

—Mire usted —le contesté—, yo creo que usted podía contar despacio lo que ha visto, yo tomaría notas en lápiz, se las leería a usted y si le parecía bien lo pondría en limpio, con tinta.

—¿Y para qué quieres hacer eso?

—Yo, para que quede el recuerdo de usted.

—¿Y qué quieres que te pague?

—Nada. En tal caso los domingos a Erica y a mí nos deja usted libres desde la mañana.

Pachi refunfuñó:

—Fíate de Erica —me dijo—. Ella te engañará a ti como a un pingüino.

—¿Por qué me va a engañar?

—Porque ellas siempre engañan.

Al día siguiente me dijo que aceptaba mi propuesta. Compró dos lápices, tinta, plumas, papel ordinario y papel de barba bueno.

Por la noche comenzamos la tarea en su cuarto. Estaba encantado.

Cuando tenía yo cuarenta o cincuenta páginas escritas con lápiz, las copié a pluma y se las leí. ¡Qué entusiasmo! ¡Qué alegría la suya! Le brillaban los ojos de satisfacción. Escuchaba con un interés apasionado.

—Está bien, está bien eso —murmuraba—. Nadie dirá que no fue así.

A veces me decía:

—No; eso, no. ¡Arrayúa, Manish! Yo no he dicho que ese capitán pegara a su gente.

—Pues yo no lo he inventado.

—Bien; pero eso hay que cambiarlo. Era el contra maestre el que pegaba.

Cuando terminé el primer cuaderno, que tenía doscientas hojas escritas solo por una cara, le dije que se debían intercalar en el texto unos mapas que se podían pedir a Bilbao o San Sebastián. Él lo pensó y prefirió pedirlos a Burdeos, desde donde se los mandaron. Luego, yo marqué los itinerarios seguidos por él.

El primer cuaderno escrito por mí con sus mapas se guardó en un arca cerrada. La misma Erica, que era tan desdeñosa para todo lo de su padre, suponía que el Diario de Navegación aquel era algo importante y que podía dar dinero.

—¿Y no pudo usted terminar esos recuerdos? —le pregunté a Manish.

—No. La guerra lo interrumpió todo.

—¿Y no le quedó nada de lo escrito?

—Me quedó un borrador en lápiz únicamente, que he leído después. De los primeros cuadernos ya no recuerdo bien qué decían.

—¿Tiene usted todavía el borrador?

—Sí.

—¿Y cómo no me dijo usted antes que tenía ese borrador del Diario de Bretaña?

—Me daba un poco de vergüenza.

Manish vivía en un sitio muy próximo a la sidrería del barrio del Chofre y me invitó a ir con él. Llegamos en un momento a su casa y entramos en su cuarto.

Manish fue a un escritorio, lo abrió y sacó un paquete de papeles, y entre ellos unas novelas de Julio Verne, el capitán Marryat. Mayne Reid y el *Robinsón Crusoe*.

—¿A usted le gusta el *Robinsón*? —me preguntó Manish.

—Mucho. Hay cosas que están muy bien.

—¿Usted ha leído al capitán Marryat?

—Sí.

—¿Y le parece malo? Porque a mí me ha entretenido mucho.

—A mí no me parece malo. Al revés. Creo que casi todo lo que cuenta es auténtico, muy visto.

—A mí me ha gustado mucho, y aunque no conozco bien la vida del mar, creo que debe ser muy parecida a lo que él describe.

—Es muy posible.

—A mí me ha gustado mucho más que Julio Verne.

—Sí; indudablemente, es más novelista que él.

—Celebro tener los mismos gustos que usted.

—¿Me quiere usted dejar el cuaderno, Manish?

—Sí; pero casi es mejor que lo lea yo, porque usted no lo entenderá. Además, lo que no se entienda yo lo explicaré mejor o peor. Yo no he tenido nunca el entusiasmo por aprender palabras. Cuando veo algo que me interesa me gusta saber cómo se llama; pero si antes de conocer una cosa veo su nombre y no sé lo que es. no me esfuerzo apenas en averiguar qué significa.

—Me parece muy bien.

—¿De verdad?

—Muy bien. Bueno, lea usted.

—Mi relación es corta. Es cuestión de media hora.

—No se preocupe usted.

Nos sentamos en unos silloncitos forrados de tela rameada.

Manish abrió el cuaderno escrito con lápiz y comenzó a leerlo, balbuceando un poco, sin duda por la emoción de un autor primerizo.

El relato estaba hecho con poca habilidad, con repeticiones frecuentes y sin saber discernir lo vulgar y cotidiano de lo raro.

Pachi tuvo un hermano y una hermana. El hermano entró en un comercio y se hizo rico y se estableció en Burdeos y no se supo nada de él. La hermana se casó con un perdido, tuvo mala suerte y acabó en la miseria.

Pachi había contado a Manish al principio su vida de chico en una aldea pobre del Poitou, de donde era su abuela paterna. Al parecer, habitaban una choza, comían mal, pan de centeno y un poco de tocino y de queso, y no salían nunca de noche, porque tenían miedo a los *lugarús* que abundaban en el campo, y que algunos viejos llamaban *garwalls*.

—¿Qué decía de los *loups-garous*? —pregunté a Manish.

—Decía que algunos cándidos pensaban que eran hombres que salían de noche, se convertían en lobos y aullaban como ellos en los campos, y se comían a los niños o a los muertos de los cementerios. Otros aseguraban que estos hombres eran mozos jóvenes que perseguían a las niñas; pero Pachi, escéptico, creía que eran sencillamente ladrones que gritaban por las noches para asustar a las gentes y robarlas.

Después de la breve descripción de la vida miserable del campo, Pachi hablaba de sus primeras impresiones, de grumete y de marinero.

Según Francisco Bretaña, no había nada como un barco para la educación de un chico. Se está en casa —añadía— y se piensa que alguien, la madre o la hermana, tiene la obligación de ocuparse de uno y en pensar en la comida y en el traje y si falta un botón o no y si le duele a uno la garganta o las tripas...; pero se entra en un barco y es uno como un perro...; si se queja uno le pegan una patada en el trasero..., y adelante.

Pachi hizo su aprendizaje en las costas de Francia y de Inglaterra, y después, ya como marinero y pescador de altura, fue a la pesca del bacalao al gran Banco de Terranova. La pesca comenzaba en el mes de mayo y terminaba en septiembre. Estuvo después otras temporadas. Iban, según decía, en alguna goleta pequeña y pescaban desde los botes y otras veces metidos dentro de unas barricas adosadas al costado del barco. Ganaban según lo que pescaban. La vida no era muy divertida, según decía; pero la vuelta sí y se gastaba el dinero a manos llenas.

Después probó a ser ballenero e hizo durante diez o doce años expediciones a los mares del Norte. El armador que buscaba tripulación para la pesca de la ballena exigía otras condiciones que las del marinero corriente.

Pachi había estado en Groenlandia, en Islandia, en Terranova y en el Canadá.

Todos los viajes tenían, naturalmente, cierta monotonía.

En el Diario, Pachi se detenía a explicar con minuciosidad cómo guardaban en el barco los útiles para la pesca del bacalao y de la ballena.

## La juventud de Bretaña

—¿Era buen tipo Pachi?

—Sí; de joven debió de ser guapo.

—¿Y de viejo?

—El pelo largo y blanco le daba un aire respetable. Yo le decía que si no fuera por sus harapos se le hubiera podido tomar por un almirante inglés. Cierto que yo no había visto ningún almirante inglés más que en estampas.

Pachi, al hablar de los sitios donde se reclutaban tripulaciones, citaba tabernas de nombres pintorescos de El Havre y de Brest. Recuerdo que nombró La Dama Blanca, La Gentil Anita, La Andaluza, La Estrella Polar, sitios donde se cantaba y se tomaba café, y Las Armas de Nelson, El Ancla Azul, El Dragón Verde, El Sol Levante, El Remo de Plata, de puertos del Sur de Inglaterra, donde se bebía cerveza o whisky.

Los capitanes y pilotos eran viejos lobos de mar malhumorados y borrachos. A uno le llamaban el *capitán Tempestad*, al otro el *capitán Ballena*, y a otro el *capitán Tocino Rancio* (*Rank pork*). Había también el *capitán Whisky* y el *capitán Brújula*. El capitán Tocino Rancio era muy gracioso. Cuando se cruzaba con algún barco preguntaba: «¡Eh, vosotros! ¿Qué tiempo hace fuera?» Él creía que estaba dentro. También los pilotos tenían sus apodos.

No todos eran ingleses; había franceses, daneses y noruegos. Los primeros eran los ingleses y los escandinavos. Los franceses no le gustaban a Pachi, ni siquiera los bretones, que le parecían tercos y fanáticos.

Se hablaba entre todos un inglés muy corto de palabras.

Los barcos donde había navegado Bretaña tenían los nombres clásicos de buques pescadores y de comercio. Él recordaba *La Amable Rosa*, *La Ambición*, *El Albatros*, *La Bella Normanda*, *El Joven Carlos*, *El Lince*, *El Comercio*...

Algunos eran barcos viejos arreglados después para la pesca, otros se habían construido exclusivamente para ella.

Contaba aventuras espantosas, historias brutales, en las que destacaba la barbarie, la maldad, la codicia y el egoísmo más desenfrenado, y las contaba riendo.

—¿Usted ha visto los pontones de Inglaterra? —le pregunté una vez.

—Sí; de lejos. Allí les llamaban *hulks*.

—¿En dónde están?

—Durante la guerra de los ingleses contra Napoleón estaban en Plymouth y en Portsmouth; luego me dijeron que los habían trasladado a Woolwich, cerca de Londres, en el Támesis, y que había uno muy grande que se llamaba *El Bellérophon*. Los que yo vi en Plymouth y Portsmouth tenían tres o cuatro pisos encima de la cubierta y barracas de madera con chimeneas y ventanas.

—La vida allí debía ser muy mala.

—Todos los marinos hablaban de eso con terror.

—Y usted, ¿con qué tripulaciones anduvo?

—Yo, como siempre navegué en barcos de pesca; en esos barcos la mayoría eran ingleses, aunque había gente del Norte, suecos y noruegos. Cuando yo me retiré de marino hacia El Salvador y Terranova, los americanos del Norte llevaban muchos más barcos de pesca que los franceses y los ingleses juntos, pero todavía las tripulaciones eran inglesas. Es decir, de ingleses, escoceses e irlandeses.

—¿Y qué tal gente era?

—Te diré; yo, mientras navegaba, les tenía un poco de rabia; pero luego creo que los he podido juzgar con más frialdad y con más justicia. El inglés, por capricho, por costumbre o por lo que sea, tiene el gusto de mostrarse seco y antipático. Cuando ya está uno acostumbrado a eso y se le mira con tanta indiferencia como al mascarón de proa del barco, de pronto y sin saber por qué, le hace a uno un favor o le recomienda en cualquier negocio. Entonces uno se pregunta: «Si este animal quería ser amigo mío, ¿por qué no me lo ha dicho y hubiéramos charlado y hubiéramos vaciado un vaso juntos?» No; se conoce que eso no es distinguido. Al inglés le gusta decir que gana poco y que vive muy mal, y luego no es cierto; quizá lo dice por prudencia. Nada de contar, como el francés y el español, que son de muy buena casa y han vivido muy bien y que su padre era alcalde. Todo lo contrario.

Otro de los méritos del inglés es hacer todos los días lo mismo. Ya se le puede demostrar que haciendo una cosa de otra manera es mejor; no se le convencerá. Tiene que hacerse siempre lo mismo. De su padre dirá que le pegaba de chico brutalmente y que el maestro hacía lo mismo. Otro, al recordarlo, dirá que eran unos bestias. Él, no; dirá que hacían bien, que esa es la educación.

Pachi se encogía de hombros.

—¿Y los escoceses?

—Los escoceses son muy distintos. Son un poco charlatanes y fanfarrones. Estos se hacen muy pronto amigos, pero riñen también con facilidad. Se parecen a nosotros, a los españoles y a los franceses. A los dos días de conocerle a uno le han preguntado por su vida y por su familia y han contado su vida y sus aventuras; pero si a la semana o al mes cree que se han engañado y que no sois como él cree, le dejan a uno y no le vuelven a hablar.

—Eso me parece lógico.

—Claro, porque tú eres lo mismo.

—¿Y los irlandeses?

—Los irlandeses son como mariposas entre españoles y franceses. Se entusiasman, se desentusiasman; creen ciegamente en algo, al día siguiente ya no creen; piensan que es una gran cosa ser irlandés y que Irlanda tiene un gran porvenir, y al día siguiente dicen que es una isla pobre y que no se hará nada en el mundo.

—¿Ha estado usted en Londres?

—Sí.



—¿Mucho tiempo?

—No. Unos quince días.

—¿Y qué?

—Pues allí se ven unas calles rectas y unas casas de ladrillo pequeñas, negras, con ventanas; pero negras como el betún. El aire es tan negro como las casas y tiene humo de carbón y de azufre. A la hora de estar andando por esas calles, la camisa y las manos las tienes negras. Barro y lodo hay más que aquí cerca del río. De noche hay calles que te da espanto entrar en ellas y otras con unos faroles que aclaran todos los rincones. En esas calles ricas los escaparates brillan llenos de toda clase de cosas. Es un pueblo que debe ser malo para los pobres; deben dar ganas allí de hacerse ladrón.

—¿Y el río?

—El río es magnífico. Hay allí más barcos que en toda Francia junta.

—¿Y es fácil orientarse en un pueblo tan grande?

—No; allí lo mejor es ir detrás de la gente sin pararse y cuando ya se está cansado y se encuentra un remanso, enseñar al *policeman* el papel con las señas del alojamiento y seguir lo que dice él.

—¿Y en el campo, en Inglaterra, se vivirá bien?

—Muy bien. Allí en el campo viven mejor que en ninguna parte; tienen de todo.

—¿Y por qué será eso?

—No sé; pero hay una comodidad que ríete tú de Francia.

—¿Tuvo usted amigos entre los marinos?

—Sí. En el primer barco ballenero que entré, que se llamaba *Sword-Fish* (El Pez Espada), me hice compañero de a bordo, *comradeship*, con un amigo. Había esa costumbre. Se elegía entre los marineros un camarada, a quien ese le consideraba como a un hermano. El mío era un irlandés, O'Brien, que me salvó la vida varias veces. Yo también si le veía en peligro me echaba en su socorro; pero en una tempestad que sufrimos, y en que íbamos los dos en el timón atados, al desatarse le cogió una ola y se lo llevó.

Su amigo el irlandés, por lo que contó Pachi, era muy culto, y eso que en su país la mayoría de la gente pobre no sabía leer. Leía libros de navegación. Le explicó el viaje a la bahía de Hudson de H. Ellis, que aseguraba que había encontrado el paso del Noroeste, que descubrió después, a mitad del siglo XIX, el capitán Mac-Clure.

Leía también los viajes del capitán Cook, que eran célebres en todas partes, y más entre los marinos.

Este irlandés le prestó a Pachi un librito sobre los viajes y milagros de San Patricio, el patrón de Irlanda, y los explicaba y los comentaba con gran entusiasmo. La lucha contra los druidas era lo que más le gustaba. Los druidas, en Bretaña, desafiaban a San Patricio a quién hacía más prodigios. Los druidas hacían caer en medio del verano una nieve espesa y fría; pero entonces San Patricio extendía la mano y la nieve desaparecía y salía el sol. Otra vez se desafiaban druidas y cristianos

a resistir el fuego, y uno entraba en una choza de paja y el otro en otra. Se les pegaba fuego a las dos y el druida y su choza ardían como la yesca y el cristiano quedaba impertérrito. Según su amigo irlandés se encontraba a veces el purgatorio de San Patricio, adonde se llegaba por una cueva.

Le hablaba también O'Brien de los viajes de San Brandán el Antiguo, de quien corrían muchas historias en su tierra. Según algunos, este santo y sus compañeros viajaban en un barco de mimbre recubierto de pieles, y según otros en un barco de piedra. Una vez habían desembarcado en una tierra que creyeron que era un islote, levantaron un altar para decir misa y después hicieron fuego; pero comenzaron a notar que el islote se movía porque era una ballena.

El viejo Pachi, al contar estas historias las celebraba mucho. Breña aseguraba que había visto una estampa de San Brandán y sus compañeros, en la que figuraba una ballena echando surtidores de agua y sobre ella el altar y la cruz para decir misa. Después hablaba de la isla de las Delicias, que estaba oculta por una capa espesa de niebla y en donde había lo mejor de todo. Algunos la llamaban la isla de las Siete Villas, la isla de los Santos, La Encubierta y La No Encontrada. Esta era como una especie de Jauja, y en ella se perdía la noción del tiempo.

También el irlandés O'Brien decía que en un castillo de Irlanda había una piedra y que todo el que besaba aquella piedra se hacía muy amable y zalamero. Él la había besado. A pesar de su gran amistad, el irlandés y el vasco se decían las verdades. El irlandés le decía al vasco que era muy bruto, y el vasco le contestaba que él era muy falso; «Pero no era verdad, terminaba diciendo Pachi; era muy buena persona».

—¿Y cómo murió? —le pregunté yo.

—Nada; al abandonar el timón le dio un golpe de mar tan rápido que en un momento desapareció.

De su padre y de los amigos de su padre, balleneros y pescadores de bacalao, Pachi había heredado la ansiedad por los mares del Norte y por el Sol de Medianoche.

En la cabeza de Pachi había siempre confusiones geográficas; citaba el cabo de la Desolación, la isla de Disko y el cabo Farewell sin precisión y sin exactitud.

Hablaba siempre de marineros que querían llevarse las mujeres del país, cosa que a él le parecía poco decente y distinguida.

Pachi también hablaba mucho de un tal Tom *the Freebooter* ('Tomás el filibustero'), a quien había conocido de chico, y contaba muchas anécdotas de él.

No sé dónde le había conocido; no creo que en el mar. Es probable que le hubiese conocido en San Juan de Luz. Lo que sí parecía es que habían navegado casi por el mismo tiempo, aunque en muy diferentes mares.

Este Tom *the Freebooter* había sido aventurero, negrero y pirata en los mares del Sur. Sin duda visitaba la casa de Pachi y contaba historias atroces.

—¿Y llegó a ser rico? —le pregunté yo una vez.

—No, porque cuando ya tenía un barco suyo cargado de riquezas le cogieron los ingleses y le llevaron a los pontones y de allí salió sin un cuarto y no podía ya ni ganar ni robar. Entonces venía a mi casa a comer y contaba sus historias.

PACHI ERA UN HOMBRE que había recogido todos sus conocimientos al pasar, como un trapero recoge trapos y papeles, y no era raro que estos conocimientos fueran algo contradictorios. Sabía leer y escribir medianamente. Recordaba lo que había ido oyendo al marchar por el mar y por la tierra.

De inglés decía algunas palabras y algunas frases. Quizá se le habría olvidado lo que supo en otro tiempo. El francés lo hablaba bien, aunque hubiese perdido la costumbre de emplearlo. Algunas veces cantaba una canción de borrachos que recuerdo:

*À boire, à boire, à boire  
Nous quitterons-nous sans boire?  
Les bons enfants n'sont pas si fous  
que d'se quitter sans boire un coup.*

Las anécdotas que contaba Pachi no le hacían ninguna gracia a Erica; todas le parecían groseras y petulantes. Contaba el patrón que en los puertos ingleses los españoles tenían bastante prestigio entre las chicas. Algunos se ponían muy elegantes y muy pinchos cuando bajaban a tierra. A los franceses les tenían menos simpatía y les llamaban *Frogs* ('Ranas'). Una vez, a un amigo suyo que era un chico guapo le apostaron a que no iba a una tienda y pedía un vaso de noche. El mozo, que sabía poco inglés, fue a la tienda, en donde había varias chicas dependientes muy guapas, y a una de ellas le pidió lo que quería con circunloquios de la manera más fina que pudo. La chica, al oír la petición se ruborizó, pero trajo el cacharro. El marino dejó el aparato en un rincón y fue a una pastelería próxima, compró bombones y caramelos y los dejó en el vaso, y luego fue a las chicas de la tienda y les ofreció los caramelos y ellas lo tomaron a risa y lo celebraron. A Erica, esta anécdota le parecía de mal gusto. Otra vez —contó Pachi— había un capitán escocés tan feo que parecía un mono. Era rojo y peludo y muy enamoradizo. Solía llevar caramelos en el bolsillo, a un lado los finos y caros y en el otro los ordinarios y baratos. A las chicas elegantes les daba los mejores y a las otras los ordinarios y baratos.

—No, no; de ese bolsillo, no; del otro —le decían estas.

Una, un poco incomodada, le dijo que parecía un mono.

—Mire usted que llamarme mono a mí —exclamaba el escocés.

—¿Le choca a usted?

—Mucho.

—Pues mírese usted en el espejo y no le chocará —le dijo un marinero.

En las tripulaciones mixtas había siempre odios nacionales.

Pachi llamaba a los marineros franceses comedores de ranas, como lo hacían los ingleses, a pesar de que él era más francés que otra cosa.

Los franceses, con frecuencia, contestaban a estas burlas cantando esta canción que me dictó Pachi:

*Buvons un coup, buvons en deux  
à la santé des amoureux,  
à la santé du roy de France  
et m... pour le roy d'Angleterre,  
qui nous a déclaré la guerre.*

Corrían entonces entre los ingleses caricaturas contra los franceses y contra Napoleón las cuales había visto Pachi. Me enseñó una, firmada por Gillray. En una de estas caricaturas, los marinos ingleses la celebraban mucho —según Bretaña—, Napoleón hacía navegar una escuadra de juguete en una palangana. Esta caricatura tenía como leyenda «El Primer Cónsul Gulliver».

Los ingleses cantaban con frecuencia *Rule Britannia* y los franceses *La Marsellesa*, el *Ça ira* y *Les Matelots, les matelots de la Belle Eugénie*.

Hablaba también el patrón de las personas que dan mala suerte a los barcos. A esa gente los ingleses le llaman los Jonás y los franceses los *gaffeurs*.

Hay que reconocer que cuando Pachi explicaba con detalle cómo abandonaron a un pobre hombre, a un Jonás, en una isla desierta, o cuando contaba los motivos de la rebelión de los marineros que mataron al capitán Johnson, producía mal efecto.

Narraba con explicaciones técnicas los naufragios más célebres de su tiempo, sobre todo el del *Kent*, barco de mil trescientas toneladas, que salió de Inglaterra en febrero de 1824 para la India y se incendió en su ruta, y el de *La Aventura*, de mil cincuenta y cinco toneladas, que partió de la isla de Mauricio en mayo de 1825 y naufragó hacia las islas Crozet y Marín.

Cuando Pachi contaba algunas cosas era un poco absurdo. Si describía una tempestad, imitaba el ruido de las olas y de los truenos y los brun-brun y los bum-ba estaban en su boca a cada momento.

DESPUÉS DE VARIAS CORRERÍAS de marino, Pachi se decidió por entrar en un barco ballenero y especializarse en esta pesca. No era exageración, según él, el decir que los barcos balleneros, panzudos y gruesos, se parecían más que nada a las ballenas.

Decía que los tripulantes de aquellos barcos usaban por dentro ropas de lana, por fuera trajes de cuero, botas de piel de foca con plantillas de madera y llevaban a tierra fusil y machete.

Cuando entraban en las bahías del extremo Norte era una cosa terrible el derrumbamiento de las rocas, que a veces solo eran de hielo, y que hacían al caer como un ruido de cristal roto. Parecía que el mundo entero se acababa.

Había que ir rechazando con palos largos los trozos de hielo que se presentaban en el mar.

«El bacalao —decía— se pesca en casi todas las latitudes de los mares del Norte, pero hay puntos especiales en donde se reúnen los pescadores: el Dogger's Bank, en el mar del Norte, entre Inglaterra, Holanda y Dinamarca; los bancos de Islandia, los de Terranova y los de Saint-Pierre y Miquelon».

Citaba entre los bancos de Terranova, el de la Ballena y el Banc-à-Vert.

«El golfo de San Lorenzo, entre Terranova y la península del Labrador, sitio muy nebuloso, lo conocía muy bien. Había pasado por la desembocadura del río San Lorenzo, por la Bahía de los Calores, por delante de la isla Verde y de San Juan.»

«La isla de Cap-Bretón, en el golfo de San Lorenzo, es una hermosa tierra —decía—. Nosotros pasamos un verano en el Norte, en lo que llaman el Brazo de Oro. Los negros de la isla de Cap-Bretón hablan una jerga rara del país, que no es ni francés ni inglés, y algunos dicen que hacen un conjuro para no tener frío.»

Sobre todo en las islas Lofoden era donde más se dedicaban a extraer el aceite de hígado de bacalao.

Las escenas que había presenciado en sus viajes no debían de ser muy piadosas ni muy pedagógicas, y así los recuerdos que contaba con delectación para la mayoría eran poco edificantes.

Todas las maniobras de la preparación del bacalao eran muy desagradables.

De muchas palabras marinas que empleaba yo no sabía la significación exacta; primeramente usaba voces extranjeras y técnicas. El coronamiento de un barco era la parte más alta de la popa; el sollado, unas veces era la cubierta y otras no. Cuanto más se explicaba menos le entendía y si le preguntaba se incomodaba. Luego tenía confusiones que me despistaban. A la eclíptica, le llamaba la elíptica. Todo esto era motivo de discusiones.

«No le hagas caso», me decía Erica.

Como era terco no se avenía a razones, y si decía finibusterre y yo le indicaba que se decía finisterre, él entonces aseguraba que jamás cambiaría su manera de decir.

Había estado en las islas de Spitzberg y en la isla de los Osos.

—¿En qué parte? —le preguntaba yo.

—Ya se sabe, donde están. Más arriba de la Laponia. Entre la Groenlandia y la Nueva Zembla. Aquí nadie sabe dónde está eso. La Nueva Zembla es de los rusos y allí van a cazar zorros azules, plateados y armiños.

Contaba las aventuras de los cuatro marineros suecos de Spitzberg. Es un país magnífico —decía—. ¡Qué montes! Spitzberg está a ciento cincuenta leguas más alto que Laponia. Son tres islas principales. Seis meses de noche. Después viene el sol y el calor y el alquitrán del barco se funde y empiezan a aparecer algas verdes, las focas salen por todas partes, las morsas se calientan al sol en familia, los osos blancos se pasean también por encima del hielo y hay islas que se trasladan deslizándose de un lado a otro. Las focas cuando se tiran al agua necesitan lastre como los barcos y se tragan unas cuantas piedras y luego las echan cuando llegan a tierra.

—¿Y dicen papá y mamá? —le preguntaba yo, en broma.

—Sí; algo parecido. Se domestican y siguen como los perros y les gusta que les acaricien y besan a los amos.

La vaca marina (la morsa) era también muy inteligente —según él.

Contaba historias curiosas de las morsas y del amor que se tenían los animales de la misma familia. Supongo que unía lo visto con lo oído.

«La morsa es el animal más valiente del mundo —decía—. Cuando se ponen a luchar no tienen miedo a nada y espantan a los hombres y a los osos. La morsa cuando está herida tiene un aire terrible. Se pone derecha, apoyándose en las patas, aúlla, mueve los ojos de un lado a otro y rompe el hielo con sus colmillos.»

Muchas veces iban en los barcos escoltados por pulpos. Y si no había nada que hacer los cortaban por la mitad y estos animales seguían viviendo.

Decía que había visto pulpos de veinte pies de envergadura, que flotaban en las olas y echaban chorros de tinta.

Había, según él, marinos atrevidos que se subían sobre los témpanos de hielo y se acercaban a tierra a cazar focas y morsas.

Cuando se veía a lo lejos un surtidor que salía del agua, los que estaban de vigía avisaban: «¡Ballena a la vista!»

Enseguida, las chalupas preparadas se llenaban de remeros y arponeros, cada uno con su arpón en la mano.

—¿Y se tenía puntería con el arpón? —le pregunté yo.

—Sí; el blanco era muy grande.

Se veía a veces que no era una ballena, sino dos, tres, un rebaño que saltaba entre las espumas.

Se iban acercando al enorme animal, haciendo el menor ruido, y si lo encontraban dormido en el agua no vacilaban en acercarse y el arponero lanzaba el arpón hacia la

parte menos resistente del cuerpo, procurando hacerle una herida muy ancha. Después se seguía a la ballena hasta cansarla, y si salía otra vez se le tiraba otro arpón y otro. Ya el mar se empezaba a poner rojo de sangre.

Al oír esto, Erica dijo una vez, convencida: «¡Pobre ballena!».

La exclamación produjo una gran sorpresa en su padre, que llamó a su hija fatua y loca.

La cuerda se sujetaba en el ancla. La ballena herida se sumergía bajo el agua, arrastrando consigo el arpón, que llevaba clavado en el cuerpo, y la cuerda que iba unida al extremo libre de la flecha.

Esta cuerda se colocaba con gran cuidado en las chalupas, de manera que por la tracción de la ballena se fuese desarrollando por sí sola. La operación requería tanto cuidado que el menor entorpecimiento o dificultad que experimentase la cuerda al desarrollarse podía hacer zozobrar la barca, a causa de la gran violencia con que la ballena tiraba de ella. Unas veces el animal no llegaba a desarrollar toda la cuerda, pues obligado por la necesidad de respirar, volvía de pronto a la superficie del agua; en este caso los pescadores, sin abandonar el extremo de la cuerda, podían seguir perfectamente la dirección de la ballena y al reaparecer esta se acercaban y le lanzaban otro arpón, a cuyo golpe solía perecer.

Otras veces la ballena se sumergía tanto o iba tan lejos que consumía toda la cuerda y en este caso esta solía llevar en su extremo libre un flotador, con una mira, para distinguir a alguna distancia la situación del animal y poder contribuir a su persecución y acechar la oportunidad de asestarle nuevos golpes hasta darle muerte.

A Erica le molestaban estas descripciones de la persecución de la ballena.

Se contaba que a un buque ballenero de un punto de América del Norte, le embistió una ballena con tanta furia, que a la segunda embestida lo tumbó y los marinos tuvieron que salvarse en las lanchas.

—Hay por allí —seguía diciendo Pachi— muchos delfines, y un animal parecido a ellos es la orca, que los ingleses llaman *grampus*. La orca y el pez espada le atacan a la ballena con violencia.

La orca es un animal del tipo del delfín, pero mucho mayor que este y gris. Se endereza sobre la cola y huele a perros podridos. Es muy cruel y muy voraz. Muge como un toro y a veces ataca a las ballenas y las destroza.

—¿Se come?

—No; solamente se le saca el aceite.

El aceite de ballena servía en los barcos para los candiles y faroles.

Muerta la ballena la remolcaban hacia el buque ballenero y la amarraban a una de sus bandas. Luego se iba despedazándola y se sacaban las barbas, la esperma y la grasa, que se guardaba en barriles.

A veces, a los barcos les escoltaban ballenas, pero eran ballenas delgadas y no valía la pena de pescarlas.



El final de la pesca de la ballena era horroroso. Se llenaba el mar próximo de sangre.

Cuando se echaban los hígados en cubas para sacar el aceite había un olor terrible.

—¿Las ballenas tienen dientes? —le pregunté yo una vez.

—No; yo no les he visto nunca dientes.

—¿Pues qué tienen?

—Tienen eso que llaman ballenas en la boca, eso que se usa para los corsés.

—¿Y lengua?

—Sí; enorme. Que da cinco o seis toneles de aceite.

—¿Y leche?

—Sí; tiene leche.

—¿Y alguno la ha probado?

—Sí; yo he oído decir que tiene un gusto como la de vaca.

Pachi aseguraba también que el cuerpo de las ballenas se parecía a la horma de un zapatero.

—¿Y el cachalote?

—El cachalote es otro animal y no es frecuente en los mares del Norte. Los cachalotes tienen una cabeza tan gruesa que mide más de la tercera parte de lo largo del cuerpo; no tienen dientes ni colmillos en la mandíbula de arriba, pero sí en la de abajo. Nosotros vimos alguno que otro de lejos, pero no pescamos ninguno.

Los mares del Norte, según Bretaña, eran terribles. Él había oído decir que la acumulación de los hielos se debía al frío intenso, y también a que el agua del mar, a medida que se acercaba al Polo, tenía menos sales.

Las tierras próximas al círculo polar, para un hombre acostumbrado a Francia, Inglaterra o España, eran un horror. Si no se tomaban precauciones, se le ponían a cualquiera los ojos enfermos.

Allá no se notaba cuándo era de noche y cuándo de día; siempre la luz era igual.

—¿Y las casas? —le preguntaba yo.

—Las casas fuertes están bien; pero las casas de los naturales son malísimas; casas de nieve, sin ventilación, donde se huele a demonios.

Pachi había estado en la isla del Disco, cerca de la costa de Groenlandia, donde se pescaba mucho. Allí tuvo el escorbuto.

También contaba cosas raras que yo no podía saber si eran verdades o fantasías.

Le oí decir que en Groenlandia se encontraban las ruinas de algunas aldeas antiguas, fundadas por los noruegos, que desaparecieron porque empezaron a caer sobre ellas unas rocas enormes que se desprendieron de los montes próximos y las hicieron pedazos. Decía él que entre los escombros se encontraban momias conservadas por el frío. Cuando Pachi Bretaña recordaba esos mares del Norte le asaltaban recuerdos tétricos.

También me dijo que en las bahías de Spitzberg había unas algas de doscientos pies de longitud y una enorme cantidad de madera que flotaba sobre el agua. Todavía había entonces en el Norte esquimales que tenían barcas hechas de piel de foca y utilizaban como anzuelos las espinas de los peces.

—Los esquimales son unos cuitados infelices, unos *guisajoas* —decía él con una palabra vasca—. Los marineros les robaban las mujeres como quien lleva cerdos.

—¿Y los lapones?

—Esos son más ricos, más civilizados. Los esquimales tienen más malicia. Son muy desconfiados y envidiosos. Pequeños, con la piel oscura, los pómulos salientes, los ojos negros y la boca grande.

Respecto a Groenlandia, según él, tenía unos acantilados enormes y sombríos. Contaba que yendo en una lancha, había chocado esta con un banco de hielo y se habían caído al agua los cuatro tripulantes. Nadando se acercaron al banco de hielo y pudieron subir y estuvieron allí muertos de hambre y de frío hasta que los recogieron. Él estaba ya medio helado y a punto de morir. Le volvieron a la vida frotándole el cuerpo con una bayeta untada con aceite de ballena y haciéndole beber aguardiente.

Hablaba también mucho Pachi de las serpientes de mar que perseguían a los barcos, de los pulpos enormes y viscosos con sus tentáculos llenos de ventosas, del *Maëlstrom* y el *Kraken*. Todo era monstruoso y terrible en los mares polares. Hablaba también de sirenas y de tritones.

Oyéndole hablar a Manish de sirenas y de ballenas como islas y de pulpos que echaban abajo barcos, pensaba yo —dice Armendáriz— en las fantasías de Olaus Magnus y en sus historias septentrionales.

A mí, que había leído las extravagancias de Eliano y sobre todo de Olaus Magnus sobre los animales, no me iban a chocar estas cosas.

Pensaba, al oír a Manish, que este Bretaña de la Peña de los Ahorcados era un tanto mixtificador, pero no quise quitarle las ilusiones al pelotari.

Según Pachi, un esquimal regalaba la mujer o la hija como quien regala el gato.

Los lapones eran pequeños, inocentes como niños. Los finlandeses, altos, francos, bebedores y fumadores y gente muy alegre.

Decía que en estos países, cuando comenzaba el sol, se llenaba todo de mosquitos y no se podía vivir, hasta el punto de que tenían que llenar las habitaciones de humo para espantarlos.

También decía que por allí se veía la nieve de color sonrosado.

—¿Y qué animales de carga tienen en esos países? —le pregunté yo.

—Una especie de ciervos que llaman *krein*.

—Quizá sean los renos.

—Eso es, así se llaman. Tiran de los trineos muy bien y hacen un ruido con las pezuñas al correr como si tuvieran castañuelas.

—Y en Groenlandia, ¿qué hay?

—¿Quién sabe lo que hay allí? Allí los naturales, que son todos muy pequeños, como los esquimales, dicen que dentro del país hay muchos monstruos raros, gigantes enormes, hombres de cabeza de perro o de pez. Los groenlandeses son muy buenos, mejor que nosotros; parten lo que tienen con el primero que llega y si se les da las gracias se asombran, porque esto a ellos les parece muy natural.

Yo le decía —siguió diciendo Manish— que las ballenas tendrían una garganta enorme. Él me dijo que no, que por el garganchón de una ballena no puede pasar un hombre. Algunos dicen que por la garganta de una ballena lo más que puede pasar es una sardina. Es una abertura que no tendrá más de una pulgada de ancho. Por ahí no pudo pasar ni Jonás ni un niño de teta.

Los barcos balleneros llevaban distintos derroteros.

Me hablaba de las costumbres de las ballenas. Las ballenas estaban a veces una hora entera dentro del agua.

—Y entonces, ¿cómo respiran? —le pregunté yo.

—¡Ah!, no sé; pero todos los balleneros lo han visto.

Decía que había una ballena con dientes y otra desdentada.

El movimiento de las ballenas en el mar era muy airoso, muy bonito.

Pachi había oído contar las exploraciones polares del capitán Parry, que según le habían dicho era un gran capitán.

Le dije que Groenlandia quiere decir tierra verde. Así lo había leído.

«Eso sería en otro tiempo —replicó él—; yo la he visto siempre blanca de nieve y cubierta de hielo.»

También se contaba, según él, que en Groenlandia había habido conventos de frailes. En los países árticos, Pachi había cazado toros almizcleros y zorros de color plomizo, de una clase que llamaban zorro azul, y que se vendía a precios enormes en Inglaterra y en Francia.

DE ALGUNOS NAUFRAGIOS CÉLEBRES hablaba Pachi Bretaña, pero los que conocía con mayores detalles eran los de unos barcos balleneros holandeses que se perdieron en Groenlandia hacia fines del siglo XVIII. Tenía una relación manuscrita del tiempo, en la cual se contaban los detalles, y leyéndola, me dictó a mí un capítulo para su Diario de navegación.

El navío la *Guillermína*, bergantín o corbeta de trescientas toneladas, mandado por Jacobo Enrique Broerties, de Zaamdam, salió de Texel un día de abril de la última mitad del siglo XVIII para ir a la pesca de la ballena. El 22 de junio llegó sin novedad a la costa oriental de Groenlandia, a lo largo de vastos campos de hielo movedizo que cubrían los mares. Echó el ancla y comenzó al momento los preparativos de pesca.

Otros cincuenta barcos habían llegado a los mismos lugares, que en esta época habían atraído la atención de los armadores por las muchas ballenas que se pescaban. La *Guillermína* comenzó sus preparativos al momento. A los pocos días enormes témpanos de hielo bloquearon el navío por todas partes. Para evitar las consecuencias peligrosas de este accidente, el equipaje, por orden del capitán, se dedicó a trabajar durante ocho días y ocho noches, serrando los bloques de hielo, que tenían trece pies de espesor, y ensayando así dejar libre el barco. Varios buques balleneros tuvieron la suerte de salir al mar libre, pero la *Guillermína* y otros veintisiete quedaron como encerrados. De estos, quince o dieciséis pudieron atravesar los hielos y escapar. Al final de julio, los témpanos que rodeaban a la *Guillermína* comenzaron a separarse y mostraron una abertura. El capitán quiso aprovechar el momento y ordenó a los marineros que tomaran los botes y que fueran remolcando el *brick*. Fueron así durante cuatro días remando penosamente, y cuando creían verse libres se hallaron con la salida cerrada por bancos de hielo. Había otros cuatro balleneros más; todos estaban como metidos en una dársena sin salida. No había abertura por donde escapar.

El capitán decidió disminuir la ración de cada hombre.

El día 1 de agosto comenzó un viento del Norte terrible, que duró casi todo el mes; las olas furiosas daban contra las embarcaciones y lo rompían todo. El 20 hubo un huracán que desmanteló un *brick* de Hamburgo. La *Guillermína*, que había perdido sus botes, el ancla y parte de su aparejo, fue a chocar contra otro navío de Zaamdam, mandado por Cías Jans Castricum. Su quilla no tardó en quedar por encima de los hielos. Dos de los cinco barcos metidos en aquel callejón siniestro estaban perdidos; el de Castricum tenía muchas vías de agua fácilmente reparables y los otros dos estaban bien. Se repartió la tripulación entre los buques relativamente íntegros y se transportó a ellos todo lo que se pudo de útiles, de ropas y de provisiones.

Los tres barcos quedaron inmóviles entre los hielos. Los capitanes de los *bricks* holandeses vieron, cuando se despejó un poco el tiempo, que había otros buques balleneros a no mucha distancia y en la misma posición. Entonces mandaron doce hombres, y a la vuelta estos contaron que los *bricks* aquellos habían sido aplastados por la presión de los hielos y probablemente las tripulaciones habían huido. También contaron que dos barcos hamburgueses encallados igualmente habían perecido de la misma manera.

Las corbetas holandesas de Broerties y de Castricum parecía que estaban presas e inmóviles entre los hielos, pero derivaron con el viento y el 24 de agosto se encontraron a la vista de Islandia. Dos días después, una parte de los hielos se puso en movimiento; dos capitanes supieron aprovechar esta circunstancia para ganar el mar libre y cuatro días después se les perdió de vista.

Aunque la *Guillermína* estaba amenazada de destrucción a cada instante, se defendió bien hasta el 13 de septiembre. Este día una montaña de hielo se precipitó sobre ella con un estruendo furioso y destrozó todo lo que encontró. El accidente fue tan súbito que los marineros que descansaban en sus hamacas no tuvieron tiempo de vestirse y se escaparon medio desnudos sobre los hielos vecinos, donde quedaron expuestos a todas las inclemencias.

Les costó también mucho trabajo guardar algunas provisiones, porque el navío fue como cortado a diez pies por encima de la línea de flotación, y después enteramente destruido y sepultado bajo un enorme montón de bloques de hielo.

Otro barco había perecido de la misma manera el 7 de septiembre. Su equipaje se reunió con el de la *Guillermína* y se puso en camino para llegar al *brick* del capitán Castricum.

Comenzaron a marchar sobre el hielo, pero este no se encontraba completamente sólido; las hendiduras y grietas que se abrían bajo los pies de aquellos desgraciados les hicieron correr el riesgo de un nuevo naufragio y les pusieron en la necesidad de volver sobre sus pasos. Se decidieron a armar una tienda de campaña sobre la parte de hielo que estaba sólida, y a fin de preservarse lo mejor que pudieran del frío horroroso encendieron fuego con los restos del barco, esperando mejorar un poco su situación precaria. Un incidente fácil de prever vino a turbarlos en su miserable refugio. El calor del fuego hizo fundir el suelo helado y lo agrietó y lo llenó de agua; tuvieron que hacer varios agujeros en diferentes sitios para que el agua corriera.

Un poco de reposo que gozaron estos infortunados durante la noche reanimó su valor. Al día siguiente redoblaron sus esfuerzos para llegar al barco de Castricum. Una llama flotante en el palo mayor indicaba dónde se encontraba. Su vista excitó en los náufragos un nuevo ardor.

Los tres capitanes de los barcos perdidos, Broerties, Degrood y Volker Jans marcharon cada uno a la cabeza de sus tripulaciones. El viaje que iban a emprender era peligrosísimo; mientras duró, estuvieron obligados a ir saltando de témpano en témpano y a cada paso corrían el peligro de desaparecer en el agua.

El 1.º de octubre creían hallarse en el final de sus miserias; pero, ¡qué terrible contratiempo! Había que pensar que no tenían salvación. El barco de Castricum estaba más lejos de lo que creían y en un estado deplorable, expuesto a ser aplastado por la presión de los hielos. Al fin tuvieron la dicha de llegar. Acababan de embarcar cuando aparecieron cincuenta hombres del equipaje del ballenero hamburgués que había naufragado el 30 de septiembre. El arponero y doce hombres se habían ahogado al pretender llegar a Islandia.

Por lo que estos desdichados pudieron conjeturar, estaban a los 64 grados de latitud Norte. Un nuevo peligro les amenazaba...

—¡Hombre, no! —dijo Armendáriz—. Ya basta de desdichas, Manish.

—¿No le gustan a usted estas aventuras?

—Es que ya me parece que hay un poco de satisfacción en el dolor ajeno.

—Pues a mí, de chico, estas historias me entusiasmaban; me parecía que yo tendría ánimo para luchar con los infortunios.

—Puede ser. Yo al menos no lo tendría. Así que, si a usted le parece, doblemos la hoja.

—Bueno, pues doblémosla.

PACHI TENÍA SU OPINIÓN sobre la gente de aquellos países, lapones, groenlandeses y esquimales, y los consideraba como unos cuitados.

Contaba todos los absurdos que había presenciado en sus años de navegación como si fueran modelos de pedagogía, los naufragios en que se había luchado para apoderarse de una lancha, las hambres y hasta cómo habían dejado en un islote desierto, con engaños, a un marino que consideraban que daba la mala suerte. Me decía que en la lengua de los marinos ingleses, a estos hombres que dan la mala suerte según ellos, les llamaban los Jonás.

La gente de Groenlandia creía, según Pachi, que cuando aparece una aurora boreal las almas juegan a la pelota en el cielo con una cabeza de ballena.

Algún danés le contó que en su país hablaban de un diablo que se llamaba Antesser, y este diablo, que andaba con pantalones rojos, como el antiguo del País Vasco llamado *Galcha gorri*, llevaba a los hombres y mujeres a un sitio muy hermoso, de nombre Blokula, y les conquistaba con buenas comidas y dándoles animales, ciervos, gatos, chivos, que les servían para hacer comisiones.

A su cuñado noruego, Pachi le había oído decir que no hacía mucho tiempo se habían quemado sesenta brujas en un pueblo del extremo Norte.

El rey Erico de Suecia se servía de su sombrero para cambiar la dirección de los vientos, porque tenía trato con el demonio, que le obedecía, y el sombrero suyo era como una veleta.

Decían las gentes del Norte que hay mujeres cisnes maliciosas y pérfidas.

Los finlandeses, según Pachi, eran muy partidarios de la hechicería, y se aseguraba que algunos magos vendían a los pilotos tres nudos mágicos. Si se soltaba el primero salían los vientos tranquilos, si el segundo los fuertes y con el tercero los huracanes.

Pachi no hubiera dicho que no había sirenas, tritones y otros animales marinos extraños y misteriosos, porque él creía haberlos visto.

A él le habían contado cosas muy raras y no sabía qué opinión tener de ellas. Si un hombre era capaz de esculpir en madera una foca o un oso estaba expuesto a que un día se le fuera.

«Yo les preguntaba —decía Pachi—: “Pero, ¿vosotros creéis en eso?” “Sí, ¿por qué no? —decían—. Otras cosas tan raras pasan en el mundo.”»

Muchos esquimales, cuando van de caza, se disfrazan con la piel del animal que van a cazar y creen que le engañan.

Los esquimales suponen que en tiempos antiguos toda la tierra vivía en la oscuridad y que los hombres se podían cambiar en animales y los animales en hombres. Algunos esquimales creen que han nacido de los sesos de una ballena

privilegiada e inteligente. En cambio, los blancos son hijos de hembras de animales más bajos y de espíritus del mal.

En Groenlandia, le dijo un antiguo pescador que vivían allí unos brujos a los que llamaban *angakok* o *angukok*, y cuando los groenlandeses ven que las morsas no se muestran en los alrededores y no las pueden cazar van a buscar al *angukok*, y este se dirige a la isla de Disko, donde habita una mujer que guarda las morsas, las focas y los pájaros de mar. A esta mujer le ruega que cese su encanto, y si no lo consigue, le agarra del pelo y le da unos golpes hasta que cede. El *angakok* ve en algunos pájaros por entre las plumas su forma de persona, porque son hombres. A algunos hombres que son de verdad pájaros y que tienen un pico como de pato, el mejor día se les ocurre ponerse plumas y vuelan al país de los patos y de los cisnes y se quedan allí años y años. Otros decían que los groenlandeses que se encomendaban a los *angukok* se valían de un jefe de los espíritus llamado *Torngarsuk*.

Los islandeses aseguraban que hay una clase de magia para viajar por los aires. Esto se conseguía con una correa que se llama *gandreid jaum*. En Helgafell, montaña de Islandia, parece que había un lugar santo y la gente marchaba allí en romería.

Hay también por las tierras del Norte de Suecia una serpiente monstruosa que llaman *Jormungandur*.

Petersen, un noruego, le decía a Pachi que la serpiente de mar, de la que tanto se ha hablado, vivía en las rocas cerca de Bergen y se alimentaba de cangrejos.

Otro marinero danés les contaba la historia del rey Svend Estrithson, que tenía más mujeres que Salomón y que cuando era viejo iba como un penitente con su hábito a pedir al arzobispo que le levantara la excomunión.

A Pachi le contaron también que en Groenlandia se encontraba el hombre del mar, que conducía una barca pequeña hecha de piel de tiburón, y que cuando quería se hundía en el agua y cuando quería salía a flote.

En el monte Hecla se decía que había muchos espíritus malignos y los que se habían quedado temporadas en estos países como Thule, Islandia, Groenlandia y Terranova, decían que estaban llenos de monstruos, de lamias que se comen a los niños y de otras cosas espantables.

—Pero, ¿usted cree en eso? —le preguntaba yo a Pachi.

—Yo no creo nada porque sí, pero hasta que no se haya reconocido y explorado todo aquello no se sabrá bien lo que hay y lo que no hay. Tiene también aquella gente mucha afición a hablar de los enanos sabios que van con una capa y se hacen invisibles cuando quieren. Dicen que hay muchos brujos y brujas entre los fineses y los lapones. Parece que estos son muy sabios.

—Y usted, ¿qué pensaba de todo eso? —le decía yo.

—Yo tendía a pensar que eran mentiras. Yo no sé la cantidad de tonterías que cuentan de los brujos y de las hechiceras. Se decía que los fineses y los lapones, asociados a sus brujos o a sus demonios, vendían a los navegantes el viento que necesitaban para volver a su país. Eso, claro es, no puede ser.



—Claro que no.

—Algunos marinos decían que las antiguas sirenas con el tiempo se convirtieron en focas y que muchos habían oído hablar muy confusamente a estos animales.

—¡Bah! Más hablan los loros y nadie cree que entienden.

—Tienes razón. También hay una dama del mar que es un demonio y suele reclamar muchas veces una víctima, y mientras no se la dan, está rabiosa y persigue a las tripulaciones de los barcos hasta que coge a uno cualquiera y entonces se tranquiliza.

—Yo creí que esa gente del Norte sería más inteligente y más razonable —le indicaba yo.

—Nada. Más locos que nosotros. Los marineros daneses y suecos creen que cada barco tiene un espíritu benévolo que llaman el *Clabanterman*, y si el barco va a perderse, entonces el *Clabanterman* se escapa. También dicen que hay un gigante de la tempestad que tiene forma de águila y por debajo de las alas le salen los huracanes...

—Mucho de esta fantasía dependerá del mal clima —le dije yo.

—Seguramente. Allí, cuando viene el otoño, empieza a reinar el aire de la tempestad y todo el país se llena de espectros y de malos espíritus, según los supersticiosos. Los espectros de los muertos persiguen a las personas vivas y vienen con su reina *Sedna*; pero esta no anda por encima de la tierra, sino por debajo de ella. Entonces los encantadores se disponen a cazar a esta reina malévola que llega acompañada de su padre. Los encantadores se meten en una choza y cantan una canción que saben que gusta a esta reina, y cuando creen que ya la tienen cerca le lanzan un arpón, y *Sedna*, herida, se retira a sus dominios y deja en paz a los hombres.

Pachi también contaba que había conocido un marino de cerca de Riga que había visto hombres que aullaban como lobos y se creían lobos; pero esto no le chocaba a Bretaña, porque en su tiempo en Francia, en el Mediodía, se hablaba mucho de los *loups-garous*.

—¿Y los esquimales? —le pregunté yo otra vez.

—Los esquimales..., con seguridad no se sabe quiénes son. En esos pueblos del extremo Norte, cuando empieza a desaparecer el hombre rubio sin color, empieza a aparecer un tipo como el chino, rechoncho, con la cabeza grande, la nariz aplastada y los ojos torcidos. Unos te dicen que son esquimales, otros que lapones; hablan y no se entienden entre ellos. Algunos son muy buenos, otros muy malos; unos cantan y tocan el tambor; otros son brujos y creen en muchas locuras.

—Y esos tipos, ¿cómo son? ¿Altos?

—No; al revés, pequeños.

—Pues yo creí que serían altos, barbudos...

—No; no tienen barbas apenas.

—¿Ni los viejos?

—Si allí no hay viejos.

—¿Por qué?

—Porque la gente se muere cuando tiene treinta y cinco o cuarenta años a lo más.

—¿Qué país!

—Sí; muy malo. Son también supersticiosos. Los esquimales, cuando ven una ballena, se ponen muy elegantes, con trajes nuevos. Dicen que si se pusieran el traje de una persona muerta, la ballena se escaparía enseguida.

—¿Qué fantasías!

—Los cazadores esquimales tienen que tratar con cuidado al cuerpo de un animal muerto para que no les dé la mala suerte. El cazador o pescador del estrecho de Behring que haya contribuido a matar una ballena blanca no puede hacer ningún trabajo durante los cuatro días siguientes, para que el espíritu de la ballena deje su cuerpo. En esta época nadie en el poblado se puede servir de un instrumento cortante de hierro, de miedo de herir la sombra de la ballena, que suele vagar por el aire.

—¿Es que la sombra puede hacer daño?

—Sí. También muchos esquimales creen que las ballenas y las focas proceden de los dedos cortados de la diosa Sedna. La diosa Sedna es muy importante. Algunos esquimales, si se les pregunta: «¿Cómo te llamas?», se vuelven a otra persona para que lo diga, porque es de mal agüero decir uno mismo su nombre. Cuando uno de estos esquimales o lapones mata un oso le entra miedo y para justificarse ante las fuerzas de la Naturaleza, que piensa que pueden reclamar de su acto, se hace el loco y canta o dice cosas con palabras que no se entienden, porque cree que si le consideraran cuerdo le podrían tomar en cuenta su acto.

—¿Y cómo viven los esquimales?

—Viven en unas cuevas hechas en la nieve. Tienen un pasillo para entrar y luego hay un boquete de tres o cuatro varas a cada lado.

—¿Y ventanas?

—No tienen.

—¿Olerá mal?

—A perros.

—¿Y luz de noche?

—Tienen una especie de candiles que alimentan con grasa de ballena o de foca.

Pachi tenía un recorte de periódico inglés sobre los esquimales del Norte, extraído de la relación del capitán Ross y de una Memoria del capitán Sabine. De ellos me dictó unas notas que aún conservo.

Los esquimales del Norte habitan una parte de la costa occidental de Groenlandia, entre los 76 y 77 grados de latitud Norte. Hasta el momento de la llegada de los europeos, en agosto de 1818, ellos se creían los únicos habitantes del mundo y pensaban que el resto del universo era un campo desierto de hielo.

Todo lo que sabían de sus antepasados era que sabían pescar ballenas, pero ellos no comprendían por qué medios. Tampoco sabían construir lanchas y decían que les faltaban materiales.

El traje de los esquimales eran túnicas, una encima de otra, pantalones y botas de piel de foca.

Los primeros ingleses que los vieron llevaban un intérprete esquimal que sabía ya inglés, que se llamaba Sackeouse.

Por indicación de los ingleses, Sackeouse le invitó a uno de sus paisanos a ir al barco, donde se encontró muy bien. Un día, por consejo del capitán, le preguntó qué religión tenía, si adoraba el sol, la luna o las estrellas. El esquimal dijo que no. Sackeouse le preguntó después:

—Y el sol, ¿para qué sirve?

—Para dar luz.

—Y cuando te mueras, ¿qué te pasará?

—Nada; me dejarán en la tierra y me pudriré allí.

Entonces Sackeouse le preguntó si no tenía idea de espíritus buenos y malos. El esquimal dijo que sí y habló de los *angukok*, que eran los brujos que jugaban malas pasadas a la gente y traían las tormentas; pero como en cada casa había un *angukok*, unos debían neutralizar a los otros.

Entonces, por indicación del capitán inglés, Sackeouse le dijo al esquimal:

—Hay un espíritu superior todopoderoso e invisible que ha creado el cielo, el mar y la tierra. ¿Tú no crees en eso?

—Yo no sé; no he oído hablar de él.

—¿No has oído?

—No. ¿En dónde vive?

—En todas partes del cielo y de la tierra.

Entonces el esquimal se asustó y dijo que tenía miedo a un personaje tan importante y que no quería salir del barco. Como los ingleses querían encontrar alguna idea de vida futura en el esquimal, este reconoció que un viejo que vivía hacía tiempo había dicho que después de muertos irían todos los hombres a la Luna, pero que él no creía que allí se podía vivir, aunque algunos opinaban que de la Luna venían los pájaros y que era un país muy bueno, donde había excelentes maderas para hacer barcos.

—¿Y no tuvo usted curiosidad de conocer de cerca a algún *angukok* de esos? — le dije yo a Pachi.

—¿Para qué? No iba a poder hablar con él ni a poder entenderle. Además, que de esos brujos hay en todas partes. Nosotros tuvimos en un barco un marinero ruso que decía que en su familia había muchos *chamanes* y nos contaba unas cosas raras de ellos, que se cambiaban en pájaros y hacían dormir a la gente tocando el tambor... Locuras.

—El último viaje que hice yo a la pesca de la ballena —contó Pachi— fue desastroso. Íbamos en un barco elegante de setecientas toneladas con mascarón de proa. El viaje empezó bien, con fortuna; pero luego la suerte nos volvió la espalda.

Habíamos salido de Newcastle en *La Veloz*, buen barco de tres palos.

La tripulación constaba del capitán Harris, el segundo Wilkins, el contraataca Forster, diez marineros ingleses, cuatro franceses, tres noruegos, tres vascos, un finlandés, un grumete y un cocinero negro.

Habíamos hecho una buena pesca, se habían llenado las barricas de aceite de ballena y recalamos en la isla de los Osos a descansar un poco y a hacer unas compras.

Se pasaron unos días muy bien y se dispuso la vuelta. El tiempo era hermoso y parecía que íbamos a terminar la travesía de una manera feliz.

Te hablaré un poco de la tripulación. El capitán Harris era un buen hombre, pero tan absorbido con sus ideas religiosas y con la lectura de la Biblia, que no se ocupaba de nada. El segundo de a bordo, Wilkins, era hombre severo, decidido y valiente. El contraataca Forster se mostraba práctico, pero no muy inteligente ni muy enérgico.

A los dos o tres días de partir de la isla de los Osos nos cogió un temporal horrible. El cielo estaba como la tinta y nos cegaban los relámpagos. El barco iba como una cáscara de nuez, de la derecha a la izquierda, empujado por vientos traidores que podían tumbarnos.

El palo mayor se rompió, como decían los marineros, como un tubo de pipa y hubo que cortarlo desde la primera cofa y la parte alta tirarla al mar; el palo de mesana saltó también y las velas se fueron por el aire.

Pasamos una semana de vientos furiosos, con olas que pasaban por encima de la cubierta. No se podía comer, ni beber, ni dormir.

El teniente Wilkins conocía los mares del Norte. Con la bocina daba órdenes en medio del ruido del huracán y de las olas. Wilkins era el que lo dirigía todo, porque el capitán Harris no pensaba más que en prepararse a bien morir.

A los siete u ocho días cesó el viento y la agitación del mar y pudimos arreglar algo unas velas y navegar con rumbo, mal que bien. El viaje resultaba detestable, pero salvábamos la vida. Todos no, porque cinco marineros habían sido llevados por el mar. Como negocio, para nosotros era un verdadero desastre; las barricas que estaban sobre cubierta y casi todos los víveres se los habían tragado las olas. Al principio, cuando cesó el temporal, la tripulación estaba satisfecha de haber escapado del peligro, pero luego vinieron las protestas. Todo eran maldiciones y frases de

desesperación y de rabia. La gente no hacía más que quejarse y renegar. Algunos más razonables decían:

—Pero, ¿quién tiene la culpa?

Los marineros estaban en una actitud sombría y desesperada. El capitán pretendió que se cantaran himnos de agradecimiento por haber salvado la vida, pero la mayor parte de la tripulación se quejaba y gruñía y se burlaba de él.

En los barcos, en general, había alguno, marinero o contramaestre que solía leer en días señalados trozos de la Biblia. Yo, la mayoría de las veces, no sabía lo que querían decir, pero otros sí lo sabían. En aquel barco el capitán era el que hacía de pastor.

La fatiga y los trabajos de aquellos días de tempestad nos agotaron, y cuando pudimos descansar apareció el hambre. Un día los marineros cogieron por su cuenta un barril de ron y lo vaciaron. Algunos quedaron como muertos varios días.

Al saberlo, el teniente Wilkins fue a ver los víveres y no encontró más que unas cajas de galletas y una barrica de ron.

Wilkins, hombre de brío, racionó la bebida y la comida, y la gente de a bordo comenzó a protestar. Entonces se formaron dos partidos: uno, dirigido por Wilkins, y otro por el cocinero negro al que llamábamos como en francés, el Coq. Estos hombres que estaban aleccionados por el cocinero negro, entre ellos un francés llamado Treport porque era de este pueblo, habían proyectado apoderarse de nosotros, dejarnos en cualquier tierra desierta o tirarnos al mar y después volver a algún puerto de Noruega o de Inglaterra, vender el barco y dedicarse durante unos meses a la vida de crápula y de orgía. Yo me puse del lado de Wilkins porque tenía razón. Wilkins era hombre decidido; se apoderó de las armas y municiones y se impuso. Eramos siete hombres armados que hacíamos guardia dos a proa, dos a popa y dos en el camarote del segundo con fusil y machete. El capitán no hacía nada. El equipaje estaba en plena insurrección y todo eran conferencias y cábalas entre los dos grupos.

No teníamos nada fresco que comer y empezaba a haber gente enferma del escorbuto. El agua no era mala todavía. No había viento, apenas navegábamos y no hacíamos más que fumar y dormir.

Entre la gente de un grupo y de otro había sus amenazas y sus chistes no de muy buen género. Los dos que más discutían y más reñían, aunque al parecer de una manera amistosa, eran un joven finlandés casi albino al que nosotros llamábamos Finn y el cocinero negro del barco que se le conocía por el Coq. El finlandés era un tipo del Norte, rubio, con aire de niño. El otro era como un mono y estaba tatuado de la cabeza a los pies. Yo creía que la hostilidad entre ellos era falsa, de puro entretenimiento, que se decían bromas para pasar el rato porque la gente les azuzaba al uno contra el otro. Finn cantaba cosas muy tristes y se reía del negro y de sus morros. El Coq, al parecer, aseguraba que Finn era el Jonás del barco, que daba la mala suerte y que él le había visto haciendo señas raras a las nubes. Muchos marinos

creen que cuando se llega en un barco a una situación molesta y difícil mientras el mar no se lleve a un hombre no se tranquiliza. Una noche negra y sombría estaba yo en el castillo de popa haciendo guardia con mi fusil y mi machete, cuando vi por la barandilla alguien que se acercaba por la cubierta. Era Finn que se acercó a la cocina y dijo algunas bromas al cocinero negro que no salió. Poco después Finn, tarareando, se acercó a la borda a mirar el mar. En aquel momento brilló la luna entre las nubes negras. Entonces me pareció que se abría la puerta de la cocina y que pasaba por el aire una cosa brillante. Miré, escuché; no vi ni oí nada. Al día siguiente me dijeron que había desaparecido Finn. Probablemente se lo había llevado alguna ola.

Después, al llegar a Newcastle, supe algo más terrible y era que el cocinero negro, el Coq, había matado tirándole un cuchillo a Finn y que luego los partidarios del francés Treport se habían guardado el cuerpo del muerto y se lo habían comido.

—Pero, ¿de verdad?

—Sí, sí.

—¿Y usted no le dijo nada al teniente Wilkins? —le pregunté a Pachi.

—No, ¿para qué? ¿Qué se iba a adelantar? Además estaba ya cansado de navegar y veía que no tenía suerte. Así que me dispuse a volver al país y a ver qué hacían mis parientes.

—Una pregunta que no sé si será indiscreta —dije al pelotari—, y que no se refiere a Pachi.

—Hágala usted.

—Viviendo con una muchacha joven y guapa, como al parecer era Erica, ¿no tuvo usted entusiasmo por ella?

—Sí, mucho; pero en este asunto de amor ella estaba como aletargada, como dentro de un sueño.

—Quizá demasiado trabajo.

—Sí, y soledad.

—Para ella la vida era trabajar, pescar, hacer la comida, dormir, bailar los domingos, remar, no se la había ocurrido nunca mirar el color del cielo, si era bonito o feo, ni soñar en nada.

Yo, al final de mi época de la casa de Pachi, empecé a ir algunos domingos a Elguea a ver a mi padre que le habían hecho patrón de una barca y ganaba más. Hizo que me encargara un traje en el mejor sastre del pueblo. También visité con frecuencia al maestro Echezarreta que estaba ya muy viejo. Yo tenía la preocupación de ser elegante y currutaco.

Unos meses antes de marcharme a la guerra, no recuerdo en qué mes, pero debía de ser septiembre u octubre, hacia la época del equinoccio, en ese tiempo que alguna gente a la antigua llama el cordonazo de San Francisco, Pachi me dijo una tarde que tenía él que ir por la noche a Recalde a ver a Norton, el de la fundición de aquel pueblo. Era la época en que se comenzaba a hablar de la guerra y en que se decía que los carlistas se iban a echar al campo. Yo iba a cumplir por entonces diecinueve años y podían llevarme soldado. No estaba muy crecido. Luego en el ejército me desarrollé y me hice hombre fuerte.

Al decirme Pachi que tenía que ir a Recalde, le pregunté cómo pensaba marchar y me dijo que fuera yo al caserío de su hijo y que le pidiera el caballo y el carrucho.

Como íbamos a salir al anochecer y él no tenía mucha vista, prefería que fuera yo conduciendo.

«Muy bien —le dije yo—. Como usted quiera.»

Por la tarde, al saberlo Erica dijo que ella también vendría.

«Bueno, iremos los tres —contestó su padre.»

Ella sabía conducir y nos relevaríamos.

Recuerdo el día como si fuera ayer; por la mañana hizo un viento muy fuerte; por la tarde amainó un poco, y el mar estuvo agitado.



A media tarde fui al caserío de Martín Zacarra, el hijo de Pachi, y le pedí el caballo y el carrucho, los aparejé y los dejé en la carretera cerca de casa. Erica había preparado la cena y luego había pensado que como el camino era bastante largo, más de tres leguas, sería mejor a la mitad del trayecto pararse a comer sin prisa y luego seguir. A Pachi le pareció muy bien la idea. Montamos en el carrito al anochecer y comenzamos a marchar hacia Recalde, despacio para no cansar al caballo. Salió una luna grande, redonda, amarillenta como un plato entre nubecillas grises. Encontramos un bosque entre la carretera y el río, nos paramos allí y sacamos la cena.

Comimos con mucho apetito y bebimos de lo lindo. No olvidamos tampoco de dar el pienso al caballo.

Hablamos y cantamos. Yo estaba un poco exaltado. Esta escenografía de la luna entre las nubes y las aguas del río, me ponían fuera de mí.

«Ahora que guíe el coche Erica —dijo Pachi—, porque tú estás hoy —y se dirigió a mí— un poco demasiado charlatán.»

Subimos los tres al carrucho y Erica tomó las riendas y el látigo.

Pasamos por el camino cerca de la hoz del río. La luna brillaba en un lado del barranco, pero no llegaba a dar en la superficie del agua, que quedaba oscura y misteriosa. Al salir de la hoz y ensancharse el paisaje, la luna caía sobre las aguas de una presa que parecía llena de encajes y de sirenas.

Pasamos por delante del cementerio con su tapia, su capillita, dos cipreses altos y estrechos que parecían irradiar luz y sus tumbas claras en las que se veían hasta las letras de las lápidas mortuorias y llegamos a la barriada de Olázar, delante de Jaureguía. La casa cuadrada donde vivía Norton parecía un dado blanco en esta noche clara. Una luz brillaba pálida en un balcón de la esquina. Había un completo silencio.

Nos detuvimos.

—¿Dónde esperamos? —pregunté yo a Pachi.

—Ahí, a la salida del puente.

Se refería al Puente de las Ánimas. Llamó Pachi con la aldaba en la puerta de Jaureguía que resonó a hueco. Abrieron y Erica y yo fuimos hasta el camino del puente. Dejamos al caballo atado en una argolla de una casa de la orilla del río y llegamos hasta el cementerio que estaba muy misterioso a la luz de la luna. Yo recordé que el maestro Echezarreta nos contaba que el cura de Hernani, don Agustín Pascual de Iturriaga, en la puerta del cementerio de su pueblo puso esculpido este letrero:

*Laster esango da zuengatic*

*Esaten oi dana orain gu gatic*

*Ill ciran.*

(Pronto dirán de vosotros lo que se dice hoy de nosotros: Murieron.)

Erica pareció impresionarse y temblar con esta idea.

«Vámonos de aquí», dijo.

Pachi había indicado que tardaría en salir una media hora o una hora a lo más.

Nos acercamos al Puente de las Ánimas, solitario a la luz de la luna. Llegamos al centro del puente lleno de zarzas e higueras enanas. Había en aquellos matorrales un olor fuerte de plantas salvajes. Erica y yo nos asomamos al pretil del río que tenía remolinos misteriosos a la luz de la luna. Yo cogí de la mano a Erica y le dije lo que sentía por ella. Ella me escuchó con atención y me contestó cariñosamente:

—Tú no puedes ser mi novio, Manish.

—¿Por qué? ¿Porque soy pobre?

—No, porque eres un chiquillo para mí y cuando tú tengas mi edad yo te pareceré vieja.

Cuando me decía esto le resplandecían los ojos brillantes y luminosos.

—No lo creas —le indiqué yo—. Yo te querré siempre.

—¿Cómo vas a saber ahora lo que podrías pensar dentro de unos años?

—Estoy seguro de quererte siempre.

—Pues yo así lo creo y si me tengo que casar prefiero casarme con un hombre que tenga veinte años más que yo que con un chico, que luego se cansaría de mí.

—Pues yo te quiero.

—Sí, yo también te quiero a ti como a un hermanito pequeño.

Yo la besé aunque ella no quería y la tuve agarrada por la cintura. Estábamos así cuando apareció de pronto un pescador con una red en la mano, lo que en el país se llama el zalabardo.

«Idos de ahí a otra parte —nos gritó— Nos estáis asustando el salmón, con vuestras conversaciones.»

Le hubiera mandado a paseo a aquel hombre. En esto oímos el silbido de Pachi y tuvimos que ir hacia el camino.

Subimos en el carrucho. A la vuelta, la luna en vez de tenerla a la derecha la teníamos a la izquierda y daba en el agua del río.

DESDE AQUELLA NOCHE Erica me trataba mejor que nunca, pero no quería estar conmigo sola.

Pachi me decía:

—Eh, Manish, ¿parece que Erica es muy amiga tuya?

—Sí.

—¿Es que tú la galanteas un poco?

—No; es muy guapa, pero no me hace caso.

—Es muy *gormanta*.

Era como una diosa. Yo muchas veces pensé después: «Aquella no habrá podido resistir a la domesticación.» Era como un pájaro salvaje.

Manish contempló el suelo.

Un día seguí a Erica de lejos y vi que en un robledal próximo al río estaba hablando con Norton, el ingeniero de la fábrica de Recalde, y comprendí que la partida la tenía perdida.

Poco después me llamaron al ejército y me marché sin esperanza ninguna. Luego, al final de la guerra, la vi muy cambiada y muy indiferente. Ya sabía que tenía una hija de Norton. Yo con Ishquiña, el viejo, Chomin y Bereciartúa me dediqué a jugar a la pelota.

—¿Y ya supo usted el final de Erica y de su padre?

—Sí, ya lo supe. ¡Qué pena me dio! Luego, cuando fui al pueblo, el notario me llamó y me dio la crucecita pequeña que Erica llevaba en el pecho. Le había encargado ella que me la entregase como recuerdo.

—¿Y la guarda usted?

—Sí.

—¿Había muerto ya?

—No; murió más tarde. —Manish quedó triste y pensativo—. Después de acabarse la guerra me hice jugador de pelota —siguió diciendo— y gané algún dinero, pero pronto aparecieron aquí jugadores más fuertes que yo y un amigo, en condiciones parecidas a las mías, me dijo:

—Lo que debemos hacer es irnos a América.

—Me parece muy bien; vamos.

Yo tenía guardados unos dos mil duros.

«Con este dinero me voy a comprar un caserío —pensé—. Si me va mal en América me vuelvo a trabajar en el campo.»

Compré el caserío de Martín Zacarra que había quedado desmantelado durante la guerra. La pared estaba como la cara de una persona que hubiera padecido viruelas,

llena de señales de bala; dentro no había nada. Compré la casa que tomó en alquiler un aldeano y me marché a América.

—¿Y es ahora de usted?

—Sí.

—¿Y marchó bien en América?

—Sí, gané dinero en distintos negocios.

A pesar de su suerte, Manish no estaba del todo contento; no me figuraba que fuera un hombre tan sentimental, pero así lo era sin duda. Probablemente el recuerdo de Erica había hecho que no se casara.

Me despedí del pelotari. Luego, cuando le veía a Manish, me saludaba de una manera muy expresiva, como si entre nosotros dos hubiera un secreto común.

## **SÉPTIMA PARTE**

---

# **LA CASA DE LAS MÁSCARAS**

UN DÍA DE VERANO, el doctor Ochoa se encontró a Armendáriz en San Sebastián.

—¿Está usted libre? —le preguntó.

—Sí.

—¿Quiere usted venir a comer conmigo?

—Con mucho gusto.

—Iremos a un restaurante del pueblo viejo.

—Donde usted quiera.

Fueron a una calle húmeda y corta, próxima a la plaza de la Constitución. Cruzaron una taberna, tomaron por un pasillo estrecho que después se ensanchaba en un comedor de fonda espacioso que daba a un patio. Se sentaron.

—¿Sabe usted que averigüe el final del viejo marino que vivió en la Peña del Anzuelo y de su hija? —indicó Ochoa.

—¡Hombre!

—Sí; luego se lo contaré; pero primeramente haremos el menú, que es cosa seria, y después hablaremos. Viene hacia nosotros el dueño del restaurante.

El dueño era un hombre grueso y pacífico.

Se trató con él y con un mozo la comida y los vinos y después de resuelto este punto trascendental siguió la conversación.

—Usted me contó cómo Manish el pelotari había estado de chico en casa de Francisco Bretaña y lo que sabía de él —dijo Ochoa.

—Sí.

—Pues yo me encontré con que Pachi había vivido en Recalde en el mismo barrio de Olázar y que allí murió.

—¿Y no lo sabía la gente?

—No se había ocupado de ello.

—¿Y vivió con su hija?

—Sí; y la vida de su hija y su muerte son un tanto novelescas.

—Pues nada, cuente usted.

—A mí me dijeron al principio de llegar a Recalde que un marinero viejo había vivido en el barrio de Olázar. Esto no me llamó la atención ni me produjo curiosidad; ahora, cuando hace poco he sabido que este hombre era el mismo de la Peña del Ahorcado, ya fue otra cosa, y sentí el deseo de averiguar cómo vivía e hice mis gestiones, y he visto que el hecho ocurrió hace mucho tiempo y que murió el marino y su hija y una porción de gente más, porque lo que tengo que contar a usted es una sarracina terrible, como un drama truculento en donde no queda ni el apuntador.

—Pero, amigo Ochoa, un melodrama o sarracina de esa clase en Recalde hubiera trascendido a los pueblos próximos y se sabría el nombre del criminal o de los

criminales.

—En esta sarracina no ha habido criminal. El criminal, si se le quiere llamar así, es la Muerte, que se cebó en una casa y en una familia.

—¿Qué casa y qué familia?

—La casa no creo que usted se fijara en ella, aunque todavía existía cuando usted fue por primera vez a Recalde. Era una casa vieja próxima al Puente de las Ánimas que se llamaba Mairuenea. ¿Sabe usted lo que quiere decir?

—Puede ser la casa de los duendes o de las máscaras.

—Eso es. Esta casa Mairuenea estaba a orillas del río, al salir del puente.

—Si la llegué a ver, no me fijé en ella.

—Pues es lástima, porque tenía interés.

—¿Qué le pasaba?

—Mairuenea era una casa, por lo que me han dicho, del siglo XVI, de un estilo gótico retrasado para su tiempo.

—Sí; esto es corriente en el País Vasco. Los fenómenos de arcaísmo se dan en todos los rincones un poco apartados de Europa.

—Mairuenea era grande, negra y destartalada; tenía delante un balcón con barandado de madera carcomido que nunca se había pintado modernamente. La fachada no daba hacia el río, sino hacia una callejuela por donde antes se iba a una ermita. ¿Usted se acuerda de aquel trozo del barrio?

—No.

—Pues esta parte de Olázar donde se encontraba Mairuenea estaba formada por unas quince o veinte casas antiguas, derrengadas y torcidas, que se inclinaban unas hacia otras como haciéndose reverencias. Por en medio de esta callejuela pasaba un arroyo pequeño lleno de piedras a desembocar en el río.

—¿Y por qué la casa se llamaba Mairuenea, es decir, ‘de las Máscaras’?

—Ahora voy. La casa se llamaba de las Máscaras porque tenía a esta calleja del arroyo una fachada historiada con una puerta ojival.

—Siento no haberla visto. ¿Qué había en ella?

—Alrededor de la puerta había círculos, estrellas y unas lunas esculpidas en las piedras. A la altura de cada piso sobresalía una viga gruesa de madera tallada y sosteniendo a esta en los dos extremos unas ménsulas de piedra. En las dos ménsulas del piso primero algún cantero humorista había esculpido unas figuras muy toscamente labradas. A estas, sin duda, llamaban las máscaras.

—¿No recuerda usted cómo eran?

—Sí, porque las vi últimamente repetidas veces. El cantero había tallado sus engendros artísticos dándoles un carácter antiguo y diabólico. En el primer piso, en la ménsula de la derecha se destacaba una cara triangular con barba de chivo y dos grandes cuernos en la frente, que debía de ser el diablo, En el otro lado, otra cabeza más bien de dragón con la lengua fuera. En el segundo piso, en la ménsula de la

izquierda, había una especie de serpiente mal dibujada, y en la derecha un hombre con barbas largas y corona de rey y un martillo en la mano y una mirada dura.

—Es curioso —dijo Armendáriz— el sentido decorativo que tienen los que no se preocupan de eso y lo poco que lo tienen los que pretenden tenerlo. Siento no haber visto esa casa —añadió—. ¿Y qué se ha hecho de esas piedras?

—Las han picado para la carretera.

—¡Qué lástima! ¿Y no había más?

—Sí. Aquellas figuras monstruosas estaban rodeadas de rosáceas, estrellas, soles, etc.

—¿Y usted cree que esas figuras y esos signos astronómicos serían producto de la fantasía individual de un cantero humorista, o habría en todo ello un recuerdo legendario de supersticiones antiguas?

—¡Ah!, no sé. Las rosáceas, las estrellas y las lunas eran como las que se ven en las portadas de las casas de otros pueblos vascos.

—¿Las figuras harían que a la casa se la llamara de las Máscaras?

—Es lo más probable. Sin embargo, algunos decían que la casa no se llamaba Mairuenea, sino Marienea, es decir de María.

—Me parece una versión estúpida —observó Armendáriz—. La casa de María no caracteriza nada; ahora, la casa de las Máscaras, sí. Pensando en ello supongo que esas figuras feas y siniestras con la mirada dramática se esculpirían para evitar el mal de ojo.

—¿Cree usted?

—Sí. Parece que los pueblos antiguos grababan también figuras en las paredes de las casas para contrarrestar los maleficios. ¿En el pueblo no quedaban restos de esa costumbre?

—No creo.

—El barrio, ¿cómo se llamaba? ¿Olázar?

—Esa parte, al parecer, primitivamente se llamaba Illecu. ¿Qué puede significar esa palabra?

—Puede ser ‘sitio de meses’, ‘sitio de la luna’, ‘sitio de agua tranquila’, ‘sitio de muertos’...

—¿Esas etimologías le dicen a usted algo?

—Nada.

—Entonces, dejémoslas y contentémonos con saber que a esa casa fue a parar Erica, la hija de Pachi.

—Bien. Cuénteme usted cómo fue, en qué circunstancias, con los detalles que conozca.

—No conozco muchos, contaré lo que he oído.



COMO LE CONTÓ A USTED Manish el pelotari, el ingeniero Norton había ido a buscar a Francisco Bretaña para proponerle que dejara instalar, en el bajo de Espaldeguy, un depósito de carbón y de mineral para llevarlo a Olázar y al puerto de Elguea. Como le dijeron también a usted, hubo discrepancias de opinión entre Bretaña y su hija Erica.

Parece que por este tiempo Manish no estaba en la casa de la Peña y había ido a pasar una temporada a Elguea a casa de su padre.

Una tarde de fin de verano acababa Pachi de dejar su barca sarnosa amarrada a una argolla de la Peña, delante de las escaleras que subían desde el camino junto al río hasta la puerta de su casa. Erica se disponía a preparar la cena, y viendo que su padre tardaba en entrar, salió a la puerta. Erica vio, desde arriba, a su padre parado mirando con mucha atención a una barca que venía bajando el río hacia donde él estaba. En la barca que se acercaba venía de pie un mozo que iba a popa con un remo que hacía de timón y sentado un hombre alto, vestido de blanco, sin nada en la cabeza. El perro *Cashcarin* ladraba furioso. Erica apenas conocía a la gente de Recalde, pero sabía que el que venía era el ingeniero Norton, director de las minas de Olázar.

Erica, cada vez con más asombro, vio cómo Norton hacía señas a su padre, se acercaba a Urtoqui y entraba en la casa.

Su padre, sin duda, le había invitado a que entrara. El mozo se quedó en la lancha. Erica se metió en su cuarto, se puso una chambra y unos zapatos que usaba los domingos y se presentó en la cocina. El ingeniero hablaba el castellano con un acento raro que a Erica le pareció muy extraño. Su padre casi no contestaba y se rascaba la cabeza por debajo del gorro de lana.

Al entrar ella, Norton se la quedó mirando de arriba abajo con curiosidad; luego siguió hablando con su padre, pero con frecuencia se dirigía a ella durante la conversación.

Se trataba de llevar el mineral de Olázar hasta el puerto próximo de Elguea. Norton sabía que Pachi hacía este recorrido con frecuencia y quería contratarle para que lo hiciera por su cuenta. Si se ponían de acuerdo mandaría construir un pequeño muelle en Espaldeguy cerca de la casa. Así, el grupo de viviendas de Padura Berri tendría vida como antiguamente. Este muelle se haría de madera y de piedra.

Bretaña dijo a todo que no, que esos cambios le perjudicaban. Él llevaba su carbón y sus sacos de cemento y no tenía necesidad de meterse en construcciones de muelles ni en trabajar por cuenta de nadie. Tenía su almacén en su escombrera, su Espaldeguy y su Icatzulo, de los que estaba orgulloso.

Norton, al principio le oyó tranquilamente, pero pronto se impacientó con la terquedad y la incompreensión del viejo.

«No sea usted terco, Bildosteguy —le dijo—; con la reforma tendrá usted un trabajo seguro, más cómodo y mejor pagado.»

Pachi se calló. Después Norton se dirigió a Erica, a quien tenía admirada, y explicó con claridad lo que le proponía a su padre y las ventajas que tenía para ellos. Erica le miraba con asombro y contestó que tenía razón y que convencería a su padre.

«Bien —dijo el ingeniero—. Mañana volveré aquí.»

Al marcharse, Pachi y su hija se pusieron a discutir con violencia. Pachi decía que aunque la proposición fuera buena no había que aceptarla enseguida, porque si aceptaba, el ingeniero consideraría que el asunto no tenía importancia.

Erica replicó con cierta cólera que esa maniobra podía dar resultado entre aldeanos y pescadores tratándose de la venta de una oveja, de un saco de habichuelas o de una cesta de sardinas, pero que con un señor como Norton, esas precauciones eran inútiles y ridículas.

Pachi movía la cabeza como si no estuviera convencido del todo.

«Bueno, ya veremos —decía—, ya veremos.»

Cuando al día siguiente por la mañana Norton apareció de nuevo, Bretaña se resignó a no hacer objeciones.

El ingeniero, Pachi y Erica entraron en la lancha y Norton explicó sus proyectos. Hablaron Pachi y Norton sobre el río y la barra. Norton sabía más que Bretaña. Pachi notó que lo que él consideraba como conocimientos exclusivos suyos eran del dominio común.

El viejo marino creía que él solo conocía la marcha y la velocidad de la corriente del río y los chi y Norton sobre el río y la barra. Norton sabía más que él y quedó un poco humillado. Pachi no podía comprender que algunas cosas se pudieran saber leyéndolas, y los conocimientos del ingeniero le produjeron mucha sorpresa.

La corriente del río, en su curso, arrastraba detritus de los arroyos afluentes y los arrojaba al mar, pero los pedruscos angulosos se detenían en el cauce y en la barra y se quedaban en el fondo e iban creciendo con las arenas.

Norton explicó la causa y por qué había más obstáculos en la orilla izquierda que en la derecha del Uría.

—¿Y por qué? —preguntó Pachi.

—Aquí la orilla cóncava es la derecha y la convexa la izquierda. En las orillas de los ríos se sabe que la cóncava es siempre profunda y la convexa es baja y sin profundidad.

—¿Y por qué es eso?

—Porque el agua sigue la forma del río y choca con la parte cóncava y la corroe y no con la convexa.

Norton hizo un dibujo en su cuaderno con el lápiz y Bretaña comprendió la explicación, que coincidía con sus experiencias.

Luego el ingeniero habló de cómo sobre las arenas y pedruscos que formaban la barra obraban luego los vientos según su dirección y su violencia y la cambiaban y la

hacían más fácil o más impracticable.

Todo esto lo explicó Norton en su castellano pobre y de pocas palabras, pero muy gráfico y muy expresivo. Pachi le oía maravillado.

Entre Erica y Norton le convencieron al viejo de que dejara el arenal de Espaldeguy para poner un depósito de mineral de hierro y de carbón. Otro depósito construiría Norton en Olázar en la orilla del río, cerca del Puente de las Ánimas. Hasta aquel llevaría el hierro fundido de la herrería en carros y desde este punto lo embarcaría en chalanas a Elguea. El carbón haría el mismo viaje en sentido contrario. Desde el puerto, en gabarras, iría a Espaldeguy y de Espaldeguy al Puente de las Ánimas en chalanas.

Sería mejor hacer un muelle con un cobertizo en Espaldeguy para amontonar el hierro fundido en él y los días de buen tiempo, en una gabarra, ir llevándolo hasta Elguea. Al mismo tiempo, y en otro lado del cobertizo, pondría un almacén de carbón y llenaría las chalanas para llevarlas por el río hasta el embarcadero de Olázar.

Norton dijo que lo que le preocupaba era la profundidad del río.

«Veremos a ver en la marea baja cómo queda esto.»

Norton mandó a su criado que pusiera una mesa al aire libre en la explanada y comieron y bebieron los tres, Erica, el ingeniero y Pachi. Norton les sirvió champaña. Cuando concluyeron de comer y comenzaba a bajar la marea entraron ellos y el marinero en la lancha. El caso era ver si el agua tendría fondo hasta Padura Berri para que pasara una barca cargada.

Según Pachi, que ya estaba animado y entusiasmado con el proyecto, habría que limpiar principalmente un pequeño canal cerca de la Peña, que era el sitio de más profundidad del río, pero no sabía si el fango del fondo no se volvería a acumular enseguida.

«El fango es lo de menos —dijo Norton—; se puede dragar; la cuestión es la piedra.»

El ingeniero llevaba con objeto de reconocer el río una sonda y en la parte de abajo, en un hueco que llaman el escandallo, había puesto sebo nuevo. Pasaron el canalizo y sondaron varias veces; había fondo de piedras, quizá arrastradas por el río, y en otras partes arena y fango.

«Ya veremos si lo resolvemos», dijo Norton.

Al cabo de unos días se presentó de nuevo el ingeniero en la casa de la Peña.

«Vamos a ver de nuevo el río —dijo—. Venga usted también», indicó a Erica.

Ella entró en la lancha muy contenta. Se hicieron nuevos sondajes.

Según contó Norton, hacía cuatro o cinco años se le había presentado un químico de Nancy y le había ofrecido un explosivo más fuerte que la pólvora, hecho a base de algodón y de ácido nítrico. Compró la fórmula por poco dinero, a condición de no dársela a nadie y de usarla él exclusivamente.

Norton había notado que aquella clase de explosivo hecho con algodón nitrificado tenía ventaja sobre las pólvoras, especialmente en los sitios húmedos.

Su proyecto era sencillo. Prepararía el explosivo y lo tendría dispuesto. Luego, en el momento de la marea baja, harían entre varios obreros de la fábrica un pequeño dique provisional con tablas y dejarían en seco o medio en seco el canalizo. Entonces se harían varios barrenos y se llenarían con el algodón nitrificado, y después de la explosión, al quitar el parapeto, se vería cómo quedaba el fondo del canal.

La operación se realizó con fortuna. Saltaron por el aire las piedras y estuvieron a punto de hacer daño a unos campesinos que aparecieron inopinadamente en la carretera. Los obreros de la fábrica rompieron a martillazos varias rocas que sobresalían y después deshicieron el dique y subió la marea y el agua llenó el canalizo, dejándolo como si no hubiese pasado nada.

Se fueron los obreros al pueblo y Norton quedó en la casa de la Peña, y después, en la barca con Pachi y Erica, entraron por el canal. La barca pasaba sin ninguna dificultad.

—¡Hip, hip, hurra! —gritó Pachi con entusiasmo.

—Ha resultado bien, ¿eh? —dijo el ingeniero.

—Admirablemente.

Norton convidó a Pachi y a su hija a cenar en Gaztañalde.

Al poco tiempo se empezaron las obras. La estacada podía convertirse en un embarcadero fácilmente. El muelle estuvo pronto terminado. Después se hizo encima un gran cobertizo de paredes bastante altas y tejado saliente, una parte para mineral y otra para carbón. En cuanto estuvo terminado, Bretaña quedó encargado de este almacén; tenía que llevar la cuenta de lo que entraba y de lo que salía. No era difícil. No hacía más que poner unas rayas con tiza en una pizarra. Cuando no tenía nada que hacer cerraba el almacén y seguía pescando en la desembocadura del río.

Los lanchones de fondo plano y no muy cargados llegaban hasta cerca de la Peña, esperaban allí y bajaban por la ría con la marea baja. Otras veces, con la marea alta, llegaban desde el mar cargados de carbón, que se amontonaba en el cobertizo, y de aquí, cuando hacía falta, subían hasta el Puente de las Ánimas.

Fueron luego varias veces en la barca de Norton a vela. El ingeniero tenía gran placer en maravillar a las gentes y tomaba aires de mago y de taumaturgo.

Un día les enseñó a Pachi y a su hija una máquina eléctrica en Jaureguía. La hizo funcionar, le puso a Erica en un banco de cristal y cuando el viejo acercó la mano a ella saltó una chispa. Pachi quedó espantado.

—¿No habías visto? —le preguntó en vasco Norton, que presumía saber algo de esta lengua.

—*Cer icusi! Ez aitu ere* ('Qué ver, ni oír tampoco') —contestó el viejo.

Al ver las chispas en la máquina eléctrica, pensó que allí había un gran secreto, pero al comprobar que esto se conseguía con unos discos de cristal perdió un poco la ilusión.

Pachi tenía miedo a Norton. Este, con sus frases secas, le imponía y no se atrevía a contradecirle.

Bretaña se vio ganando más que lo suficiente para vivir, y como estaba viejo dejó de ir por su cuenta hasta el muelle. Los domingos que hacía buen tiempo salía en una chalupa a pescar por la mañana y por la tarde al pueblo, a la taberna, a emborracharse con los compañeros. Ya Bretaña descuidaba sus asuntos y al último no tenía la casa de la Peña más que para dormir.

ERICA HABÍA LLEVADO una vida tan salvaje que no tenía conceptos sociales. Su padre le había dicho infinidad de veces que todo lo que se decía y se recomendaba era farsa y mentira. La gente no robaba porque había cárceles, pero el que podía robar sin ir a la cárcel robaba a manos llenas. Lo mismo pasaba con todo.

Erica no había conocido a ningún hombre apasionado. Los campesinos eran torpes y tímidos; Manish estaba bien, pero ella le consideraba como a un chico. Estaba además, fuera, en el ejército. Norton, desde el principio de verla, comenzó a galantearla y la conquistó. Le decía que los dos eran de la misma raza. Ella era una mujer del Norte atrevida y fuerte y él era un normando.

Norton aseguró en serio que sus ascendientes habían sido piratas daneses, lo que produjo en Erica y en su padre una gran admiración y un gran entusiasmo.

La vida de Erica había variado bastante. Ya no tenía necesidad de ir a llevar en la lancha sacos de carbón, ni cargar fardos de hierba en la heredad donde trabajaba. Esta heredad la iban a alquilar a un vecino de Padura Berri.

Erica se había afinado bastante y empezó a ver de aprender a leer en un libro que le había regalado Norton.

Esta época de sus lecturas no fue bastante larga para producir un hábito en ella y cuando dejó de leer se olvidó de lo que había aprendido y no volvió a coger un libro en la mano en su vida.

Era una mujer con poca feminidad espiritual. No tenía coquetería.

Las visitas de Norton a la Peña del Anzuelo eran muy frecuentes. Erica se había acostumbrado algo a verle, pero siempre le parecía un hombre extraordinario. A esta rubia salvaje, aquel normando audaz, lleno de ideas atrevidas, le debió parecer algo como un personaje mítico, como Odín cuando habitaba en su cabaña de pescador y calafateaba su barca.

Erica sabía que Norton era casado; pero esto le parecía una cosa que no tenía nada que ver con ella, algo aparte, ajeno a su vida, de un mundo distinto. Ni Norton era como los demás hombres que conocía, ni ella tampoco como las demás mujeres.

Se dijo que Norton había hecho un retrato a lápiz de Bretaña y de Erica que estaban muy parecidos, pero este retrato no se encontró en Jaureguía.

También, por lo que dijeron, aquella mujer medio curandera medio bruja, la *Nashari*, que era muy amiga de Pachi, comenzó a visitar a Erica con frecuencia y la catequizó.

Erica no tenía ideas claras sobre la vida y no sentía la presión social. Ella se creía libre como un pájaro del campo.

En esto comenzó la guerra civil, el puerto de Elguea quedó incomunicado con el interior, la marcha de las gabarras se hizo imposible y Norton aconsejó a Pachi y a su

hija que fueran a vivir a Recalde, donde él les pasaría una pensión.

La Nashari fue la que debió terciar en el asunto, y como Pachi se encontraba al comenzar la guerra en mala situación, sin seguridad y sin poder ganar dinero, el padre y la hija aceptaron las proposiciones del dueño de la fábrica de Recalde.

Norton alquiló para Erica y para su padre un caserío cerca de la fábrica vieja y colocó a Pachi de vigilante de la torre de Uría, donde no se guardaba nada que valiera la pena.

La guerra había producido cambios en la población de la aldea, como sucede siempre en tiempos revueltos. Unos se habían marchado y algunos forasteros se habían instalado en ella. El pueblo y el barrio de Olázar no se fijaron gran cosa en las personas que llegaron y a Bretaña no se le identificó, ni se supo dónde había vivido antes.

Pachi murió de repente poco antes de la terminación de la guerra civil. Al pasar por el Puente de las Ánimas de sintió malo y allí murió. Era sujeto desconocido, hombre con fama de borracho y nadie sabía su vida, ni a nadie le importaba.

Erica se entendía muy bien con Norton y se dejaba guiar por él. Probablemente fue con la única persona con quien congenió. Cuando murió Norton, Erica quedó despistada y llena de pasmo, más que de sentimiento de verse sin apoyo. Probablemente pensó que le faltaba algo trascendental en la vida y vivió como disminuida.

Poco después de la muerte del ingeniero, Erica tuvo una niña, que se llamó con el apellido de su madre, Bildosteguy, y se le puso de nombre María.

Erica había ahorrado bastante para vivir durante algún tiempo. Pensaba si tendría que volver a meterse en la casa de la Peña, lo que no le hacía ya ninguna gracia.

Al acabar la guerra, el alcalde de Elguea le avisó y le comunicó que Norton había dejado una pensión para Erica Bildosteguy y que se presentase cada tres meses a cobrarla. Erica fue a Elguea y se encontró con Juan Olave, Manish. Manish, que había tomado parte en la guerra y ascendido a sargento, estaba hecho un hombre fuerte y guapo. Sabía lo que le había pasado a Erica con Norton. Le dijo a Erica que tenía algún dinero ahorrado y que si quería le compraría el maizal de Padura Berri. Manish empezaba a tener fama de pelotari y ganaba dinero.

Erica aceptó y Manish la dio por la tierra seis mil pesetas.

A Erica, su hermanastro le aseguró que le convenía más seguir viviendo en Olázar que no en otro pueblo y ella se decidió y compro por tres mil duros la casa Mairuenea, próxima al Puente de las Ánimas, con sus campos, sus prados y helechales. La casa por dentro debía de estar abandonada y sucia.

—¿Y tenía algo raro? —preguntó Armendáriz.

—Fuera de las figuras toscas de la fachada no tenía nada de extraño. Cuando yo la vi, muchos años después, lo que se advertía en ella era un aire de decadencia y ruina tal que llamaba la atención. Por la parte de atrás tenía un arco apuntado que daba a un patio triangular, en el que nacía una parra; la puerta estaba casi siempre

cerrada y si alguna vez estaba abierta se veía una cuadra grande, negra, sucia y llena de telarañas. Tenía en el piso principal unas ventanas con los cristales rotos y alguna vez se veía ropa tendida puesta a secar, casi siempre harapos llenos de agujeros. Cuando arreglaron la numeración del barrio, a Mairuenea le pusieron el número trece.

—¿Y esto hizo efecto a la gente?

—No; pero parecía que había dado mala sombra a la casa. Cerca de Mairuenea estaba Dumbasenea. También con el nombre de esta casa había sus confusiones. Algunos pensaban que el nombre significaba en vascuence la casa de las Tumbas, pero no había tales tumbas.

—Era la casa de los Cencerros.

—Eso es. Veo que sabe usted bien el vascuence.

—Sí; un poco. Siga usted con su historia.

—Erica Bildosteguy, cuando se estableció en Mairuenea, comenzó a hacer la vida salvaje de la Peña del Anzuelo; no se trataba con nadie, cuidaba de su hija María, trabajaba en el campo con un mozo que había tomado de criado e iba cada tres meses a Elguea al despacho del notario a cobrar su pensión. En el pueblo se decía que era la viuda de un marino; a pesar de la curiosidad de las aldeas, como nadie tenía gusto en recordar el tiempo de la guerra, sino, por el contrario, interés en olvidarlo, no se averiguó la historia de Erica.



ERICA NO SABÍA QUÉ HACER, no tenía planes de ninguna clase. La reglamentación de la vida de la aldea era para ella estrecha y molesta. Se encontraba incómoda. No quería ver a nadie. Tenía fama de loca y de salvaje. Algunos mozos atrevidos la seguían y querían hablarle y acompañarla, pero ella no aceptaba galanteadores y les contestaba violentamente.

Por entonces, en la carretera se empezó a cruzar con un tipo que vivía como pupilo en casa de la *Cerora* en el barrio de Olázar.

Era este un hombre ya viejo, al parecer enfermo, triste y silencioso. Había conocido a Norton y había venido al pueblo de empleado en la ferrería. Paseaba por la carretera siempre vestido de negro, en invierno con gabán y bufanda. Era hombre muy pesimista, que no veía más que negruras en la vida.

Un día abordó a Erica y le habló de Norton. Ella le oyó con gran interés. Una semana más tarde volvió y charlaron los dos. Erica supo que se llamaba don Juan. Desde entonces se vieron con mucha frecuencia. Ella llegó a tener confianza en él y don Juan la dirigía y le decía lo que había que hacer y lo que no había que hacer. Mientras siguió la influencia de aquel hombre Erica tuvo una línea de conducta firme y segura, pero cuando murió el viejo empezó a fallar. El viejo le dejó una manda en su testamento.

Entonces apareció en la casa la Nashari, que estaba decrepita, a darle consejos. Según esta vieja, Erica debía decidirse a casarse. Ella, la Nashari, haría las gestiones necesarias para la boda.

Erica cedió, porque sacándole de sus impulsos selváticos no sabía qué determinación tomar. Si hubiera vivido cerca de Manish se hubiera unido a él. Erica tenía parientes en Padura Berri, y estos, al saber por la Nashari que era rica, fueron a verla y la convencieron de que debía casarse y le encontraron un novio. Este era algo pariente de su madrastra, de la segunda mujer de Pachi Bretaña, y estaba de mozo en un caserío. Era hombre guapo, rubio, un poco oscuro y sombrío. Se llamaba Fermín Balerdi. Tenía dinero guardado.

Erica y Fermín se casaron en Elguea y fueron a vivir a Mairuenea. Al parecer, el cura dijo a la novia que «Erica» no tenía aire de nombre muy cristiano y que era mejor que aceptase su segundo nombre de pila, que era Isabel. Erica no se preocupó de ello y no siguió el consejo. Algunos le llamaban Enrica y hasta Enriqueta.

Fermín y Erica, establecidos en la casa vieja Mairuenea, se pusieron a arreglarla. Fermín Balerdi era hombre terriblemente trabajador; compró vacas y trajo un mozo para que le ayudase en las tareas del campo. Erica quería trabajar también, pero su trabajo era caprichoso y desigual y no le gustaba a Balerdi.

Cuando Erica quedó embarazada, como no podía trabajar, Fermín le indicó que lo mejor que podía hacer era poner una tiendecita en la casa.

La idea le pareció a ella bien. Se abrió una puerta a Mairuenea hacia el río y se habilitó una parte de la cuadra para comercio.

Erica empezó vendiendo solo al contado alpargatas, zapatos, arroz, latas de conservas. Luego vio que si no fiaba no podía ensanchar su comercio. Como no sabía hacer cuentas, recurrió a ese sistema primitivo que en España se llama de la tarja y en francés de la *taille*. La gente de Olázar decía *taya* y algunos castizos *sots*.

Consistía ese procedimiento, que todavía dura en las aldeas apartadas para llevar las cuentas del pan, en unos listones que se marcan en cada compra. Son en general un par de varas de dos o tres palmos de largo, una de las cuales la guarda el comprador y la otra el vendedor. Al comprar algo se hace una muesca con el cuchillo en los dos trozos de madera y al cabo del mes o del tiempo fijado se cotejan las marcas de los dos listones y se liquidan las cuentas. Erica llegó a tener ochenta o cien tarjas de estas de los caseríos de alrededor. La tienda empezó con suerte. Había también por entonces obreros trabajando en una cantera y en una mina próxima que iban a la tienda a comprar pan y vino.

El matrimonio marchaba bien; Erica cada vez ganaba más dinero con su pequeño comercio. No salía casi nunca de casa; solo iba muy temprano a la iglesia, pero como los domingos precisamente por la mañana bajaban las mujeres de los caseríos, tenía que estar detrás del mostrador vendiendo y cambiando objetos. Había hecho que unos cuartos de la antigua cuadra se convirtieran en almacén y allí tenía piezas de tela, batería de cocina y toda clase de herramientas. Hubiera sido muy difícil saber si estaba satisfecha de su vida.

Por su parte, Fermín compraba terrenos cercanos a su casa y tenía las vacas más hermosas del barrio. Él se dedicaba solo a la labranza y su mujer vendía en la tienda, además de comestibles, telas y pan, las patatas y los repollos que su marido cultivaba en su huerta.

Cuando Erica se vio halagada por unos y por otros como persona rica perdió un poco la cabeza y quiso darse importancia. Como no tenía condiciones para ello no supo hacerlo. Así, que más que persona bien colocada en la vida, parecía una mujer absurda y loca.

Al año de casados tuvieron un chico, que se llamó Vicente, y al otro una niña, a la que pusieron Estrella. Erica, con el nacimiento de esta niña, estuvo muy enferma y ya no tuvo más hijos. Desde entonces empezó a engordar y a ponerse pesada.

Para que tuviera cuidado de los chicos y jugara con ellos trajo Fermín una chica esmirriada que se llamaba Prudencia, en vasco *Prudenschi*. Esta no se sabía de dónde era. Había llegado al pueblo con su padre, que se creía que había sido un carabinero expulsado del Cuerpo. Debía ser del alto Aragón, hacia la parte de Hecho. La chica parecía una rata y era lista, rubia descolorida y pecosa. Había aprendido a hablar enseguida el vascuence.

María, la hija mayor de Erica, cuando tenía doce o trece años era muy bonita. Su madre le compraba trajes elegantes y la mimaba mucho. Los domingos solía salir con Fanny Norton, que era poco más o menos de la misma edad, y la llevaba a jugar con ella a Jaureguía. A Erica no le hacía gracia esta relación amistosa con la hija de Norton y tenía bastante antipatía y celos por Fanny.

Vicente y Estrella, los otros dos hijos de Erica, eran dos chicos guapos y con aire decidido, sobre todo Estrella, que desde pequeña era coqueta y descarada, de una inconsciencia y de una haraganería extraña. Ninguno de los dos tenía afición por el comercio de su madre ni por las tierras de su padre. Al chico, a Vicente, le tiraba la vida de la ciudad y la chica quería lucir y triunfar y que le dijeran que era guapa.

Erica, cada vez más gorda y más pesada, se dedicaba a comer y a beber todo lo que podía. Tenía también la manía del lujo y vestía a sus dos hijas con trajes llamativos, que producían el escándalo de las viejas de Olázar. Como ya los chicos habían crecido, la Prudenschi pasó a ayudar a Erica en la tienda.

Erica no tenía condiciones para la vida corriente y a los ocho o diez años de estancia en Olázar comenzó a decaer y perdió su energía. Pronto notaron los de la casa y los de fuera que bebía más de lo regular y que a veces estaba borracha. Era como un animal salvaje entristecido por la domesticación. La vida cómoda, la idea de su respetabilidad y el lujo del pueblo, para ella extraordinario, habían trastornado sus ideas haciéndola orgullosa y absurda.

Por instigación de la Prudenschi, Erica se puso a arreglar Mairuenea, hizo revocar la fachada, limpiar las piedras, con lo cual las figuras de las ménsulas quedaron todavía de aire más feroz, y adecentó un poco las habitaciones, mandó picar la cocina y limpiar la chimenea. Este fue como el canto del cisne de Mairuenea.

Erica crio a su primera hija María muy bien. La chica prometía ser muy guapa y muy inteligente. Ya cuando llegó a tener seis o siete años se pronunció más su aire exótico. Sus ojos verdes y el pelo dorado le daban un aire de extranjera. Erica llevaba a la chica muy elegante y la enseñaba con orgullo. Sus hermanos, Vicente y Estrella, tenían un poco de envidia de la mayor, y eso que tanto el uno como la otra eran los dos a su modo gallardos y guapos.

Fanny Norton, que veía a María Bildosteguy, le tenía una simpatía sin duda instintiva. No sabía que fuera su hermana. Le dejaba libros, iba a visitarla.

Fanny Norton, que entonces pensaba vivir en San Sebastián con su segundo marido, propuso a Erica llevar a María a su casa y tenerla unos meses para que fuera y viera la ciudad. Erica, que tenía un fondo de odio contra Fanny, dijo hipócritamente que no quería su padre alejarse de María.

Ya se comprendía que Erica no obraba por estos motivos, sino por un rencor sin causa contra Fanny, que lo sentía fuertemente.

Desde aquella época, Erica no se ocupó para nada ni de la casa ni de la tienda. No hacía más que beber toda clase de licores dulces y cuando no podía más se echaba en la cama.

Todo lo que Erica había aprendido en algunos años de vida cómoda y respetable se vino abajo con satisfacción de ella misma. Dejó de cuidarse, de engalanarse y de salir a la calle.

Erica se iba trastornando y le aparecía una personalidad oscura y mal intencionada.

María, la hija mayor de Erica, se casó con un pariente del marido de su madre, muchacho oscuro, de buen aspecto, sonriente y tímido, que entró en la casa de las Máscaras pensando que aquello era un palacio. Este muchacho, que se llamaba Plácido Bengoechea, tenía también tierras aunque estaba de criado en casa de sus parientes.

Erica comenzó al poco tiempo a tener celos de su hija. A los dos o tres años decía de ella: «Esa es una leona; quiere mandarnos a todos. Ya sé, ya sé lo que está haciendo; ahora quiere matar al marido para casarse con otro más joven. Ella es la que tiene la casa embrujada, a los animales y a los hombres. Yo hablaré algún día, porque veo gente que ya sé quiénes son y lo que quieren».

En sus sueños de embriaguez veía personas que acechaban la casa.

Toda la gente de alrededor iba tomando para ella una actitud amenazadora.

El vecino que quemaba unas hierbas secas en la huerta era que estaba preparándose para quemar el barrio y quedarse con las tierras.

Unas veces tenía unas risotadas burlonas y otras decía de una manera insinuante a cualquiera: «Ya sé a lo que viene usted».

No manifestaba cariño por su hija; más bien la odiaba. Tampoco lo tenía por los nietos. No quería ver a nadie.

El estado psicológico de María iba siendo parecido al de su madre, aunque con distintas manifestaciones. María no escandalizaba ni decía locuras. Se mostraba poco habladora. Cuando no había bebido estaba silenciosa y triste; cuando bebía tomaba un tono irónico, y si notaba ella misma que exageraba su actitud, aseguraba que le dolía la cabeza y se marchaba a su cuarto. Se le quitaba la gana de comer e iba poniéndose flaca.

Un día la chica menor, Estrella, desapareció de Mairuenea. Se dijo que se había escapado con un militar no se sabía adónde; luego se contó que se había marchado a París y vivía como una princesa.

Años después Vicente pidió su dinero a su madre para establecerse como mecánico, y esta, que cada vez estaba más embrutecida por el alcohol, no lo quiso dar. A los pocos días el chico se escapó de casa y escribió a un amigo desde Bilbao, diciendo que había entrado de aprendiz en un taller de mecánico. María, la mayor, quedó sola en la casa, triste y ensimismada. No sabía qué hacer. Después, todo ha sido en esa casa de Mairuenea una catástrofe. Murió Erica, murió su hija María, murieron los hijos de esta...; un horror.



COMO OCHOA INTERRUMPIÓ sus observaciones para fijarse en lo que tenía en el plato, Armendáriz le dijo:

—Amigo Ochoa, una observación.

—Venga la observación.

—Cuando siga usted su relato no omita usted la parte que en esta mortandad tuvieran las supersticiones del pueblo, porque yo supongo que alguna parte tendría la superstición en esta historia de Mairuenea.

—Evidentemente, la tenía —dijo Ochoa—; pero no es fácil saber hasta dónde llegaba esta, porque la gente se encierra en su concha y no quiere hablar de estos asuntos con claridad. Es muy difícil sacar a flote y averiguar con certeza lo que está escondido en el espíritu del hombre del campo, porque muchas veces no lo conoce ni él mismo.

—Pero, ¿usted no oyó algo?

—Sí; oí historias a las criadas de la casa, sobre todo a la más vieja.

—¿Qué contó?

—Contó que se había oído repetidas veces dar golpes en la aldaba de Mairuenea, que iban a ver quién era y que no había nadie.

—Sí; muy clásico..., la Muerte que llama.

—También se dijo que algunos mendigos forasteros habían estado mirando atentamente la casa desde el Puente de las Ánimas haciendo algún conjuro.

—A mí, en el primer pueblo que estuve de médico —dijo Armendáriz—, en la parte más apartada de la provincia, me contaron que había una chica muy guapa y rubia que tenía en la cuadra de su casa un caballo blanco. Todas las mañanas, los padres de la muchacha encontraban que el caballo estaba cansado y sudoroso. Se pusieron a espiar de noche y vieron que la muchacha salía por el ojo de la cerradura montada en el caballo y galopaba por el campo. No sabemos con qué objeto. Otros dijeron que no montaba sobre un caballo, sino sobre un carnero. En las noches sucesivas, para impedir esto, los padres pusieron un molde de hacer queso tapando el ojo de la cerradura de la puerta y desde entonces ni la muchacha ni el caballo pudieron salir.

—¿Y qué se hizo de la chica? —preguntó Ochoa.

—Yo no la conocí. Dijeron que desapareció del pueblo. No sé adonde iría.

—Eso del agujero de la puerta tapado yo lo he oído también, pero para evitar los aparecidos. Se pone una medida de celemín boca abajo, dejando un cabo de vela encendido —dijo Ochoa.

—Y ya los fantasmas se fastidian.

—Parece que sí.

—Pues yo he oído un procedimiento más sencillo para impedir la entrada de los espíritus malignos.

—¿Y es?

—Poner un cerdo en la puerta como un centinela.

—¿Y no se estropeará el tocino? —preguntó Ochoa.

—Parece que no.

—Respecto a eso que se dice de los carneros —añadió Ochoa—, recuerdo que oí hablar con mucho interés a dos aldeanos que habían visto un carnero que andaba por el Puente de las Ánimas y que no sabían de quién era. Me figuré que se trataba de un carnero de verdad.

—Pues quizá no lo era. También se habla en algunos pueblos de un caballo blanco que se cree que anuncia la buena cosecha. Ahora, si se pregunta a los campesinos y notan en uno un poco de sorna se cierran a la banda y no dicen esta boca es mía. Son marrulleros y desconfiados como pocos.

—Por eso es más interesante —añadió Ochoa—. Yo hubiera intentado aclarar estas cosas y fijar los detalles, pero no ha habido nadie que quisiera hablar de ello. Si se les preguntaba directamente negaban la evidencia y si se les quería sonsacar cambiaban de conversación.

—Les parecía todo ello un poco denigrante y vergonzoso.

—Eso es. Como le conté a usted, había en el pueblo un tan Ordoqui que le llamaban Aztiya el mago.

—¿Y qué le pasó?

—Pues que se le murió una sobrina en el caserío y se fue de nuevo a América.

—¿Y qué pensaban de él? —preguntó Armendáriz.

—Pues unos pensaban que hacía cosas prodigiosas y otros que no entendía nada de nada. A mí me dio la impresión de un hombre de talento natural, y lo mismo que yo creía de él Fanny Norton.

—¿Y sobre la muerte de esta no se fantaseó?

—Sí; creo que sí. Algunos dijeron que tiempo después, en la hoya del Puente de las Ánimas, a la luz de la luna se veía una forma de mujer que andaba sobre el agua y cogía flores a orillas del río. Otros creían eso de la inglesa que se ahogó en el Estanque Verde y suponían que las dos eran lamias.

LA FAMILIA DE MAIRUENEA —siguió diciendo Ochoa— se había desmoralizado por completo. Erica no hacía más que beber y emborracharse. Su marido, Fermín, se ocupaba solo de los campos, de las vacas y de amontonar hierba y helecho en la cuadra. La tienda la dirigía la Prudenschi. La Prudenschi era un tipo de mujer distinto a las demás del pueblo. Era huesuda, de facciones acusadas, de pelo amarillento, estirado hacia atrás, dejando toda la frente descubierta, sin ningún aire femenino. Nadie le vio sonreír ni bromear. Probablemente no oyó nunca una galantería y si la oyó la despreció profundamente. Tampoco había estado en romerías ni en bailes.

Llevaba un traje gris oscuro que siempre parecía el mismo; los domingos no salía de casa ni se juntaba con otras muchachas. Casi siempre se sentaba a la ventana que daba al río y veía pasar la gente por el camino y por el Puente de las Ánimas. Durante mucho tiempo la Prudenschi tuvo un carácter de autómeta. Años después, cuando se vio segura, se mostró atrevida y despótica.

Según decían tenía bastante dinero ahorrado de lo que sisaba a Erica y colocaba este dinero en un Banco de Recalde. Luego, por lo que contaron, compró con este dinero acciones del balneario próximo, que entonces se había modernizado mucho, y las vendió tres años después ganando más del doble. Evidentemente, la Prudenschi tenía talento comercial y una personalidad acusada.

Un día apareció en Mairuenea la hija menor de Erica, Estrella. Venía elegantísima y guapísima. Según dijo, había estado de doncella, medio de señorita de compañía, con una señora muy rica, una vieja que le quería inducir a casarse con un sobrino suyo que era militar. En esto, la señora murió en París y como no le había dejado nada en el testamento volvía a casa a descansar. La gente del pueblo no creyó demasiado en esta historia y se supo que Estrella, abandonada, volvía al pueblo, después de haber andado con unos y con otros. La Estrella era de una inconsciencia selvática. Luego de estar en casa un mes o dos se volvió a marchar, y según se dijo se había ido al Mediodía de Francia, pero no con un rico, sino con un obrero, con el que vivía.

En la casa próxima a la de las Máscaras, en Dumbasenea, se había instalado un hombre que compraba todos los hierros viejos del pueblo, a quien llamaban el Montañés. Otros le llamaban en vasco *Bizcardendayaza* ('El buhonero'). El Montañés era alto y muy moreno, con los pies planos, no sabía vascuence, no decía de dónde era y hablaba el castellano con un acento raro medio gallego. Algunos decían que era de esa raza especial de los vaqueiros de alzada de Asturias.



Si la casa de las Máscaras había estado sucia y sarnosa antes de tomarla Erica, la de Dumbasenea estaba todavía más.

La parte baja la tenía toda el Montañés. Estas cuadras negras estaban llenas de montones de hierros, llantas y azadas roñosas; tenía calderos rotos y tubos agujereados. En el centro, una gran balanza de pesar el metal. El Montañés puso un anuncio que decía: «Se compra metal, hierro, pan viejo, trapos y botellas.» En el piso primero vivía gente mísera. Uno era un pobre hombre forastero, a quien llamaban Juanillo, que practicaba el contrabando; tenía una sola habitación grande y destartalada, donde vivía en el mismo cuarto con gallinas y conejos. Según contaban, desde que llegaron unos vagabundos a alojarse en la casa empezó a notar una invasión de chinches que infestaba todos los cuartos. Juanillo contaba riendo cómo veía a estos insectos que por la noche le invadían la cama; pero decía que sin duda él tenía la piel muy dura y no le hacían nada. Las pulgas asaltaban los pies y las piernas del que entraba allí. Además de las pulgas y las cucarachas se paseaban por la casa unas ratas como gatos.

Había otro inquilino que era un albañil grueso, huraño, muy tragón, que pesaba ciento treinta kilos, y que cuando andaba parecía que iba a romper el suelo.

—¿Era rojo?

—Sí.

—Entonces era un cambiión —dijo Armendáriz, en broma.

—No sé lo que es eso.

—Dicen que los cambiones son hombres de mala intención que tiene pactos diabólicos. Son muy pesados y aseguran que un niño cambiión puesto sobre un caballo lo aplasta.

—No sé si este albañil era cambiión o no, pero al parecer era tipo de procedimientos pintorescos. Si tenía un diente malo se ataba un alambre a él y luego sujetaba el alambre en una escarpia fuerte de la pared y se subía a un banco y se tiraba al suelo y casi siempre se arrancaba el diente.

Otro de los inquilinos del primer piso era el barbero Martincho y su mujer y sus hijas, muy ligeras de cascos. Al último, todas se casaban bastante bien.

A una de ellas, liada con un vejete, le decía su padre: «El día que se muera este viejo qué vida te vas a cascar».

En el piso segundo vivía la familia de Shaguit, compuesta de Shaguit, hombre pequeño y de pelo entrecano; su mujer, la Rita, y dos hijos harapientos. La Rita, en cuanto tenía unos cuartos, mandaba a sus dos hijos a la taberna y se los gastaba en vino, que se bebían entre los tres. El padre, por su lado, alguna vez que trabajaba se guardaba el dinero. Solía ir a la fiestas de los pueblos vecinos a pedir limosna, donde hacía también de bufón, comía y bebía y luego se ponía a bailar y a gritar y a hacer tonterías con un aire serio y sin ninguna gracia. La gente le azuzaba como si le divirtiera. Algunas veces iba al monte y volvía con unos manojos de leña enormes, y con el burro también cargado.

El burro era viejo y malicioso. No le daban de comer. El animal comía en las huertas próximas y al salir de casa se revolcaba en el polvo del camino. La Rita, cuando no estaba borracha, era muy trabajadora y le armaba a su marido grandes trifulcas, llamándole holgazán, viejo y sinvergüenza.

En la casa de las Máscaras, las cosas empezaban a marchar mal. El marido de María, aldeano insignificante, servía para trabajar en el campo, pero no para dirigir nada. María le mandaba como si fuera un criado, él se dejaba dominar y encontraba esto muy natural. Con el único que se llevaba bien era con su tío Fermín, marido de Erica. María iba teniendo varios hijos.

La Prudenschi cuidaba de los chicos de María. Se la veía a veces, mientras tenía a uno en brazos, haciendo ganchillo, y si el chico empezaba a llorar le metía el dedo en la boca.

La Prudenschi empezaba a dirigir la casa y a hacer lo que a ella se le antojaba. Nadie se atrevía a contrariarla. Se hubieran opuesto si hubiera intentado gastos y novedades, pero como hacía todo lo contrario y se consideraban muy útiles sus disposiciones se la dejaba.

Poco a poco comenzó a mostrarse déspota e insolente. Reñía con Erica y con María y pretendía hacer lo que le daba la gana en el almacén. En el pueblo se decía que tenía muchas amistades con el Montañés y que entre los dos debían estar pensando en poner algún negocio.

Erica tenía una inclinación al alcohol cada vez mayor, como su padre Bretaña. Nadie en la casa podía ni pretendía atajar estas inclinaciones e iba comunicando su hábito a la familia entera.

Un día se presentó de nuevo la Estrella. Al parecer se había muerto su amante y volvía al pueblo en la mayor miseria. Venía con una niña. En Mairuenea no la quisieron admitir. Salió la Prudenschi a recibirla y como si fuera ella la dueña de la casa la echó, diciéndole que no fuera allí a dar escándalo. Erica ni siquiera se dio cuenta de lo que sucedía y María no quiso tomar parte en nada.

Aquella noche se dijo que la Estrella durmió con su niña debajo del Puente de las Ánimas, hasta que luego encontró una casa vieja de la prima de su madre donde la permitieron entrar. Desde entonces vivía allí. Se la veía pasar con grandes fajos de leña en la cabeza andando de manera majestuosa.

MARÍA BILDOSTEGUY tuvo varios hijos. Al principio del matrimonio se conservó, si no alegre, activa y trabajadora.

Luego hubo un suceso que le impresionó horriblemente. El chico primero, que más quería, cayó al río y se ahogó en la hoya próxima al Puente de las Ánimas. Aquello le quebrantó y le hizo una mujer desesperada. A María le quedaron cinco hijos. La decadencia de su madre Erica era cada vez mayor. Al principio María se horrorizaba al pensar lo que iba a pasar en su familia, pero no se sentía con fuerzas bastantes para tomar una medida salvadora. Por otra parte, los dos hombres de la casa eran del todo indiferentes a lo que sucedía. No se ocupaban más que del campo a todas horas y en todos los momentos. Ella se fue habituando poco a poco y le vino la insensibilidad y comenzó también a beber como su madre.

La Prudenschi un día dijo que se marchaba de la casa, que allí no se podía vivir. Se iba a casar con el Montañés. Este había comprado Dumbasenea, había despachado a los inquilinos y estaba haciendo una obra de limpieza y poniendo un almacén.

La Prudenschi se llevó a la nueva tienda del Montañés toda la clientela de la casa de Erica. El Montañés tenía negocios fuera del pueblo, y según se decía estaba apoderándose de muchas tierras de alrededor.

La tienda de Erica, poco a poco, fue quedándose sin género; la mayoría de los días no se abría y si alguien deseaba comprar algo tenía que llamar. La familia tardaba mucho en aparecer, hasta que por fin venía Erica medio idiotizada y se excusaba diciendo que no tenía aquello que se le pedía.

La familia tenía campos hermosos y bien cuidados; en la época de la siembra los vecinos comentaban la cantidad de estiércol que salía de aquellas cuadras y poco después lo hermosos que eran los maizales.

«Esta gente no sabe más que trabajar como los bueyes», decían algunos.

La casa empezó a tener otra vez un aire sucio y destartalado.

Erica no salía de su casa; únicamente se asomaba por entre las maderas entreabiertas de las ventanas cuando sentía pasar a alguien. Poco a poco se fue poniendo flaca, pálida y macilenta, con los ojos encarnados. Vestía de negro y conservaba su aire distinguido.

El marido de Erica y el de María vivían como criados. Comían lo que les daban y se pasaban la vida, el viejo en el monte cuidando ovejas y el joven Plácido en los campos. Vestían los dos trajes muy pobres, viejos, destrozados y sucios.

Se hizo por entonces una traída de aguas, tomando de caudal el arroyo Uasiña. Casi todo el barrio de Olázar puso agua en sus casas.

Los vecinos de Mairuenea dijeron en broma: «¿Agua? ¿Para qué? No la necesitamos. Tenemos el río cerca».

Puede ser que esto lo inventaran en la vecindad.

Según se decía en el pueblo, en aquella casa no se hacía colada. Desde hacía tiempo las mujeres no lavaban la ropa ni se veía poner esta a secar. Se aseguraba que decían ellas que si se lavaba se estropeaba enseguida.

María y Plácido tenían dos hijos y tres hijas: Bautista y León, Isidora, Nazaria y Dolores.

Durante un invierno frío hizo unas temperaturas terribles en Mairuenea.

Erica se vestía de harapos y encima llevaba un mantón con agujeros. Tenía la cara con manchas rojas, los ojos abultados, con una expresión de asombro.

María vestía de negro y se había quedado de color de cera. Bebía y hacía solitarios y rezaba el rosario.

Los cinco chicos iban creciendo, completamente aislados de los demás del pueblo. Nadie se ocupaba de saber lo que hacían en la escuela, ni de enterarse si leían o escribían bien.

El chico mayor, Bautista, era inteligente y enfermizo, muy alto, de pecho hundido, algo encorvado, poco simpático, muy parecido a su padre. Era curioso que el elemento extranjero de la madre y de la abuela hubiera desaparecido casi por completo del aspecto físico de sus descendientes, pero en las inclinaciones subsistía. Al chico Bautista le tuvieron en un colegio durante algún tiempo, le querían hacer cura y se mostró rebelde para el estudio del latín y aficionado a las matemáticas.

Bautista, cuando tuvo quince años, se fue al Seminario para hacerse cura, pero no se pudo acostumbrar y volvió a casa. Dijo entonces que quería ser mecánico y su madre escribió a su hermano Vicente, que estaba establecido en Bilbao y tenía un gran taller. El tío dijo que enviaran al chico, pero tampoco se decidieron y Bautista se quedó en casa. Al parecer tenía condiciones para la mecánica, y allí, en un rincón de la antigua tienda de su abuela, arreglaba máquinas y relojes.

Las tres hijas que venían después de él no eran tampoco muy normales; no querían hablar ni ver a nadie, no se sabe si porque se lo decían en casa o porque a ellas no les gustaba. Pasaban delante de la gente como asustadas y la del medio, que era algo gruesa, cruzaba los brazos para que no se le notase el abultamiento del pecho. En esta aparecía, quizá desviado, algo del erotismo de Norton.

Esta chica, Nazaria, se puso enferma y parece que no podía dormir ni sosegar y tenía vómitos. La llevaron a ver al médico de Elguea, porque no querían que en Recalde pudiese enterarse nadie de lo que pasaba. Al quedarse sola con el médico, este empezó a hacer preguntas y la chica le dijo que en el monte un mozo de un caserío la había querido forzar y que como tenía que ser Hija de María debía decírselo al confesor y esto era una vergüenza terrible para ella.

El médico pensó que acaso fuera una alucinación o acaso fuera verdad y estuviera embarazada. Le recetó un poco de láudano para los vómitos, la hizo dormir y la reconoció. Efectivamente, no había tal violación. Luego la chica confesó que, efectivamente, el mozo la había tenido agarrada un momento del vestido.

Las otras dos hermanas, la Isidora y la Dolores, estaban cada vez más delgadas y casi siempre enfermas. Alguna vez pretendieron ir a bailar a la plaza.

«Id si queréis, pero más os vale bailar en el desván», les contestaba su madre con ironía.

Estas chicas no hablaban con nadie, siempre desconfiando de todo el mundo y pensando que se burlaban de ellas.

Al niño pequeño de María, León, el más joven, no le conocía nadie del pueblo. Según se decía, era una especie de araña que no tenía más que brazos y piernas largas; la cabeza se le caía y no podía tenerse en pie. Esto me recordaba a mí el niño que había tenido Fanny Norton.

Cuando fue una vez el obispo a confirmar a los chicos del pueblo, se vio a María, toda vestida de negro, llevar en los brazos aquel niño largo y delgado como una planta a la que no ha dado nunca la luz.

Su marido, todos los años vendía terneros, cerdos, la leche, las ovejas y los corderos, lo que podía. Todos los años aumentaba el fajo de oro y de billetes que ya tenían. En una ocasión pensó comprar un terreno que había junto al río cerca de su casa pero la Prudenschi y el Montañés se le anticiparon. Habían comprado además el camino que pasaba por el centro de estos terrenos por cinco mil duros, según se decía, y se contaba que no lo venderían por menos de diez o doce mil. Parece que la Prudenschi no había dado estos cinco mil duros, sino que los había prestado a usura y se había quedado con la tierra. Este matrimonio amenazaba quedarse con todo, terrenos y casas. ¿Qué planes podría tener? Nadie pensaba ni creía que aquello fuera un buen negocio, pero ellos lo hacían y les resultaba bien.

María alguna vez se expresó como si toda la decadencia de la familia hubiese llegado por su culpa. María era una mujer que debió de haber vivido en una ciudad con una ilusión o un trabajo inteligente. La habían casado con aquel aldeano zafio y metida en Mairuenea con una vida sórdida no había podido soportarlo y su elemento inquieto de raza le había llevado a la insensatez y a la insensibilidad y luego a la borrachera. Indudablemente, no era una mujer normal o no estaba constituida para aquella vida monótona y le entró la melancolía, la misantropía y el miedo de que sus hijos quedaran en la miseria.

Su marido decía que el tener ganado daba mucho trabajo y a la larga producía poco dinero. María tenía un completo desprecio por su marido. Llegó a decirle que cargaba demasiado a los bueyes y que bien podía él llevar algo más de carga para no cansar a los animales. Alguna vez María estuvo pensando en echarle de la casa por inútil.

Este era un desdichado cobarde que no se atrevía a reñir con su mujer ni con su suegra y un día se le ocurrió visitarme porque tenía una hernia y para traerme unos papeles. Respecto a la hernia le indiqué lo que tenía que hacer. Luego, después de

leer los papeles, le dije: «Yo no entiendo de esto, pero no creo que tú hayas entrado en esa casa como empleado o como criado. Tú eres el amo y no creo que necesites documentos para demostrarlo».

El pobre hombre creía que con los papeles le sería más fácil demostrar sus derechos.

Desde entonces comenzó a rebelarse algo; empezó a ir a merendar a la taberna y a beber los domingos. A su mujer, cuando tenía algo de vino, la llamaba *Basaandria* o ‘mujer de Bosque’. Luego siguió como siempre, flaco, narigudo, sonriente, con su sonrisa zafia, la camisa sucia, los pies con alpargatas rotas, haciendo montones de fiemo negro, escardando el maíz, cortando hierba, trabajando siempre o llevando las vacas a beber al río; siete u ocho magníficas vacas a cuya leche, para venderla más cara, la echaban agua. Hasta a la que tomaban en casa la bautizaban, según decía la gente.

UN DÍA SE SUPO que el niño pequeño de María se había muerto. Se le vio a Plácido por la mañana barrer el camino de delante de su puerta. El entierro fue solemne, como correspondía a una familia tan rica. Llevaron el ataúd a hombros los mozos de las casas próximas. El entierro fue de primerísima. Después hubo gran comida. Fue un banquete a la antigua. Nada de *ogui-ardo* ('pan y vino') como en otras casas.

En los días siguientes no salió nadie de Mairuenea y fueron a visitarles algunos vecinos aficionados al alcohol. Antes de los tres meses se volvió a ver a Plácido con su escoba de ramas barrer el atrio de su casa. Los vecinos dijeron que había muerto la tercera de las niñas, que entonces tendría doce o trece años, acaso la más bonita de las tres. El pobre Plácido no sabía si sonreír o llorar cuando le daban el pésame.

Los vecinos dijeron que la chica no tenía cama, que siempre había dormido sobre las tablas de un arca y que cuando murió la llevaron a la cama de los padres. También dijeron que habían sacado las ropas de esta niña a la calle y habían salido tantas pulgas que formaron una mancha oscura en el suelo. La gente se acercó y vio cómo empezaban a saltar los bichos y comprendió que eran pulgas.

Este entierro fue también solemnísimos. Cuando sacaron el cadáver los chicos de la vecindad no querían llevarlo en hombros y uno de ellos dijo que olía muy mal.

«¡Pobrecita! —exclamó María—. Las hormigas se le suben por la cara.»

Eran piojos.

La niña había dicho antes que ella no quería que le viera el médico; lo que quería era que la visitara el cura.

María, cuando murió esta niña, se trastornó, y medio borracha decía a las vecinas: «Ya me ha dicho la pobre que cuando vaya al cielo conseguirá que de ahora en adelante no nos ocurra ninguna otra desgracia en la familia».

Los vecinos aseguraban que en la casa el ganado se mostraba inquieto y los bueyes y las vacas golpeaban con los cuernos en la madera del pesebre; esto era mala señal.

«Se le morirán todos los hijos a la María —se aseguraba en la calle—. Lo mejor que pueden hacer es escaparse de ese rincón.»

El chico mayor, Bautista, seguía pálido, cada vez más alto y con el pecho más hundido. Se veía distinto a los demás, vestido con una chaqueta pequeña cuyas mangas le llegaban a la mitad del antebrazo con unas alpargatas viejas. No le gustaba andar ni hablar con los demás muchachos, con los que tampoco podía entenderse. Seguía siendo tan huraño como cuando pequeño. Las hermanas, si tenían que salir a algún recado, volvían corriendo y se escondían.

Cuando murió la niña, un practicante mío dijo que había que desinfectar la casa. Esto a María le pareció casi un insulto, pero el practicante le habló con energía y

añadió que sus hijos estaban muy mal, que si no tenía cuidado se irían muriendo todos.

«Tenga usted cuidado sobre todo con estos dos —añadió, señalando a los dos mayores—, porque están muy débiles.»

La chica se marchó corriendo a esconderse y el chico Bautista vino dos días después a verme y me dijo que había estado en Bilbao unos días y que había echado sangre por la boca. Su tío le llevó a ver a un médico y este le había reconocido.

—¿Te han reconocido en el hospital?

—Sí.

—¿Te han hecho el análisis de los esputos?

—Parece que sí.

—¿Y tienes algo?

—Eso dicen.

—¿Qué te ha recomendado el médico?

—Reposo, buena alimentación y que duerma con la ventana abierta.

—Bueno, pues escríbele tú a ese médico y dile que me contesté a mí diciéndome qué es lo que te ha encontrado, para que yo sepa a qué atenerme.

No hizo caso. Salía, andaba y se empezó a creer que no tenía nada grave.

En esta época se veía a las dos chicas ir y venir constantemente de la tienda con un capacho y en el capacho llevaban siempre una botella tapada con un paño. Era de aguardiente. Su madre decía a las vecinas que tenían que beber mucho, porque el médico había dicho que todos estaban muy débiles.

Un día, en la iglesia hubo entre la gente una agitación insólita. Todo el mundo se volvió hacia el coro y se supo que era Bautista, el hijo mayor de María, que se desmayó y se cayó al suelo.

Lo llevaron a casa y me llamaron a mí.

Fui a verle. No se podía hacer nada por él. Le receté un jarabe de morfina. Le dije a su madre que era tarde, que se había descuidado, que la enfermedad había avanzado mucho. Ella se empeñaba en decir que no tenía nada.

«Bueno, bueno, lo que usted quiera.»

Unos días después se dijo que los perros de la vecindad habían estado ladrando toda la noche y por la mañana a Bautista se le encontró muerto.

Algunas veces María contaba historias extrañas cuando estaba medio borracha. Decía que sus niños siempre habían soñado mucho y que por eso los llevaron a una ermita que había cerca del pueblo.

Que los dos pequeños, tanto el niño que murió primero como la niña que murió después, quedaron con los ojos muy abiertos, lo que era mala señal, no solo para la familia, sino para todo el barrio. A la mayorazga de Jáuregui le había pasado lo



mismo. Después de muerta no se le podían cerrar los ojos. Además, a su niña la había visto un día un mendigo y había dicho: «¡Qué hermosa niña!».

El mendigo andaba arrastrando las piernas despacio, con su garrote blanco en la mano oscura y curtida. Era muy viejo; ni él mismo sabía los años que tenía, pero debía pasar de los ochenta, quizá llegaba a los noventa. Durante la guerra de la Independencia era ya viejo y andaba mendigando.

Entonces empezó a estar enferma la niña porque al mendigo no se le había dado limosna y probablemente la echó la mala suerte. Ella había dicho que se llevara agua bendita de tres iglesias de pueblos cercanos, pero no habían hecho caso los de su casa y ella no pudo ir porque cada día se encontraba peor. Debían tener la influencia de alguna bruja. Para remediarlo le habían dicho que labraran las tierras el día de San Juan.

Al morir la niña empezó María a no salir de casa y cuando faltó Bautista, el hijo mayor, ya no quiso hacer la comida y toda la alimentación de la casa era de pan, leche y aguardiente.

Al poco tiempo murió María, casi sin que nadie se diera cuenta. La gente del pueblo pensaba que faltando ella, que era la que no dejaba que se gastara el dinero, la casa se arreglaría y las dos chicas, los dos hombres y la vieja Erica podrían vivir mejor. Pero la hija mayor, con toda la pena que le causaron las desgracias, murió al poco tiempo, y después a la vieja Erica la encontraron una noche muerta sentada en la cocina al lado del fuego.

A la Prudenschi no se la veía envejecer ni variar. Siempre estaba igual y hasta su traje parecía el mismo de hacía veinte años.

LA CASA DE LAS MÁSCARAS seguía más que nunca oscura y destartalada.

Iba al compás de Jaureguía. Las dos casas marchaban a pasos agigantados a la decadencia y el Puente de las Ánimas era su trazo de unión.

Mairuenea se destacaba por su ruina al lado de Dumbasenea, rejuvenecida, con su bazar lleno de piezas de telas vistosas, instrumentos de labranza y juguetes. La Prudenschi se quedó poco después viuda y dejó Dumbasenea y se trasladó al barrio rico de Recalde y compró una casa, donde estableció otro bazar mucho más lujoso. En aquel bazar se encontraba de todo. Desde máquinas, trajes, telas, hilos y caramelos.

La decadencia de la Prudenschi comenzó cuando tomó de dependiente a un joven del pueblo. Este mozo era un tipo que tenía por apodo el *Patillas* (también le llamaban así a su padre); era entonces un hombre de unos veintidós años, de una cara pálida y afilada que recordaba a un galgo. El Patillas parecía siempre que estaba olfateando. Era alto, delgado, pálido, con unos ojos claros. Había estado de soldado; era hijo de un carabinero de Levante. A veces algo le hacía gracia y se reía a carcajadas, pero casi siempre estaba serio. La Prudenschi se enamoró del Patillas y se casó con él y tuvo un hijo. El Patillas domó a la Prudenschi y la hizo femenina. El hombre mandó en la casa en déspota.

Dumbasenea empezó a decaer inmediatamente. Fue a vivir en ella un carpintero a quien llamaban *Pintherdi* ('Media Pinta'), hombre borracho y absurdo.

También se estableció allí la Estrella con su hija. Estas dos mujeres, madre e hija, tenían las dos un aire gótico muy distinguido y aristocrático. La madre iba al monte a coger leña. La hija andaba de recadista y de asistenta. Solía llevar en invierno un abrigo de hombre y se dedicaba al contrabando.

Todo el barrio de Olázar quedó con un aire triste, abandonado, que revelaba la extravagancia y hasta la locura que reinaba por aquellos lugares.

El doctor Ochoa explicó la impresión que le hacía la barriada y las personas que vivían en ella, de las que había pretendido contar la historia.

Shaguit se había quedado viudo y sus dos hijas desaparecieron del barrio. Iba mendigando de puerta en puerta. Vivía en casa de una viuda que tenía un hijo. Esta chica había tenido un niño y como le habían dejado solo en un jergón en el suelo se lo había comido un cerdo de la vecindad que andaba suelto.

Shaguit vivía mucho mejor que en tiempo de su mujer; seguía llevando cargas de leña y cuidando de su burro, al que nunca daba de comer.

El barbero Martincho se había mudado de casa y solía decir: «Mis hijas van bien; las dos mayores se han casado. Esta pequeña amontonada está, pero ya se casará con el tiempo».

Años después se derribó la Torre de Olázar, después Mairuenea, y se quitó el jardín de Jaureguía, que se convirtió en huerta.

Las piedras de la torre y de Mairuenea sirvieron para hacer una presa en el río que da luz y fuerza a varios pueblos de alrededor. Después de derribar la Torre de Uría entró en el pueblo la fiebre de la construcción y se decidió derribar el Puente de las Ánimas y construir otro más ancho de cemento armado.

Desde entonces ha reinado en el pueblo una absoluta normalidad y quizá también una perfecta mediocridad.

—Lo que es el ideal de un pueblo moderno, amigo Ochoa.

—Tiene usted razón, Armendáriz —dijo el médico riendo—. Sigue únicamente en el pueblo el cementerio, que creo que todavía se puede llamar romántico.

—Sí; pero hay unos mausoleos de confitería bastante ridículos y aparatosos, hechos por familias de indianos ricos.

—¿Así que ya no recuerda el camposanto de Recalde ni la vieja leyenda del reloj de la iglesia de Urruña ni la más nueva del cementerio de Hernani?

—No; no las recuerda.

—Es lo mejor; ¿para qué?

Armendáriz y Ochoa se levantaron de la mesa y salieron del fonducho.

*Itzea, septiembre 1944.*



PÍO BAROJA (San Sebastián, 28 de diciembre de 1872 - Madrid, 30 de octubre de 1956). Novelista español, considerado por la crítica el novelista español más importante del siglo xx. Nació en San Sebastián (País Vasco) y estudió Medicina en Madrid, ciudad en la que vivió la mayor parte de su vida. Su primera novela fue *Vidas sombrías* (1900), a la que siguió el mismo año *La casa de Aizgorri*. Esta novela forma parte de la primera de las trilogías de Baroja, «Tierra vasca», que también incluye *El mayorazgo de Labraz* (1903), una de sus novelas más admiradas, y *Zalacaín el aventurero* (1909). Con *Aventuras y mixtificaciones de Silvestre Paradox* (1901), inició la trilogía «La vida fantástica», expresión de su individualismo anarquista y su filosofía pesimista, integrada además por *Camino de perfección* (1902) y *Paradox Rey* (1906). La obra por la que se hizo más conocido fuera de España es la trilogía «La lucha por la vida», una conmovedora descripción de los bajos fondos de Madrid, que forman *La busca* (1904), *La mala hierba* (1904) y *Aurora roja* (1905). Realizó viajes por España, Italia, Francia, Inglaterra, los Países Bajos y Suiza, y en 1911 publicó *El árbol de la ciencia*, posiblemente su novela más perfecta. Entre 1913 y 1935 aparecieron los 22 volúmenes de una novela histórica, *Memorias de un hombre de acción*, basada en el conspirador Eugenio de Avirarneta, uno de los antepasados del autor que vivió en el País Vasco en la época de las Guerras carlistas. Ingresó en la Real Academia Española en 1935, y pasó la Guerra Civil española en Francia, de donde regresó en 1940. A su regreso, se instaló en Madrid, donde llevó una vida alejada de cualquier actividad pública, hasta su muerte. Entre 1944 y 1948 aparecieron sus Memorias, subtituladas *Desde la última vuelta del*

*camino*, de máximo interés para el estudio de su vida y su obra. Baroja publicó en total más de cien libros.

Usando elementos de la tradición de la novela picaresca, Baroja eligió como protagonistas a marginados de la sociedad. Sus novelas están llenas de incidentes y personajes muy bien trazados, y destacan por la fluidez de sus diálogos y las descripciones impresionistas. Maestro del retrato realista, en especial cuando se centra en su País Vasco natal, tiene un estilo abrupto, vivido e impersonal, aunque se ha señalado que la aparente limitación de registros es una consecuencia de su deseo de exactitud y sobriedad. Ha influido mucho en los escritores españoles posteriores a él, como Camilo José Cela o Juan Benet, y en muchos extranjeros entre los que destaca Ernest Hemingway.

## Notas

[1] Cerora o *sorora*, encargada del cuidado de la limpieza de la iglesia en el país. <<

# EL PUENTE DE LAS ÁNIMAS

Pío Baroja





